00101860

BOMBAY BRANCH

OF THE

Royal Asiatic Society.

Class 15

Digitized with financial assistance from the
Government of Maharashtra
on 26 June, 2018

COLECCION
DE LAS OBRAS SUELTAS,
ASSI EN PROSA, COMO EN VERSO,
DE

101860 ac

D. FREY LOPE FELIX DE VEGA CARPIO,
DEL HABITO DE SAN JUAN.
TOMO VIII.

PP. B. 3

... Quod tentabam dicere versus erat.
OVID. Trist. lib. IV. El. X. v. 26.

CON LAS LICENCIAS NECESSARIAS.

EN MADRID: Año de M. DCC. LXXVII.
EN LA IMPRENTA DE DON ANTONIO DE SANCHA:
En la Aduana vieja, donde se hallará.

1777

00101860

PROLOGO

DEL EDITOR.

UN ingenio tan vasto y maravilloso como el de LOPE DE VEGA no podia dejar de abrazar quantos objetos le presentaba su propria imaginacion, u otros le proponian. Y assi despues de haver manifestado en un copioso numero de *Comedias* su habilidad y destreza en la invencion poetica, quiso experimentar lo que en esta parte podria executar en prosa, escribiendo unas NOVELAS. Es verdad que nuestro Autor confiessa, * que nunca pensó que el novelar entrára en su pensamiento, y que lo emprendió por condescender a las instancias de la señora MARCIA LEONARDA; pero como

¶ 2 ha-

* Novela I. pag. 2.

havia hallado tantas invenciones para mil *Comedias*, pudo desempeñar felizmente su encargo, y mas haviendo antes dado en su * ARCADIA y PEREGRINO alguna muestra de este genero y estilo, mas usado, segun dice, de Italianos y Franceses, que de Españoles. Assi era verdad en tiempo de nuestro Autor, en que apenas havia otras Novelas proprias que las del ingeniosissimo MIGUEL DE CERVANTES, a quien no le faltó gracia y estilo segun LOPE; y yo añadiria sin dificultad, que son las mejores que tenemos aun hoy, y que las de nuestro Autor tanto son mas apreciables, quanto mas se allegan a la imitacion de las de aquel incomparable ingenio dotado por la naturaleza de una felicissima disposicion para semejante genero de compo-

* Alli mismo.

posiciones. Qualquiera que compare estas NOVELAS con las del discreto Autor de D. QUIXOTE, advertirá facilmente que estan formadas a su imitacion, y que de alli tomó VEGA la idea de amenizar la narracion de los sucessos con la mezcla de las Canciones que inserta a menudo, llenas de dulzura y propriedad. Igual cuidado puso, en que los assuntos fuessen honestos y dirigidos a deleytar e instruir el animo de los lectores, y no entretegidos grosseramente de lances amorosos y torpes, vicio en que los antiguos comunmente incurrieron. Por esso despues de haver hablado LOPE :* de las *Novelas de Cervantes*, que intituló *exemplares*, ** porque de cada una de por sí se podria sacar sabroso y hones-

* En el citado lugar. ** El mismo CERVANTES en el Prologo a sus *Novelas*.

nesto fruto y algun *exemplo* provechoso, dice: *Confiesso que son libros de grande entretenimiento, y que podrian ser* exemplares, *como algunas de las historias Tragicas del Vandelo, pero havian de escribirlos hombres cientificos, o por lo menos grandes Cortesanos, gente que halla en los desengaños notables sentencias y aphorismos.* Como LOPE se hallaba adornado de todas las qualidades que aqui señala para el desempeño de tan grande empresa, supo acreditarlas maravillosamente en sus NOVELAS, como puede observarse en las quatro primeras de las contenidas en este tomo, que sin controversia son de nuestro Autor, pudiendose dudar con fundamento de las restantes que lo sean. La I intitulada: *Las fortunas de Diana*, salió a luz la primera vez con la PHILOMENA pag. 59 de la impression de Madrid del año M. DC.

DC. XXI. en 4. La II: *La desdicha por la honra*: la III: *La mas prudente venganza*: y la IV: *Guzman el Bravo* se incluyeron en la CIRCE publicada en esta Corte dos años despues en 4. desde la pag. 109 en adelante.

Estas quatro NOVELAS se reimprimieron con las otras comprehendidas en este tomo, en Zaragoza por la viuda de Pedro Verges, año de M. DC. XLIX. en 8. y en el año siguiente de M. DC. L. en Barcelona, tambien en 8, con el titulo de *Novelas amorosas de los mejores ingenios de España, dirigidas a Don Miguel de Zalvá y Valgornera*, * *señor de las Baro-*

A D. RAYMUNDO DE ZALVA.

* Las NOVELAS amorosas hijas de los mejores ingenios de España corren segunda vez a ampararse de la sombra de la nobilissima casa de Zalva, de quien Vm. es feliz cabeza, para repetir las dichas y aplausos que por ella lograron; que si imprimiendolas en Zaragoza, se tuvieron por eficazmente pertrechadas con una ra-

ronias de Jorba y Vilanant, Caballero del Orden de Santiago. La diversidad de estilo, invencion y otras circunstancias que se advierten entre las quatro primeras y las demás, persuaden que sean de diversos Autores; pero como el que las publicó, no nos quiso comunicar esta noticia, tampoco nos detendremos en hacer conjeturas vo-

rama de tan generoso apellido y solar, a quien las consagraron, bien es que imprimiendose ahora en Barcelona, donde está el augusto tronco, que es Vm. no muden de dueño ni de amparo; pues tan bien se hallaron con él los Españoles ingenios, que fueron altaneras aguilas, que guiadas dessa Alva rosada volaron a la esphera del sol de la erudicion humana, donde bebieron con abundancia sus lucientes rayos, con que han ilustrado el orbe todo. Y pues la casa nobilissima de *Zalva* las libra de las hostilidades del tiempo y del olvido (si no son lisonjas las que se escriben en las cartas dedicatorias) no es justo que ellas ingratas dejen zabullir su nobleza en las aguas del Letheo: que el celebrar con silencio, sin dar algun indicio de prueba bastante, es alabanza, que por demasiado general, pierde, pues deja en equivoco qualquiera verdad, sino es la divina, por ser irrefragable. Decir pues que la nobilissima y antiquissima prosopia de Vm. es de las mas

voluntariamente. Al fin *de Guzman el Bravo*, convidó LOPE a la Señora MARÇIA para *el Pastor de Galatea*, *Novela*, *en que* le dice *hallará todo lo que puede amor*, *Rèy de los humanos afectos*, *y a lo què puede llegar una passion de zelos*; *bastardos suyos*, *hijos de la desconfianza*, *ansia del entendimiento*, *ira de las armas*, *y in-*

¶¶ *quie-*

mas esclarecidas del Principado de Cataluña, y por buena ilacion de las mas calificadas de España, y aun de Europa, es bien merecido elogio, con que no le falte la prueba; la qual es bien facil, atendiendo a que la casa ilustrissima de los *Albanes* o *Salbanes* segun nuestro antiguo idioma, procede de aquellos Godos que vinieron de Alemania, como lo afirma el coronista GRACIA DEI, los quales fundaron su solar en la nobilissima Villafranca de Panadés, y tomaron esse apellido de *Alva* o *Zalva* de un esclarecidissimo varon *Francisco de Zalva* doncel, el qual fue comunmente llamado el caballero del *Alva*, porque con su industria y valor ayudandose, por tener poca gente, de las dudas de la noche, al romper el Alva rompió un Miercoles infinitos esquadrones de enemigos, y ganó aquella insigne villa, por lo qual le dieron por armas una aguila gritada de blanco, &c. de la qual historia hace fe Francisco Monzó Escribano de S. M. que está

quietud de las letras: pero no será en este libro, sino en el que saldrá despues llamado LAUREL DE APOLO. En esta obra, que lleva el primer lugar en la presente Coleccion, no se halla tal Novela; pero la ultima de este tomo, intitulada *El zeloso hasta morir*, tiene por argumento el mostrar hasta donde puede llegar la desenfrenada passion de los zelos en un hombre, que

se

tá en un libro de armas del mismo Rey a fol. 256. A esse han sucedido siempre infinitos heroes, bastantes a ilustrar, no linages, sino naciones, en los quales impide la detencion la brevedad desta carta y libro, por no hacer mayor la parte que el todo, hasta llegar a Vm. a quien hacen mas estimable las acquisitas prendas de valor, militar pericia, y conocida erudicion en todo genero de letras dignas de caballeros, con que ha esmaltado las naturales y heredadas. Por donde yo con mayor animo y gusto dedico a Vm. y a su augusto nombre estas NOVELAS, no solo porque con ellas doy un pequeño indicio de agradecimiento a las muchas obligaciones que reconozco, sino tambien porque Vm. las puede defender con la espada, lo que aunque se busque, no se ha acostumbrado, y mucho mejor con su docta pluma, lo que pluguiera a Dios se platicasse. El cielo guarde a Vm.

se deja arrastrar de ellos indiscretamente.

Estas impressiones de las NOVELAS hechas en Zaragoza y Barcelona, salieron afeadas con muchissimas erratas, que se han emendado cuidadosamente; pero sin alterar el sentido ni violentar las clausulas. Sólo en la pag. 357. lin. 22. y siguientes de la Novela VII, se hizo alguna leve mutacion en un periodo, que sin duda estaba corrompido, pues decia antes: » Con esto le» vantaron una polvadera de zelos en » el buen Santillana, tal que como » Don Beltran pudo perderse en ella, » aunque no discurria mucho, pudo » en este lugar alargarse a discurrir, » que él era defectuoso de talle, corto » de ingenio, y esposo de una perfecta » hermosura, celebrada con razon en su » lugar. Considerabase dueño de ella. » Con esta imaginacion &c. « Lo dis-

¶¶ 2 lo-

locado de estas clausulas y la importunidad de introducir la persona de *Don Beltran*, de quien no se hace mencion en esta, ni creo que en las demas Novelas, dió motivo á la leve variacion que ahora se halla, para que tuviesse perfecto sentido la oracion. Sin embargo la hemos copiado aqui fielmente, segun se lee en las ediciones que hemos tenido presentes, para que se vea la puntualidad con que seguimos las primitivas, y que nada procurámos evitar mas, que el parecer ingeniosos en obras agenas.

Por el grande parentesco que tienen entre sí las *Novelas*, *Comedias* y *Tragedias*, se ha añadido aqui, para completar el volumen, la TRAGEDIA intitulada: *el Castigo sin venganza.* El Autor en el *Prologo* nos da a entender que su historia estuvo escrita en varias lenguas, y aun en la nuestra, pe-

pero en prosa. El juicio que debe hacerse de ella es el mismo que alli se lee, a. saber: *que está escrita al estilo Español, no por la antiguedad Griega y severidad Latina, huyendo de las sombras, nuncios y coros, porque el gusto puede mudar los preceptos, como el uso los trages y el tiempo las costumbres.* No sé si LOPE tendrá muchos, que aprueben su modo de pensar, contra lo que dejaron escrito ARISTOTELES y los demas maestros, que nos enseñaron las verdaderas reglas del Arte poetica.

De esta TRAGEDIA no conocemos otra edicion que la de Barcelona hecha en M. DC. XXXIV. por Pedro la Caballeria, ni otro exemplar, que uno que se conserva en la escogida Libreria de San Phelipe el Real de esta Corte en 1 tom. en 4. de escritos miscelaneos.

OBRAS

NOVELAS
POR EL PHENIX DE ESPAÑA
FREY LOPE FELIX
DE VEGA CARPIO,
DEL HABITO DE SAN JUAN,
PROCURADOR FISCAL
DE LA CAMARA APOSTOLICA,
DIRIGIDAS
A LA SEÑORA MARCIA
LEONARDA.

OBRAS

OBRAS
CONTENIDAS EN ESTE TOMO DE LAS NOVELAS.

I. Las fortunas de Diana. Pag. 1.
II. El Desdichado por la honra. pag. 68.
III. La mas prudente Venganza. pag. 117.
IV. Guzman el Bravo. pag. 168.
V. Las dos venturas sin pensar. pag. 220.
VI. El pronostico cumplido. pag. 264.
VII. La quinta de Laura. pag. 291.
VIII. El zeloso hasta morir. pag. 353.
El castigo sin venganza, Tragedia. pag. 379.

APROBACION.

POr comision del muy ilustre señor Miguel Juan Boldó Canonigo de la santa Iglesia Catedral desta Ciudad de Barcelona, y Vicario General y Oficial, &c. he leido este libro intitulado: *Novelas amorosas de los mejores ingenios de España*, ya otra vez impresso, y no hallo en él cosa contra la santa Fé Cathólica, ni buenas costumbres, y assi lo firmo de mi nombre en este Convento de nuestro Padre San Francisco de Paula de Barcelona hoy a los 8 de Febrero de M. DC. L.

Fr. Antonio Ferrer Lector jubilado del Orden de los Minimos, y Calificador del santo Oficio.

IX. Februarii M. DC. L. imprimatur Boldó Vic. Gen. & Offic.

Imprimatur Queralt.

LAS FORTUNAS DE DIANA.

NOVELA I.

A LA SEÑORA *MARCIA LEONARDA.*

NO he dejado de obedecer a V. m. por ingratitud, sino por temor de no acertar a servirla: porque mandarme que escriba una Novela ha sido novedad para mí, que aunque es verdad que en el ARCADIA y PEREGRINO hay alguna parte deste genero y estilo, mas usado de Italianos y Franceses, que de Españoles, con todo esso es grande la diferencia, y mas humilde el modo. En tiempo menos discreto, que el de ahora, aunque de mas hombres sabios, llamaban a las Novelas *cuentos*. Estos se sabian de memoria, y nunca, que yo me acuerde, los vi escritos: porque se reducian sus fabulas a una manera de libros, que parecian historias, y se llamaban en lenguage puro Castellano: *Caballerias*, como si dixessemos: *Hechos grandes de Caballeros valerosos.* Fueron en esto los Españoles ingeniosissimos, porque en la invencion ninguna nacion del mundo les ha hecho ventaja,

como se vé en tantos Esplandianes, Phebos, Palmerines, Lisuartes, Florambelos, Espheramundos, y el celebrado Amadis, padre de toda esta machina, que compuso una dama Portuguesa, el *Boyardo*, el *Ariosto*: y otros siguieron este genero, si bien en verso: y aunque en España tambien se intenta, por no dejar de intentarlo todo: tambien hay libros de Novelas, dellas traducidas de Italianos, y dellas proprias, en que no faltó gracia y estilo a Miguél Cervantes. Confiesso, que son libros de grande entretenimiento, y que podrian ser exemplares, como algunas de las historias Tragicas del Vandelo: pero havian de escribir los hombres cientificos, o por lo menos grandes cortesanos, gente que halla en los desengaños notables sentencias y aphorismos. Yo que nunca pensé, que el novelar entrára en mi pensamiento, me veo embarazado entre su gusto de V. m. y mi obediencia: pero por no faltar a la obligacion; y porque no parezca negligencia, haviendo hallado tantas invenciones para mil Comedias, con su buena licencia de los que las escriben, serviré a V. m. con esta, que por lo menos yo sé, que no la ha oído, ni es traducida de otra lengua, diciendo assi:

En la insigne ciudad de Toledo, a quien llaman Imperial tan justamente, y lo muestran sus armas, havia, no ha muchos tiempos, dos caballeros de una edad misma, grandes amigos, qual suele suceder a los primeros años, por la

semejanza de las costumbres. Aqui tomaré licencia de disfrazar sus nombres, porque no será justo ofender algun respeto con los sucessos y accidentes de su fortuna. Llamabase el uno Octavio, y el otro Celio. Octavio era hijo de una señora viuda, que dél y de una hija, que se llamaba Diana, y de quien toma nombre esta Novela, estaba tan gloriosa, como Latona por Apolo y la luna. Acudia Lisena, que este fue el nombre de la madre, a las galas y entretenimiento de Octavio liberalmente, y con mano escasa y avara a su hija Diana, vistiendola honestamente, de que a ella le pesaba mucho, porque es ansia de las doncellas lucir su primera hermosura con la riqueza de las galas; y engañanse en esto, como en otras cosas, porque a la frescura de las rosas por la mañana basta el natural rocio, que cortadas han menester el artificio del ramillete, donde tan poco duran, como despues ofenden. No erraba Lisena en componer honestamente a su hija, que una doncella en habito extraordinario de su estado no es mucho que desee cosas extraordinarias, y sea mas mirada de lo que es justo. Diana mostraba alegria en la obediencia, y con discrecion notable, no excedia un atomo sus preceptos, de suerte que ni en missa, ni en fiesta publica fue jamás vista de la curiosidad ociosa de tantos mozos, ni huvo en toda la ciudad quien pudiesse decir lo que ahora de muchas con no poca reprehension del descuido de sus padres, que les parece,

que alabandolas y enseñandolas, se han de vender mas presto. Celio no los tenia, y era dotado de grandes virtudes y gracias naturales: pienso, que con esto he dicho, que era pobre, y no muy estimado de los ricos: solo Octavio no se hallaba sin él: era tanta su amistad, que comenzando en otros por envidia, acabó en murmuracion, y no poco disgusto de sus parientes, que se quejaron a Lisena de que en las conversaciones publicas los dejaba en viendo a Celio, y muchas veces sin despedirse. Lisena ofendida del desprecio de sus deudos, y del amor y estimacion de Celio, riñóle un dia mas declaradamente que otras veces, y para daño de todos. Octavio sintiendo el aljaba de aquellas flechas, y que con siniestra informacion deseaban quitarsele, honestamente obediente le dixo, que si supiera, qué partes tenia Celio para ser amado y estimado, de ninguna suerte le huviera reprehendido, antes bien expressamente le mandára, que no se acompañára con otro, y que haviendo conocido la deslealtad de otros amigos, la poca verdad y la inconstancia, el poco secreto y bajas costumbres, se havia reducido a querer tratar y conservar el caballero mas noble, mas discreto, mas facil, mas leal, verdadero, secreto y de mejores costumbres, que havia en Toledo, y que mirasse, que despues que andaba con él, no le havia dado disgusto, ni sacado la espada, porque Celio era pacifico, y tan prudente y cuerdo, que componia todos los disgustos, que a los demás ca-

ba-

balleros se ofrecian, y que con su entendimiento havia solicitado tanta autoridad entre ellos, que le tenian envidia de que él le favoreciesse, y con tan justa razon se le inclinasse. Atenta estuvo Lisena, y sin responder a Octavio, porque conoció, que era verdad lo que le decia, y jamás havia oído cosa en contrario; pero mas lo estuvo Diana, que oyendo tantas alabanzas de Celio, sintió una alteracion subita, que blandamente le desmayaba el corazon, y le esforzaba la voluntad: queria defender a su hermano, y decir algo de lo que havia oído de Celio, y por no dar conocimiento de lo que ya le parecia, que requeria secreto, recogió al corazon las palabras, al alma los deseos, y dixo con las colores del rostro lo que calló la lengua.

Passados algunos dias cierta señora de Titulo prima suya, y algunas hermosas damas sus amigas se fueron a holgar y entretener, mas que a visita de cumplimiento, en casa de Lisena, dandoles ocasion la paga y fianza, que Diana havia hecho á su hermano, que la vispera de la fiesta de su dia le havian colgado, uso notable de España, y de tiempos inmemoriales usado en ella. Rogó Octavio a Celio, que se fuesse con él aquella tarde a su casa, que bien podrian estar donde aquellas damas no les viessen, y assi se entraron en una recamara, que havia sido de su padre, pieza bien apartada de la conversacion de aquellas señoras: pero no lo fue tanto como Octavio havia imaginado, porque

con el alboroto de los huespedes, y el no fiarse todas las cosas de las criadas, Diana fue a sacar de un camarin algunos vidros, o regalos, que para tales ocasiones tienen tales personas: sintiendo que entraba su hermano detuvo algo turbada el passo. Detuvose tambien Celio, y quando ya Diana salia, Octavio havia entrado en la recamara. Quedó atras Celio, y poniendo ella los ojos en él, sacó todos los deseos del alma a las colores del rostro con tan grande aumento de su hermosura, como flaqueza de su animo. Celio quanto pudo se llegó a ella, que fue lo mas que pudo con su turbado atrevimiento, y al passar Diana le dixo: Qué deseada tenia yo esta vista: à quien ella respondió con agradable rostro: No estais engañado. Aqui me acuerdo, señora Leonarda, de aquellas primeras palabras de la Tragedia famosa de Celestina, quando Calisto le dixo: *En esto veo, Melibea, la grandeza de Dios*: y ella responde: *¿En qué, Calisto?* Porque decia un gran cortesano, que si Melibea no respondiera entonces, *¿en qué, Calisto?* que ni havia libro de Celestina, ni los amores de los dos passáran adelante. Assi ahora en estas dos palabras de Celio y nuestra turbada Diana se fundan tantos accidentes, tantos amores y peligros, que quisiera ser un Heliodoro para contarlos, o el celebrado autor de la Leucipe, y el enamorado Clitophonte. Admirado Celio de la respuesta amorosa, donde la esperaba tan aspera, en-

cas-

castigo de su atrevimiento, quedó como fuera de sí entre la animosa esperanza y la grandeza de la empresa. Entró en la recamara dissimulado, y habló con Octavio fingido, alabandole las armas, el deseo y cuidado, con que estaban puestas las espadas de diversos maestros, cortes y guarniciones, de que tenia muchas. Hizo Celio armar de la gola al tonelete a Octavio, y él se armó de unas armas negras. Concertaron de ensayarse para un torneo. Notables invenciones tiene amor para hallar lugar a sus esperanzas, pues con ella le tuvo para venir a su casa de Octavio muchas veces, y Diana tambien para verle y desearle; y para que un dia dichoso al parecer de entrambos pudiesse darle un papel con una sortija de un diamante. Diana le recibió con notables muestras de agradecimiento y gusto, y despues de haverse escondido de todos, le besó y leyó mil veces, que decia assi:

PAPEL DE CELIO A DIANA.

Hermosissima Diana, no culpes mi atrevimiento, pues todos los dias vés en tu espejo mi disculpa: yo no sé por qué ventura mia vine a verte; pero te puedo jurar por tus hermosos ojos, que antes de verte te amaba, y que passando por tus puertas se me turbaba el color del rostro, y me decia el corazon, que alli vivia el veneno, que havia de matarme: ¿qué haré ahora, despues que te ví, y que me asse-

asseguraste de que agradecias este amor, que por ser tan justo, está a peligro de no ser agradecido? Pero en confianza de aquellas palabras, que apenas creen mis oídos, que fueron tuyas, si no les asegurassen los ojos de que te vieron, quando las decias, y el alma de la novedad y ternura, que sintió oyendolas, que me des licencia para hablarte, que no sé si tengo que decirte: pero si me la concedes, sabras, que te asseguras de tu honor, y que te vengas de mi atrevimiento.

¿Qué poco ha menester la voluntad, a quien conciertan las estrellas para corresponder a la que desea? No se puede encarecer con palabras lo que sintió de las que esta carta le dixo a los oídos del alma el enamorado Celio: y assi, contenta y enternecida Diana, mas de la verdad y llaneza, que del artificio del papel, le respondió assi:

Celio, mi hermano Octavio tuvo la culpa de amaros con los encarecimientos de vuestra persona y partes: perdonese a sí mismo de haverme puesto en obligacion de tanto atrevimiento. En lo mas, que es amaros como mi estado puede, yo os obedezco: en daros lugar a hablarme, no es possible, porque los aposentos, donde duermo, caen a los corrales de unas casillas de alguna gente pobre, y por ninguna cosa del mundo me atreveré a dar disgusto a mi madre y hermano, si tan desigual libertad de mis obligaciones llegasse a sus oídos.

No

No le faltó ocasion para dar este papel a Celio, ni él la tuvo en su vida de tanto gusto; porque sabia, que en las casillas, que le decia, vivia el ama que le havia criado. Hizole dos o tres visitas, y la ultima fue rogarle, que se fuesse a vivir a su casa en mejores aposentos, porque se dolia de que estuviesse tan mal acomodada. Ella, pensando, que le obligaba el amor del pecho en el conocimiento de mayores años, fue facil de persuadir y de passarse. Quedó Celio con la llave de aquellos aposentos, y mostrandosela a Diana, le daba a entender por señas, que ya estaban por suyas, y ella segura de sus temores. Vino la noche, y Celio fue a ver si su sol amanecia, que con no menor cuydado, en sintiendo passos en los corrales, cuyos ecos se hacian en su alma, abrió una ventana, y luego una zelosia, poniendo el rostro en el marco llena de amor y miedo. Reportado Celio de la primera turbacion y desmayo, que le havia cubierto de dulce sangre el corazon y de alegria los ojos, le dixó tan tiernas, tan suaves, tan enamoradas razones, que apenas acertaba Diana a responderle, porque oprimia la lengua la verguenza, y la novedad escurecia el entendimiento. Alli los halló el Alva, que él apenas la esperaba despues del sol, y ella como desde alto le miraba. Passaron desta suerte algunos dias sin atreverse a mas, que a encarecimientos de su amor y sen-

timientos de su soledad en su ausencia. Distaba la ventana del suelo catorce, o deciseis pies, con cuya ocasion Celio le pidió licencia una noche para subir a ella. Diana fingió, que se enojaba mucho, y no pesandole de la licencia, le preguntó, que cómo havia de traher una escalera a una casa, en que ya no vivia nadie, sin grande escandalo. Celio respondió, que como ella le diesse licencia, él subiria sin traherla. Concertaronse los dos con pacto, que no havia de passar de la ventana: ¡o, amor, qué de cosas niegas, que deseas! Bien haya quien te entiende. Sacó una escalera de cuerda Celio, que algunas noches havia trahido para la que tuviesse dicha, y alcanzando un palo, que no sin malicia estaba cerca, ató en él los cabos, y arrojandole a la ventana, despues de haverla prevenido, le dixo, que le atravesasse en ella. Ella toda turbada le acomodó temblando; y apenas Celio le halló firme, quando fiando a los passos portatiles el cuerpo, se halló en las manos de Diana, que con la disculpa de tenerle, para que no cayesse, se las previno. Besabaselas Celio con la misma del cuydado, agradecido a su salud y vida, que es amor tan cortesano, que lo que hace por necessidad, vende por agradecimiento. Miraron por todas partes cuydadosamente, temerosos de que la ventana podia ser vista, y assegurados de que era impossible, o porque ellos deseaban que no se lo pareciesse, mas cerca

se

se descubrieron las voluntades, y los principios de los deseos amorosamente, qual suelen las enamoradas palomas regalar los picos, y con arrullos mansos desafiarse. Algunas noches duró en estos dos amantes la conversacion referida secretamente, porque Diana no daba lugar a lo que Celio con eficaces ruegos pretendia, y con juramentos exquisitos le asseguraba. Aqui se me acuerdan las lineas del amor escritas de Terencio en su Andria: ya Celio de las cinco tenia las quatro: notablemente le atormentaba el deseo: ¿qué Rethorico se mostraba? qué ansias fingia? qué promessas? qué encarecimientos buscaba? qué dulce representante de sus penas variaba la color del rostro, y se quejaba en consonancias tiernas? Pidióle finalmente un dia tan resueltamente licencia para entrar dentro, que haviendo callado Diana, con poca resistencia de su parte estuvo en su aposento, y puesto de rodillas le pidió con fingidas lagrimas perdon de su atrevimiento. Digame V. m. señora Leonarda, si esto saben hacer y decir los hombres, ¿por qué despues infaman la honestidad de las mugeres? Hacenlas de cera con sus engaños, y quierenlas de piedra con sus desprecios. ¿Qué havia de hacer Diana en este atrevimiento? ¿Era Troya Diana, era Carthago, o Numancia? Qué bien dixo un Poeta:

Tardóse Troya en ganar,
pero al fin ganóse Troya.

Desmayóse la turbada doncella : Celio la recibió en los brazos, y puso con respeto y honestidad en su cama, donde sirvieron sus proprias lagrimas de agua para el desmayo, y de fuego para el corazon : porque a la manera de los que medio despiertos las noches del hibierno sienten que llueve, assi Diana entre el sueño del desmayo y lo despierto de la voluntad sentia las lagrimas de Celio sobre su rostro. Vuelta de todo punto deste accidente, la volvió a pedir perdon, que no pudo negarle, porque ya le pesaba, que se le pidiesse : pero rogandole, que le cumpliesse la palabra, que le havia dado, luego que entró en su aposento, de que se iria sin ofensa de su honor y de su gusto, Celio, que ya no la podia obedecer, ni creía que la resistencia seria mayor, que la ocasion, dispusose a ser Tarquino de menos fuerte Lucrecia, y entre juramentos y promessas venció su fama, quedando en justa obligacion de ser su esposo. Aqui los dos confirmaron de nuevo su amor, no sucediendo a Celio lo que al forzador de la hermosa Thamar, porque creció su deseo la execucion, y no dejó la hermosura dejar entrar el arrepentimiento.

Luego se conoció en el alegre caballero su buena dicha, pues con su poca hacienda dió librea a sus criados, que quando amor gana, ni es escaso del barato, ni piensa que puede volver a perder lo que una vez possee.

Pre-

Preguntóle a Diana Celio, si su madre venia a su aposento algunas veces; y ella le dixo, que no, con que tomó licencia de quedarse en él algunos dias, y ella de retratarle en su pecho con mas espacio, de suerte que ya no pudo dejar de decirselo, y con muchas lagrimas mostraba estar arrepentida, temiendo que Lisena y su hermano conocieran por tan publico efecto la infamia de la causa. A esto se le llegaba lo que se diria en toda la ciudad de su recogimiento y apariencias, y entre sus parientas y amigas, que a la hypocresia de su honestidad tenian empeñado el credito. Celio le proponia los caminos, que havia para remediar el daño, que el de matar el hijo no cayó en su pensamiento: pero viendo, que pedirla por muger era enemistarse con Octavio, y que no se la havia de dar, por ser tan pobre, se determinaba a pedirla por juez Eclesiastico: mas ella resistia a este consejo con parecerle, que lastimaba mas su honra, pues descubria amores y conciertos para este efecto. Si mirassen a estos fines las doncellas nobles, no darian tan desordenados principios a sus desdichas. Dejó finalmente Celio en manos de Diana su determinacion, por no faltar a la amistad de Octavio, pidiendola por muger, y porque ella no consentia en que la justicia interviniesse a su casamiento. Mil veces se maldecia Diana por haver dado lugar a Celio en su deshonra, puesto que le amaba tierna-
men-

mente, y como dice en su lenguage el vulgo: Vía luz por sus ojos. El entre tantas confusiones, ya en una determinacion, ya en otra, porque un animo dudoso facilmente se muda de un consejo en otro, como lo dixo Seneca, resolvióse a decirle un dia, que si se resolvia a dejar la casa de su madre, que él la llevaria a las Indias, y se casaria con ella: la desesperacion de Diana fue tanta, que acceptó el partido, y le pidió llorando, que la llevasse donde no viesse los extremos de su madre, ni las locuras de su hermano, aunque en el primero monte la matasse. Celio por ventura no menos arrepentido, puso los ojos en el peligro, y aconsejado del temor, dió traza en la partida, porque ya se le conocia a Diana el nuevo huesped del pecho, que como era la casa propria, se iba ensanchando en ella. Tenia Celio dos hermosos caballos, que le servian de rua y de camino: el uno aderezó de brida, y en el otro hizo poner un rico sillon, y con gran cuidado dos vestidos de camino de un color y guarnicion, uno para él, y otro para Diana. Estuvo Celio algunas noches con ella, diciendole todo lo que prevenia para su partida, de que recibia notable gusto, porque imaginaba que se escusaba de tan graves pesadumbres, y considerando, que no havia de volver mas a su casa y deudos, no quiso dejar de aprovecharse de algunas cosas, assi por esto, como por lo que podia sucederle, que

es

es varia la fortuna, y pocas veces favorece a los amantes fuera de sus patrias. Tomó a Lisena las llaves, y sacó de sus cofres las mas ricas joyas, que tenia, con alguna cantidad de escudos, y assi juntos los puso y guardó en un cofrecillo, que tenia desde sus tiernos años.

Llegó la noche, en que havian de partirse, y Celio se vistió aquel dia muy galan de negro, para mayor seguridad de Octavio: pero como si le huvieran dicho su intento, no se apartó dél un punto, aunque le dixo dos, o tres veces, que tenia que hacer cosas forzosas. Ya eran las nueve, y Octavio no se apartaba del lado de Celio, y queriendo por fuerza irse con notable y extraordinaria importunacion, le llevó consigo: entraron en una casa de juego destas, donde acude la ociosa juventud: unos juegan, otros murmuran, y otros se olvidan de los cuidados de sus casas, que con la seguridad de que no han de venir, no suelen estar solas. Celio, cercado de un temor triste, porque si le dejaba, havia de enviar algun paje para saber donde iba, y si le esperaba, havia de perder la ocasion de sacar a Diana: resolvióse a la paciencia y disposicion de la fortuna, pareciendole tambien, que seria bastante disculpa para Diana el no haverse podido apartar de Octavio.

Diana, que no estaba descuidada de lo que havia de hacer, ni de lo que havia de lle-

llevar, vistióse las nuevas galas, y tomando las llaves secretamente, se puso a esperar a Celio en un balcon, que sobre la puerta havia. Dieron las doce; hora en que siempre venia su hermano de jugar, o de otros passatiempos juveniles, y estando llena de mortales sospechas y congojas, vió con la claridad de la luna venir un hombre de buen talle y disposicion con un sombrero de tafetan de falda grande, pluma blanca y alguna cosa de oro, que como trancelin de diamantes a su parecer resplandecia, y assi en esso, como en lo demas le pareció a Celio. Passó el hombre sin advertir en nada, y ella temerosa y ciega le ceceó dos veces: volvió el hombre el rostro, y viendo tan buena traza de muger, y en casa tan principal, acercóse a ella sin hablarla, con miedo de lo que podia sucederle: Diana le dixo entonces: ¿Es ya hora? y él respondió: Qualquiera es buena: entonces sin advertir en su voz, con la engañada imaginacion de la que esperaba, le dió el cofre, diciendo: Aguardad a la puerta: el hombre conociendo que el recado no venia para él, y que la muger aguardaba a otro, ciego de la codicia se fue huyendo, temoroso de que si ella se desengañaba, daria voces. Diana sin hacer ruido llegó a la puerta, abrióla con gran recato, y no viendo a Celio, parecióle, que por mas seguridad se havia ido la calle arriba; y siguiendo su engaño, salió fuera de la ciudad, donde

de viendo tan solos los campos y los arboles, se quiso volver mil veces, pero temiendo que ya en su casa estaria su hermano, y que con haver hallado la puerta abierta, toda seria confusion y alboroto, no creyendo que Celio, caballero tan principal, tan enamorado y tan obligado, se infamaria en la codicia de aquellas joyas, viendo que ya daban las dos de la Iglesia mayor, passó la puente de Alcantara, y comenzó a caminar por la aspereza de aquellas peñas, aunque cubierta de un sudor mortal, y de mil pensamientos y sospechas, apartandose lo mas que podia del camino real, hasta llegar a un monte, donde mil veces estuvo por quitarse la vida, si no lo impidiera el justo temor de perder el alma. Los caballeros, que jugaban, en esto y algunos disgustos, que nunca al juego faltan, estuvieron hasta las tres de la noche divertidos. A esta hora se fue Octavio a su casa y le acompañó Celio, procurando al despedirse que le oyesse Diana, para que aquello fuesse disculpa de su tardanza. Admirado Octavio de que su puerta no estuviesse cerrada a tales horas, satisfizo a sus voces un criado, que por agradarle y haverle sentido estaba abierta. El criado buscó las llaves, y no haviendolas hallado, se estuvo en vela, hasta que con el mismo se levantó Octavio primero que la mañana; y haviendole hallado despierto, le respondió, que el no haver tenido con que cerrar la puerta, le tenia alli, porque del

lugar, en que solian estar siempre, le faltaban las llaves. Rezeloso Octavio del criado, hizo llamar en el aposento de una dueña, muger de virtud y confianza, y preguntandole por las llaves, y ella medio dormida admirandose, dieron causa a que el resto de la casa se alborotasse, y una doncella entrasse en su aposento de Diana, que no hallandola en él, y la cama compuesta, por alguna sospecha, que trahia, dixo llorando: ¡Hai mi señora y mi bien! ¿por qué no llevastes con vos a vuestra desdichada Florinda? La madre y el hermano entraron a estas voces, y conociendo, que faltaba Diana de su casa y de su honra, Lisena cayó en tierra, y Octavio sin color con turbadas razones examinaba los criados mirando a todas partes como loco. Florinda solo dixo, que tres, o quatro dias la havia visto llorar tan tiernamente, que aunque estaba tratando de otras cosas, se le caían de los ojos las lagrimas con entrañables suspiros y congojas. Ya estaba declarado el dia y el daño, quando enviaron a dos monasterios, donde tenia Diana dos religiosas tias: en todos respondieron, que no sabian della, y assi mismo todas las parientas y amigas, de quien en un instante toda la casa estaba llena. Deste rumor, destas voces y destas diligencias salió la fama por la ciudad, y los envidiosos amigos (si hay amigos envidiosos) comenzaron a decir, que Celio se la havia llevado, y aun otros a afir-

mar,

mar, que la havian visto. Feniso criado de Celio oyó esto en los corrillos del Ayuntamiento, y en la Nave, que llaman de San Christoval, y siendo hombre de buena opinion, osó decir, que mentia qualquiera, que huviesse dicho, que Celio havia hecho semejante traycion a Octavio: y volviendo las espaldas a los murmuradores iba diciendo, a las tres de la noche se apartaron Celio y Octavio, y yo dejo a Celio durmiendo, que vendrá presto a volver por su honra. Despertó Feniso a Celio, que oyendo lo que passaba, quedó fuera de sí por largo espacio, y conociendo quanto le convenia volver por su persona, se vistió apriessa, y con turbados passos y descolorido rostro passó por todas las partes, donde Feniso le dixo que le culpaban, de cuya vista quedaron los que le murmuraban corridos, atribuyendo su tristeza al amistad, que tenia con Octavio, tan conocida de todos. Hallóle Celio en el portal de su casa, y mirandose los dos, estuvieron assi parados sin hablarse, sintiendo cada uno su dolor, que aunque era grande en Octavio, era mayor en Celio. Esforzóse quanto pudo, y tomandole las manos a Octavio, que le temblaban convertidas en hielo, le dixo: ¿Qué me pudiera haver sucedido que me diera tanta pena, aunque huviera perdido la honra? ¡Hai Octavio, que vuestro dolor me tiene traspassada el alma! Octavio, aunque valiente caballero, se des-

mayó en sus brazos, enternecido de verle con lagrimas en los ojos. Llevaronle a su aposento, donde a los sentimientos de Celio volvió en su primero acuerdo. Aqui fingido el culpado, le preguntaba eficazmente las diligencias que se havian hecho. Todo lo refirió Octavio por extenso, y Celio dixo, que pues en la ciudad no estaba, sería bien acudir por todos los caminos a buscarla, y que él sería el primero. Y esforzando a Octavio, le dió la palabra de no volver a Toledo sin ella, o saber que huviesse parecido, y dandole los brazos, se fue a su casa, donde como estaba apercibido, halló facilmente en que partirse, y siendo ya de noche, con solo su criado Feniso salió de la ciudad llorando, y pidiendo al cielo, que le guiasse a la parte donde Diana estaba, con tales suspiros, enamoradas ansias y congojas, que enternecia las peñas y los arboles, y en los montes, por donde corre el Tajo, respondian los ecos.

Diana amaneció en un valle, cortado por varias partes de un arroyo, que entre juncos y espadañas mostraba pedazos de agua, como si se huviera quebrado algun espejo: sentóse un poco, y haviendo bebido, y refrescado el pecho de las congojas de tan afligida noche, mientras se descalzaba para passarle, dixo assi: ¡Hai vanos contentos, con qué verdades os pagais de las mentiras, que nos fingis! cómo engañais con tan dulces principios, para cobrar

tan

tan breves gustos con tan tristes fines! ¡Hai Celio! ¿quién pensára que me engañáras? mira lo que passo por tí, pues he llegado, por haverte querido, hasta aborrecerme, pues no hay cosa ahora mas cansada para mí, que esta vida que tú amabas: pero bien creo, que si me vieras, te lastimára el alma lo que passo por tí. Miró a este tiempo sus mismos pies, y acordandose quan estimados eran de Celio, enternecida no passó el arroyo, y llorando se quedó un rato medio dormida al son del agua y de la voz de un pastor, que no lejos de donde ella estaba, cantó assi:

Entre dos alamos verdes,
que forman juntos un arco,
por no despertar las aves
passaba callando el Tajo:
juntar los troncos querian
los enamorados brazos,
pero el envidioso rio
no deja llegar los ramos.
Atento los mira Silvio
desde un pintado peñasco,
sombra de sus aguas dulces,
torre de sus verdes campos.
Esparcidas las ovejas
en el agua y en el prado,
unas beben, y otras pacen,
y otras le estan escuchando.
Quejoso vive el pastor

de

de las envidias de Lauso,
mas rico de oro, que el rio,
mas necio en ser porfiado:
assi le aparta de Elisa,
como a los olmos el Tajo,
fuerte en dividir los cuerpos,
mas no las almas de entrambos.
Tomó Silvio el instrumento,
y a las quejas de su agravio
los ruyseñores del bosque
le respondieron cantando:
Juntareis vuestras ramas,
alamos altos,
en menguando las aguas
del claro Tajo:
pero si hay desdichas,
que vencen años,
crecerán con los tiempos
penas y agravios.

Vuelta en sí Diana, y temerosa, pareciendole, o que la seguia su hermano, o que aquel que cantaba, le diria por donde iba, siguió descalza la margen del arroyo, y quando le pareció que estaba mas segura, y que ya no se via el agua, porque a la falda de un montecillo se dividia, volviendo a cubrir sus pies, caminó poco a poco sin mas sustento, que el agua, que por la mañana le dió el arroyo, hasta que la escuridad de la noche le cerró el passo. Cayóse desmayada entre unos hi-

hinojos, y como no tenia quien la consolasse ni ayudasse, en el mismo desmayo se durmió y reposó algun espacio, y con mas acuerdo esperó el dia, atonita del temor que le causaban cerca las voces de algunos animales, y el descompuesto ruido de algunas fuentes, que bajaban de aquellas peñas, siempre mayor en el silencio de la noche. Dolióse de su temor el Alva, o envidiosa de sus lagrimas salió mas presto: con la qual, esforzando la femenil flaqueza, y solo deseando morir, caminó por donde le parecia, que a un desesperado fin llegaria mas presto. Ya estaba el sol en la mitad del dia, quando pareciendole, que ofendia mas al cielo en dejarse morir, entre unos verdes arboles halló una fuente, y en su guarnicion algunas hierbas, que comió con lagrimas; y rogada de la fuente templó el ardor del corazon, y volvióle el agua por los ojos. Desta manera caminó tres dias, al fin de los quales, saliendo de una espessura a un campo raso, perdió las fuerzas, y arrimada a un arbol, vió lejos un mancebo pastor, que hablando con una serrana, parece que venia hácia donde ella estaba. Alli le pareció a Diana, que ya todo el mundo sabia la causa por que havia dejado la casa de sus padres, y que hasta aquellos pastores venian a reñirla, y afearla los amores de Celio. Dejóse caer al tronco sobre los verdes cespedes, y con mortales y traspassados ojos perdió la vista. El

man-

mancebo, que mas reparaba en agradar su villana, y en pensar que no le oían en aquel sitio mas que las aves, que le acompañaban, comenzó a cantar assi: y vuessa merced, señora Leonarda, si tiene mas deseo de saber las fortunas de Diana, que de oír cantar a Fabio, podrá passar los versos deste Romance sin leerlos; o si estuviere mas despacio su entendimiento, saber qué dicen estos pensamientos quejosos, a poco menos enamorada causa.

¡Hai verdades, que en amor
siempre fuisteis desdichadas,
buen exemplo son las mias,
pues con mentiras se pagan!
Quando traté con engaño
tu verdad, Phylis ingrata,
¿qué de quejas ví en tu boca,
qué de perlas en tu cara?
¡O quantas noches, que dixe,
quando a mi puerta llamabas:
En vano llama a la puerta,
quien no ha llamado en el alma!
Mis pastores te decian:
No está Fabio en la cabaña,
y estaba diciendo yo:
¿Para qué busca quien cansa?
A tus quejas solamente
daban respuesta las aguas,
porque murmuraban, Phylis,

que

que no porque te escuchaban.
Acuerdome, que una noche
me dixiste con mil ansias:
Dejate Fabio querer,
pues que no te cuesta nada.
No quiero yo que me quieras,
que como el amor es alma,
nunca ví muger discreta,
que la quisiesse forzada.
En el umbral de tu puerta
reñiamos hasta el Alva,
tú, porque havia de entrar,
yo, por no entrar en tu casa.
Castiguen, Fabio, los cielos,
dixiste desesperada,
el fuego, con que me hielas,
el hielo, con que me abrasas.
Porfiaste, hermosa Phylis,
todo el porfiar lo acaba,
que quien piensa que no quiere,
el ser querido le engaña.
En el trato y en el tiempo
nadie tenga confianza,
porque passan sin sentir,
y se sienten, quando faltan.
Tanto te vine a querer,
que juntos nos envidiaban,
la luna al bajar la noche,
el sol al subir el Alva.
Los prados, montes y selvas,
de oyrnos se enamoraban,

verdes lazos aprendian
la hiedras enamoradas.
Mas: bajando en este tiempo
de las heladas montañas
Silvio tu antiguo pastor;
traxo de allá tu mudanza.
No perdiste la ocasion,
pues quando yo te adoraba,
de mis passados desdenes
quisiste tomar venganza.
Phylis, yo muero por tí,
confiesso que se me passan
en tus umbrales las noches,
los dias en tus ventanas.
No llamo, porque imagino,
que has de responder ayrada:
¿Para qué llama a la puerta,
quien no ha llamado en el alma?
Si finjo que no te miro,
es invencion de quien ama,
que quando tú no me miras,
hago espejo de tu cara.
Prendas, que me dabas, Phylis,
y de que yo me enfadaba,
ahora las visto y pongo
sobre los ojos y el alma.
No te encarezco mis penas,
por no dar gloria a la causa,
hasta que yo las padezca,
sin que tú tomes venganza.
No quieras mas de que son

mis locuras de amor tantas,
que vengo a poner la boca
a donde los pies estampas.
Mas con todo lo que digo,
no pienso hablarte palabra,
que en zelos, que se averiguan,
las amistades se acaban.

Decia Fabio muy bien, porque despues de zelos averiguados es infamia amar, con el exemplo de tantos animales, como escriben Plinio y Aristoteles, aunque hay hombres, que antes de los agravios no aman, sirviendoles de apetito lo que a otros de aborrecimiento. Esto en fin cantaba aquel villano a la serrana referida, que no con menos gusto, que sobervia le escuchaba. A los finales destos versos se hallaron los dos entre los arboles, donde Diana estaba fuera de sí, y en su imaginacion haciendo varios discursos de sus desdichas: ya culpaba a Celio, ya le parecia impossible, que tan principal caballero, tan bien nacido, tan discreto y galan, huviesse faltado a sus obligaciones: ya culpaba su precipitado amor, que con tan facil pensamiento salió a buscarle: y entre estas dudas le atormentaba mas el pensar, si por ventura era de Celio aborrecida, que como imaginára, que estaba en su gracia, no estimára sus desdichas, ni pensára que lo eran, aunque fueran mayores, si era possible que lo fuessen para una muger sola y señora,

que caminaba tanta tierra por la aspereza de los montes sin sustento y sin esperanza de hallar el fin de su amor sin el de su vida. Admirados quedaron los pastores de ver entre aquellas ramas tal prodigio de hermosura, desmayada, descalza y rendida, mas a la verdad de la muerte, que al sueño, que la retrata. Llamóla dos, o tres veces la pastora, y viendo que no respondia, sentóse junto a ella, teniendola por muerta, o que ya le quedaba poca vida. Tomóle las manos, y viendoselas tan frias, como blancas, porque tuviessen todas las calidades de la nieve: miróla al rostro, y viendo tanta belleza y hermosura en tal desmayo, pusole la cabeza sobre las faldas, desviandole los cabellos, que ya sin orden discurrian por él hasta la garganta, como libres de quien los ataba y prendia en otro dichoso tiempo, venganza de los ojos, a quien havian puesto en su prision y carcel. Pues como la cabeza de Diana a una y otra parte se dejasse caer tan facilmente, comenzó la pastora un tierno y lastimoso llanto, creyendola por muerta. A esta descompostura y el sentimiento del labrador, que amaba a lo cortesano, despertó Diana de todo punto, y aunque no dandoles esperanzas de su vida, les sossegó las quejas, y suspendió las lagrimas, si bien con un hai tan doloroso, que poniendose las manos sobre el corazon, como que le apretaba, volvió a quedar como primero rendida. La hermosa Phylis, entonces

va-

valiendose del mismo remedio, comenzó a darle lugar con desnudarla, y el villano con traher agua de la fuente, que sobre su rostro formaba lagrimas, o perlas : pero de tal suerte, que las de sus claros ojos parecian finas, y las de la fuente falsas. Dióles las gracias Diana, y preguntandole ellos la causa de su mal, les dixo, que havia caminado sin comer tres dias. Entonces sacó Phylis de su zurron lo que vuessa merced havrá oído, que suelen traher en los libros de pastores: y esforzandose Diana a comer a su ruego, fortificó la flaqueza con templanza, y sintió el desmayado cuerpo algun alivio. Mientras comia Diana le preguntaba Phylis, quién era, y de donde venia, y por qué causa, admirandose, que los lobos, que venian de las montañas en seguimiento de los ganados hasta la raya de Estremadura, no la huviessen quitado la vida aquellas noches. Aqui entraron los conceptos, de que hasta los animales barbaros la aborrecian, como a veneno, y que de temor de su muerte no se la dieron. Viendo Phylis las razones desesperadas de Diana, que se inclinaba al monte, y que queria acabar en él la vida, la persuadió, que se fuesse con ella al cortijo y hacienda de su padre, y supo persuadirla con tan efectivas razones y muestras de amor tan grandes, que Diana se dió por vencida de su cortesia y voluntad, considerando, que seria remedio de lo que llevaba en sus entrañas, a que mira-

raba con atencion natural, quando mas aborrecia su vida. Fuése con los pastores, y fué bien recibida, aunque al principio Selvagio, padre de Phylis, y por ventura tan rustico en aquella edad, como su nombre, no estuvo gustoso de tenerla en su casa: pero despues, obligado de su hermosura y humildad, y por gusto de su hija mostró algun contento.

Celio, desde que salió de la Imperial Toledo, sin mas camino, que su amor, en el primero monte se quejó a gritos; y considerando, que por su causa Diana havia dejado su casa, madre, hermano, parientes, amigas, descanso y patria, y en los trabajos, que por ventura, o por desdicha estaba, estuvo cerca de perder la vida. En seis dias no entró en poblado, pagando los caballos su tristeza, pues de solas hierbas del campo se mantenian. Vió Feniso de lejos un pueblo, que casi encubrian algunos arboles, a cuyo pesar se mostraban dos altas torres, en cuyas pizarras y azulejos el sol resplandecia. Persuadió a Celio, que fuessen a él, y llegados se informaron de las personas, que les podian dar razon de la perdída prenda: mas ni en este lugar, ni en otros muchos, que a diez y a veinte leguas de Toledo anduvieron por espacio de un mes, fue possible hallar señas. Y viniendole a la imaginacion a Celio, que como eran los conciertos irse a las Indias, pudo Diana haver topado quien la llevasse a Sevilla: assi, presu-

sumiendo hallarla, como por alejarse de su tierra, resolvióse a ver si en aquella insigne ciudad estaba. Iba Celio tan disfigurado de no comer y de dormir en los campos, que pudiera seguramente volver a Toledo sin ser conocido. En llegando a Sevilla, hizo tales diligencias, quales se pueden presumir de un hombre tan enamorado y con tantas obligaciones: pero el no hallar a Diana, ni quien aun por engaño le diesse señas, no le dió tanto enojo, como el ver, que la flota de Indias era partida, porque presumia Celio, que en ella iba Diana, conociendo su amor, valor y animo. Quiso su fortuna, que hallasse solo un navio, que un tratante havia fletado, y que no se havia de partir hasta passados diez, o doce dias: hablóle Celio, y concertado con él que le pasasse, el patron lo acceptó, y hecha entre los dos grande amistad, comió con él algunas veces. Preguntandole en las ocasiones que se ofrecian, la causa de su tristeza, aunque Celio se escusó siempre, diciendo, que por no aumentarla con la memoria de algunos tristes sucessos no se la decia; y assi, llegado el tiempo de partirse, y siendo prospero el viento, zarpó el navio, y con una pieza de leva se alargó al mar, alejandose Celio mas de Diana, quanto imaginaba, que iba mas cerca: pero las esperanzas de cobrar el bien, aunque sean engañosas, no dañan, porque entretienen la vida.

Oc-

Octávio en Toledo passaba afrentosamente la suya, y con mayor tristeza, porque no sabia de quantos buscaban a Diana, parientes, ni amigos, nueva alguna, en que pudiesse tenerse la flaqueza de la esperanza; y viendo, que Celio no volvia, dió en presumir, que havia sido concierto de entrambos el salir ella primero, y él despues con ocasion de buscarla: pero quitóle esta imaginacion la fama de alguna gente, que discurria por la ciudad, diciendo, que le havian visto con Feniso por algunas aldeas solo, buscandola con notable cuidado. Sossegóse Octavio, assi por esto, como porque su madre le dissuadia deste pensamiento, temiendo, que si le creía, los havia de perder a entrambos.

Dos meses havia estado Diana en el cortijo de aquellos honrados labradores bien regalada de Phylis, quando llegó su parto, que fue de un hermoso hijo, para que no pudiesse quejarse, como en Virgilio la despreciada Dido del fugitivo Eneas.

Si me quedára de tí
un Eneas pequeñuelo,
antes que el ayrado cielo
te dividiera de mí,
Que por mi cassa jugára,
y tu rostro pareciera;
ni mis engaños sintiera,
ni por tu ausencia llorára.

Aun-

Aunque de otra manera lo sintió Ovidio en su Epistola.

Por ventura me has dejado
parte en mi pecho de tí,
ingrato, que ahora en mí
a muerte condena el hado.
Y assi, perdiendo la vida
por tí la infelice Dido,
del hijo que no ha nacido
serás padre y homicida.

Pero pienso, que el artificio, en que Ovidio fue tan celebre Poeta, obligó a Dido a fingir que quedaba preñada de Eneas, para obligarle a volver a verla: cosa, que no solo fingen las mugeres, pero los mismos partos. No lo era el de Diana, sino tan verdadero, que havia sido causa de sus peregrinaciones y desdichas. Caso estraño, que quando importa mucho un heredero, por un liviano antojo, que o se calló de verguenza, o no se pudo cumplir por impossible, se pierda el fruto, y por ventura el arbol, y que con tan inmensos trabajos, caminos, hambres y desnudos pies llegasse al puerto de la vida libre este infelice niño. Passado un mes de su convalescencia, llamó Diana a Phylis, y le dixo: A mí me es fuerza partirme desta tierra: si me pesa de dejarte, Dios lo sabe, y mis grandes obligaciones te lo dicen: mis entrañas te dejo, prendas son, que me obligarán a volver. No ten-

go de ir en mi habito, ni en el de muger, pues en él he sido tan desdichada: y assi te suplico me des alguno destos labradores, que sirven a tu padre, o que te sirven a tí, porque sea mas limpio, que yo tengo de un manteo, que traxe, hechos unos calzones, lo mejor, que mis desdichas me han enseñado. Y diciendo esto, comenzó a desnudarse, sin que ruegos, ni lagrimas de Phylis fuessen poderosos a mudar la firmeza de su proposito. Sacó dos joyas de diamantes, que trahia en el pecho, y dandole la primera y de mas valor, para que hiciesse criar su hijo, con la otra le pagó el hospedaje, que el amor era impossible. Vistióse finalmente un gavan, y cortandose los cabellos, cubrió con un sombrero rustico lo que antes solian cuidadosos lazos, diamantes y oro. Era Diana bien hecha, y de alto y proporcionado cuerpo: no tenia el rostro afeminado, con que pareció luego un hermoso mancebo, un nuevo Apolo, quando guardaba los ganados del Rey Admeto. Despidióse de Phylis y de sus viejos padres, llorando todos, mayormente Laurino, que con pensamientos de ciudad havia puesto en ella los ojos. Diana se llamaba con disfrazado nombre Lisis; y assi Laurino, que se preciaba de musico y Poeta, se quejaba algunas veces en estos versos de su ausencia, oyendole Phylis con algunos zelos, y doblandole a Fabio los agravios.

Li-

Lisis, despues que al Tormes
me llevaste la vida,
celebro tu partida
con lagrimas conformes:
que piensan mis enojos
templar el fuego con llorar los ojos.
¿Quánto mejor me fuera,
que en los tuyos hermosos
con lazos amorosos
el alma despidiera,
que no parece vida
esto que me ha dejado tu partida?
A la forzosa muerte,
Lisis, que ya me alcanza,
detiene la esperanza
para volver a verte:
pues no es justo que muera
quien tiene en tí su vida, y verte espera.
Si viesses este prado,
lastima te daria
aquel, que florecia
tu blanco pie nevado:
tu pie blanco y pequeño,
de tantas almas, como flores, dueño.
Para que le gozasses,
le cultivé, señora,
que no para que ahora
a los dos nos dejasses,
que en mí, y en estas selvas
no havrá vida ni flor hasta que vuelvas.
En carceles doradas

prendí los pajarillos,
que pienso que de oíllos,
como de mí te agradas:
que en tus prisiones de oro
al Alva canto, y a la noche lloró.
Aqui puse una fuente,
para que te bañáras,
y mas perlas dejáras,
que tiene su corriente:
y tú por darme enojos,
dos me dejaste en mis ausentes ojos.

Llegó la animosa y desdichada Diana, despues de haver caminado algunos dias, a un lugar cerca de Bejar, que no havia querido tocar en Plasencia por temor de algunos deudos, que allí tenia: salió a la plaza, y parada en ella, daba a entender que esperaba dueño. Vióla un labrador rico, y admirado de su gentil disposicion y hermoso rostro, le pareció cosa fingida, como realmente lo era. Llegóse a Diana, y hizole algunas preguntas: ella le supo satisfacer, mintiendo su nombre y patria, de suerte que le llevó consigo. Tenia conocimiento este labrador con el mayoral de los ganados del Duque, y sabia, que buscaba un zagal, por ser ya casado el que tenia, para cuidar de la comida y otras cosas necessárias, que se llevan al campo, donde el ganado es mucho. Dió de comer a Diana, y escribió con ella un villete al mayoral refe-
ri-

rido, poniendole en el camino con algunas señas, y sustento hasta el siguiente dia. No huvo visto el mayoral a Diana, quando comenzó a reirse del villete del amigo y della: llamó los demás labradores, y entre todos se compuso, al uso de su malicia una graciosa burla. Preguntóle el mayoral, qué de donde era natural: y él le dixo, que del Andalucia, pero que el no venir tostado, como el habito requeria, causaba el haver estado mucho tiempo en un bosque, donde solo le daba el sol, quando queria. Finalmente le supo decir tantas cosas, y mostrar tanta alegria y brio, defendiendose de las malicias y donayres de los villanos, que aficionado el mayoral, le recibió en su casa; y viendole aquella noche murmurar cantando, mientras sacaba algunos calderos de agua de un pozo para hinchir una pila, en que bebiesse el ganado domestico, le preguntó, si sabia tañer algun instrumento, como suelen de ordinario los pastores Andaluces: Diana dixo, que un laud, con que tal vez aliviaba algunas tristezas, a que era sujeta naturalmente. Admirado Lisandro, que assi se llamaba el mayoral, de que un pastor tañese un instrumento tan fuera de proposito para el campo, comenzó a mirarle con diferentes ojos, y no menos cuidado Silveria, hija suya, que desde que entró en su casa no los havia quitado de su rostro. Pareceme, que dice V. m. que claro estaba esso, y que si havia hija en essa

ca-

casa, se havia de enamorar del disfrazado mozo. Yo no sé que ello haya sido verdad, pero por cumplir con la obligacion del cuento, V. m. tenga paciencia, y sepa, que la dicha Silveria tendria hasta diez y siete, o diez y ocho años, edad, que obliga a semejantes pensamientos. Vivia no lejos un estudiante, que la miraba, passando mas en estas imaginaciones el curso de las leyes, que havia trahido de Salamanca, que en los Bartulos y Baldos. Aqui envió Lisandro por un instrumento, que aunque no era laud, supo componerle y acomodarle a su voz, como el estudiante seguirle, que aunque no entró dentro, oyó muy bien desde la calle, que Diana cantaba assi:

Por entre casos injustos
me han trahido mis engaños,
donde son los daños daños,
y los gustos no son gustos.
¡Ah amores bien empleados,
aunque mal agradecidos!
esso teneis de perdidos,
que es teneros por ganados:
¿qué importan gustos passados,
si los presentes disgustos
son mayores, que los gustos,
y qué el favor el desden,
pues he perdido mi bien
por entre casos injustos?

Tra-

Traxeronme posessiones
a tan injustas confianzas,
y a tan estrañas mudanzas
iguales satisfacciones:
mas como las sinrazones
anticipan desengaños
a la verdad de los años,
siento, que la culpa soy,
pues al estado en que estoy
me han trahido mis engaños.

Discretos sois, pensamientos,
algo teneis de divinos,
pues por tan varios caminos
me dixisteis mis tormentos:
no daros fé mis intentos
fue trataros como estraños:
pues no puede haver engaños,
que mas venzan la razon,
que pensar, que no lo son,
donde son los daños daños.

Entre dudas y recelos
andaban mis gustos ya,
como quien temiendo está
la tempestad de los cielos:
cessen mi amor y mis zelos:
no quiero gustos injustos
llenos de tantos disgustos,
que en siendo la fé dudosa,
anda el alma temerosa,
y los gustos no son gustos.

Esto cantó Diana, que de todo lo que sabia, ninguna cosa era mas a proposito de sus disgustos, con tal artificio, que ni por la voz se conociesse, que era muger, ni por quererla disfrazar se entendiesse, que lo dissimulaba. Perdida quedó Silveria de ver añadir tal gracia a las que Diana tenia exteriores. Pareceme, que le va pareciendo a V. m. este discurso mas libro de pastor, que Novela, pues cierto, que he pensado, que no por esso perderá el gusto el sucesso, ni que puede tener cosa mas agradable, que su imitacion. Passados algunos dias dió Silveria en solicitar la voluntad de Diana, y en las ocasiones, que se le ofrecian hacerle gusto, hasta que una fiesta por la tarde, que se acertaron a hallar solos en un huertecillo, mas de arboles, que de flores, al uso de las aldeas, le comenzó a preguntar por su tierra, la causa porque la havia dejado, y si havian sido amores; dandole la disculpa en la edad, y abonando su error, porque comenzaba a darsela del que pensaba proponerle. A todas estas cosas respondia Diana con mucha discrecion y prudencia, fingiendo, que el haverse casado su padre la havia desterrado de su cassa, encareciendo la aspera condicion de su madrastra. Vino gente, y dividióse la conversacion con gran sentimiento de Silveria, que de alli adelante con mas declarados ojos la miraba. Murmuraban los labradores el encogimiento de

Dia-

Diana; y ella por no ser entendida, dió en hacer del galan con las villanas, que venian a visitar a su ama; y como por ser casa grande, y de mucha gente de servicio, luego se inventassen bayles, Diana dió en salir a ellos y despejarse, con que no desagradaba las labradoras, mayormente una hermana del estudiante referido, que era en extremo bachillera y hermosa, y picaba en leer libros de caballerias y amores: pero desagradaba a Silveria, que abrasada de zelos le comenzó a decir una tarde con algunas lagrimas, que cómo havia sido tan desdichada, que no havia negociado su inclinacion como las demás labradoras, y que supiesse, que no era justo, que ya que no la quisiesse, por ser ella mas desdichada, la matasse de zelos con su vecina. Sintió tanto Diana el ver apassionada a su señora, que mil veces estuvo determinada de decirle, que era muger como ella: pero temiendo, que se havia de descubrir quien era, de que le havia de resultar tanto daño, mostróse agradecida, y asseguróle los zelos con decir, que se atrevia a las otras, y a ella no, por el debido respeto de ser su dueño, mas que de alli adelante se emendaria en todo, de cuyas esperanzas quedó Silveria contenta y engañada: tomóle la mano, y aunque Diana la resistia, se la besó dos veces, templando con su nieve el fuego del corazon, si lo que aumentaba los dos, se puede llamar templanza. Ya el amor

de Silveria se comenzaba a echar de ver en casa, que amor, dinero y cuidado dicen, que es impossible dissimularse: el amor, porque habla con los ojos; el dinero, porque sale al lucimiento de su dueño; y el cuidado, porque se escribe en el semblante del rostro. Diana temerosa andaba buscando ocasion para despedirse, y era tanto el amor que todos la tenian, que estimaba en mas el no ser ingrata, que el peligro de su vida. Pero sucedió a sus fortunas mejor de lo que esperaba y de lo que solia: tan hecha estaba a que le fuesse adversa. Pues andando el Duque de Bejar a caza por su tierra, vino a ser huesped una noche en casa del mayoral de sus ganados, que por su mayordomo conocia, y porque el viejo le solia llevar algunos presentes, de que el Duque se tenia por bien servido: que suele agradar a los Principes la hacienda de los campos, mas que la riqueza y abundancia de sus palacios. Deseando el mayoral entretenerle, claro está que havia de llamar a Diana, y ella parecerle bien al Duque, y assimismo mandarle que cantasse. Aqui fue menester, que el estudiante truxesse su instrumento de mala gana, porque de zelos de Diana y Silveria perdia el juicio: ella le acomodó las cuerdas a su voz, y escuchando todos, cantó assi:

Selvas y bosques de amor,
en cuyos olmos y fresnos

aun

aun viven dulces memorias
del pastor antiguo vuestro.
Por lo que os tengo obligados,
os pido que esteis atentos
a mis quejas, y vereis
quan dulcemente me quejo.
Oíd de vuestro pastor
en este nuevo instrumento
más lagrimas, que razones,
y mas suspiros, que versos.
Sabed, que vengo perdido:
¿perdido os he dicho? miento,
que ninguno se ha ganado,
tambien como yo me pierdo.
Ganado vengo y perdido,
que por tan alto sujeto
gano, perdiendo la vida,
la gloria de mis deseos.
En fin, selvas amorosas,
yo vengo muerto y contento:
muerto de amor de unos ojos,
contento de verme en ellos.
Las señas quiero deciros,
pero temo los agenos,
que aun no me atrevo a mirallos,
aunque adorarlos me atrevo.
Quererlos me cuesta el alma,
y con vivir, si los veo,
para mirarlos mil veces
me ha faltado atrevimiento.
Si os digo, que negros son,

yo os juro, que digan luego:
Los ojos son de Jacinta,
si este se pierde por ellos.
Pero direis en el valle:
no hay mas de unos ojos negros:
muchos hay, pero en ningunos
puso tanta gracia el cielo.
Creedme, selvas a mí,
que de buen gusto me precio,
que si no fueran tan vivos,
no estuviera yo tan muerto.
Arboles, no soy yo solo
quien desta suerte los quiero,
que jamás miraron vida,
que no se fuesse tras ellos.
Quien se burláre de mí,
yo le remito a su fuego,
porque para tanto sol
no valen montes de hielo.
Alma de nieve tenia
antes que llegasse a verlos,
y ya deshecha en sus rayos,
si ellos dicen que la tengo.
No han sido conmigo ingratos,
piadosamente me dieron
ocasion para perderme:
mi daño les agradezco.
El mal que tengo, es saber,
que no merezco quererlos;
si bien es, selvas, verdad,
que su hermosura merezco.

Y he llegado a tal estado,
entre esperanzas y miedos,
que con saber que me matan,
no puedo vivir sin ellos.
Ausente estoy animoso,
y en llegando a verlos tiemblo,
siendo el primero en el mundo,
que tiembla con tanto fuego.
Cosas, que se tratan mucho,
suelen estimarse en menos;
y yo mientras mas los trato,
mas los estimo y respeto.
En los campos de mi aldea
les digo tantos requiebros,
que he visto parar las aguas,
callar las aves y el viento.
Y en llegando a ver sus ojos,
quedar mas mudo y suspenso,
que a media noche las fuentes
en las prisiones del hielo.
A tanto amor he llegado,
que muchas veces que tengo
tiempo de gozar sus luces,
pierdo temeroso el tiempo.
Quando menos los amaba,
era mas mi atrevimiento:
ahora que mas los amo,
es mi atrevimiento menos.
Mas os juro, verdes selvas,
que quiero yo mas por ellos
estas penas, que las glorias

de

de quantos el cielo ha hecho.
Verdad es, que entre las mias
zelos me quitan el seso,
porque no hay renta de amor,
sin pagar pension de zelos.
No sólo de los pastores,
que la miran cerca, o lejos,
mas de quantas cosas mira,
de zelos me abraso y muero.
De mí mismo alguna vez
me ha acontecido tenerlos,
porque pienso, que soy otro,
si la agradan mis deseos.
Quando sale de su aldea,
la voy mirando y siguiendo,
que lleva en sus pies mis ojos,
y el alma en sus pensamientos.
Con estas zelosas ansias
la sigo, rogando al cielo,
que quantos pastores vea,
sean robustos y feos.
Mil veces he codiciado
hacer pedazos su espejo,
porque hace dos Jacintas,
y guardar una no puedo.
Selvas, lastimaos de mí:
mas no lo hagais, que os prometo,
que en solo verla me paga
quanto por ella padezco.

Notablemente se agradó el Duque de la per-

persona de Diana, pero mucho mas despues que vió la gracia, la destreza y la dulce voz, con que havia cantado los referidos versos. Preguntóle todo lo que en esta ocasion se puede imaginar de un señor, que los señores preguntan mucho; y es la causa, que de las cosas que passan entre la gente humilde, saben poco. En razon de su patria y padres, que fue en lo que hacia mas fuerza, le dixo: que la havia criado en Sevilla un hombre, a quien llamaba padre; y que de dos a dos meses venia a su casa un hombre, que le daba dineros y cartas, y le encargaba su regalo, de que havia tenido sospecha, que su padre debia de ser otro mas noble, y que vivia lejos de Sevilla: y assi un dia, haviendole hallado de buen humor, le havia dicho, que le dixesse de quien era hijo, pues ya él sabia, que no era suyo; pero que ni en aquella ocasion, ni en otras muchas pudo obligarle con grandes servicios y encarecimientos a que se lo dixesse: si bien le trahia en palabras de un dia en otro, jurandole, que sin licencia de aquella persona era impossible, y en medio destas esperanzas se le havia muerto de mal, que quando quiso decirselo, no pudo; y que quedando desamparado, no supo aplicarse a ningun oficio, por mas que havia deseado intentarlo; y que assi havia querido elegir el de pastor y hombre del campo, mas por vivir en soledad, hallandose tan triste, y sin saber

quien

quien era, que no porque entendiesse, que aquel camino podia en ningun tiempo mejorar su fortuna. En esso te engañaste, respondió el Duque, porque yo te quiero llevar conmigo, estimarte en lo que mereces, que es gran violencia de tus estrellas, que con tantas gracias vivas entre gente tan humilde, porque es ingratitud al cielo, o emplearlas mal, o encubrillas. Besó Diana las manos al Duque con las cortesias y ceremonias, que havia aprendido en mejores paños; y acceptó la merced, que le hacia, con humildes y discretas razones, que por instantes iban hallando mayor gracia en los ojos de aquel gran señor, que haciendola acomodar de lo necessario, la llevó consigo. El disgusto de Silveria no halló con que poder compararle, sino es a contrario sentido, con el gusto del estudiante zeloso, que de ver que se iba Diana, estaba con tanto gusto, como Silveria y su hermana tuvieron pena, celebrando con lagrimas su partida.

¿Quién duda, señora Leonarda, que tendrá V. m. deseo de saber, qué se hizo nuestro Celio, que ha muchos tiempos que se embarcó para las Indias, pareciendole que se ha descuidado la Novela? Pues sepa V. m. que muchas veces hace esto mismo Heliodoro con Theagenes, y otras con Clariquea, para mayor gusto del que escucha, en la suspension de lo que espera. A Celio sucedió tan mal en su viage, que con una tormenta deshecha, no sien-

siendo parte la industria de los marineros, rompiendo cables y amarras, y todas las demás jarcias del navio, estuvo a pique de perder la vida en el rigor inexorable de las ondas. Entre la confussion de las voces del amayna, el hiza, vira, zaborda, el acudir por diversas partes a la faena, desatinado el viento, y descompuesto el orden de la navegacion, Celio, mas que el navio, desordenadas las jarcias de los sentidos, solo atendiendo a perder a Diana, a quien él imaginaba sol del mundo Antarctico, decia, casi en imitacion de Marcial, un Poeta Latino, por quien a V. m. le está mejor no saber su lengua:

Ondas, dejadme passar,
y matadme quando vuelva.

Y lo imitó el divino Garcilasso:

Ondas, pues no se escusa *que yo muera*,
dejadme allá passar, y a la tornada
vuestro furor executá en mi vida.

Y aqui de passo advierta V. m. que a muchos ignorantes, que piensan que saben, espanta, que con tales vocablos se dé a Garcilasso nombre de Principe de los Poetas en España. *Tornada* y otros vocablos, que se vén en sus obras, era lo que se usaba entonces; y assi ninguno desta edad debe bachillerear tanto,

to, que le parezca, que si Garcilasso naciera en esta, no usára gallardamente de los aumentos de nuestra lengua: pero a V. m. ¿qué le vá, ni le viene en que hablen como quisieren de Garcilasso? Assi decía una Cancion, que cantaban un dia los musicos de un señor grande:

Las obras de Boscan y Garcilasso
se venden por dos reales,
y no las hareis tales,
aunque os precieis de aquello del Parnasso.

Atrevome a V. m. con lo que se me viene a la pluma; porque sé, que como no ha estudiado Rhetorica, no sabrá quanto en ella se reprehenden las digressiones largas. Llegó Celio derrotado con su nave despues de tan larga tormenta a una Isla en las partes de Africa, donde algunos navios suelen hacer agua, aunque es menester salir por ella mucha gente con buenas armas y no menos cuidado, porque la guardaban Moros por los daños, que les solian hacer las galeras y navios de España. La de Celio venia tan mal tratada de la tormenta, que no pudiendo passar adelante, se determinaron a aderezarla. Salieron en tierra los pasageros y el patron, y no de mala gana, que al hombre siempre le fue madre la tierra y madrastra el agua. Comieron sobre unas hierbas, que les servian de manteles, y en el fin de la mas descansada comida, que havia te-

tenido el viage, porque tenia la mesa mas firme, el patron, conociendo la tristeza de Celio, le rogó, que le dixesse la causa: él, movido de su piadoso animo le contó quien era, lo que le havia sucedido, lo que buscaba, a la traza que suelen ser las narraciones de las Comedias, que hay Poeta comico, que se lleva de un aliento tres pliegos de un Romance. En essa tierra, dixo el patron, tengo yo un tio, cuya es la mayor parte de la hacienda, que llevo en este navio, donde una noche, que yo venia de darle cuenta de las ganancias de la flota passada, viniendo ya despedido, con orden de lo que havia de hacer, casi al filo de la media noche, por una calle arriba me llamó desde un balcon una dama, y me preguntó, si era hora: a quien yo respondí, que qualquiera era buena; y entonces me dió un cofrecillo, lleno de joyas y dineros, diciendome, que aguardasse a la puerta: no sé qué condicion pudo moverme a cosa tan mal hecha, que tomando a toda furia la calle, no quise aguardar el sucesso, porque hay fabulas, que hasta la segunda jornada llegan felicemente, y a la tercera se pierden. Empeñé las joyas en Sevilla para cosas que me fueron necessarias, con determinacion, que si Dios me volvia con bien del comenzado viage, volveria las joyas a su dueño: pero si por la relacion, añadió el piloto, que me haveis dado, conoceis esta dama, este diamante es suyo,

mirad si le conoceis. Celio conociendo, que con el primer papel se le havia dado a Diana, atrevasada la garganta de un fuerte ñudo, apenas pudo, ni supo responderle; y mas quando añadió el piloto, que si en Sevilla se lo huviera dicho, no tenia para que buscar a Diana, porque él sabia infaliblemente, que no iba en la armada. Celio satisfecho y muerto le dixo, que aquel anillo era la primera cosa que havia dado a Diana, y que las joyas no tenia que tratar de volverlas, porque la dama era de calidad, y le podria costar la vida, por haver sido hurto; que lo callasse y gozasse, dandole solo el anillo, que él no queria otra cosa para consolarse: pero por diligencias, que hizo Celio, por ruegos, por amenazas, jamás pudo acabar con aquel barbaro, que le diesse el anillo. Las palabras suelen ser mas dueños de las pendencias, que los agravios: de unas en otras vinieron Celio y el patron a descomponerse, porque el mayor contrario del amor no es la ausencia, los zelos, el olvido, el interes, ni la inconstancia de la condicion, sino la porfia. Llegó pues a tanto extremo, que Celio con la daga le dió dos puñaladas, de que quedó muerto. La gente de la nave acudió al alboroto, y aunque él desesperadamente intentó defenderse, le prendieron y llevaron al navio, que calafeteado, y puesto a punto, partió con buen viento, y con Celio atado a una cadena en el lastre, a

Car-

Cartagena de las Indias, haviendo hecho el escrivano del navio una pequeña informacion, a causa de no negar Celio la muerte del piloto, porque decia llanamente, que él le havia muerto por ladron de su hacienda, de su vida y de su honra. Depositaronle finalmente en la carcel, porque en la tierra no havia Gobernador, y estaba, como tan nuevamente conquistada, llena de alborotos y robos, inobediente por remota, y varia por ambiciosa: y como dixo el Mayor Plinio: *Ningun gobierno es mas aborrecido, que aquel que mas conviene al pueblo.*

Servia en estos medios Diana al Duque, a quien por el cuidado de su ropa, limpieza y asseo de sus vestidos hizo en breve tiempo su camarero, porque en todo tenia buen gusto, y le ayudaba el deseo: que nadie sirve bien, si no desea agradar a quien sirve.

Determinóse el Rey Catholico en la conquista del Reyno de Granada, y envió a llamar los Grandes, de los quales no fue el postrero el Duque: pues apenas havia recibido la carta, quando nombró los criados, que havian de acompañarle, y los vistió y adornó de ricas libreas. No tuvo Diana en sus trabajos otro dia de contento, porque imaginó, que si Celio la buscaba, en ningun lugar la podia hallar como en la Corte; y a todos les dió tan grande, que le daban el parabien de verla alegre, porque la amaban y respeta-

taban todos, porque a todos con mucha discrecion llevaba sus condiciones; cosa tan necessaria en palacio, que el que pensáre lograr la suya sin sufrir, y acomodar la de otros, ni podrá conservar la gracia del señor, ni dejará de perder sus pretensiones por envidia. En este viage se acreditó mucho Diana, y le mostró mayor amor el Duque, que los caminos y las carceles hacen notables amistades, y descubren mas los entendimientos. Estaban un dia haciendo hora para caminar, y mandó el Duque a Diana, que le cantasse alguna de las selvas, que solia: ella con graciosa obediencia comenzó la segunda, diciendo assi:

Verdes selvas amorosas,
oíd otra vez mis quejas,
que en fé de que fuisteis mudas,
os quiero contar mis penas.
Pues hallo mi compañia
en las soledades vuestras,
no os canse ahora el oírlas,
pues descanso en padecerlas.
Si os pareciere importuno,
sabed, amorosas selvas,
que ha dado el cielo a los males
para quejarse licencia.
Si quando os conté mis dichas,
os alegrasteis con ellas,
haced oficio de amigo,

y acompañad mis tristezas.
Aquella aldeana hermosa,
cuya divina belleza,
para criar vuestras flores
traxo el sol en dos estrellas:
La que bajaba a matar
fieras por vuestra aspereza,
y, mentia, que eran almas
las que ella llamaba fieras:
Por zelos de una pastora,
selvas, que miraba apenas,
tan fea y tan enfadosa,
como sino fuera necia:
Se fue del aldea ayrada,
solo porque fuesse aldea,
porque fue con ella corte,
porque fue cielo con ella.
¿Cómo os diré mi dolor,
si no sabeis qué es ausencia?
mas sí sabeis, pues tres meses
aguardais la primavera.
Otros tantos ha que vive
de essa parte de la sierra,
que quiso passar sus nieves,
por dejar su fuego en ellas.
Hay pastores, donde está,
de quien es justo que tema,
no sé si con menos alma,
mas sé, que con mas riqueza:
Ya sabeis, selvas, sus partes:
¿quién havrá, que no la quiera?
quién

quién havrá, que no me mate?
quién havrá, que no me ofenda?
Todos pienso que la miran,
y que todos la desean;
¿pues cómo estaré seguro,
quando por zelos me deja?
Con esto muriendo vivo,
porque mis desdichas piensan,
que alguno será dichoso,
para que yo no lo sea.
Escribíle mis enojos,
y que no quiero quererla:
¡qué necias tretas de amor,
si estoy muriendo por ella!
Porfio, por vér si escribe
alguna palabra tierna,
de donde tome ocasion
para rogarle que vuelva.
Mas como mi loco amor
la tiene tan satisfecha,
sabiendo que he de rogarla,
responde, que allá se queda:
Que sus papeles la envie,
porque no quiere que tenga,
por donde passado el plazo
pueda pedirle la deuda.
Con esto, zeloso y triste
fuime a la sierra por verla,
fiandome de la noche,
por encubrir mi flaqueza.
Y viendola en su cabaña,

mas que otras veces compuesta,
rogaronme mis desdichas,
que creyesse sus sospechas.
Selvas, quien ama y se viste
con zelos y con ausencia,
no digo que tiene amor,
que amor es todo tristeza.
Parecióme mas hermosa,
que los enojos aumentan
la hermosura, porque en fin
ya parece que es agena.
Volvíme, y juré vengarme:
mas en estas diferencias,
assi me quisiera hablar,
como mil almas le diera.

Caminaban todos entretenidos con el donayre y gracia de Diana, que le tenia para todas las cosas; mayormente el Duque, que ya llevaba cuydado de hacerle merced, y se la huviera hecho, si la huviera visto inclinada a casarse, porque algunas veces lo havian tratado él y la Duquesa, con una criada de su camara, que era toda su privanza y gusto, de que Diana se guardaba todo lo possible, porque era impossible. Aposentóse el Duque en la Corte con la grandeza, que a tal Principe convenia. Iba y venia a palacio, llevando siempre en su coche a Diana, que se convertia en los ojos de Argos, para ver si por aquellas calles, o en los patios y corredores

del alcazar parecia Celio, que con fuertes prisiones estaba en Cartagena de las Indias. El Rey se ponia muchas veces en un balcon, que sobre la puerta de Palacio hacia una hermosa vista, para ver desde los cristales de los marcos entrar los Grandes. Quiso la fortuna de Diana, que ya se cansaba de tantos accidentes, que sobre passar los coches, o llegar a la puerta, se descomidiesse un criado con el Duque; y como los que le acompañaban se embarazassen, como cortesanos nuevos: Diana, que por donayre solia tomar las espadas negras, con que se entretenian Octavio su hermano y Celio con las doncellas de su casa, quitando ayrosamente el estribo, antes que se afirmassen, le dió una gentil cuchillada: la confusion fue grande; el Duque interpuso su autoridad, y metió consigo a su camarero hasta la puerta del retrete: habló el Rey al Duque, y como se riesse hablandole, el Duque le preguntó, que de qué se reía su Alteza, y él le dixo: Del buen ayre de aquel gentil-hombre vuestro, que dió aquella cuchillada al que se le descomidió tan descortés y atrevido. El Duque, viendo que el Rey no estaba enojado, le alabó y encareció las partes, gracias y virtudes de Diana, de suerte, que quiso verla, y entró y le besó la mano. El buen talle de Diana, la gala, la discrecion y el despejo, obligaron al Rey a pedirsele al Duque; y él dixo: que aunque era todo su regalo, desde que le havia recibido,

dó, tenia este pensamiento de ofrecersele. Contenta estará V. m. señora Leónarda, de la mejoria de nuestro cuento, pues ya queda Diana en servicio del Rey Catholico, y en pocos dias tan privado, que en mil cosas, que se le ofrecian, holgaba de su parecer, y de lance en lance ya tenia los papeles de mas calidad e importancia: pues prometo a V. m. que no lo estaba la pobre dama, porque tenia el alma entre dos Celios, y ausentes entrambos: uno en las Indias, y otro en tierra de Plasencia: aquel su esposo, y este su hijo. Creció tanto el amor del Rey con las gracias y servicios de Diana, que antes que saliesse de la Corte el Duque, ya le havia pagado lo que por ella havia hecho; y su Alteza le havia dado a ruego suyo la Encomienda mayor de Alcantara, y para su hermano segundo seis mil ducados de renta.

La gracia de la voz de Diana no se havia encubierto en palacio; pero ya con el nuevo estado y oficio estaba en silencio: error del mundo, que en llegando los estados a la autoridad, pierdan calidad por las gracias, y que si a un hombre le dió el cielo gracia de cantar, tañer, o hacer versos, queda inhabil pará otros oficios, y se murmura destas virtudes, como si fuessen fealdades. Alexandro tañia y cantaba, Octaviano hacia versos, y no por esso dejaron, el uno de tener en paz el mundo, y el otro de conquistarle. Servia un hijo

de un gran señor una dama, y ella deseaba con extremo oir cantar a Diana, cuya persona y entendimiento no debian de desagradarle. Pidió con grande encarecimiento al amante referido, que le pidiesse, que cantasse una noche. Diana por no disgustarle, y creyendo, que no importaria que se supiesse, cerca de la una de la noche en el terrero cantó assi:

Selvas, en mi vida tuve
mas ocasion de hacer versos,
mas causa para ser altos,
mas amor para ser tiernos.
Hoy sabreis el mal que tuve,
y vereis el bien que tengo,
porque viene a ser mi voz
alma de vuestro silencio.
No he querido en el aldea,
selvas, hablar, porque temo
los secretarios de cifra
de pensamientos agenos.
Hallome bien en vosotros,
porque si algun arroyuelo
murmura de lo que digo,
al fin corre, y passa presto.
En los palacios de Circe
estuvo mi entendimiento
cautivo sin hermosura,
y agradecido sin premio.
En esta transformacion
no pude ver sus defectos:

mal

mal haya amor, que passado,
es todo arrepentimiento.
Pero ya, selvas amigas,
soy por mi bien de otro dueño,
tan hermoso, que parece
de imaginaciones hecho.
Verdes y pintados son
sus ojos, mirad os ruego,
si esto se llama pintado,
¿qué será lo verdadero?
Quando los miro, me admiro;
y que es milagro sospecho,
que siendo soles pintados
despidan rayos de fuego.
En ellos viven dos niñas,
nó como los ojos bellos
pintadas, sino pintoras,
pues me retratan en ellos.
Este cielo de sus ojos
permite a dos arcos negros
por amistad hermosura,
que no es poco junto a ellos.
Naturaleza y la Diosa,
que vuestros prados amenos
visten por Abril y Mayo,
en su boca compitieron.
Y aunque los dió la primavera
la rosa en honra de Venus,
perdió con la de sus labios,
donde yo tambien me pierdo.
De dos corales la hizo:

mas las perlas que ví dentro,
su misma risa las diga,
que yo turbado no acierto.
Sus manos son de marfil,
y flechas de amor sus dedos,
porque a ser de nieve el sol,
huviera rayos de hielo.
Lo demás, aunque es lo mas,
no lo digo, porque pienso,
que me tendreis por dichoso,
y estaré cerca de necio.
Pero imaginad el alma,
que aníma su hermoso cuerpo,
y vereis por un cristal
la luz de su entendimiento.
Tres dicen que son las Gracias,
los que las suyas no vieron,
porque las hicieran mas,
o fueran las otras menos.
Desta belleza que digo,
seis años anduve huyendo:
pero en un hora de amor
le pago quanto le debo.
Aqui vivo de mirarla,
y como sin verla muero,
siempre digo, que me voy,
imaginando que vuelvo.
Estoy contento y zeloso:
¿quién vió zeloso y contento?
mas tengolos de mi dicha,
sin darme ocasion de zelos.

¡Hai

¡Hai de mí, si alguna vez
fuesse verdad lo que temo!
pero no quiero pensarlo,
por no morir de temerlo.

Esta fue la desdicha, o la dicha de Diana, que haviendola oído algun zeloso, que no estaba en desgracia del Rey, y lo estaba desta Diana, se lo dixo, y afeó notablemente. El que lo havia oído y dissimulado, comenzó a dar orden, solicitado de muchos, a quien era odiosa su privanza, como cosa sin fundamento de sangre y dignos servicios de paz y guerra, haviendo sabido, que en las Indias havia tantos alborotos; y conociendo, que a Diana, que siempre se llamó Celio, comenzaba a emprender la envidia, porque no viniesse a caer por sus calumnias en su desgracia, le nombró por Gobernador y Capitan general de todo lo nuevamente conquistado, y para castigar los culpados en la muerte del que lo havia sido, de que cada dia venian a España quejas y processos. No pudo Diana dejar de acceptar el cargo, y besando la mano al Rey, con sus despachos y la gente necessaria partió de Valladolid a Sevilla, donde estaba la armada, y se hacia la gente, que havia de passar con ella, que a la fama de la inmensa riqueza, que aquella tierra producia, era infinita. Passó por Toledo, su patria; y como alli la novedad moviesse las damas y ca-

caballeros, salieron todos a ver el nuevo Virrey, cuyo talle y entendimiento en todas las ciudades de Castilla tenia fama. Salió su hermano Octavio, y como ella le viesse entre los otros, cubriendosele el rostro de lagrimas, cerró las cortinas del coche, y echandose en las almohadas, pensó rendir el alma: no quiso parar en Toledo, y quando estaba lejos de ser vista, haciendo descubrir el coche, miraba la ciudad con entrañables suspiros. Desde Sevilla comenzó la fortuna de Diana a mejorar de intento, y la de la mar le puso con tiempo prospero en la tierra deseada con grande aplauso de los Españoles e Indios, que viendo de la suerte que se hacia respetar y temer, lo que castigaba y premiaba, la limpieza de sus manos y la entereza de su justicia, assi por esto, como porque le imaginaban tan mozo y tan casto, le llamaban el Sol de España. A muchos enviaba a ella con los processos y averiguaciones, a muchos hacia dar garrote en secreto, y sepultura en el mar, si alli le havia. Llegó ultimamente a Cartagena, y visitando los presos, vió a Celio, que aunque estaba flaco y descolorido, le conoció luego, que como amor está en la sangre, vase presto al corazon, y da aviso al alma. La alegria de Diana compitió con la dissimulacion, y estuvo cerca de vencerla. Informóse de la causa, y quisiera librarle, pero dos hermanos del muerto, el uno mercader rico, y el otro Capitan belicoso, y

que

que hasta entonces le havian guardado en la carcel y perseguido, daban voces, y pedian justicia, de suerte que no le fue possible a Diana ponerle en libertad. Hizo salir de la sala a todos, y quiso saber de su boca todo el sucesso, dandole palabra de caballero, si le decia la verdad, de ayudarle quanto le fuesse possible. Creyendo Celio, que el Virrey se le havia aficionado, y creyendo la verdad, aunque no la entendia, contóle por extenso toda su historia; desde los amores de Toledo, la ausencia de Diana, lo que havia padecido por buscarla, y como el hombre, que havia muerto, era el que le havia hurtado sus joyas; que por no le querer restituir el diamante, y ser la primera prenda de su amor, vino en tanta desesperacion, y renovado sus desdichas. Diana miraba a Celio, y volvia las lagrimas desde los ojos al corazón, llorando sobre él lo que fuera en el rostro a estar mas sola. Hizo retirar a Celio, y de secreto a su mayordomo, que con notable cuydado le regalasse: y le hablaba todos los dias, haciendole siempre referir su historia, de que Celio se admiraba, viendo que no queria, que le tratasse de otra cosa. Acabadas todas las que tenia que hacer en aquella tierra, hechos los castigos, y dado a los leales los merecidos premios, como el Rey le mandaba por sus provisiones y despachos; viendo que no havia sido possible aplacar con ruegos, ni dineros la rigurosa parte

del piloto difunto, le embarcó en su Capitana, y a titulo de preso llevó consigo, comiendo y jugando con él todo el viage. Halló Diana al Rey Catholico en Sevilla: fue a besarle la mano con grande acompañamiento, y no sin Celio, que allá le llevó tambien con la disculpa de algunas guardas. Pienso, y no debo de engañarme, que V. m. me tendrá por desalentado escritor de Novelas, viendo que tanto tiempo he pintado a Diana, sin descubrirse a Celio despues de tantos trabajos y desdichas: pero suplico a V. m. me diga, si Diana se declarára, y amor ciego se atreviera a los brazos, ¿cómo llegára este Gobernador a Sevilla? pues no ha faltado tambien quien me ha dicho, que hablandose los dos a solas, los murmuraron, y dieron cuenta al Rey, donde le fue forzoso a Diana declararse, y ellos quedar corridos. Lo cierto es, que entre las mercedes, que pidió a su Magestad, por los servicios de la India, y su pacificacion, fue el perdon de Celio, y luego, que le hiciesse cumplir la palabra, que le havia dado de casarse con ella, de que el Rey y todos sus caballeros quedaron admirados, y Celio conociendo, que el Gobernador era su hermosa muger, que tantas lagrimas y desventuras le havia costado. Grandes fueron las mercedes, que el Rey les hizo, y grandes las fiestas, que se hicieron a sus casamientos, y no menor el contento de ver su hijo, por quien envia-

ron luego personas de confianza. Traxole la pastora en habito de grossero zagal, pero con linda cara y melena hasta los hombros. El contento destos amantes, quando descansaron en los brazos de tantas fortunas, V. m. con su grande entendimiento lo figure, pues ya su imaginacion se havrá adelantado a exagerarsele, que yo me parto a Toledo a pedir albricias a Lisena y Octavio, de que ya hicieron fin las fortunas de la hermosa Diana y el firme Celio.

EL DESDICHADO POR LA HONRA.

NOVELA II.

A LA SEÑORA MARCIA LEONARDA.

PIenso, que me ha de suceder con V. m. lo que suele a los que prestan, que pidiendo poco, y volviendo luego, piden mayor cantidad para no pagarlo. Mandóme V. m. escribir una Novela: enviéle Las Fortunas de Diana: volvióme tales agradecimientos, que luego presumí; que queria engañarme en mayor cantidad; y hame salido tan cierto el pensamiento, que me manda escribir un libro dellas, como si yo pudiesse medir mis ocupaciones con su obediencia. Pero ya que lo intento, si no en todo, en alguna parte, voy con miedo de que V. m. no ha de pagarme, y en esta desconfianza y fuerza, que hago a mi inclinacion, que halla mayor deleyte en mayores estudios, aparece como la luz, que guiaba a Leandro, la llama resplandeciente de mi sacrificio, assi opuesta al impossible, como a las objeciones de tantos: a que está respon-

di-

dido., con que es muy proprio a los mayores años referir exemplos, y de las cosas, que han visto, contar algunas: verdad, que se hallará en Homero Griego, y en Virgilio Latino; bastantes a mi credito, por ser los Principes de las dos mejores lenguas, que de la Santa no se pudieran traher pocos, si mi proposito fuera disculparme. Confiesso a V. m. ingenuamente, que hallo nueva la lengua de tiempos a esta parte, que no me atrevo a decir aumentada, ni enriquecida; y tan embarazado con no saberla, que por no caer en la verguenza de decir, que no la sé, para aprenderla creo, que me ha de suceder lo que a un labrador de muchos años, a quien dixo el Cura de su lugar, que no le absolveria una Quaresma, porque se le havia olvidado el Credo, si no se le trahia de memoria. El viejo, que entre los rusticos habitos tenia por huesped desde el principio de su vida una generosa verguenza, valióse de la industria, por no decir a nadie que se le enseñasse, que a la cuenta tampoco sabia leerle. Vivia un maestro de niños dos casas mas arriba de la suya: sentabase a la puerta mañana y tarde, y al salir de la escuela, decia con una moneda en las manos: Niños, esta tiene quien mejor dixere el Credo; recitabale cada uno de por sí, y él le oía tantas veces, que ganando opinion de buen Christiano, salió con aprender lo que no sabía. Pareceme, que V. m. se promete

con

con esta prevencion la bajeza del estilo, y la copia de cosas fuera de proposito, que le esperan: pues hagala a su paciencia desde ahora, que en este genero de escritura ha de haver una oficina de quanto se viniere a la pluma, sin disgusto de los oídos, aunque lo sea de los preceptos, porque ya de cosas altas, ya de humildes, ya de episodios y parenthesis, ya de historias, ya de fabulas, ya de reprehensiones y exemplos, ya de versos y lugares de autores pienso valerme; para que ni sea tan grave el estilo, que canse a los que no saben, ni tan desnudo de algun arte, que le remitan al polvo los que entienden. Demás, que yo he pensado, que tienen las Novelas los mismos preceptos que las Comedias, cuyo fin es haver dado su autor contento y gusto al pueblo, aunque se ahorque el arte: y esto, aunque va dicho al descuido, fue opinion de Aristoteles: y por si V. m. no supiere quién es este hombre, desde hoy quede advertida de que no supo Latin, porque habló en la lengua, que le enseñaron sus padres, y pienso, que era en Grecia: con este advertimiento, que a manera de proemio introduce la primera Fabula, verá V. m. el valor de un hombre de nuestra patria, tan necio por su honra, que si lo fuera el fin, como el principio, la lastima le cubriera de olvido, y la pluma de silencio.

En una Villa insigne del Arzobispado de To-

Toledo, con todas sus circunstancias de grave, hasta tener voto en Cortes, se crió un mancebo de gentil disposicion y talle, y no menos virtuosas costumbres y entendimiento. Enviaronle sus padres en sus tiernos años a estudiar a la famosa Academia, que fundó el valeroso conquistador de Oran Fr. Francisco Ximenez de Cisneros, Cardenal de España, persona, que peleaba y escribia: era severo y humilde, y que dejó de sí tantas memorias, que aun siendo este lugar tán infimo, no se passó sin ella. Haviendo oído Felisardo, que assi se ha de llamar este mancebo, y como si dixessemos, el heroe de la Novela, algunos años la facultad de Canones, mudó intento por algunos respetos: y viniendo a la Corte de Phelipe Tercero, llamado el *Bueno*, aplicóse a servir en la casa de un Grande de los mas conocidos destos Reynos, assi por su ilustrissima sangre, como por la autoridad de su persona. Era la de Felisardo tan buena, sus partes y costumbres tan amables, porque despues de ser muy valiente por sus manos, era de singular modestia por su lengua, que se llevó los ojos deste Principe y las voluntades de los amigos, que le trataban, de los quales tuvo muchos, y yo participé de su conversacion y compañia algunas horas. Mal he hecho en confessar, que escribo historia de tiempos presentes, que dicen, que es peligro notable; porque en haviendo quien conozca al-

alguno de los contenidos, ha de ser el autor vituperado, por buena intencion que tenga: pues no hay ninguno, que no quiera ser por nacimiento Godo, por entendimiento Platon, y por valentia el Conde Fernan-Gonzalez: de suerte, que haviendo yo escrito *El asalto de Mastrique*, dió el autor, que representaba esta Comedia, el papel de un Alferez a un representante de ruin persona, y saliendo yo de oírla, me apartó un hidalgo, y dixo muy descolorido, que no havia sido buen termino de dar aquel papel a un hombre de malas facciones, y que parecia cobarde, siendo su hermano muy valiente, y gentil-hombre, que se mudasse el papel, o que me esperaria en lo alto del prado, desde las dos de la tarde hasta las nueve de las noche. Yo que no he tenido deudo con los hijos de Arias Gonzalo, consolé al referido Don Diego Ordoñez, y dando el papel a otro, le dixe, que hiciesse muchas demostraciones de bravo, con que el hidalgo, que lo era tanto, me envió un presente. Aqui no correrá este peligro con Felisardo, porque irá su desdicha a solas, sin comprehender participantes, quando la historia fuera sangrienta. Finalmente, señora Marcia, deseos de aumentar honor, y ver la hermosa Italia, llevaron este mancebo a uno de los Reynos, que su Majestad tiene en ella, en servicio de un Principe, que havia de gobernarle, como lo hizo felicissimamente. En ha-

vien-

viendo este señor comunicado a Felisardo, puso en él los ojos, honrandole y favoreciendole sin envidia de los demás criados, que parece impossible, y yo no hallo en el servir, con ser vida tan miserable, cosa tan aspera, como este infalible aphorismo: *Si el señor os amá, los criados os aborrecen.* De que se sigue lo contrario, pues para que ellos os quieran, el señor os ha de tener en poco: mas la virtud de Felisardo, lo apacible comunicado, lo deseoso de hacer a todos gusto, y el hablar bien al dueño en ausencia, y solicitar, que se le hiciesse a todos, venció con novedad de sucesso la barbara naturaleza del servicio. Gastaba algunos ratos Felisardo en escribir versos a una señora de aquella ciudad, no menos hermosa, que discreta, a quien se havia inclinado, y ella por su gentil disposicion admitia en los ojos las veces, que con los suyos solicitaba este favor desde la calle. No le será dificil a V. m. creer, que era Poeta este mancebo en este fertilissimo siglo deste genero de legumbres, que ya dicen, que los Pronosticos y Almanaques ponen entre garvanzos, lentejas, cevada, trigo y esparragos, havrá tales y tales Poetas. Dejemos de disputar si era culto, si puede, o no puede sufrir esta Gramatica nuestra lengua, que ni V. m. es de las que madrugan las Quaresmas al sermon discreto, ni yo de los que se rinden en esta materia por parecerlo, juzgando lo que desean

entender por entendido, y remitiendo al que lo escribió la inteligencia y la defensa. Pienso, que está V. m. diciendo: Si quereis decirme algun Soneto en cabeza deste hombre, ¿para qué me quebrais la mia? Pues vaya de Soneto:

Quien se pudo alabar despues de veros,
si puede ser, que se libró de amaros,
ni mereció quereros, ni miraros,
pues que pudo miraros sin quereros.
Yo que lo merecí, sin mereceros,
mil almas, quando os ví, quisiera daros,
si lo que me ha costado el desearos,
a cuenta recibis del ofenderos.
Mandame amor, que espere, y yo le creo,
por lo que dicen, que esperando alcanza,
aunque tan alta la esperanza veo.
Pero si os ha ofendido mi esperanza,
dejadle la venganza a mi deseo,
y no querais de mí mayor venganza.

Con una criada tuvo lugar Felisardo de enviar este Soneto a la señora Silvia, dama verdaderamente en quien concurrian todas las partes, que hacen una muger perfecta en sus primeros años. Apetecia este mancebo en ella lo que no tenia, porque Silvia era rubia y blanca, y él no del todo moreno, y barbinegro, pero de suerte, que parecia Español desde el principio de una calle. Con esta gala de escribir en verso, licencia, que no se niega,

y libertad, con que se dice mas de lo que se siente, continuaba Felisardo su voluntad, y Silvia le correspondia, dissimulando por su calidad lo que no huviera hecho sin ella: assi la tenian obligada los servicios personales deste mancebo, y las fuerzas de amanecer en su calle, que ya ella, aunque con algun recato, se levantaba a verle. Por no impedir el curso deste amor havemos llegado aqui, sin tomar en la boca a Alexandro, caballero insigne desta ciudad; que voy encubriendo, y notablemente rendido a la hermosura desta dama. Pareciale al referido, que pues Silvia no le amaba, no havria en el mundo quien la mereciesse, con que llegó el descuido a no reparar en Felisardo, hasta que le halló mas veces, que él quisiera, asida la mano a una reja baja de su casa, y le pareció, que en la nueva manera de conversacion le favorecia. No le agradó assimismo a Felisardo el cuidado de Alexandro, porque no le faltaban a este caballero meritos, si bien blancos y rubios, que por ser comunes en aquella tierra, no eran tan vistos. Con esto dieron entrambos en no dejar las noches desierta la campaña, guardando cada uno su puesto, y enviando centinelas perdidas. Sintió Alexandro, que estaba en mejor lugar Felisardo, y dandole a los zelos, como el verdadero amor nunca tuvo termino en el amar, que assi lo sintió Propercio, llegó a ser descompostura en su autoridad y modestia,

y mas declarado, que solia, haviendo conducido una noche con varios instrumentos excelentes musicos, quiso, que a sus mismas rejas dos voces de las mejores la cantassen assi:

Deseos de un impossible
me han trahido a tiempos tales,
que no teniendo remedio,
solicitan remediarme.
Dando voy passos perdidos
por tierra, que toda es ayre;
que sigo mi pensamiento,
y no es possible alcanzarle.
Desengáñanme los tiempos,
y pidoles, que me engañen,
que es tan alto el bien que adoro,
que es menor mal que me maten.
¡Hai Dios, qué loco amor, mas tan suave,
que me disculpa quien la causa sabe!
Busco un fin, que no le tiene,
y con saber, que en buscarle
pierdo passos y deseos,
no es possible que me canse.
Vivo en mis males alegre,
y con ser tantos mis males,
la mayor pena que tengo,
es, que las penas me falten.
Contento estoy de estar triste,
no hay peligro que me espante,
que como sigo impossibles,
todo me parece facil.

¡Hai

¡Hai Dios, qué loco amor, mas tan suave,
que me disculpa quien la causa sabe!
Hermoso dueño deseo,
y es tanto bien desearle,
que ver que no le merezco,
tengo por premio bastante.
Tanto le estimo, que creo,
qué pudiendo darle alcance,
si su valor fuera menos,
me pesára de alcanzarle.
Para su belleza quiero
la gloria de lo que vale,
y para mí, siendo suyas,
tristezas y soledades.
¡Hai Dios, qué loco amor, mas tan suave,
que me disculpa quien la causa sabe!

No dormia en este tiempo Felisardo, que con cuidadosos passos havia reconocido el dueño de aquellos pensamientos y de la musica, haciendole mas zelos el estar tan bien escritos, que el haver tenido atrevimiento para cantarlos. Desagradó a Alexandro sumamente la bachilleria de los pies de Felisardo, que mas curiosos de lo que fuera justo, trahian al dueño; y determinado a saber quién era, aunque ya la gentileza bastantemente lo publicaba, le dió dos giros, pienso, que en Español se llama vueltas: perdone V. m. la voz, qué passa esta Novela en Italia. Felisardo, que no era bien acondicionado en materia de la honra, cosa,

que solamente le hacia sobervio, declaróse a manera de enfadarse, y diciendole, que era descortesia, respondió Alexandro: *Yo non sono discortese, vos si, que havete per dui volte fatto sentir al mondo la bravura de li vostri mostachi.* Creo, que aqui V. m. me maldice, pues para decir: Yo no soy descortés, vos sí, que por dos veces haveis hecho sentir al mundo la braveza de vuestros vigotes, no havia necessidad de hablar tan bajamente la lengua Toscana: pues no tiene razon V. m. que esta lengua es muy dulce y copiosa, y digna de toda estimacion, y a muchos Españoles ha sido muy importante, porque no sabiendo Latin bastantemente, copian y trasladan de la lengua Italiana lo que se les antoja, y luego dicen: *Traducido de Latin en Castellano*: pero yo le doy palabra a V. m. de que pocas veces me suceda, sino es que se me olvida, porque soy flaco de memoria. Si V. m. tiene en la suya la ocasion, con que se amoínaron estos dos amantes, haya de saber, que Felisardo no llevó bien que le hablasse en la braveza, ni en el cuidado de los vigotes, que aunque no havia los estantales, que les ponen ahora, ya de cuero de ambar, ya de lo que solia ser fealdad, y ahora o los hace mas gruessos, o los sustenta, que se llama en la botica: *Vigotorum duplicatio*: cómo si dixessemos por donayre a un gordo, tiene dos barbas: no los trahia con descuydo, y porque se levantaban

con

con solo el cuidado de las manos, los llamaba los obedientes; y retirandose un poco, principio de quien quiere acercarse, le dixo, la voz mas alta, que nunca tuvo el enojo hijos pequeños de cuerpo: Caballero, yo soy Español, y criado del Virrey, truxe estos vigotes de España, no para espantar cobardes, sino para adorno de mi persona: la musica lleva de las orejas este sentido. Replicó Alexandro: Desde lejos la pudiera oír quien las tiene tan largas, que por lo que oye, juzga, que los que no conoce son cobardes, que hay hombre aqui, que se las cortará de dos cuchilladas, y las clavará a los instrumentos, para que los oygan mas cerca. A tan descompuestas palabras respondió Felisardo: La espada es la respuesta, y sacandola con gentil ayre, y un broquel de la cinta; le hizo conocer, que no desdecia de la compostura de los vigotes. Todos los musicos huyeron, que es gente, a quien embarazan los instrumentos por la mayor parte, que no se entiende en todos, y yo he conocido musico, que trahia tan bien las manos en la espada, como en las cuerdas: pero en fin tienen disculpa, con que van a guardar los instrumentos, que aventurar aquello, con que se gana de comer, es extrema ignorancia: de mas de que quien canta, está sin colera, y no le traxeron a reñir, sino a hacer passos de garganta, y el huir tambien es passos, y se pueden hacer con los pies a una necessidad,

co-

como se vé en los que baylan, que nó carecen los pies de harmonia y musica, que por esso la llaman compás, que es todo el fundamento de la musica. Esto es guardar el decoro a los señores musicos, que cantan en nuestra lengua, porque no son poco de temer enojados, pues con solo venir a cantar mal a la calle de quien los huviesse ofendido, pueden matar un hombre, como con una pieza de artilleria. Los criados de Alexandro hicieron rostro, riñeron quatro con uno: si eran valientes, no lo disputemos: oigamos a Carranza, que dice en su libro de la Philosophia de la espada: *Hay hombres de tan bajos animos, que no hace mucho uno solo en aventajarse a muchos.* Y prosigue mas adelante: *Quando un hombre solo riñe con otro, se puede decir que riñe, pero si con dos o tres, ellos riñen con él, y él solo se defiende.* Y prosiguiendo esta materia da la razon, en que quatro movimientos constituyen quatro heridas, y que han de dar en quatro lugares indeterminados, y que el objeto no podrá resistir a quatro, pues a dos no pudo Hercules, como lo dice el adagio Latino. Cumpliendo voy lo que dixe, cansando a V. m. con cosas tan fuera de proposito, ya que lo sean del mio: pero ¿por qué no tengo yo de pensar, que V. m. es belicosa, y que si se hallára al lado de Felisardo, por haver nacido tan cerca de su patria, estar en la estrangera, enamorado, y con buen

ta-

talle, no se holgára de ayudarle, aunque fuera con voces? Las de la qüestion fueron tantas, que acudiendo la justicia, se libró Felisardo de aquel peligro, que el vulgo amenaza a los Españoles en toda Europa; en lo demás no salió herido, y lo quedó Alexandro y dos criados suyos. Llevóle la justicia al Virrey, que no estaba acostado, porque era noche de ordinario a España: mostró indignacion a Felisardo, y al alguacil, o Capitan, como allá se llama, mucho agradecimiento de su cuidado: mandóle poner grillos y una cadena en su aposento, y en estando solos bajó a hacerselos quitar, y dandole los brazos y una cadena, de las que llaman vanda, de peso de ciento y cincuenta escudos, que soy tan puntual Novelador, que aun he querido que no le quede a V. m. este escrupulo de lo que pesaba, le dixo, que le contasse todo el sucesso. Oyóle el Principe con mucho gusto, y haviendo convalecido Alexandro, le hizo llamar, y llevandole al aposento de Felisardo, a quien para este efecto mandó poner la cadena y grillos, le dixo, que mirasse la pena que queria darle, que aunque fuesse destierro a España, le enviaria luego. Alexandro, que entendió, que el Principe le obligaba por aquel camino a perdonarle, y que de no hacerlo caeria en la desgracia de entrambos, escogió, como discreto, y dió los brazos a Felisardo, que por estar herido su contrario, havia visto y hablado

a Silvia todas las noches, que desde la bizarria de la pendencia estaba mas rendida. Creció el amor, cultivado de la vista y de las privaciones de la execucion de los deseos en conversaciones largas, que tantas honras han destruído, y tantas casas han abrasado. Llegaron las palabras a darse con juramento de matrimonio, en dando el Virrey a Felisardo algun grave oficio, que para la calidad de Silvia era necessario: y como amor es mercader, que fia, aunque despues nunca se pague, que esto tiene de señor, quando ama, que no hay cosa, que le den en confianza, que no reciba, ni alguna, que despues, sino es por justicia, pague. Permitió, que Felisardo llegasse a los brazos, hasta alli tan cuidadosamente defendidos, de que resultó poder encubrir mal, lo que antes desta determinacion estuvo tan encubierto. No se puede encarecer con qué comun alegria celebraban sus vistas los amantes, en su imaginacion esposos, y cómo revalidaba Felisardo el juramento, y Silvia le creía, que como cada uno se ama a sí mismo, por opinion del Philosopho, aunque tema, da credito, por entretener su gusto, que nadie quiso tanto al otro, que no se quisiesse mas a sí mismo. Y assi, quando V. m. oyga decir a alguno, cosa, que no le puede suceder, que la quiere mas que a sí, digale, que Aristoteles no lo sintió dessa suerte; y que a V. m. le consta, que este Philosopho era mas hombre

bre de bien, que Plinio, y que trataba mas verdad en sus cosas. Notable es la fortuna con los mercaderes, terrible con los privados, cruel con los navegantes, desatinada con los jugadores, pero con los amantes notable, terrible, cruel, y desatinada. En medio desta paz, desta union, deste amor, desta esperanza y desta agradable possession, se dividieron por el mas estraño sucesso, que se ha visto en fortuna de hombre, ni ha cabido en humano entendimiento, pues sin dar disculpa, ni ocasion a Silvia, pidió licencia al Virrey Felisardo para ir a Napoles a unos negocios, y se partió de Sicilia. ¿Dixe ya la ciudad? No importa, que aunque la Novela se funde en honra, no vendrá por esto á menos, aunque fuesse conocida la persona: y yo gusto de que V. m. no oyga cosas, que dude, que esto de Novelas no es versos cultos, que es necessario solicitar su inteligencia con mucho estudio; y despues de haverlo entendido, es lo mismo, que se pudiera haver dicho con menos y mejores palabras. En sabiendo Silvia, que era partido este hombre, con tan fiera e indigna crueldad del amor, que le havia tenido de la honra, que le havia costado, y de las joyas y regalos, con que le havia servido, comenzó a derramar inmensa copia de lagrimas, y sin comer algunos dias, fue quitando a su hermosura el lustre, y a su vida el termino. Retirabase de noche con Alfreda, una fiel

criada suya, y en un pequeño jardin, que por unas rejas miraba al mar, no poca dicha en aquella ocasion, que sus ventanas tuviessen rejas, decia: ¡O cruel Español, barbaro como tu tierra! ¡o, el mas falso de los hombres, a quien no iguala la crueldad de Vireno, Duque de Selaudia, que a la cuenta debia de ser esta dama leída en el Ariosto, ni todos los que olvidados de su nobleza y obligacion dejaron burladas mugeres principales e inocentes! ¿A dónde vas, y me dejas sin honra y sin tí, de quien ya solamente podia esperarla? pues haviendo partido de mis ojos tan injustamente, no me queda de quien poder cobrarla, pues la prenda, que me dejas, mas me la quita, y solo podré deberle mi muerte; pues es impossible, que deje de sentir tu crueldad, y que su sentimiento me quite a mí la vida. ¿Quién pensára, Felisardo mio, que en la modestia y compostura de tu rostro, en la gentileza y gallardia de tu cuerpo cupiera tan duro corazon y alma tan fiera? Tú eres Español, enemigo? no es possible, pues dellos oygo decir, y he leído, que ninguna nacion del mundo ama tan dulcemente las mugeres, ni con mayor determinacion pierde por ellas la vida. Si se te ofreció alguna precisa fuerza para ausentarte, ¿por qué no me la diste por disculpa, y despidiendote de mí me matáras con menos crueldad, aunque mas presto? ¿Es possible,

fie-

fiero Español, que ayer estabas en mis brazos, diciendo, que por mí perderias mil vidas, y que hoy te vas con una sola, que me has dado? ¡Hai de mí, que tú por ventura ahora te estás riendo de mis lagrimas, afeando mis libertades, e infamando mis atrevimientos, de que fueron causa, no mi liviandad, sino tu gentileza, no mi libertad, sino mi adversa fortuna! ¿Qué cierto será, que estés ahora cantando a otra mas dichosa, que yo, pero tan cerca de ser tan desdichada, las locuras, que me has visto hacer, y las penas, que me has hecho sufrir? Pues no se burle ahora de mí la que te cree y te escucha, que presto me ayudará a quejarme de tí, y sabiendo quien eres, me disculpará, porque te quise, y me tendrá lastima, porque te quiero. Estas y muchas decia Silvia llorando, sin bastar los consuelos de Alfreda a templar su furia, tan fundada en razon, como en desdicha. En estos medios llegó Felisardo a Napoles, ciudad, que V. m. havrá oído encarecer por hermosura y riqueza, y donde viven mas Españoles, que en el resto de Italia, desde que el Gran Capitan Don Gonzalo Fernandez de Cordoba echó della los Franceses, adquiriendo aquel famoso Reyno a la Corona de Castilla, servicio, que con los demás suyos no podrá olvidar el tiempo, ni acabar el olvido; si bien un escritor moderno, mas envidioso, que elocuente y docto, presumió, que podia su poca au-

autoridad en un libro, que escribió, llamado *Ragualtos del Parnasso*, escurecer el nombre, que no le pudieron negar hasta las naciones Barbaras. Con la tristeza, que en ella vivia Felisardo, no merece encarecimiento, porque en las cosas tan conocidas no se han de gastar palabras. Alli se determinó de escribir al Virrey de Sicilia la causa original de su ausencia. Recibió aquel magnanimo Principe la carta, y leyendola, quedó admirado: no sé si lo estará V. m. pero en ella decia assi:

Al partirme de Sicilia no dixe a V. Excelencia la causa, que no me dió lugar la verguenza, y ahora sabe Dios la que escribiendo tengo, pues con estar solo, me salen tantas colores al rostro, como a los ojos lagrimas. Estando en servicio de V. Excelencia, bien descuidado de tan gran desdicha, me escribieron mis padres, diciendome, que en el nuevo vando del Rey D. Phelipe III acerca de los Moriscos havian sido comprehendidos; cosa, que a mi noticia jamás havia llegado, antes bien me tenia por caballero hijodalgo; y en esta fé y confianza me trataba igualmente con los que lo eran, porque mis padres eran de los antiguos de la conquista de Granada por los Reyes Catholicos; y si no me engañan, dicen, que Abencerrages, linage, que trahe consigo la desdicha y los merecimientos. Parecióme dejar su casa de V. Excelencia, con harto dolor mio, porque le amo natural-

men-

mente, que no es justo, que un hombre, a quien pueden decir esta nota de infamia, siempre que se ofrezca ocasion, viva en ella, ni mi tristeza y verguenza me dieran lugar, aunque yo me esforzára, por no estar con este rezelo cada dia, y mas donde he tenido buena opinion. V. Excelencia me perdone, que ni acierto a escribir, ni pienso, que hasta llegar esta a sus manos, podrá durar mi vida.

Notable fue el sentimiento de aquel gran señor con esta carta, y tal, que se le conoció en su tristeza por muchos dias, al fin de los quales le respondió assi:

Felisardo, vos me haveis servido tan bien, y procedido tan honradamente en todas vuestras acciones, que me siento obligado a quereros y estimaros mucho: en el nacer no merecen, ni desmerecen los hombres, que no está en su mano, en las costumbres sí, que ser buenas, o malas corre por su cuenta. Hacedme gusto de volver a Sicilia; que os doy palabra por vida de mis hijos, de hacer de vos mayor estimacion, que hasta aqui, y tomar en mi honra qualquiera cosa, que sucediere contra la vuestra; y no sé yo por qué haveis de estar corrido, siendo, como sois, caballero, pues no lo está el Principe de Fez en Milan, sirviendo a su Majestad con un Habito de Santiago a los pechos, y tan honrado del Rey II y de la señora Infanta, que gobierna a Flandes, que él le quitaba el sombrero, y

ella

ella le hacia reverencia : porque la diferencia de las leyes no ofende la nobleza de la sangre , y mas en los que ya tienen la verdadera , que es la nuestra , como vos la teneis , y confirmada por tantos años. Volved pues, Felisardo , que en ninguna podeis estar mas defendido , que en mi compañia , donde os haré Capitan , y procuraré casaros de mi mano; sin apartaros de mí , lo que tuviere oficios de su Majestad y vida.

Recibió Felisardo esta carta, toda escrita de su mano deste generoso Principe , accion tan digna de su ilustrissima sangre , y llorando infinitas lagrimas con ella , besando mil veces la firma , se dispuso a responderle assi:

Generoso y magnanimo Principe , quando me partí de V. Excelencia , fui con desesperado animo de hacer alguna demostracion de mi valor. Yo estimo y agradezco , como es justo, tanta merced y favor , y la escribo con sangre en mi alma para algun dia. Yo voy a Constantinopla , donde ya estarán mis padres , que como hombres nobles escogieron la corte de aquel Imperio , no queriendo quedarse en las costas de España por no acordarse. Desde alli sabrá V. Excelencia , qué intento llevo , que pienso , que será para hacer un gran servicio a Dios , al Rey y a mi patria. Desde que entré en Palermo , serví , quise y merecí a la señora Silvia Menandra , *cosa* , que jamás comuniqué a ninguno : creo , que le queda en el

el pechó alguna desdichada prenda: suplico á V. Excelencia, que fie essa carta de quien se la pueda dar, sin que aventure su honor, y favorezca lo que naciere, haciendo cuenta, que le expone la fortuna a los pies de su grandeza. Con esto se embarcó Felisardo, atrevido y desatinado mancebo, cuya accion yo no puedo alabar, pues en casa de tan generoso Principe pudiera estar seguro, quando viniera a España, que en Italia no lo havia menester, aunque fuesse en los Reynos de su Majestad, pues solo pretendió echarlos de aquella parte, con que presumieron levantarse, como se ve en las cartas y persuasiones del Ilustrissimo Patriarca de Anthiochia, Arzobispo de Valencia, Don Juan de Ribera de santa y agradable memoria. Dentro de nuestra Europa, á solos quatro estadios del Asia, tanto que haviendose helado aquel mar, por una puente de hielo y nieve, que cayó encima, se passaba del Asia a Europa, yace Constantinopla, primera silla del Romano Imperio, despues del Griego, y ahora del Turco, que por la inmensidad de tierra, que possee, le llaman Grande: destruyóla el Emperador Severo: reedificóla Constantino, y ilustróla Theodosio. Tuvo cincuenta millas de muro, que Anastasio fabricó, por defenderla de los Barbaros; hoy diez y ocho, que son seis leguas: sus vecinos son sietecientos mil, las tres partes Turcos, las dos Christianos, y el resto

Indios. Tomóla Mahometo Segundo el año de M D LIII, y desde entonces es Corte de sus Emperadores, que comunmente llaman el Gran Señor. Está puesta en triangulo: en el un extremo está el palacio Real, que mira al Levante, al encuentro de Calcedonia, parte del Asia. El otro angulo mira al Mediodia y Poniente, donde estan las siete torres, que sirven de fortalezas y de carcel mayor de la ciudad: desde este se va al tercero por la parte de tierra, dispuesto a Tramontana, y donde está el palacio antiguo de Constantino en sitio eminente, y de quien se descubre toda, si bien inhabitable, desde el qual al que tiene el Turco, todo es puerto de una legua de mar, que entra por espacio de dos de largo, y de ancho poco mas de un tercio, habitado de varia gente, y de todos los vientos defendido. Por la parte de las siete torres baña el mar las murallas, dejando el sitio, donde antiguamente fue la ciudad de Byzancio, de cuya grandeza solo se ven ahora las ruinas. Tiene insignes Mezquitas, fabricas de Sultan Mahameth, Baysith y Selin, aunque ninguna iguala con la que hizo Soliman, y se llama de su nombre, deseando aventajarse al gran Templo de Santa Sophia, celebre edificio de Constantino el Grande: conserva en ella el tiempo a pesar de los Barbaros algunas colunas de grandeza inmensa, mayormente la deste Principe, labrada toda de historias de sus hechos. Tiene

assi

assi mismo quatro fuertes Serrallos para las riquezas y mercaderias de proprios y estrangeras : una calle mayor famosa hasta la puerta de Andrinopoli, con la plaza, en que se venden los cautivos Christianos , como en España los mercados de las bestias , y con mayor miseria. Sus puertas son treinta y una, al Levante , Poniente y Tramontana , con guardas de Genizaros : las casas bajas , cuyos techos de madera labrada cubren ricas labores de oro. No usan tapicerias, porque su grandeza y aparato es vestir el suelo, que cubren riquissimas alfombras : son las barcas, que de ordinario passan la gente de una parte a otra , y que en su lenguage llaman Cayques , o Permes, mas de doce mil, que es una cosa notable. Su sitio es tan frio , que desde Diciembre hasta fin de Marzo está cubierta de nieve. Los templos famosos de Christianos , mayormente el de NUESTRA SEÑORA y el de San Nicolás , con otros muchos han intentado quitar los Moriscos de la expulsion de España ; y permitiendo el gran Visir , que los derribassen y destruyessen por doce mil escudos, que le daban, se fueron a despedir del Turco los Embajadores de Francia, Alemaña y Venecia, diciendo , que aquello era no querer paz con sus Principes , y por esta ocasion no salieron con su intento : o lo mas cierto , porque Dios no permitió, que tantos Christianos careciessen del fruto de los thesoros de su Iglesia , donde

tanto peligro corren sus almas. Aqui llegó Felisardo; y me parece, que V. m, estaba ya cansada de esperarle, no se le dando nada del estado, que ahora tiene y tuvo esta ciudad insigne, porque a muger, que tan poca estimacion ha hecho de los hombres de su ley, ¿qué se le dará del Turco? Pues sepa V. m. que las descripciones son muy importantes a la inteligencia de las historias, y hasta ahora yo no he dado en Cosmographo, por no cansar a V. m. que desde su casa al prado le parece largo el mundo, aunque vaya por su gusto en habito de tomar el azero, con tan buenos de matar lo que topa, que en ninguno la he visto mas enemiga de la quietud humana. Vió Felisardo a sus padres, que como eran nobles, lloraron el deshonor juntos, y el peligro, que corria su salvacion en aquella tierra, si bien el ver tantas Iglesias y Hospitales les consolaba. La comun fortuna hace mayores las confianzas del remedio, y menores los sentimientos de las adversidades, como dixo, no sé si era el Philosopho Myrtilo, como solia la buena memoria de Fr. Antonio de Guevara, escritor celebre, a quien de aqui y de alli jamás faltó un Philosopho para prohijarle una sentencia suya; y cierto, que algunas veces es menos lo que dellos dixeron, que lo que podria decir ahora qualquier moderno: pero dase autoridad a lo que se escribe, diciendo: Como dixo el gran Tamorlan, o se halla escrito en los

Ana-

Anales de Moscovia, que estan en la libreria de la Universidad del Cayro. Porque si ello es bueno, ¿qué importa que lo haya dicho en Griego, o en Castellano? y si malo y frio, ¿cómo podrá vencer la autoridad al entendimiento? Hallé una vez en un librito gracioso, que llaman *Floresta Española* una sentencia, que havia dicho un cierto Conde: *Que Vizcaya era pobre de pan y rica de manzanas*, y tenia puesto a la margen algun hombre de buen gusto, cuyo havia sido el libro: *Sí diria*, que me pareció notable donayre: pues como digo, y volviendo al cuento, estuvieron algunos dias Felisardo y sus padres dando trazas en su remedio, si para tal fortuna podia haver alguno. Y aqui confiesso a V. m. señora, que no sé, por que no me lo dixeron, cómo, o por donde vino a ser Felisardo no menos que Bajá del Turco, que parece de los disfraces de las Comedias, donde a vuelta de cabeza es un Principe lagarto, y una dama hombre, y muy hombre; y a la fé, que dice el vulgo, que no le hablen en otra lengua. Turco pues era Felisardo, no lo apruebo: sus opalandas trahia y su turbante, y como era moreno, alto, y bien puesto de vigotes, veniale el habito como nacido: la disposicion, el brio, el ayre, la valentia y la presuncion, dieron motivo al Turco para tenerle muchas veces cerca de su persona; y assi trataba de las cosas de España familiarmente. Llamabase el Turco Sultan

Amath,

Amath, hombre en esta sazon de treinta y tres años. Tenia preso un hermano suyo llamado Mustafá, de edad de treinta, a quien deseando matar, fiera costumbre de aquellos Barbaros, envió una mañana al Vastan Gibassi con otros ministros, y hallando la carcel cerrada, y al dicho Mustafá passeandose fuera de ella, lo dixeron al Turco, que teniendolo por milagro le dejó preso: aconsejado despues del Mufiti, que es el principal de los que enseñan su ley, quiso matarle, y aquella noche soñó, que via un hombre armado, que con una lanza le amenazaba, y con este temor le dejó con vida: si bien despues le provocaron tanto, que desde una ventana, que caía a un jardin de Mustafá, le quiso tirar una flecha con veneno; y haviendole apuntado, fue tal el temblor que le dió, que se le cayó el arco de las manos. Tanta ha sido finalmente la humildad deste Turco, que ni vestido, ni oro, ni regalo ha querido tomar de su hermano: él vive, y se entiende, que le ha de heredar, aunque Sultan Amath tiene muchos hijos, de los quales dos varones y dos hembras se ven y comunican; los demás estan recogidos y ocultos en su palacio. Tenia tanto gusto de ver imagenes y retratos de Christianos, que enviaba por ellos a los Embajadores y mercaderes, y en haviendolos visto se los volvia. Estando pues una fiesta mirando algunos, que en una nave, que tomaron, estaban

bàn en la tienda de un rico Hebreo, hizo llamar a Felisardo, que ya se llamaba Silvio Bajá, nombre de aquella dama de Sicilia, por quien vivia en la mayor tristeza, que tuvo amante ausente: pues ni la desconfianzà, que tenia de verla, ni la mudanza del cielo y costumbres era parte para que la olvidasse, ni creo que lo fuera el rio Sileno, donde se bañaban los antiguos, cuya propriedad era olvidar toda amorosa passion, aunque fuesse de muchos años. Venido Felisardo a su presencia, le preguntó, si conocia aquellos retratos; y él le respondió, que sí, y se los fue mostrando por sus nombres, diciendo lo que tan bien sabia de la grandeza de sus personas, apellidos y casas. Holgóse mucho Amath de conocer al Emperador Carlos V, al Rey II y III, al famoso Duque de Alba, Conde de Fuentes, y otros señores. ¿Quién dixera, que el Turco se havia de holgar desto? Entre las mugeres, que entonces tenia Sultan Amath, era la mas querida una cierta señora Andaluza, que fue cautiva en uno de los puertos de España: esta holgaba notablemente de oir representar a los cautivos Christianos algunas Comedias, y ellos deseosos de su favor y amparo las estudiaban, comprandolas en Venecia a algunos mercaderes Indios para llevarselas, de que yo ví carta de su Embajador entonces para el Conde de Lemos, encareciendo lo que deste genero de escritura se extiende por el mundo, despues

que

que con mas cuydado se divide en tomos. Quiso nuestro Felisardo, mal dixe, pues ya no lo era, agradar a la gran Sultana Doña Maria, y estudió con otros mancebos, assi cautivos, como de la expulsion de los Moros, la Comedia de *la Fuerza lastimosa*: vistióse para hacer aquel Conde gallardamente, porque havia en Constantinopla muchos de los que hacian bien esto en España, y las telas y passamanos mejores de Italia. Como era tan bien proporcionado, y estaba tan hecho a aquel trage desde que havia nacido, no le huvo visto la Reyna, quando puso los ojos en él, y ellos fueron tan libres, que se llevaron de camino el alma. Representó Felisardo unicamente, y viendose en su verdadero trage, lloraba lagrimas verdaderas, enternecido de justas memorias, y arrepentido de injustas ofensas. Acabada la fiesta comenzó en Sultana este cuidado, y en todas las ocasiones, que podia, daba a entender a Felisardo, que le deseaba, de suerte que a pocos lances fue entendida, porque no hay papeles mas declarados y efectivos, que unos ojos, que assisten a mirar amorosamente. Y assi un dia alabandole la buena disposicion, y lastimandose de que por su voluntad huviesse dejado la verdadera ley, él le dixo, que su animo no era vivir en la de aquel infame y falso propheta, que aunque era verdad, que desesperacion le havia trahido a donde estaban sus padres, él venia con animo de hacer algu-
na

na cosa señalada en servicio del Rey de España, porque tenia el animo tan bizarro, que no volveria a ella, sin ser estimado y favorecido por alguna insigne hazaña. Si yo puedo, respondió la Sultana, favorecerte, aqui tienes la muger mas rendida y mas poderosa para ayudarte, porque a mí no me tiene Sultan Amath como a las demas, que le permite su ley y su grandeza. Besóle entonces la mano Felisardo, y hincado de rodillas lloró mirandola. Ella, conociendo la fiereza de Marte y la blandura de Adonis en aquel mancebo, levantandole de la tierra, le juró por la ley que tenia en el corazon impressa, de no desampararle en quantas acciones intentasse, aunque perdiesse la vida. La ocasion, que tomaron para verse, fue decir al Turco lo que gustaba de oir cantar a Felisardo, y assi entraba y salia con libertad a entretenerla, y tal vez estando presente el mismo Sultan Amath, donde cantó assi:

Dulce silencio de amor,
si tanta gloria callando
consigue quien sirve amando,
no la pretendo mayor.
Poner en duda el favor
suspende mi atrevimiento,
y dice mi pensamiento,
que mas la causa le culpa,
pues no puede haver disculpa,

donde no hay merecimiento.
Amar, sin osar decir
tanto amor, es cobardia,
mas perder el bien seria
determinarse a morir:
pero yo quiero sufrir
la pena, a que me condena
fuerza de respetos llena;
y no temer su mudanza,
pues no pierdo la esperanza,
mientras no pierdo la pena.
Del silencio, que he tenido,
ya vive mi amor quejoso,
pues no llega a ser dichoso,
quien no passa de atrevido.
Quisiera ser entendido,
quando a entender no me doy;
mas no decir lo que soy,
por llegar a merecer,
sin ser querido querer,
mientras que callando estoy.
Mi pensamiento contento
consigo mismo se halla,
que por lo que piensa y calla,
le llamaron pensamiento.
Algunas veces intento
decir mi mal y su mengua,
por ver si el dolor se amengua;
pero son locos antojos,
que quien habla con los ojos,
no ha menester otra lengua.

Dadme penas inmortales,
que siendo vos en el suelo
tan viva imagen del cielo,
seran penas celestiales.
Si llama gloria los males
quien a su bien los prefiere,
señora, bien es que espere,
que os obligue a que le deis
un bien de los que teneis,
quien tanto sus males quiere.
Sin mí conoced mi mal,
o causa hermosa, por quien
le tiene el alma por bien,
que vos sois bien celestial:
y si con ser tan mortal,
que le entendais no merezco,
como en los ojos le ofrezco,
no quiero, aunque me consuma,
que otra lengua ni otra pluma
os diga lo que padezco.

Parecióle a Sultana, que Felisardo havia compuesto estos versos a su sentimiento y proposito, y engañabase Sultana, porque los havia escrito por Silvia al principio de sus amores en Palermo: pero no se engañaba en la intencion, pues Felisardo buscó estas Decimas, porque lo creyesse assi, entre los muchos versos, que sabia, como suele suceder a los musicos, que trahen capilla por las festividades de los Santos, que con solo mudar el nombre,

sirve un villancico para todo el Calendario; y assi es cosa notable ver en la fiesta de un Martyr decir, que baylan los pastores, trayendolos de los cabellos desde la noche de Navidad al mes de Julio.

Notablemente crecia el amor en Sultana, conquistando la voluntad ausente deste mozo, que ya con libertad de hombre se determinaba, y ya con las obligaciones de hombre de bien se defendia. Pidióle, que suplicasse al Turco le diesse algunas galeras y gente, de que le nombrasse Capitan, lo que alcanzó facilmente. Y assi comenzó a salir de Constantinopla con seis galeras bien armadas, sin consentir en ellas Morisco alguno, que no gustaba de su trato, ni les osaba fiar su pensamiento. Hizo algunos de alguna consideracion, y con poca guerra truxo a Constantinopla algunos cautivos, pero ninguno de España, que presentaba a Sultana, de quien recibia en satisfaccion joyas de notable precio, porque ella gustaba de que las truxesse en el turbante, que coronaba de diversas plumas. Corrió una vez la costa de Sicilia atrevidamente, y fuelo tanto, que se puso a la vista de Palermo. Silvia tenia de Felisardo un hijo de tres años, que criaba con libertad, por ser muertos sus padres, aunque no con tanta, que se persuadiessen los bien intencionados, que era su hijo, que los que no lo son, en las doncellas mas recatadas presumen mayores yerros. Sucedió pues, que co-

mo

mo en tanto tiempo no havia tenido nueva de Felisardo, la desconfianza la tenia con algun consuelo, y pienso, que por la sinrazon le huviera olvidado, a no le tener en su hijo todos los dias presente con la mayor semejanza, que ha visto el refran Castellano en materia de esta duda, de que pido perdon a su imaginacion de V. m. que bien le merezco, pues no dixe adagio. Con esto solicitada de algunas amigas, que no era mucho en tres años de injusta ausencia, ni saber si era muerto Felisardo, salió en una tartana de un mercader Calabrés a passear la mar, que con la bonanza la convidaba, y con la piedad de su adversa fortuna la movia, que tal vez se cansa de hacer disgusto, o porque algun breve bien sea para sentir el mal con mayor fuerza. Y en esta parte no puedo dejarme de reir de la definicion, que da Aristoteles de la fortuna: no le faltaba mas a este buen hombre, sino que en las Novelas huviesse quien se riesse dél. Dice pues, que la buena fortuna es, quando sucede alguna cosa buena, y la mala, quando mala. Mire V. m. si tengo razon; pues en verdad que lo dixo en el segundo de los *Physicos*, que yo no se lo levanto. Harto mejor lo sintió Plutarco Cheroneo, diciendo por afrenta, que era palabra de muger decir, que ninguno podia evitar sus hados: sentencia Catholica, como si él lo fuera: porque los alvedrios son libres para justificar el cielo sus juicios. No suele des-

cen-

cender milano, las pardas alas extendidas, el pico prevenido y las manos abiertas, con mas velocidad y furia a los miserables pollos, que se alejaron del calor de las plumas de su madre, como la Capitana de Felisardo a la tartana de Silvia. Tomóla en breve con notable llanto suyo y de sus amigas: passaronlas a ella, abordando un barco, y quitando una parte de la vanda de los filaretes, llevaronlas a la popa, donde Felisardo estaba recostado sobre una alfombra Turca de rizos de oro entre labores de seda, puesto el brazo en dos almohadas de brocado Persiano, color de nacar. Hincóse de rodillas Silvia, y con lagrimas en los ojos le dixo en lengua Siciliana, que tuviesse piedad de la muger mas desdichada del mundo, poniendole para moverle el pequeño infante en los brazos a los turbados ojos, a quien ya los oídos havian avisado de que aquella voz parecia la de Silvia. Aqui, señora Marcia, ni aun los hyperboles de los versos serian bastantes, quanto mas la llaneza de la prosa, que ni es historial, ni poetica, aunque la escribiera el autor de las Relaciones de los toros, quejoso de su fortuna adversa; y tiene muy justa causa, pues le estan en tanta obligacion los de Zamora, de quien no se acordará este lugar, despues que se dejaron de cantar los Romances del Rey Don Sancho, la traycion de Bellido de Olfos, y las tristezas de Doña Urraca, que casi llegaron a competir con los de Don Al-

va-

varo de Luna, que duráran hasta hoy, si no se huviera muerto un cierto Poeta de assonantes, que arrendó esta obligacion por veinte años a los regidores de la fortuna; y ya que nos havemos acordado de Bellido de Olfos, suplico V. m. me diga, si conoce algun pariente suyo, que me ha dado cuidado ver, que en siendo un hombre ruin, no le queda ningun pariente en este mundo, y en haviendo procedido virtuosamente, o hecho alguna cosa digna de memoria, todos dicen, que descienden dél; y yo conocí un hombre, que decia por instantes: *Adan mi señor*, y podia muy bien, porque esto es lo mas cierto, aunque un hombre haya nacido en la Cochinchina, tierra donde dicen, que se halló Pedro Ordoñez de Cevallos, natural de Jaen, y convirtió una Infanta, bautizando mas de doscientas mil personas; y hizo muy bien, y Dios se lo pagará, si fue verdad, y si no, no. Todos estos intercolunios han sido, señora Marcia, por aliviar a V. m. la tristeza, que le havrán dado las lagrimas de Silvia, y escusarme yo de referir el contento y alegria de los dos amantes, haviendose conocido. Prometo a V. m. que me refirió uno de los que se hallaron presentes, que en su vida havia visto mas amorosas razones, ni mas tiernas lagrimas. Satisfizo Felisardo de aquella novedad a Silvia, assegurandole, que no havia dejado la verdadera Fé, y que presto vendria a Sicilia, donde hiciesse al Rey de

Es-

España un gran servicio, sin el que recibiria la Iglesia, con reducirle infinitas almas. Enloquecióle su hijo, y despues de haver estado aquella noche tratando destas cosas, la hizo volver a Mecina antes del Alva, cargada de ricas telas y preciosos diamantes, fuera de diez mil zequies de oro, que llevó en dos cajas. Iba Silvia instruida para hablar al Virrey, y darle cuenta destos sucessos, quando él prevenia el salir a pelear con las galeras Turcas. Pensó infinitas veces este gallardo Principe, si seria bien verse con Felisardo, y al fin se vino a concertar, que él saliesse con dos soldados cerca de la playa, y el Virrey en otra con los que fuesse servido: hizose assi, y acostandose el uno al otro, saltó Felisardo en la barca del Virrey, y echandose a sus pies le hizo fuerza para besarselos. Admirados estaban los Christianos de ver la gentileza y lengua del Turco, porque no llevó el Virrey consigo hombre que le conociesse. Hablaron de varias cosas, y al tiempo de despedirse le dió Felisardo una rosa de diamantes, que le havia dado la Sultana, de precio de veinte mil escudos, que esto se decia en Constantinopla, porque no se havia llegado a vender por execucion de ningun señor, ni por otra necessidad. Hizose a la vela Silvio Bajá, si le havemos de llamar assi, dejando en admiracion la ciudad, que casi toda assistía en la playa al Virrey, de su determinado proposito, y a Silvia de haver

ver visto lo que no esperaba, y en tan diverso habito y costumbres de lo que le havia conocido. La causa de no quedarse entonces este infeliz mancebo en Sicilia con su esposa y su hijo, donde se le quedaba el alma, presentando aquella esquadra de galeras con sus Turcos al Virrey, fue el agradecimiento, que debia a Sultana por tantas buenas obras, y el deseo y animo, que tenia de reducirla a la Fé, pues ella lo deseaba, y restituirla a sus padres, que tantas lagrimas havian derramado por ella. Fuera de tener él tan segura mayor presa, siempre que tuviesse gusto de volver a España. Entró Felisardo por el canal de Constantinopla casi a la entrada del hibierno, llevando algunos cautivos de las Islas y de otras costas, sin tocar en vasallo de su Majestad, ni tomar tierra en parte, que fuesse suya. Hizo gran salva a las torres y palacio Real del Turco: saltó en tierra, y besandole el pie, alegró la ciudad, entristeció la envidia, y esforzó la esperanza de Sultana, que con lo que de sus deseos havia conocido, y no esperaba verle, tenia por sin duda, que faltando a la palabra dada y a tantas obligaciones se havia quedado en España.

Havia llegado pocos dias antes a Constantinopla Nasuf, Bajá primero, Visir del Turco, victorioso a su parecer de la guerra de Persia, cuya ostentacion y aplauso fue tan grande, que despues de un copioso exercito de gente,

trahia doscientas y sesenta y quatro azemilas cargadas de zequies de oro. Y advierta V. m. que por ser tan grande exemplo de la fortuna de los Principes, quiero decirle el sucesso deste hombre, que tambien fue causa del que tuvieron los pensamientos de Felisardo. Era este Nasuf Bajá yerno del Turco, y el mas estimado y temido de todo aquel grande Imperio. Mamut Bajá, hijo de Cigala, aquel famoso cossario, que ninguno despues de Ariadeno Barbarroja tuvo mas nombre, competia con la grandeza de Nasuf, y era cuñado del Turco, casado con su mayor hermana. Sentia Mamut envidiosamente la ostentacion de su enemigo, y en aquella jornada particularmente, donde me ha quedado escrupulo, si a V. m. le han parecido muchas las azemilas, y los soldados pocos: y a este proposito quiero que sepa, que un gentil-hombre deste lugar, mas dichoso en hacienda, que en ingenio, visitaba una dama de las que estiman mas el ingenio, que la hacienda, que deben de ser pocas: contabale un dia la renta que tenia, y entre otras necedades acabó con decir, que encerraba trecientas anegas de trigo y ciento de cebada, con treinta carros de paja; y añadió, que le dixesse lo que le parecia de su hacienda, a quien ella respondió: Pareceme, señor, que el trigo es mucho y poca la cebada y paja, para lo que V. m. merece. Pero dejando a parte esta cantidad de azemilas, que a quien sabe la soberbia de

aque-

aquella gente, no le parecerán muchas: digo, que Nasuf Bajá volvió a Constantinopla, diciendo, que dejaba firmadas paces con el Persiano, en fe de lo qual truxo consigo su Embajador con ricos presentes de telas, zequies, piedras y otras cosas de valor y curiosidad increible; mas como viesse el Cigala, que el de Persia molestaba algunas tierras del Turco, vino en sospecha de que Nasuf tenia algun trato doble con él en grave ofensa de su señor, assi por esto, como porque escribiendo a entrambos desde los confines de Persia, donde estaba por Gobernador, ninguno le respondia. Con esto se partió a Constantinopla, y hallando en el camino un correo, que Nasuf enviaba al Persiano, le convidó a cenar aquella noche, y haviendole dado muy bien a beber, cosa, que saben hacer, donde no lo vea Mahoma, con muy buen ayre, durmióse el correo: quitóle Mamut Cigala las cartas, en que halló lo que deseaba, y la traycion descubierta. Hizo matar al correo, y enterróle en su misma tienda, y llegado a Constantinopla, pidió licencia a Nasuf para entrar: negósela Nasuf, si no le daba trescientos mil zequies. El Cigala, que estaba casado con la hermana del Turco, y no havia llegado a execucion su deseo por su larga ausencia, dió orden, que ella supiesse el inconveniente, por qué no entraba: resolvióse Fatima, si a V. m. le parece que se llame assi, porque yo no sé su nombre, ir a ver a su marido,

de quien supo la causa por qué no entraba, y ella volviendo a Constantinopla la refirió a su hermano, el qual envió de noche con gran secreto por Mamut Cigala, y llegando en un caíque, si V. m. se acuerda, que le dixe, que era pequeña barca, pero no escuso una palabra Turca, como algunos, que saben poco Griego, entró por una puerta falsa del palacio, y recibido bien de su cuñado, le refirió quanto sabia, y le mostró las cartas. Deseó desde entonces Sultan Amath quitar la vida a su yerno justamente, y como se encubra tan mal un grande enojo, adivinando Nasuf la causa por el semblante, faltó tres dias del consejo, dando por disculpa desta falta la de su salud. Con esta ocasion el Turco le dixo, que queria ir a ver a su hija, y se previno la calle de lienzos por todas partes sobre altas lanzas, para que no fuesse visto, que solo tiene obligacion a dejarse ver un dia en la semana, y esse es el Viernes, que entre ellos es fiesta, y va a su gran Mezquita a hacer el zalá. Con este engaño de telas passó un coche, en que iba el Vostan Gibasi con muchos Ayamolanos, hombres fortissimos, y creyendo, que fuesse el Turco, a quien esperaban mas de quatro mil personas, entró en casa de Nasuf el referido, y como iba entrando, iban assimismo cerrando las puertas los soldados con cuidado y silencio. Estaba Nasuf con dos eunucos en un aposento bien descuidado de su fortuna: hi-

zo-

zolos salir afuera el Presidente, y haciendo una gran reverencia a Nasuf, le dió un decreto del Turco, en que le pedia su Real sello: turbado Nasuf se le dió, y dixo: ¿Tiene el Gran Señor hombre que con mas lealtad pueda servirle en este oficio? Entonces el Vostan Gibasi le. dió otro papel, en que le pedia la cabeza. Dió voces Nasuf diciendo: ¿Qué traycion es esta? qué envidia? quién ha engañado a mi Gran Señor, a quien yo con tanta lealtad, como obligacion, he servido? Pero viendo que no havia remedio para huir, razon para replicar, ni armas para defender la vida, se resolvió a la muerte, pidiendo al Vostan, que le dejasse hablar y despedir de su muger, que estaba en otro quarto; y no pudiendo conseguirlo, le suplicó de rodillas le dejasse siquiera hacer el zalá, para que su alma fuesse tan llena de necedades, como havia vivido. Esto le concedieron, pareciendoles, que tocaba a la religion, siendo tan gran desatino: pero de afligido y turbado no fue possible, y esforzando la naturaleza al mayor contrario, que no sé como se entienda aqui aquel consuelo de Seneca en la primera Epistola: *Que nos engañamos en la consideracion de la muerte por mayor, pues todo lo que passó de la edad, ya lo tiene la muerte*: se sentó en una silla, y dispuso la voluntad a la fuerza, y el animo del valor al miedo de la pena. Pero si dixo el mismo Philosopho: *Que el morir de buena gana era la me-*

mejor muerte : ¿cómo puede quien moria con tan poca, tenerla por buena, ni consolarse con que ya estaba muerto lo que havia vivido? Mirandole estaba el Vostan, y los soldados llenos de admiracion y miedo, a quien volviendo Nasuf severamente el rostro, dixo : Canalla, ¿qué estais mirando? haced vuestro oficio. Entonces se le atrevieron quatro dellos, y echandole una soga a la garganta, le ahogaron. Cerró luego el Vostan las puertas, y dando cuenta al Turco le pidió la cabeza, que haviendosela trahido la mandó echar en el suelo, y dandola con el pie le llamó *Brecain*, que quiere decir traydor. Tomó el Turco su hacienda, reservando solamente la que estaba en el quarto de su muger : fue la mayor riqueza, que en hombre particular se ha visto, pues entre las armas solas se hallaron mil y doscientas espadas con guarniciones de plata y oro, que si a V. m. le parecieren como las azemilas, podrá quitar las que fuere servida, porque no tengo cuento a proposito, ni me atrevo a decir, que tenia a su devocion en Constantinopla treinta mil hombres, sustentando en varias partes siete mil y quinientos caballos, con que si le ayudára mas el secreto, que le favoreció la fortuna, fuera el señor del Asia. Quedó Fatima viuda y rica, y aunque la pretendian muchos, y entre ellos un gran Bajá de los del turbante verde, le pareció al Turco levantar los pensamientos de Felisardo con hacerle cuñado su-

yo,

yo, y darle muger con tal exemplo en dote. Comunicó este pensamiento con Sultana, que atonita de ver el camino, que tomaba su desdicha, para descaminar su deseo, solicitó impedirle con decir mal al Turco de Felisardo, y que le parecia hombre de animo sobervio, y no mal aficionado a la patria, en que havia nacido, y que muchas veces le reprehendia la aficion, que mostraba a los Reyes y señores de España, donde era justo presumir, que alguna vez se quedaria; y que pues su yerno Nasuf Bajá era tan deudo suyo, y natural de su patria, criado en su ley, y enseñado en sus costumbres, y le havia salido traydor, no era razon pensar, que le havia de ser leal un hombre estrangero y advenedizo, criado en otra ley, en otra patria y en otras costumbres. Satisfizo esta ultima razon el entendimiento de Amath, y puso dilacion en el casamiento, tibieza en la voluntad y sospecha en el sucesso. Entre tanto Sultana prevenia la partida a España con gran cuydado, y tuvo tanto, que haviendo la primavera siguiente alcanzado del Turco saliesse Felisardo a quietar el mar del Archipielago, donde era fama, que andaban seis galeras de la Religion de Malta, dispuso la partida, y recogió sus joyas. Tiene el palacio del Turco dos leguas de cerça, y por la parte del mar, que mira a Calcedonia mucha artilleria: la puerta principal al Poniente, enfrente de la Iglesia de Santa Sophia; a mano derecha de la puerta

ta un Hospital, que llaman Timarina, para todos los enfermos de palacio, y a la izquierda la Iglesia antigua de Christianos, titulo de San Jorge, donde están las armas del Rey: siguese la segunda puerta, donde se apean los que van a consejo, y a esta una famosa calle de un tercio de legua, o poco menos: por la parte de Tramontana hay una puerta, por donde entra y sale la Gran Sultana y todas las mugeres del Serrallo. Aqui doble V. m. la hoja: junto a la segunda puerta hay un jardin y huerta con mil hermosos arboles y venados, y a su lado una gran plaza cubierta, donde suele estar la guarda de los Genizaros, y comer los dias de consejo, porque los otros quedan de guarda. Hay assimismo doce Capigis, que son porteros, en cada puerta de las referidas, y por la parte de Mediodia las cocinas para el Gran Señor y la familia de palacio, y para toda la corte el dia que es de consejo: y es tan inmenso el numero que come, que el de los cocineros es quatrocientos y cincuenta hombres: cosa, que la cuentan y la escriben, y que podrá V. m. no creer sin ser descortés a la Novela, ni a la grandeza del Turco. Despues de todo se llega a la gran puerta de la casa Real, guardada de eunucos blancos, donde no puede entrar persona alguna sin orden del Turco, no siendo la familia, aunque sea el Gran Visir. Por la puerta, que dejé advertida, salió, señora Marcia, la gran

Sul-

Sultana con dos renegados, de quien se havia fiadó, y en habito de soldado Genizaro, que de otra suerte fuera impossible; caminó a la mar con gran peligro, donde fue recibida con igual silencio del animoso Felísardo, que con valor intrepido mandó alargar la esquadra, y que a la vuelta de Sicilia pusiessen las proas, donde decia, que pensaba hacer una famosa hazaña. Tan desdichado fue este miserable mancebo, aunque digno de mejor fortuna, que apenas comenzaron las galeras a alejarse, y zarpando la Capitana azotar el agua y el ayre con los remos y velas, quando cubriendose el cielo de improviso de una escurissima nube, comenzó a bramar con horribles truenos por los quatro angulos del mundo, acompañada de temerosos relampagos, que en cada uno parecia que venian infinitos rayos. Entumecióse el mar, revolvieronse las olas, travando entre sí mismas tan espantosa batalla, que daban con la espuma en las estrellas, que con el temor de apagarse en las aguas, se escondian. Ya no aprovechaba amaynar las velas, ni en tanta confusion hallaba remedio el animo, ni el exercicio resistencia. Porfiaba Felisardo a que prosiguiessen el viage hasta sacar la espada: pero no pudo ser obedecido, por voluntad del cielo, que al declararse el Alva dió con su Capitana y las demás galeras casi al puerto: él quiso passar en su abrigo el dia, ocultando a Doña Maria en la camara de popa: pero co-

mo ya fuesse conocida su falta de algunas Griegas y Turcas, que la servian, havian dado tantas voces, que assombrados los Genizaros, dieron parte a su Capitan, y él a Mahamut Bajá; de quien lo supo el Turco, que con notable sentimiento pensó luego, que de envidia la havrian muerto otras mugeres, o amigas suyas: mas discurriendo entre varios pensamientos en unas y en otras cosas, que como Seneca dixo: *Sucede facilmente la inconstancia a los que tienen el animo dudoso*, dió en pensar, que se havia partido la misma noche Felisardo; de quien Sultana decia tanto mal, arguyendo desso mismo, que le queria bien: porque es muy ordinario en las mugeres, o por dissimular lo que quieren, o por engañar a otros; y con esta imaginacion hizo, que Vostan Bajá fuesse con cien Ayamolanos y con algunos Genizaros a las galeras, sabiendo, que la tempestad las havia vuelto al puerto tan perdidas, que era impossible sin rehacerse volver al agua. No los huvo visto Felisardo, quando conociendo el peligro, se resolvió morir como caballero, y no con varios tormentos a las manos de un verdugo infame. Bien quisiera el Bajá llevarle vivo, pero no dejandose prender, y resistiendose en la cureña de la Capitana, sembró la crugia de cuerpos muertos con sola una espada ancha, que trahia, y una rodela embrazada. Viendo Vostan, que seria impossible llevarle como él deseaba, mandó a los Geniza-

ros,

ros, que le tirassen, y en un instante cayó muerto de quatro manos, aunque de ningun deseo, porque fue sumamente amado de aquellos Barbaros. Dicen, que dixo poco antes que cayesse: Turcos, sed testigos, que muero Christiano, y no he ofendido al Gran Señor, mas que en llevar a Doña Maria donde lo fuesse. Con esto el Bajá le cortó la cabeza para llevarla al Turco, y halló a Sultana, que cubierta de lagrimas havia mirado el valor y la desdicha de aquel mancebo Tragico. Fue grande la alegria de Vostan, y consolandola con la mayor decencia que pudo, la llevó a palacio. No quiso el Turco verla en quatro dias; pero vencido del amor grande, que la tenia, se determinó de perdonarla, que las iras que intervienen amando, como lo siente el Amphitryon de Plauto, vuelven los que se aman a mayor amistad y gracia. Bien supo Sultana disculparse con solo el deseo de su patria y padres, pues siendo impossible la licencia, no podia de otra suerte intentar verlos, y el zeloso Turco tambien creerla, porque deseaba abreviar sus enojos: cosa, que en los colericos no da lugar a que las mugeres lo sean. Y en este lugar me acuerdo de haver leído en una Comedia Portuguesa tratar un viejo con un amigo suyo, de que queria casar su hijo, y diciendole el otro: No lo hagais, que está enamorado de una cortesana: respondió el viejo: Ya lo sé, y si intento casarle, es porque han reñido y averigua-

do unos zelos, y es buena la ocasion deste enojo para apartarle della. A quien replicó el amigo: Qué poco sabeis de lo que puede una voluntad antigua fundada en trato: esta es la hora, que anda vuestro hijo buscando disculpas à essa muger para el mismo agravio que le ha hecho. Este fue el fin de Felisardo: esta la desdicha por la honra: assi quedaron sus pensamientos burlados, y Silvia criando aquella desdichada prenda suya, que si creciere, como en las Comedias, tendrá V. m. la segunda parte: entre tanto lea esse Epitaphio, o elogio a su desdicha.

Aqui yace un desdichado,
que de sí mismo nacido
vivió por desconocido,
murió por desconfiado:
del proprio honor engañado,
aunque no sin culpa alguna,
dejó el sol, buscó la luna,
donde se vé, que el valor
quiere a fuerza del honor
resistir a la fortuna.

LA

LA MAS PRUDENTE VENGANZA.

NOVELA III.

A LA SEÑORA *MARCIA LEONARDA.*

PRometo a V. m. que me obliga a escribir en materia, que no sé como pueda acertar a servirla, que como cada escritor tiene su genio particular, a que se aplica, el mio no debe de ser este, aunque a muchos se lo parezca. Es Genio, por si V. m. no lo sabe, que no está obligada a saberlo, aquella inclinacion, que nos guia mas a unas cosas, que a otras: y assi, defraudar el genio, es negar a la naturaleza lo que apetece, como lo sintió el Poeta Satyrico. Pusole la antiguedad en la frente, porque en ella se conoce si hacemos alguna cosa con voluntad, o sin ella. Esto es sin meternos en la opinion de Platon con Socrates, y de Plutarco con Bruto, y de Virgilio, que creyó, que todos los lugares tenian su Genio, quando dixo:

> Assi despues habló, y en verde ramo
> ceñido por las sienes a los Genios

de

de los lugares, y a la Diosa Telus,
primera entre los Dioses, a las Nymphas
y ignotos rios ruega humildemente.

Advirtiendo primero, que no sirvo sin gusto a V. m. en esto, sino que es diferente estudio de mi natural inclinacion, y mas en esta Novela, que tengo de ser por fuerza Tragico: cosa mas adversa a quien tiene como yo tan cerca a Jupiter: pero pues en lo que se hace por el gusto proprio, se merece menos que en forzalle, obliguese mas V. m. al agradecimiento; y oyga la poca dicha en una muger casada en tiempo menos riguroso, pues Dios la puso en estado, que no tiene que temer, quando tuviera condicion para tales peligros.

En la opulenta Sevilla, ciudad, que no conociera ventaja a la gran Thebas, pues si ella mereció este nombre, porque tuvo cien puertas, por una sola de sus muros ha entrado y entra el mayor thesoro, que consta por memoria de los hombres haver tenido el mundo; Lisardo, caballero mozo, bien nacido, bien proporcionado, bien entendido y bien quisto, y con todos estos bienes, y los que le havia dejado un padre, que trabajó sin descanso, como si despues de muerto huviéra de llevar a la otra vida lo que adquirió en esta: servia, y afectuosamente amaba a Laura, muger ilustre por su nacimiento, por su dote y por muchos, que le dió la naturaleza, que con estudio particular

pa-

parece que la hizo. Salia Laura las fiestas a Missa en compañia de su madre: apeabase de un coche con tan gentil disposion y brio, que no solo a Lisardo, que la esperaba a la puerta de la Iglesia, como pobre para pedirle con los ojos alguna piedad de la mucha riqueza de los suyos, pero a quantos la miraban acaso, o con cuidado robaba el alma. Dos años passó Lisardo en esta cobardia amorosa, sin osar a mas licencia, que hacer los ojos lenguas, y el mirar tierno interprete de su corazon, y papel de su deseo. Al fin de los quales un dichoso dia vió salir de su casa algun apercibimiento de comida con alboroto y regozijo de unos esclavos, y preguntando a uno dellos, con quien tenia mas conocimiento, la causa, le dixo, que iban a una huerta Laura y sus padres, donde havian de estar hasta la noche. Tienelas hermosissimas Sevilla en las riberas de Guadalquivir, rio de oro, no en las arenas, que los antiguos daban a Hermo, Pactolo y Tajo, que pintaba Claudiano:

No le hartarán con la Española arena,
  preciosa tempestad del claro Tajo:
  no las doradas aguas del Pactolo
  rubio, ni aunque agotasse todo el Hermo:
  con tanta sed ardia.

sino en el que por él entran tantas ricas flores, llenas de plata y oro del Nuevo Mundo.

In-

Informado Lisardo del sitio, fletó un barco, y con dos criados se anticipó a su viage, y ocupó lo mas escondido de la huerta: Llegó con sus padres Laura, y, pensando, que de solos los arboles era vista, en solo el faldellin, cubierto de oro, y la pretinilla, comenzó a correr por ellos, á la manera que suelen las doncellas el dia, que el recogimiento de su casa les permite la licencia del campo. Caerá V. m. facilmente en este trage, que sino me engaño la ví en él un dia tan descuidada como Laura, pero no menos hermosa. Ya con esto voy seguro, que no le desagrade a V. m. la Novela; porque como a los letrados llaman ingenios, a los valientes Cesares, a los liberales Alexandros, y a los señores heroycos, no hay lisonja para las mugeres como llamarlas hermosas: bien es verdad, que en las que lo son, es menos; pero sino se lés dixesse, y muchas veces, pensarian, que no lo son, y deberian mas al espejo, que á nuestra cortesia. Lisardo pues contemplaba en Laura, y ella se alargó tanto corriendo por varias sendas, que cerca de donde él estaba, la paró un arroyo, que como dicen los Romances, murmuraba, o se reía, mayormente aquel principio:

Rïendose va un arroyo,
  sus guijas parecen dientes,
  porque vió los pies descalzos
  a la primavera alegre.

Y

Y no he dicho esto a V. m. sin causa; porque él debió de reirse de ver los de Laura, hermosa primavera entonces, que convidada del cristal del agua, y del bullicio de la arena, que hacia algunas pequeñas islas, pensando detenerla, competian entrambos: se descalzó, y los bañó un rato, pareciendo en el arroyo ramo de azucenas en vidro. Fuése Laura, que verdaderamente parece palabra significativa, como quando decimos: Aqui fue Troya. Sus padres la recibieron con cuidado, que ya les parecia larga su ausencia: assi era grande el amor que la tenian, y le sintió el Tragico:

¿Con quán estrecho lazo
de sangre asido tienes
naturaleza poderosa a un padre?

Hicieronla mil regalos, aunque riña Chremes a Menedemo, que no queria en Terencio, que se mostrasse amor a los hijos. Avisó en estos medios un criado de Lisardo a Fenisa, que lo era de Laura, de que estaba alli su dueño. Estos dos se havian mirado con mas libertad, como su honor era menos, y la advirtió de que havian venido sin prevencion alguna de sustento, porque Lisardo solo le tenia de los ojos de Laura, que los criados dissimulan menos las necessidades de la naturaleza, que sufren con tanta prudencia los hombres nobles. Fenisa lo dixo a Laura, que encendiendose de

honesta verguenza como pura rosa, se le alteró la sangre, porque de la continuacion de los ojos de Lisardo havia tenido que sossegar en el alma con la honra, y en el deseo con el entendimiento, y a hurto de su madre le dixo: No me digas esso otra vez. Creyó Fenisa lo severo del rostro: creyó lo Laconico de las palabras; y advierta V. m. que quiere decir lo breve, porque eran muy enemigos los Lacedemonios del hablar largo: creo, que si alcanzáran esta edad, se cayeran muertos. Visitóme un hidalgo un dia, y haviendome forzado a oir las hazañas de su padre en las Indias mas de tres horas, quando pensé que era su intento, que le escribiesse algun libro, me pidió limosna. Fenisa finalmente creyó a Laura, que parece principio de relacion de Comedia, y como sabia su recato, no le volvió a decir cosa ninguna: pero viendo Laura, que era mas bien mandada de lo que ella quisiera, le dixo a solas: ¿Cómo tuvo esse caballero tanto atrevimiento, que viniesse a esta huerta, sabiendo, que no podian faltar de aqui mis padres? Como ha dos años que os quiere, respondió Fenisa: Dos años, dixo Laura, ¿tanto ha que es loco? No lo parece Lisardo, replicó la esclava, porque tal cordura, tal prudencia, tal modestia en tan pocos años, yo no la he visto en hombre. ¿De qué la conoces tú, dixo Laura? De lo mismo que tú, respondió Fenisa. ¿Pues mirate a tí? prosiguió la enamorada doncella. No seño-

ñora, replicó la maliciosa esclava, que a la cuenta vos sola en Sevilla mereceis el desatinado amor, con que os adora. ¿Con qué me adora? dixo riendose Laura: ¿quién te ha enseñado a tí esse lenguage, no basta que me quiera? Bastará a lo menos, replicó Fenisa, pues vos no correspondeis a tanto amor, siendo igual vuestro, y que fuera tanta dicha de los dos casaros. No tengo yo de casarme, dixo Laura, que quiero ser Religiosa. No puede ser esso, respondió Fenisa, porque sois unica a vuestros padres, y haveis de heredar cinco mil ducados de renta, y vale vuestro dote sesenta mil, sin mas de veinte mil, que vuestra avuela os ha dejado. Mira, que te aviso, dixo Laura entonces, que no te passe por la imaginacion hablarme mas en Lisardo: Lisardo hallará quien merezca esse amor que dices, que yo no me inclino a Lisardo, aunque ha dos años que Lisardo me mira. Yo lo haré, señora, replicó Fenisa, pero muchos Lisardos me parecen essos en tu boca, para no tener ninguno en el alma. Ya se llegaba la hora del comer, y ponian las mesas, para que sepa V. m. que no es esta Novela libro de pastores, sino que han de comer y cenar todas las veces que se ofreciere ocasion, quando Laura dixo a Fenisa: Lástima es, Fenisa, que esse caballero no coma por mi causa. ¿No decias, respondió la esclava, que no te hablasse en él? Assi es verdad, replicó Laura, y yo no hablo en él, sino que coma: haz

por tu vida de suerte, que nuestro cozinero te dé alguna cosa, que le lleves, y dasela a su criado, como que es tuya esta memoria: que me place, dixo Fenisa, para merecer algo, como quien lleva al pobre la limosna que otro dá, para que sea tuya la piedad, y mia la diligencia. Hizolo assi Fenisa, y tomando un capon y dos perdices, con alguna fruta y pan blanco, de que es tan fertil Sevilla, lo llevó al referido, y le dixo: Bien lo puede comer Lisardo con gusto, que Laura se lo envia. Tuvole de manera este caballero, agradecidissimo a tanto favor, que ya se desesperaban los criados, y se atrevieron a decirle: Si assi come V. m. ¿qué ha de quedar para nosotros? No sois, replicó Lisardo, dignos vosotros de los favores de Laura, tanto que si algo queda, se me ha de guardar para la tarde. Crueldad le havrá parecido a V. m. la de Lisardo, aunque no sé si me ha de responder, no me parece sino hambre; y cierto que tendrá razon, sino sabe lo que come un enamorado favorecido a tales horas: pero porque no le tenga V. m. por hombre grossero, sepa, que les dió dos doblones de a quatro, que era siglo en que los havia, para que fuesse el uno a Sevilla por lo que tuviesse gusto, lo que ellos no hicieron, y partiendo la moneda, se llegaron hácia la casa de la huerta, donde las criadas los proveían de todo lo necessario. Algo desto via Laura con harto gusto suyo, y no se

es-

escondiendo a sus padres, quisieron saber quien eran aquellos hombres, que preguntados respondieron, que musicos; y deseando alegrar a Laura, dixo el padre, que entrassen, de que ellos se holgaron en extremo, y trahiendo un instrumento, que claro está, que le havia de haver en la huerta, o trahelle las criadas de Laura, que algunas por lo moreno eran inclinadas al bayle, con extremadas vozes Fabio y Antandro cantaron assi:

Entre dos mansos arroyos,
que de blanca nieve el sol
a ruego de un verde valle
en agua los transformó,
mal pagado, y bien perdido,
propria de amor condicion,
que obliga con los agravios,
y con los favores no:
estaba Silvio mirando
del agua el curso veloz,
corrido de que rïendo
se burle de su dolor.
Y como por las pizarras
iba dilatando el son,
a los rusticos cristales
dixo con llorosa voz:
Como no saben de zelos,
ni de passiones de amor,
rïense los arroyuelos
de ver como lloro yo.

Si amar las piedras se causa
de sequedad y calor,
bien hace en reïrse el agua,
pues por fria nunca amó.
Lo mismo sucede a Phylis,
que para el mismo rigor
es de mas helada nieve,
que los arroyuelos son.
Ellos en la sierra nacen,
y ella entre peñas nació,
que solo para reïrse
ablanda su condicion.
Al castigo de sus burlas
tan necia venganza doy,
que estos dos arroyos miran
en mis ojos otros dos.
Lagrimas, que dan venganza,
notables flaquezas son,
mas deben de ser de ira,
que no es possible de amor.
No me pesa a mí de amar
sujeto de tal valor,
que apenas puede a su altura
llegar la imaginacion.
Pesame de que ella sepa,
que la quiero tanto yo,
porque siempre vive libre
quien tiene satisfaccion.
Por esso digo a las aguas,
que risueñas corren hoy,
trasladando de su risa

las perlas y la ocasion:
Como no saben de zelos,
ni de passiones de amor,
ríense los arroyuelos
de ver como lloro yo.

Dudosa estaba Laura mientras cantaban Fabio y Antandro estos versos, si se havian hecho por ella, y aunque en todo convenian con el pensamiento de Lisardo, en quejarse de zelos, le parece que diferia mucho de su honestidad y recogimiento, si bien esto no satisfacia a la duda; porque los amantes, sin darselos, tienen zelos, y no han menester ocasion para quejarse a la traza de los niños, que se suelen enojar de lo que ellos mismos hacen. Pidieron los padres de Laura a Fabio no se cansasse tan presto, y él y Antandro en un tono del unico musico Juan Blás de Castro cantaron assi:

Corazon, ¿dónde estuvistes,
que tan mala noche me distes?
¿Dónde fuistes, corazon,
que no estuvistes conmigo?
¿siendo yo tan vuestro amigo,
os vais donde no lo son?
Si aquella dulce ocasion
os ha detenido ansí,
¿qué le dixistes de mí,
y de vos qué le dixistes,
que tan mala noche me distes?

A los ojos es hacer,
corazon, alevosia,
pues lo que ellos ven de dia,
de noche lo vais a ver:
ellos me suelen poner
en ocasiones de gloria,
pero vos con la memoria
yo no sé donde estuvistes,
que tan mala noche me distes.
Corazon, muy libre andais,
quando preso me teneis,
pues os vais, quando quereis,
aunque yo quiero que os vais:
allá vivis, y allá estais;
no parece que sois mio,
si pensais que yo os envio:
¿qué esperanzas me truxistes,
que tan mala noche me distes?

Ya se quedaban los instrumentos con el eco de las consonancias, aunque si bien me acuerdo, no era mas que uno, quando Laura preguntó a Fabio, quién era el escritor de aquella letras. Fabio le respondió, que un caballero que se llamaba Lisardo, mancebo de veinte y quatro años, a quien ellos servian. Por cierto, dixo Laura, que él tiene muy cuerdo ingenio. Sí tiene, dixo Antandro, y acompañado de linda disposicion y talle, pero sobre todo de mucha virtud y recogimiento. ¿Tiene padre? dixo el de Laura. No señor, respondió Fabio: ya

mu-

murió Alberto de Silva, que V. m. havrá conocido en esta ciudad. Sí conocí, dixo el viejo, y era grande amigo mio, y de los hombres ricos desta ciudad; y me acuerdo de esse caballero su hijo, quando era niño, y comenzaba a estudiar Gramatica, y me alegro, que haya salido tan semejante a su padre: ¿No trata de casarse ahora? Sí trata, dixo Antandro, y lo desea en extremo, con una hermosa doncella igual a sus merecimientos en dotes naturales y bienes de fortuna. Con esto los mandó regalar Menandro, que assi era el nombre del padre de Laura, y ellos se despidieron, contando entre los arboles a Lisardo todo lo que les havia sucedido, que los estaba esperando desesperado. Laura quedó cuidadosa, llena de solicito temor, que assi difine el amor Ovidio, porque dió en imaginar, que aquella doncella, con quien queria casarse Lisardo, era otra, y que las finezas eran fingidas, no conociendo, que Antandro lo havia dicho, para que Laura entendiesse su deseo: assi es temeroso el amor, atribuyendo siempre en su daño hasta su mismo provecho. No pudo alegrarse mas; y dando prisa a sus padres con no sentirse buena, se volvieron a Sevilla. Durmió mal aquella noche, y el dia siguiente la afligió tanto aquel pensamiento, que se vino a resolver en escribirle. V. m. juzgue si esta dama era cuerda, que yo nunca me he puesto a corregir a quien ama. Borró veinte papeles, y dió el peor y el ulti-

mo a Fenisa, que con admiracion, que se pudiera llamar espanto, le llevó a Lisardo, que en aquel punto iba a subir a caballo para passear su calle. Casi fuera de sí oyó el recado de palabra, y llevandola de la mano a un jardin pequeño, que enfrente de la puerta principal de su casa ofrecia a la vista algunos verdes naranjos, la dió muchos abrazos, y recibiendo el papel con mas salvas, que si truxera veneno, abrió la nema, guardó la cubierta, y leyó assi:

Los años, que V. m. me ha obligado a su conocimiento, parece que me fuerzan en cortesia a darle el parabien de su casamiento, que á mis padres contaron sus criados, mayormente siendo tan acertado, con dama tan hermosa y rica: pero suplico a V. m. que ella no sepa este atrevimiento mio, que me tendrá por envidiosa, y V. m. no ha menester hacer gala de mi cortesia, para acreditarse, pues no será essa señora tan humilde, que no piense, que lo que ella merece, vale por sí mismo esta general estimacion de todas.

Con una blanda risa, mas en los ojos, que en la boca, dobló el papel Lisardo, y por lo que havia contado Antandro, conoció el engaño de Laura, o que se havia valido de aquella industria para provocarle a desafio de tinta y pluma, que en las de amor es lo mismo, que de espada y capa. Llevó a Fenisa a un curioso aposento, bien adornado de escritorios, libros y pinturas,

donde le dixo, que se entretuviesse, mientras escribia. Fenisa puso los ojos en un retrato de Laura, que un excelente pintor havia hecho al vivo, de solo verla en missa: y Lisardo escribió, haciendo gala de que fuesse aprisa y con donayre, y cerrado el papel, abrió un escritorio, y dando cien escudos a Fenisa, le abrió las entrañas. Fuése la esclava, y Lisardo volvió a leer el papel otras dos veces; y poniendole la cubierta encima, le acomodó en una naveta de un escritorio, donde tenia sus joyas, porque assi le pareció que le engastaba. Llegó Fenisa donde Laura esperaba la respuesta con inquietud notable: dióle el papel: contóle el gusto, con que la hávia recibido, el asseo de su aposento, la grandeza de su casa, y calló los cien escudos, aunque hizo mal, que tambien esto obliga a quien ama, y desea ser amada; pero peor huviera sido, que confessára la mitad, como hacen muchos criados en ofensa grave de la liberalidad de los amantes. Abrió Laura el papel, con menos ceremonias, aunque por ventura con mas sentimiento, y leyó assi:

La señora, que yo sirvo, y lo es de mi libertad, y con quien deseo casarme es V. m. y esto mismo dixo Antandro, para que en este sentido se entendiesse. Con esta satisfaccion pudiera V. m. tener envidia de sí misma, si yo mereciera lo que dice para honrarme, que no tengo, ni tendré otro dueño, mientras tuviere vida.

Quando yo llego a pensar por donde comienzan dos amantes el proemio de su historia, me parece el amor la obra mas excelente de la naturaleza, y en esto no me engaño, pues bien sabe toda la Philosophia, que consiste en él la generacion y conservacion de todas las cosas, en cuya union viven, aunque entre la harmonia de los cielos, que el aphorismo de que todas las cosas se hacen a manera de contienda, esso mismo, que las repugna, las enlaza, y assi se vé, que los elementos, que son los mayores contrarios, symbolizan en algunas cosas, y comunican sus calidades. Convienen el fuego y el ayre en el calor, porque el fuego le tiene sumo, y el ayre moderado: el fuego y la tierra en lo seco: el ayre y el agua en lo humedo, y el agua y la tierra en lo frio, de cuya conveniencia es fuerza amarse, y a este exemplo las demás de la generacion y corrupcion de la naturaleza. Pero dirá V. m. ¿qué tienen que ver los elementos y principios de la generacion de amor con las calidades elementares? Mas bien sabe V. m. que nuestra humana fabrica tiene dellos su origen, y que su harmonia y concordancia se sustenta y engendra deste principio, que como siente el Philosopho, es la primera raiz de todas las passiones naturales. Notable edificio pues levanta amor en esta primera piedra de un papel, que sin prudencia escribió esta doncella a un hombre tan mozo, que no tenia experiencia de otra voluntad desde

que

que havia nacido. ¿Quién vió edificio sobre papel firme? ni qué duracion se podrá prometer la precipitada voluntad destos dos amantes, que desde éste dia se escribieron y hablaron, si bien honestamente, fundados en la esperanza del justo matrimonio? Y tengo por sin duda, que si luego pidiera Lisardo a Laura, Menandro lo huviera tenido a dicha, pero el querer primero cada uno conquistar la voluntad del otro, a lo menos assegurarse della, dió causa a que la dilacion truxesse varios accidentes, como suele en todas las cosas, donde se acude con la execucion despues del maduro acuerdo, como sintió Salustio. Tenia Lisardo un amigo, que desde sus tiernos años lo havia sido, igual en calidad y hacienda, llamado Octavio, procedido de ciertos caballeros Ginoveses, que en aquella ciudad havian vivido, y a quien la mar no havia correspondido ingrata, a lo que en confianza suya havian aventurado. Este amaba desatinadamente a una cortesana, que vivia en la ciudad tan libre y descompuesta, que por su vizarria y despejo publico era conocida de todos. Passaba el pobre Octavio sus locuras con inmenso trabajo de su espiritu, y no pequeño daño de su hacienda, porque a vuelta de cabeza se la cargaba de infinito peso, mayormente si se descuidaba de comprar por instantes lo que le parecia que tenia adquirido. Amor no se conserva sin esto, yo lo confiesso, pero en este genero de mugeres es la codi-

cia

cia insaciable. Hame acontecido reparar en unas hierbas, que tengo en un pequeño huerto, que con la furia del sol de los caniculares se desmayan de forma, que tendidas por la tierra, juzgo por impossible que se levanten, y echandolas agua aquella noche, las hallo por la mañana como pudieran estar en Abril despues de una amorosa lluvia. Este efecto considero en la tibieza y desmayo del amor de las cortesanas, quando la plata y oro las despierta y alegra tan velozmente, que el gàlan, que de noche fue aborrecido, porque no dá, a la mañana es querido, porque ha dado. Olvidada finalmente Dorotea, que assi se llamaba esta dama, de las obligaciones que tenia a Octavio, puso los ojos en un Perulero rico, assi se llaman, hombre de mediana edad, y no de mala persona, asseo y entendimiento. A pocos lances conoció Octavio la mudanza, y siguiendola un dia, la vió entrar disfrazada en la casa del Indiano referido, donde esperó desatinado a que tomasse puerto en la calle de aquella embarcacion tan atrevida, y asiendola del brazo, la dió con poco temor del Perulero y verguenza de la vecindad algunos bofetones. A sus voces y de la criada, que llegando a defenderla partieron la ganancia, salió Fineo, que este fue su nombre, o lo es ahora, y con dos criados suyos le hizo salir de la calle con menos honor, que si quedára en ella, pero con mas provecho suyo. Corrido Octavio, como era justo, porque

que al huír dice Carranza, y lo aprueba el gran Don Luis Pacheco, no hay satisfaccion: dió parte a su amigo Lisardo de su disgusto, y con los dos criados musicos referidos fueron a esperarle dos o tres noches: porque él no salia sin cuidado de su casa, y la ultima, que venia de visitar un amigo (¡o noche, qué de desdichas tienes a tu cuenta! no en valde te llamó Estacio acomodada a engaños, Seneca horrenda, y los Poetas hija de la tierra y de las Parcas, que es lo mismo que de la muerte, pues ellas matan, y la tierra consume lo que entierra) salieronle al passo Octavio y Lisardo con los criados, y dandole muchas cuchilladas, se defendió valerosamente con los suyos, hasta que cayó muerto, dejando a Octavio herido de una estocada, de que tambien murió de alli a tres dias. Estos estuvo retrahido Lisardo; y queriendo hacer fuerza la justicia en sacarle de la Iglesia, le fue forzoso ausentarse, y con grandes lagrimas de Laura y suyas salió de Sevilla, y por ser ocasion, en que se partia la flota de Nueva-España, aconsejado de amigos y deudos se passó a las Indias. Fue tan dificil de remediar este caso, aunque de entrambas partes havia dos muertes, que no pudo volver a Sevilla Lisardo, quando pensaba. En triste ausencia quedó Laura, con tan notable sentimiento de su partida, conocido de sus padres, que con algun advertimiento reparaban en Lisardo, y no les pesára de que fuera su yerno: pero haviendo passa-

sa-

sado dos años de inmensa tristeza, le propusieron algunos casamientos para sacarla della, de personas ilustres y dignas de su hermosura, calidad y hacienda. Era de suerte lo que Laura sentia que le tratassen desto, que cada vez que lo intentaban, la tenian por muerta: pero haviendose informado de Fenisa, y entendiendo, que mientras estuviesse en esperanza de casarse con Lisardo, no admitiria casamiento alguno, determinó Menandro de fingir una carta, que diesse nuevas entre otras relaciones, de que Lisardo se havia casado en Mexico, y una aparte para un amigo suyo, que visitandole dejasse caer al descuido, que hallada de Laura, decia assi:

En este viaje no tengo que advertiros mas de que todo se despacha bien, y mejor lo que menos pensabades. Llegó bueno el Virrey, y creo, que nos havemos de hallar muy bien con él, porque es un gran Principe, zeloso del servicio de Dios y de su Majestad. Hacedme placer de saber, en qué estado están los negocios de Lisardo de Silva en essa ciudad, porque ya son tan proprios mios, que le he casado con mi hija Theodora con mucho gusto de entrambos, porque se querian mucho. Esto me importa notablemente, porque quiere ir Lisardo a España, y pretender un Habito en la corte, y yo deseo ver honrada mi casa, y que comienze su valor en este caballero, a quien por el que tiene en todo he dado en dote sesenta mil ducados.

Co-

Como quedaria Laura con esta carta, echada con tan falso descuido, para darle tan verdadero cuidado, no es possible encarecerlo: pobre amante, que quando estaba solicitando su libertad para verla, se la estaban quitando con tan notable industria; y no se engañaron, aunque V. m. lo sienta, que passados algunos dias de lagrimas se consoló, como lo hacen todas, y dixo a sus padres, que queria obedecerlos. Los quales, assi como conocieron el efecto de la industria, trataron de darle marido, que deshiciesse con su presencia facilmente la voluntad de Lisardo, que no havia podido tan larga ausencia. Havia un caballero en la ciudad, no de tan gallarda persona, pero de mas juicio, años y opinion constante, rico y lustroso de familia, y codiciado de muchos para yerno, porque trahia escrita en la frente la quietud, y en las palabras la modestia. Tratóse entre los deudos de una y otra parte el concierto, y estando a todos con igualdad, no fue dificil de llegar a execucion, con la brevedad que los padres de Laura deseaban. Casóse Laura, y en esta ocasion dixera un Poeta, si havia assistido Hymeneo triste, o alegre, y si tenia el hacha viva, o muerta, ceremonia de los Griegos, como llamar a Thalassio de los Latinos. Y porque V. m. no ignore la causa, por qué invocaba la Gentilidad en las bodas este nombre, sepa, que Hymeneo fue un mancebo, natural de Athenas, de tan hermoso y delicado rostro, que con el cui-

dado de los rizos del cabello, como ahora se usan, era tenido por muger de muchos. Enamoróse este mancebo ardentissimamente de una hermosa y noble doncella, sin esperanza de fin á su deseo, porque en sangre, hacienda y familia era inferior y desigual con diferencia grande: con esta desconfianza Hymeneo, para sustentar sus ansias, siquiera de la amada vista desta doncella, vestiase su mismo habito, y mezclandose con las demás, que la acompañaban, ayudado de las colores de su rostro, en amistad honesta vivia con ella, y la seguia a las fiestas y campos, sin osar declararse por no perderla. En este tiempo le sucedió lo que a muchos, que pensando engañar, lo quedan ellos; porque haviendo salido fuera de la ciudad su dama con otras muchas a los sacrificios de Ceres Eleusina, saltaron de improviso en tierra, y con las demás doncellas le robaron. Ellos, la presa y la nave tomaron puerto cerca; y haviendo repartido a su gusto lo que a cada uno le tocaba, hicieron fiesta sobre la hierba y andando Ceres y Baccho dando calor a Venus, con el trabajo del remo y descanso de vino se rindieron al sueño. Hymeneo valerosamente, gobernado de su animo en ocasion tan fuerte, que la hermosura en los hombres no estorva la valentia del corazon, y yo he visto muchos feos cobardes; sacó la espada de la cinta al Capitan de los Piratas, y uno a uno les cortó las cabezas: embarcó las doncellas, y

con

con inmenso trabajo volvió a Athenas. Los padres de las quales en remuneracion de tanto beneficio solicitaron al de su dama, y se la dió por muger, con la qual vivió en paz, sin zelos y sin disgusto, y con muchos hijos, de donde tomaron ocasion los Athenienses de invocarle en sus bodas, como a hombre tan dichoso en ellas, y poco a poco se fue introduciendo el cantarle hymnos, como a su protector, de que se hallan tantos en los Poetas Griegos y Latinos, y recibirse su nombre por las mismas bodas. No pienso que le havrá sido a V. m. gustoso el episodio, en razon de la poca inclinacion que tiene al señor Hymeneo de los Athenienses; pero por lo menos le desvié la imaginacion del agravio injusto, que hicieron estas bodas al ausente Lisardo, y la facilidad, con que se persuadió la mal vengada Laura: aunque por el camino que fué la industria, ¿a qué muger le quedára esperanza, quando no quisiera vengarse? cosa que apetecen enamoradas con desatinada ira, tanto que en viendo qualquiera retrato de muger, pienso que es la venganza.

Puso Marcelo, que assi se llamaba su marido, ilustre casa, hizo un vistoso coche, el mayor deleyte de las mugeres, y en esta parte soy de su parecer, por la dificultad del trage, y la gravedad de las personas, y mas despues que se han subido en un monte de corcho, haciendose los talles tan largos, que se hincan de ro-

rodillas con las puntas de los jubones. Casóse un hidalgo amigo mio de buen gusto, y la noche primera, que se havia de celebrar el hymeneo en Griego, y la boda en Castellano, vió a su muger apearse de tan altos chapines, y quedar tan baja, que le pareció que le havian engañado en la mitad del justo precio. Dixo entonces ella: ¿Qué os parece de mí? y él con poco gusto le respondió: Pareceme, que me han dado a V. m. como a mohatra, pues he perdido la mitad de una mano a otra. A quien yo consolé con la respuesta de aquel Philosopho, que diciendole un amigo suyo, que por qué se havia casado con una muger tan pequeña, respondió: Del mal lo menos. Mas cierto, que todos se engañan, que una muger virtuosa, o sea grande, o pequeña, es honra, gloria y corona de su marido, de que hay tantas alabanzas en las divinas letras: ¡y hai del enfermo, que ellas no curan, el solo, que no regalan, y el triste, que no alegran!

Entre otras cosas que truxo Marcelo a su casa fue un esclavo, de quien fiaba mucho, Alarbe de nacion, que en una presa del General de Oran havia sido cautivo. Este tenia cuenta de los caballos del coche, y de otros dos, en que passeaba, de los Valenzuelas de Cordoba, que tambien hay linage de caballos con su nobleza. No se olvide pues V. m. de Zulemo, que assi se llamaba, que me importa para adelante que le tenga en la memoria. Casados vivian en paz,

aun-

aunque sin señales de hijos, que lo suelen ser del matrimonio, Marcelo y Laura, quando haviendose acabado con ruegos y dineros y años, que lo vencen todo, el pleyto de Lisardo, apareció en San Lucar con los galeones de Nueva España; y como de su pensamiento no diesse parte a nadie, y por coger de improviso a Laura con la alegria de su presencia, ignorante de su casamiento, vino a Sevilla. No le dixeron en su casa nada, o ya ocupados en verle, o ya porque pensaron, que cosa tan notable para él, como estar casada Laura, ya la sabria; o por no le recibir con malas nuevas, que suele ser la mayor ignorancia de los deudos y amigos. Con esto assi como estaba y solo, quitandose las espuelas, se fue á su casa, serian las ocho de la noche, y vió Lisardo en el patio tan diferente ruido, que se le turbó el corazon y heló la sangre, y despues de un rato, preguntó a un criado, que ayudaba a poner én su lugar aquel vistoso coche, en que debia de haver venido Laura, quién vivia en aquella casa. Aqui vive Menandro, le respondió, y Marcelo su yerno. Passóle el corazon esta palabra, y todo temblando le dixo: ¿Pues casó la señora Laura? Sí, replicó el criado con sequedad, y se lo pagó Lisardo con muchas lagrimas, que de improviso vinieron a los ojos, por ayudar al corazon en tan justo sentimiento. Sentóse en un poyo, que estaba junto a la puerta, y no pudiendo hablar, porque le ahogaba el dolor,

ver-

vertió parte del veneno, con que sintió algun alivio. Levantóse finalmente, porque ya reparaban en él, que la buena disposicion lo solicitaba, con las galas y plumas del camino, en las quales fue la primera venganza, porque haciendolas pedazos, sembró dellas la calle, diciendo: Estas y mis esperanzas todo es uno. De alli passó a los guantes, y tirandose de una cadena de piezas, la perdió toda. Bien havia hora y media que andaba el afligido mozo por la calle; quando haviendo oído algun ruido en una sala, asió las manos a los hierros de su reja, y sin mirar él que hacia, se asomó a uno de los postigos de la ventana, donde vió sentar a la mesa a Laura, a su marido y a sus padres. Aqui perdió el sentido, y cayendo en tierra, estuvo desmayado un rato: volvió en sí, y trepando segunda vez por los hierros, vió la ostentacion de la plata y familia, con que se servian, el contento que mostraban; y los platos y regalos que Marcelo hacia a Laura tan amorosamente: reparaba en su rostro, en su vestido, y en el buen ayre con que cenaba que el comer asseadamente y con despejo se cuenta entre las cosas, a que está obligado un hombre bien nacido, y le parecia, que en su vida havia visto hombre mas hermoso. ¡O zelos, qué de cosas feas haveis hecho que parezcan lo contrario! Alli se extendia la imaginacion a cosas terribles de sufrir; y entre todas a creer, que Laura estaria enamorada de

Mar-

Marcelo; como era razon, y como a él le parecia, que era forzoso merecerlo. Suspiraba Lisardo, deseando que le oyesse Laura: ¡qué locura! ¿Mas quién tuviera prudencia en tal desdicha? Acabóse la cena de Marcelo, y la paciencia de Lisardo a un mismo tiempo. Ellos se recogieron despues de un rato de conversacion, y él se quedó con todas sus eperanzas en la calle. La pena de su casa era forzosa; y assi salieron a buscarle por varias partes, sin que dejassen amigo donde no fuessen. Acordóse Antandro de los pensamientos de Laura: partió a su casa, y halló en su calle a su señor poco menos que loco, y algo mas que desdichado: quitóle despues de muchas razones y conveniencias del puesto, que havia tomado, como soldado de amor hasta el quarto del Alva: truxole a su casa con buenos consejos, y haciendole acostar, no durmieron entrambos, porque en contarle lo que havia visto, y lamentarse de Laura, llegó el dia. Rogó a Antandro, que fuesse en casa de Menandro, y procurasse ser visto de Fenisa: lo qual sucedió tan bien, que apenas le vió la esclava, quando puesto su manto, y aquel sombrero, que con tanta bizarria se ponen las Sevillanas, salió a buscarle. No havian los dos traspuesto la calle, quando Fenisa le dió muchos abrazos, y preguntandole por Lisardo, llegó el esclavo Zulemo referido, y ella interrumpió la platica, y se volvió a su casa. Reparó el esclavo en el forastero, y algo ze-

zeloso de Fenisa, quiso seguirle; pero Antandro le burló en una de las muchas calles estrechas de aquella ciudad, y dió cuenta a Lisardo, de que ya Laura sabria, que él estaba en Sevilla. Con aquella ocasion el tierno amante tomó la pluma, y escribiendo un papel, le dixo a Antandro, que le llevasse, y si pudiesse darsele a Fenisa, le prometiesse grandes intereses y regalos por la fé y confianza deste secreto. Sucedió assi, y Laura, que ya sabia que havia venido, con poca alteracion y mucha curiosidad le abrió severa, y leyó assi:

A noche llegué a Sevilla a vivir en tu vista de tanta muerte como he padecido en tu ausencia, y cumplir la palabra, que te havia dado de ser tu marido. La primera cosa que supe, fue, que le tenias, y la segunda verle, con tanto dolor mio, que solo pudo impedir el matarme, saber que hay alma. Cruelmente has procedido con mi innocencia: no eran essas las palabras en mi partida a Mexico, acreditadas de lagrimas: pero eres muger, ultimo consuelo de los hombres. Mas para que veas la diferencia, que mi amor hizo al tuyo, mientra dispongo de mi hacienda, viviré en Sevilla, y luego me cubrirá un pobre habito, que quiero fiar del cielo mi remedio, porque en la tierra no le espero de nadie.

Sin alteracion dixe que abrió el papel Laura, pero no le volvió a cerrar sin mucha; y dudosa de que podria mentir Lisardo, como fues-

fuessen muchos, quando la prueba de sus mentiras tiene ultramarino el termino, abrió un escritorio, donde tenia la carta fingida de su padre, mas acaso, que con cuidado, y havia querido rasgar siempre que la via, y poniendole una cubierta, se la envió a Lisardo. Alguna alegria le causó entonces ver papel suyo; pero quando desconoció la letra, y vió la firma fingida de un mercader, que él havia conocido en Mexico, leyó la carta, y con un suspiro en voz triste dixo: Este me ha muerto. Passó aquel dia, y haciendo que le cortassen de vestir de luto, al siguiente salió por la ciudad tan desconocido, que daba ocasion a todos de preguntalle la causa, para la qual no le faltaba industria. Con esto volvió a escribirla, diciendo assi:

Invencion de mi fortuna fue esta carta para quitarme todo mi bien, y aunque parece bastante disculpa, no la puede haver de no haver venido acompañada de una letra sola, que desprecios de lo que se ha querido, no dan honra a quien aborrece; ni con ella cortó jamás la espada de los nobles en los que están rendidos. Yo partí de Sevilla por fuerza, navegué sin vida, llegué a Mexico sin alma, viví muerto, guardé lealtad invencible, volví con esperanza, hallé mi muerte, y para todo he hallado consuelo en el engaño desta carta: mas para tanto desprecio será impossible, que tenerme en poco, aunque sea sobra de contento en el nuevo estado, es falta de discrecion en la cortesia.

A este papel respondió Laura el que se sigue:

Lo que pareciera liviandad en mi honor, no ha sido descortesia al vuestro; pero quando la huviera usado, bien la merece un hombre, que niega haverse casado en Indias, pues el luto, que trahe, muestra bien, que porque ha enviudado, quiere que yo crea, que no se casó, y que es verdadera essa carta. Aqui pensó rematar el juicio Lisardo, viendo que el luto, qué havia puesto para obligarla con el sentimiento, le havia resultado en mayor daño. Quitóselo el mismo dia, y siendolo de fiesta, se vistió de las mejores y mas ricas galas, que tenia, y con extremadas joyas se fue a San Pablo, donde Laura vino à missa, y le vió en habito tan diferente, que se certificó, que el luto era fineza, y la carta mentira. Con esto y la solicitud de Lisardo comenzó amor a revolver las cenizas del passado fuego, donde, como suelen algunas centellas, se descubrian algunas memorias. Fenisa terciaba obligada de dineros y vestidos; Laura miraba amorosa; Lisardo se atrevia, y con esperanzas de algun favor vo vió presto en sí, y estaba en extremo gentil hombre. Marcelo reparaba poco en las bizarrias de Laura, pareciendole no estrechar los pocos años a mas grave estilo de recogimiento; con esto al passo de su descuido crecia el cuidado de los dos, y à vueltas el atrevimiento. Ya los papeles eran estafeta ordinaria, y se iba disponiendo el deseo a poco honestos fines, que

Mar-

Marcelo no era amoroso, ni havia estudiado el arte de agradar, como algunos, que piensan, que no importa, y que todo se debe al nombre, no considerando, que el casado ha de servir dos plazas, la de marido, y la de galan, para cumplir con su obligacion, y tener segura la campaña. Pareceme, que dice V. m. ¡ o lo que os deben las mugeres! pues le prometo, que aqui me lleva mas la razon, que la inclinacion; y que si tuviera poder, instituyera una cathedra de casamiento, donde aprendieran los que lo havian de ser, desde muchachos, y que como suelen decir los padres unos a otros: Este niño estudia para Religioso, este para Clerigo, &c. dixeran tambien: Este muchacho estudia para casado: y no que venga un ignorante a pensar, que aquella muger es de otra pasta, porque es casada, y que no ha menester servirla, ni regalarla, porque es suya por escritura, como si lo fuesse de venta, y que tiene privilegio de la venganza para traherla mil mugeres a los ojos, sin reparar, como seria justo, en que ha puesto en sus manos todo lo mejor que tiene del alma, como es la honra, la vida, la quietud, y aun con ella, que muchos la havrán perdido por esta causa. Diga ahora V. m. suplicoselo, que si es esta Novela sermonario: No señora, responderé yo por cierto, que yo no los estudio en Romance, como ya se usa en el mundo, sino que esto me hallé naturalmente, y siempre me pareció justo.

Consolado estaba Lisardo de haver perdido a Laura, pareciendole, que no era perderla estar tan cerca de la possession, que tantos años de pena le havia costado; que como los deseos de amor de una, y otra manera tienen un mismo fin; aunque sea por breve hurto, y con peligro del deshonor ageno, y daño proprio, se buscan y solicitan. Lisardo favorecido amaba a Laura libre; y olvidada de lo que se debia a sí misma, no advertia que fin suelen tener iguales atrevimientos. Antandro era el secretario, Fenisa el paranymphio: en la Iglesia se miraban, en la calle se hacian amorosas cortesias, y en el campo se hablaban, y algunas veces por las rejas, mientras Marcelo dormia, y otras, que estaba mas advertido, Fabio y su amigo en el mayor silencio de la noche cantaban assi:

Belisa de mi alma,
de cuyos ojos bellos
el mismo sol aprende
a dar su luz al suelo:
Belisa mas hermosa,
que en el cielo sereno
al Alva y a la tarde
el candido lucero.
Que ya por este valle,
de hoy mas le llamaremos
la estrella de Belisa,
como hasta aqui de Venus.
Dejando tu hermosura,

si yo dejarla puedo,
y celebrando solo
tu raro entendimiento:
¿Quién no dirá, señora,
que cuidadoso el cielo
puso por alma un angel
en tu divino cuerpo?
Gloriosa está la mia
de tenerte por dueño,
si bien las esperanzas
me tienen vivo y muerto.
Vivo, porque me animan
al fin donde no llegó,
y muerto en ellas mismas,
porque esperando muero.
Todos, Belisa mia,
se quejan, que por ellos
el tiempo aprisa passa,
sin poder detenerlo:
Y yo de que camina
tan despacio me quejo,
que pienso, que se para
en mis años el tiempo.
A muchos, que han amado,
dió Tantalo su exemplo,
mas como a mí ninguno,
con tan alto deseo.
Lo que me dan, me falta,
no tengo el bien que tengo,
viniendo a ser mis obras
mentales pensamientos.

Usa

Usa mi amor ahora
de los antojos nuevos;
cerca para los ojos,
para los brazos lejos.
Belisa, pues naciste
thesoro de los cielos,
¿quién para mí te hizo
de sueño lisonjero?
Pues quando mas segura
pienso que te posseo,
despierto, y no te hallo,
que eres verdad y sueño.
Contigo, dueño mio,
nació mi amor primero;
contigo se ha criado,
contigo fue creciendo.
Aciertan los que juzgan,
que es mi pecho pequeño
para un amor tan grande,
mas no para tu pecho.
Y llaman esperanzas
los males que padezco;
pidiendo possessiones,
levantanme, que espero.
En deseos aprisa
esperanzas de assiento
es muerte dilatada,
no haviendo mar en medio.
¡Qué pocas que me dieran,
si padecieran ellos!
mas si años hacen penas,

¿qué amante fue mas viejo?
Perdona, si te canso;
que mientras no te tengo,
no puedo amarte mas,
ni desearte menos.

Assi passaba Lisardo sus esperanzas: unas veces alegre, y otras triste, y Laura con papeles y favores, unas veces le divertia, y otras le asseguraba: cuyas dudas y deseos le significó un dia en estos versos:

Pensamiento no penseis,
que estoy de vos agraviado,
pues me dejais obligado
con el daño que me haceis:
antes pienso que teneis
queja de mí con razon,
porque he puesto en condicion
de quien sabeis, la mudanza,
que no merece esperanza
quien no piensa en possession.
Nunca vos y yo pensamos;
aunque vos sois pensamiento,
vernos en tán alto intento,
que los dos nos envidiamos:
pues si contentos estamos,
vos del lugar en que estais,
y yo de que le tengais,
no sufrais que culpa os den
de que no estimais el bien;

pues

pues que nunca al bien llegais;
Este impossible forzoso
de alguna noble desdicha
hace dilatar la dicha
al que puede ser dichoso:
de confuso y temeroso
que no lo digais consiento,
que en mi grave sentimiento
lo que sabemos los dos,
no lo fiára de vos,
a no ser mi pensamiento.
Quiero, y no puedo alargarme
a executar lo que quiero:
espero lo que no espero,
por ver si puedo engañarme:
sin saber determinarme,
ya determinado estoy:
a quien me niego, me doy,
y en este mortal disgusto
soy Tantalo de mi gusto,
y el mismo impossible soy.
Fuerte linage de mal
es huir el rostro al bien,
quien llega a que se le den
con merito desigual:
en congoja tan mortal
lo mismo que dudo, creo;
y en tal estado me veo,
sin poderme remediar,
que aun no puedo desear
esso mismo que deseo.

Vos,

Vos, hermoso dueño mio,
recibid, pues vuestro soy,
del impossible, en que estoy,
la satisfaccion que envio;
contra mis dichas porfio,
entre atrevimiento y miedo,
pero en labyrintho quedo,
donde tengo de morir;
pues quando voy a salir,
pruebo a salir, y no puedo.

En estos ultimos versos anduvo menos cortesano Lisardo, que en los demás que habló con su pensamiento, pues confessaba, que havia hecho diligencias para salir, sino se ha de entender con lo que dixo Seneca: que el amor tenia facil la entrada, y dificil la salida. No sé qué disculpa halle a este caballero, haviendo sido opinion del mayor Philosopho, que amor, ni lo es para esse fin, ni sin él: cosa, que me holgára de preguntarsela, si viviera ahora, aunque fuera desde aqui a Grecia, porque parece, que implican contradiccion essas dos sentencias; sino es que quiere decir, que puede haver amor verdadero con deseo de union, y sin él. V. m. juzgue qual destos dos tiene ahora en el pensamiento, y perdone a los pocos años de Lisardo el no platonizar con la señora Laura. Finalmente de linea en linea se acercó Lisardo a la ultima de las cinco, que Terencio le puso en el Andria, en cuya final proposicion Laura le escribió assi:

Si fuera vuestro amor verdadero, él se contentára, Lisardo mio, del estado, en que vuestra venida de las Indias halló mi honra: pues bien sabeis, que me casé engañada, que os esperé firme, y que os lloré casado. No sé cómo quereis que pueda atropellar por la obligacion de mis padres, el honor de mi marido y el peligro de mi fama: cosas tan graves, que por qualquiera dellas conozco, que quereis mas vuestro gusto solo, que a todas juntas. Mis padres son bien nacidos: mi marido me tiene obligada con su amor y con sus regalos: mi fama es la mayor joya de mi persona: ¿qué haré, si toda la pierdo por vuestra liviandad? cómo cobrarán mis padres su autoridad, mi marido su opinion, y yo mi nombre? Contentaos, señor mio, con que os amé mas que a mis padres, que a mi dueño, y que a mí misma, sin que me respondais, que si fuera assí, todo lo aventurára por vos. Yo confiesso, que mirado de presto parece verdad: pero considerado es mentira, porque podré yo replicaros, que si vos no aventurais por mí cosa, que vos podeis vencer con solo que querais, ¿cómo quereis que yo por vos aventure lo que no puedo cobrar, si una vez lo pierdo por vos? Mirad qual hará mas en esta turbada confusion de nuestro amor, yo, que sufro lo mismo que vos, y soy muger, o vos, que me quereis perder, por no sufriros a vos. Quisiera traheros exemplos de algunas desdichas, pero conozco vuestra condi-

cion,

cion, y sé, que haveis de passar por los renglones desta materia, como quien topa enemigo en la calle, que hace que no le vé, hasta que sale della. Mas pluguiera a amor, que no tuviera esto mas inconveniente, que perder la vida, que vos vierades, que no es el mio tan cobarde, que no la aventurára por vos, y me fuera la muerte dulce y agradable. Reciba yo este favor de vos, que con el entendimiento consulteis este papel, y no con la voluntad, que ella os templará el deseo, y durará nuestro amor; que con lo que vos quereis corre peligro de acabarse!

Quando Lisardo estaba por instantes deseando la execucion de su deseo, y el puerto de su esperanza, de que tenia celajes en las cosas que suelen prevenirle, pensó acabar la vida: lloró, que amor es niño, y como los que lo son, arrojan lo que les dan, sino es todo lo que piden, trató el papel sin respeto, y dixo a las letras, que solia venerar, algunas necias injurias. Ultimamente puso la pluma en el papel, y escribió assi:

Mi amor es verdadero mas sin comparacion, que el de V. m. y si mi deseo le desacredita, no he tenido yo la culpa, sino quien le ha llevado de la mano a ser tan loco: desdicha, que se pudiera haver excusado entre los dos, V. m. favoreciendome, y yo engañandome. Sus padres de V. m. su dueño, y su fama pongo en los ojos con toda la veneracion que

debo, y del poco respeto, que hasta aqui les he tenido, pido perdon con protestacion de tanta emienda, que venza mi recato por infinita distancia la libertad de mis passados pensamientos. Y suplico a V. m. tambien se tenga por servida con ellos de perdonarme la parte que le alcanza desta ofensa, que como comenzé a querer en fé de marido, no era mucho que se continuasse aquel deseo por tan honesto fin: si bien conozco, que fue criarle con veneno, y que es tan poderosa esta costumbre, que no pudiendo, como no puedo, olvidar a V. m. será fuerza ausentarme. Mañana partiré a la corte a mis pretensiones, que la que los dos tratabamos, tuvo suspensas, donde, o se me olvidará con su variedad este desatinado pensamiento, o me dejará presto de cansar tan enojosa vida.

Muchas lagrimas costó a Laura este papel, y pensando, que Lisardo no hiciera lo que a ella le pareció que no podia, descuidóse de remediarlo. Aguardó el desesperado mozo dos dias, al fin de los quales salió de Sevilla con Antandro y Fabio, passando en postas por la calle de Laura, que al ruido de la corneta, y al rebato del alma, dejando la labor, se puso a una reja; donde estuvo sin color hasta que le perdió de vista.

Lisardo llegó a la corte con tan poco animo, que desde qualquier lugar, que llegaban, decia, que se volviessen. Entretuvo los primeros dias en ver el palacio, sus Consejos, sus pley-

tean-

teantes, sus pretendientes, el prado, eterna procession de coches, el rio de juego de manos, que le ven y no le ven, y ya está en una parte, y ya en otra, los caballeros, los señores, las damas, los trages y la variedad de figuras, que de todas las partes de España, donde no caben, en ella hallan albergue. Despues comenzó con mas conocimiento a continuar visitas, que le pudieran haver divertido, si duráran, por mas que fuera la hermosura y discrecion de Laura: tales ganados crian los prados de la corte: pero quando mas desconfiado estaba, y creía, que todo el amor de Laura havia sido engaño, le dieron una carta suya, que decia assi:

De suerte, señor mio; que en este interés se fundaba vuestro amor, y que me queriades tan mal, que sabiendo que vuestra ausencia me havia de matar, os fuistes, y quando menos a la corte: acertado remedio, como quien sabia, que estaba en ella el rio del olvido, donde dicen, que se quedan tantos, que no vuelven a sus patrias eternamente. No os quiero decir las lagrimas que me costais, y de la manera que me teneis, pues los que me ven, no me conocen, aunque solos son los de mi casa, de donde no he salido. Yo me voy acabando, si alguna de las muchas ocasiones de esse mar de hermosuras, galas y entendimientos no os tiene asido por el alma, que ya se que sois tierno: venid antes que me costeis la vida, que ya estoy determinada a vuestra voluntad, sin reparar

en padres, en dueño, en honra, que todo es poco para perder por vos.

Realmente, señora Marcia, que quando llego a esta carta y resolucion de Laura, me falta aliento para proseguir lo que queda. ¡O imprudente muger! o muger! Pero pareceme que me podrian decir lo que el ahorcado dixo en la escalera al que le ayudaba a morir, y sudaba mucho: ¿Pues padre, no sudo yo, y suda vuessa paternidad? Si a Laura no se le dá nada del deshonor y peligro, ¿para qué se fatiga el que solo tiene obligacion de contar lo que passó? que aunque parece Novela, debe de ser historia.

Poco menos que loco partió Lisardo de Madrid el mismo dia, comprando a sus criados bizarros vestidos de aquella calle milagrosa, donde sin tomar medida visten a tantos; y para Laura dos joyas de a mil escudos, porque aunque sea la muger mas rica del mundo, agrádece lo que le dan, y mas despues de ausencia. Las locuras del camino es impossible referirlas, siendo iguales a las dichas; y ellas a los deseos. Llegó a Sevilla: ¡caso estraño! que al siguiente dia con una larga visita cumplió Laura su palabra. No hizo fin el amor, como suele en muchos, antes bien se fue aumentando con el trato, y el trato llegó a mas libertad de lo que fuera para conservarse justo, que aquello mismo, que a los amantes les parece dicha, las mas veces resulta en su perdicion, y quan-

do

do menos en dividirse. Havia muerto en estos medios Rosela, tia de Lisardo, viuda, y fuéle fuerza traher a su casa a Leonarda, sobrina suya, moza de trece a catorce años, de linda cara y talle. A pocos dias que estuvo en ella se enamoró Antandro tan desatinadamente desta doncella, que vinieron a ser publicos sus atrevimientos a las demás criadas de Lisardo, y entre ellos huvo quien le dió aviso de lo que passaba, con temor de alguna desgracia de las que suelen suceder en la primera ignorancia de las mugeres. ¡Por qué estraños modos camina la fortuna adversa a sus desdichas! Sintió tanto Lisardo este atrevimiento de Antandro, que haviendole reñido, y él respondido a su justo enojo con injusto atrevimiento, asió una alabarda, que a la cabezera de la cama tenia, y volviendo el hasta, le dió de palos, haciendole una herida en la cabeza, que le duró un mes de cama y otro de convalescencia. Hicieronse las paces, que nunca se hicieran, y volvió Lisardo a fiar su secreto con necia confianza de Antandro, que haviendole dejado un dia escondido en casa de Laura, como otras veces solia estarlo, llamó a Marcelo, y en el portico de una Iglesia le dixo, que Lisardo le quitaba la honra, refiriendole muy de espacio lo que tan bien sabía desde el infeliz principio destos amores, y que para que creyesse, que no le engañaba por algun interés, o venganza de algun enemigo suyo, fuesse a su casa, que le hallaria

es-

escondido en ella, y en un aposento junto al jardin, donde se guardaban las esteras del hibierno y algunos instrumentos de cultivarle. Marcelo en grande rato no pudo responderle, y haviendo prevenido la prudencia, de que era dotado, para ocasion tan fuerte, le dixo: Venid conmigo, que quiero que seais el primero, como en el decirmelo, en ver que lo he vengado. Fuése Antandro con Marcelo, y dejóle en el portal de su casa, entrando como dueño della solo al aposento referido, donde detrás de una estera halló a Lisardo, a quien dixo estas palabras: Mozo desatinado, aunque mereceis la muerte, no os la doy, porque no quiero creer, que Laura me haya ofendido, sino que vuestros atrevimientos locos os han puesto aqui. Lisardo todo turbado ayudó estas palabras con grandes seguridades y juramentos. Todos fingió Marcelo que los creía, y llevándole al jardin, abrió una puerta falsa, que estaba entre unas hiedras, y le puso en la calle, que apenas via el turbado mozo, desde la qual se fue a su casa combatido de tantos pensamientos, y determinando tantas cosas, sin resolver ninguna, que de cansado se dejó caer en la cama, deseando la muerte. Salió Marcelo luego que despachó a Lisardo, y dixo a Antandro: Vos alguna afrenta haveis recibido deste caballero, porque él no está donde decis, ni en toda mi casa, y advertid, que no os castigo como mereceis, porque os considero tal, que la justicia publica lo ha-

rá por mí. ¿Quién os dixo, que esse hombre entraba a ofenderme? Señor, respondió Antandro turbado, una esclava vuestra, que se llama Fenisa. Pues id con Dios a vuestros negocios, que no sabeis la casa que disfamais, ni la muger que yo tengo, tan indigna destos bajos pensamientos. Con esto se despidió Antandro turbado, y no osó volver en duda en casa de Lisardo, antes bien procuró esconderse por algunos dias. Marcelo, que de la virtud de Laura tenia diferente informacion en su pensamiento, dudoso entre la confianza y el dolor, y afligido entre la opinion y la verdad, se tuvo valientemente con el desengaño, hasta llegar ocasion para satisfacerse: a nadie que tenga honor se le ofrezca tan duro campo de batalla. ¡O traydora Laura! decia, ¿es possible, que en tanta hermosura y perfeccion cupo tan deshonesto vicio, que sus compuestas palabras y honesto rostro cubrian un alma de tan infame correspondencia? tú, Laura, traydora al cielo, a tus padres, a mí y a tus obligaciones? mas qué lo dudo, haviendo visto con mis ojos, y tocado con mis manos el fiero complice de tu delito? cómo puedo yo dudar, que aun este sagrado no dejó tu mala fortuna a mi confianza, ni la fiera condicion de mi desdicha a las obligaciones de la honra, con que nací? Yo lo he visto, Laura, no puedo dudar lo que ví, ni hay por donde pueda mi amor escapar mi agravio, aunque con las injurias agenas le aborrece

el rostro. ¡Triste de mí! que mas haré en solicitar tu muerte, que tú en perder la vida, porque la he de quitar a lo que mas estimo, en tanto grado, que padezco mas en sola esta imaginacion, que tú en el dolor, con ser de todos el ultimo. Assi hablaba Marcelo entre sí mismo, forzando el rostro a la fingida alegria en la inmensa causa de tristeza. Dió en regalar a Laura, como quien se despedia de la victima para el sacrificio de su honra; y para justificarle, en estando ella fuera, con llaves contrahechas hizo visita general de sus escritorios. Halló un retrato de Lisardo, algunos papeles, cintas, niñerias, que amor llama favores, y las dos joyas. Los amantes, que esto guardan donde hay peligro, ¿qué esperan, señora Marcia? Pues en llegando a papeles, ¿quánto mal haveis hecho? quién no tiembla de escribir una carta? quién no la lee muchas veces antes de poner la firma? Dos cosas hacen los hombres de gran peligro sin considerarlas, escribir una carta, y llevar a su casa un amigo, que destas dos han surtido a la vida y a la honra desdichados efectos. Ya sabia Laura todo el sucesso, y como via tan alegre a Marcelo, pareciale algunas veces, que era de aquellos hombres, que con benigna paciencia toleran los defectos de las mugeres proprias; y otras, que tener tanta, era para aguardar ocasion, en que cogerlos juntos, de que a su parecer de entrambos supieron guardarse: aunque Marcelo no queria juzgar de los agra-

vios

vios por venir, que tenia ya dada la sentencia en los passados. Con estos pensamientos procuró muchas veces poner odio entre aquel esclavo y Laura, diciendole a ella, que deseaba deshacerse dél, porque le havian dicho, que la aborrecia, y que mil veces havia estado determinado de matarle, porque no havia de tener él en su casa quien no la adorasse y sirviesse. Laura en esta parte inocente, dió en tratar mal a Zulemo de obra y de palabra, haciendole castigar en publico, de que Marcelo se holgaba notablemente, y esto llegó a extremo, que ya la casa toda, y aun los vecinos sabian que no havia cosa, que tanto aborreciesse el esclavo como su ama. Laura se daba a entender, que debia de ser el dueño de la traycion de Antandro, y con esto deseaba su muerte, y la solicitaba por puntos, sin osar pedir a Marcelo, que le vendiesse, porque fuera de casa no la deshonrasse. Quando ya le pareció a Marcelo que este aborrecimiento era bastantemente publico, llamó a Zulemo, y encerrandose con él en un aposento secreto, despues de largos prologos le incitó a matar a Laura, y le dió en una bolsa trescientos escudos. Zulemo al fin barbaro, ayrado contra su ama, y favorecido de Marcelo, que assimismo le ofrecia un caballo, para que se huyesse hasta la costa, donde esperasse las galeotas de Argel, que lo corrian de ordinario desde los Alfaques a Cartagena: en llegando la ocasion, entró con rostro feroz y animo de-

terminado, y llegando al estrado de Laura, la dió tres puñaladas, de que cayó sobre las almohadas con tristes voces: a las que daban las criadas entró Marcelo, que cuidadoso esperaba el sucesso, y con la misma daga, que le quitó de las manos, le dió tantas, ayudado assimismo de Fabio y de los demás criados, que sin que pudiesse decir quien le havia mandado matar a Laura, rindió el feroz espiritu. Acudieron a este miserable caso los vecinos, los deudos, la justicia y sus padres, y entre las lagrimas de todos eran las de Marcelo mas lastimosas, y por ventura mas verdaderas. El esclavo fue entregado a los muchachos, brazo poderoso, e inexorable en tales ocasiones, que llevandole al campo, despues de arrastrado por muchas calles, le cubrieron de piedras. ¡Hai, decia el desdichado viejo padre de Laura, teniendola en los brazos, hija mia, y solo alivio de mi vejez! ¿quién pensára que os esperaba tan triste fin, y que vuestra hermosura se viera manchada de vuestra misma sangre por las manos de un barbaro perro de la tierra mas infeliz del mundo? ¡O muerte, para qué reservaste mi vida en tanta edad, o por qué quieres matar tan debil sujeto con veneno tan poderoso! ¡Hai, quien no huviera vivido, para no morir con el cuchillo de su misma sangre! Lisardo, que tuvo presto las nuevas desta desventura, desatinado vino en casa de Laura, y mezclado entre la confusion de la gente, vió tendida su hermosura en aquel es-

estrado, como suele a la tarde, vencida del ardòr del sol, la fresca rosa. Alli todos tenian licencia para lagrimas: las suyas eran de suerte, que conocia bien Marcelo, en qué parte le dolia aquel sangriento accidente de su fortuna. Despejóse la casa, y retirado Lisardo a la suya, no salió en quatro meses della, ni le vieron hablar con nadie, fuera de su familia: todo era suspiros, todo era lagrimas, de las quales parecia, que vivia mas que del comun sustento. Entretanto Marcelo despachó con un veneno a Fenisa, sin que de ninguna persona fuesse entendida la causa de su violenta muerte; y tuvo tanta solicitud en buscar a Antandro, que haviendo sabido donde posaba, le aguardó una noche, y llamando à su puerta, le metió por las espaldas dos balas de una pistola. Solo faltaba de su castigo al cumplimiento de su venganza el misero Lisardo, cuya tristeza le tenia tân recogido, que era impossible satisfacerla. Bien pudiera contentarse la honra deste caballero con tres vidas, y si era mancha por las leyes del mundo, ¿qué mas bien lavada, que con tanta sangre? Pues, señora Marcia, aunque las leyes por el justo dolor permiten esta licencia a los maridos, no es exemplo que nadie debê imitar, aunque aqui se escriba para que lo sea a las mugeres, que con desordenado apetito aventuran la vida y la honra a tan breve deleyte en grave ofensa de Dios, de sus padres, de sus esposos y de su fama. Y he sido de parecer siempre,

pre, que no se lava bien la mancha de la honra del agraviado con la sangre del que le ofendió, porque lo que fue, no puede dejar de ser, y es desatino creer, que se quita, porque se mate el ofensor, la ofensa del ofendido: lo que hay en esto es, que el agraviado se queda con su agravio, y el otro muerto, satisfaciendo los deseos de la venganza, pero no las calidades de la honra, que para ser perfecta, no ha de ser ofendida. ¿Quién duda, que está ya la objecion a este argumento dando voces? pues aunque tacita respondo, que no se ha de sufrir, ni castigar: ¿pues qué medio se ha de tener? el que un hombre tiene, quando le ha sucedido otro qualquiera genero de desdicha, perder la patria, vivir fuera della, donde no le conozcan, y ofrecer a Dios aquella pena, acordandose, que le pudiera haver sucedido lo mismo, y si en alguno de los agravios, que ha hecho a otros, le huvieran castigado, que querer que los que agravió, le sufran a él, y él no sufrir a nadie, no está puesto en razon: digo sufrir, dejar de matar violentamente, pues por solo quitarle a él la honra, que es una vanidad del mundo, quiere él quitarlos a Dios, si se les pierde el alma. Finalmente passaron dos años deste sucesso, al cabo de los quales Lisardo consolado, que el tiempo puede mucho, salia en los calores de un ardiente verano a bañarse al rio. Supolo Marcelo, que siempre le seguia, y desnudandose una noche, fue nadando hácia donde él estaba,

y

y le asió tan fuertemente, que con la turbacion y el agua perdió el sentido, y quedó ahogado, donde con gran dolor de toda la ciudad le descubrió la mañana en las riberas del rio. Esta fue la mas prudente venganza, si alguna puede tener este nombre, no escrita, como he dicho, para exemplo de los agraviados, sino para escarmiento de los que agravian, y porque se vea quan verdadero salió el adagio de que los ofendidos escriben en marmol, y en agua los que ofenden; pues Marcelo tenia en el corazon la ofensa, marmol en dureza, dos largos años, y Lisardo tan escrita en el agua, que murió en ella.

GUZ-

GUZMAN EL BRAVO.

NOVELA IV.

A LA SEÑORA MARCIA LEONARDA.

SI V. m. desea que yo sea su Novelador, ya que no puedo ser su festejante, será necessario, y aun preciso, que me favorezca, y que me aliente el agradecimiento. Ciceron hace una distincion de la liberalidad en graciosa y premiada: benigna la llama, siendo graciosa, y si ha tenido premio, conducida. No querria caer en este defecto, pero como yo no tengo de hacer cohecho, assi no querria perder derecho, que no es razon, que V. m. me pague como Eneas a Dido, remitiendome a los Dioses, quando dixo:

Si el cielo a los piadosos galardona,
si en ellos hay justicia, si conocen
los animos, te den condigno premio.

Fue opinion del Philosopho, que naturalmente se deseaba el premio, y dixo el Romano Satyrico:

Nadie, si el premio le quitas,
abrazará la virtud.

Y aunque la gracia siga al que la dá, y no al que la recibe, creo, que havemos de ser V. m. y yo como el caballero y el villano, que refiere Faerno, autor, que V. m. no havrá oído decir, pero gran ilustrador de las Fabulas de Esopo. Dice pues, que llevando una liebre un rustico apiolada, assi llama el Castellano a aquella travazon, que hacen los pies asidos despues de muerta, le topó un caballero, que acaso por su gusto havia salido al campo en un gentil caballo, y que preguntando al labrador, si la vendia, le dixo que sí, y pidiendole, que se la mostrasse, le preguntó al mismo tiempo, quánto queria por ella. El villano se la pusó en las manos, viendo que queria tomarla a peso, y le dixo el precio: pero apenas la tomó el caballero en ellas, quando poniendo las espuelas al caballo, se la quitó de los ojos. El labrador burlado, haciendo de la necessidad virtud, y del agravio amistad, quedó diciendo: Que le digo, señor, yo se la doy dada, comasela de valde, comala alegremente, y acuerdese, que se la he dado de mi voluntad como a mi buen amigo. Esto se ha venido aqui de suerte, que no era menester buscarle las aplicaciones de D. Diego Rosell de Fuenllana, un caballero, que se llamaba Alferez de las partes de España, y que imprimió un libro en Napoles de *Aplicaciones*, que no debria estar sin él ningun hypocondriaco: pues claro está, que fiando de V. m. estas Novelas, me las corre. Y assi me pa-

parece, que seria bien comenzar esta, diciendo por la passada: Llevesela V. m. yo se la doy de mi voluntad: si bien del villano a mí hay esta diferencia; que le engañaron a él, sin entenderlo, y yo me dejo engañar, porque lo entiendo.

En una de las ciudades de España, que no importa a la fabula su nombre, estudió desde sus tiernos años Don Felix, de la casa ilustrissima de Guzman, y que en ninguna de sus acciones degeneró jamás de su limpia sangre. Hay competencia entre los escritores de España sobre este apellido, que unos quieren, que venga de Alemania; y otros, que sea de los Godos, procedido deste nombre *Gundemaro*. Por la una parte hacen los armiños antiguos, y por otra las calderas azules en campo de oro: como quiera que sea, ellos son grandes d[illegible]o inmemorial, y en su familia ha h[illegible]signes, y valerosos hombres, como fueron [illegible]r Pedro Ruiz de Guzman, año de mil y ciento, Don Alonso Perez de Guzman, principio de la casa de Medina-Sidonia, a quien su sepulcro llama *bienaventurado*, y con otros muchos, dignos de eterna memoria, Don Pedro de Guzman, hijo del Duque D. Juan primero, Conde de Olivares, que en servicio del Emperador Carlos hizo valerosas hazañas, a los quales se puede sin ofensa poner al lado por su valor, ya que no por su gran estado. El referido Don Felix estudiaba, como digo, y perdone V. m. la digres-

sion,

sion, que debo mucho a esta illustrissima casa, en la Ciudad, por donde tuvo principio la Novela. Las partes deste cavallero eran tales, que assi los estudiantes naturales, como los estrangeros, le amaban con tanto afecto, que perdieran por él la vida, y no sentirian el estar fuera de sus patrias. Hizo algunos actos con muestras de tan feliz ingenio, que no parecia de dia el que por la noche se hacia temer por su nunca visto esfuerzo, juzgandole comunmente por dos hombres, y no sabiendo como hallaba lugar la blandura Mercurial del entendimiento con la fiereza Marcial de la osadia. El pretendiente, a quien defendia, segura tenia la cathedra, y aunque el retular de noche le costó algunas pendencias, de todas salió con victoria, aunque el excesso fuesse exorbitante, que suele, quando al natural [illegible] s mugeres [illegible] que de la fortuna, [illegible] enemigo, que obra, ni resistencia [illegible] baste. Y en esta parte confiesso, que tengo a los caracteres de almagre por blasones de honra; pero en llegando a libelos infamatorios, tengo por cobarde al dueño, y por muger la mano. Dió fin a sus estudios, o por lo menos se le dió su inclinacion, que no le guiaba por aquel camino; esto sin inducir fuerza de estrellas, que Dios no crió al hombre por ellas, sino a ellas por el hombre, puesto que no salió D. Felix sin ocasion de su patria.

Haviale llevado algunas noches en su defensa Leonelo, un cavallero mozo amigo suyo, a

a quien una dama de razonable calidad, pero de poca estimacion havia dado lugar en su casa, y como ella viniesse a entender, que quedaba Don Felix en la calle por tantas horas, y tenia inclinacion a su fama, y lastima a su desvelo; fuera de que por la mayor parte las mugeres de aquel porte codician mas lo que está en la calle, que lo que queda en casa: rogó a Leonelo no permitiesse, que con tanta descomodidad passasse un caballero el tiempo que él se entretenia, pues fuera de ser termino descortés, mas daño haria a su opinion un hombre toda la noche en la calle, que dos dentro de casa. Licion es esta ya tan recibida, que no se ve un hombre en puerta, ni en ventana por milagro, como se vian en otros tiempos, y creo, que debe de ser lo mas seguro, sino es lo mas honesto, porque la [illegible] perder mas por un caballo a la puert[illegible] por el dueño en la sala, y dice mas un la[illegible] dormido, que un vecino despierto, que los hay tales, que se desvalarán por ver lo que saben, como sino lo supiessen. Hablaba un caballero de noche con una dama, de las que no pueden abrir, aunque lo desean, y dió una vecina en frente en perseguirlos de suerte con los ojos, que ni ellos hablaban, ni ella dormia. Valiase el caballero de traher una ballesta de bodoques, y desde una esquina, lo mejor que podia, la tiraba a tiento, porque con la escuridad de la noche, no havia mas coral, que el deseo de

acertarla. Viendo la vecina curiosa el peligro en que estaba, de que le quebrasse un ojo, y no pudiendo contenerse de no ver si hablaban, y escuchar lo que decian, tomaba un caldero, y encajandosele en la cabeza, la sacaba por la ventana de suerte, que dando los bodoques en él hacian ruído, con que despertaba la vecindad, y era fuerza que se fuessen. Consiguió Felicia facilmente, que Don Felix la visitasse, porque Leonelo sentia lo que por él passaba, y las obligaciones en que le ponia. Subió a verla en el habito, que le halló el estar de guarda, una cuera de ante sobre un jubon de tela, calzones y ferreruelo de paño, medias y ligas de nacar, sombrero de falda grande, sin trancelin, ni toquilla, en la pretina el broquel, y en las manos la espada. Era Don Felix moreno: tenia mas de agradable, que de hermoso: cabello y bozo negro, gentil disposicion, adornada de notable talle, modestia y cortesia, no a la traza de la lindeza de ahora, con alcazuelo de tela, que por disfraz llaman gola: horrible traje de hombres Españoles. No huvo hablado un rato Don Felix con Felicia, quando ella se prometió en su imaginacion, que seria muger dichosa, si le conquistaba la voluntad, y de noche en noche se le fue declarando con los ojos a hurto de los de Leonelo, que ya sentia la familiaridad, con que se afratelaban. Esta voz, señora Marcia, es Italiana: no se altere V. m. que ya hay quien diga, que están bien en nuestra len-

lengua quantas peregrinidades tiene el universo, de suerte que, aunque venga huyendo una oracion barbara de la Griega, Latina, Francesa o Garamanta, se puede acoger a nuestro idioma, que se ha hecho casa de Embajador, valiendose de que no se ha de hablar comun; porque es vulgar bajeza. Despues de muchas determinaciones y dudas, Felicia escribió assi:

Parece, que se desentiende V. m. de los principios, que creí havia merecido que me correspondiesse; pues cada dia me va mostrando menos voluntad, debe de ser, que con mas trato ha conocido los defectos de mi persona y entendimiento. Con todo esso le suplico, que como caballero favorezca una muger, a quien ha dado ocasion para este desatino, si es bien, que dé este nombre a los efectos de tal causa.

Admiróse Don Felix del papel de Felicia, porque aunque algunas veces conocia, que sus favores excedian del justo limite de una voluntad domestica, no creyó, que llegáran jamás a determinacion tan loca, y respondió assi:

La misma obligacion de caballero me ha enseñado, qué respeto se debe a los amigos, y en esta parte no podré usar de mas cortesia con mi voluntad, que la que pide la razon. Con esto será fuerza retirarme poco a poco de dar mas ocasion a V. m. porque ni el amigo lo entienda, ni yo deje de servirle en acompañarle, si escuso algun peligro.

Sintió neciamente Felicia esta repulsa, no

le

Y sucediendo lo que temia la vieja Dipsas, quando en la Elegia octava de los *Amores* de Ovidio enseñaba la cortesana el arte de portarse con los galanes:

> No le consientas que padezca mucho,
> porque amor repelido muchas veces
> viene a entibiarse.

Ella se encendió mas con este desden subito, y pareciendole, que era el primer combate, segura de lo que puede la porfia, escribió assi:

En el siglo de los caballeros andantes se debia, señor Don Felix, de usar esta limpieza de trato, que en este el mas falso es mas discreto, y el mas desleal mas gustoso. Deje V. m. essa fidelidad para Amadis de Gaula, que su amigo no lo ha de saber para agradecerselo, ni yo el tenerme en poco. V. m. está obligado en razon natural a ser mio, porque me ha quitado el gusto de Leonelo, de quien no le tendré en mi vida, y no es razon que los pierda a entrambos.

Pesóle a Don Felix desta locura tan declarada, y aunque estuvo determinado a no responder, porque no volviesse a escribirle, la escribió assi:

Siempre se usó en el mundo, señora Felicia, el termino, que en todas las ocasiones los caballeros se deben a sí mismos: si la falsedad es discrecion, y la deslealtad gusto, serán hijos bas-

bastardos de la nobleza, que quien como yo la heredó de sus padres, no sabe mas leyes en el mundo, que las de la honra, y quien vende a su amigo, no la tiene.

Destas en otras epistolas vino a desengañarse el antojo desta necissima señora, porque solo a los hombres es permitida amando la porfia, que las mugeres no han de imitarlos en semejantes acciones, ni obligarlos con la blandura de sus palabras a cometer bajezas. Pero es notable la condicion de amor, que al contrario de todas las cosas, que se corrompen para volver a engendrarse, pocas veces deja amor de dar el ultimo passo, sin que el primero, que le sigue, no sea el odio. Comenzó Felicia a aborrecer a Don Felix, y como ya no le miraba, ni hablaba como solia, vino Leonelo en sospecha de que por alguna novedad se guardaban dél. Persuadió a Felicia con los extremos de los zelos a que le dixesse la causa, y ella aprovechando la ocasion, le dió a entender, que Don Felix la solicitaba, y enseñandole los papeles, que le havia escrito, los rompió luego. Bastóle conocer la letra al engañado mozo, y quejandose de la deslealtad de su amigo, como si fuera cosa no sucedida, siendo tan usada, que ya los hombres, si son discretos, solo se han de guardar de sus amigos, intentó satisfacerse, deseandolo Felicia para perderlos a entrambos.

Havia venido a esta ciudad un caballero de otro Reyno, llamado Fabricio, con quien Leone-

ne-

nelo comenzó nueva amistad, y se fue poco a poco desviando de la que tenia con Don Felix, no sin conocimiento suyo, porque el semblante dice luego lo que passa en el corazon, que con ser tan amigos, nunca le guardó secreto: exemplo, que deberian tomar los hombres, que pues la cara no le guarda a su mismo principio, no hay que tener confianza de lo que está tan fuera del corazon, que por instantes se muda. Con esto ya Leonelo decia mal de Don Felix: Dios nos libre de enemistades de amigos; y como hay tantos, que tienen por amistad dar pesadumbres, arrieros de palabras, que las traginan de un lugar a otro, llegó a noticia de Don Felix, que la escribió esta carta. Y si le parece a V. m. que son muchas para Novela, podrá con facilidad descartar las que fuere servida.

Despues que V. m. se fue secando de voluntad conmigo, entré en sospechas, de que seria con causa; y como no la ha dado a tan aspero termino, díme por olvidado de V. m. en que estuve engañado, pues me dicen, que se acuerda de mí donde quiera que se halla, con menos amistad, que le merezco: lo que le suplico sea servido de escusar, porque de otra suerte haré cargo a V. m. de tan grande ingratitud.

Leonelo, que estaba dispuesto, como la leña seca a recibir la llama, respondióle:

Quanto yo he hecho nace desta justa causa, pues no lo puede ser mayor entre amigos, que

la deslealtad : haré lo que me manda, por no acordarme de quien ha pagado mi amor con poner al suyo donde sabe. Admirado, y justamente, Don Felix disculpaba a Leonelo, conociendo, que Felicia le havia engañado, treta ordinarissima en las mugeres, y no hallando remedio, para que esto no quedasse sin la satisfaccion, que merecia, se resolvió a que tratasse un amigo de los dos a darsela de su parte, a quien Leonelo respondió: Decid a Don Felix, que yo he visto cartas suyas, y que bien sabe, que conozco su letra. Don Felix, dando lugar a la ira, contra su natural modestia, partió en casa de Felicia, e iba tan ciego, que con haver topado en la misma calle a Leonelo, no le vió, y se entró furioso por la puerta hasta el estrado de Felicia, que se levantó con notable alegria a recibirle en los brazos. Leonelo le havia seguido, y puesto detrás de un paño. No vengo a esso, dixo entonces Don Felix con ayrado rostro. ¿Pues a qué, señor mio? respondió Felicia, y sin dejarle hablar, le tomaba las manos, y le hacia amorosas caricias y regalos. Desatinado Leonelo de lo que via, y no entendiendo el animo de D. Felix, entró por la sala metiendo mano a la espada, y diciendo: Assi se ha de castigar a los traydores. Volvió de presto D. Felix, y como hay ocasiones, que dar satisfacciones de la verdad parece cobardia, sacó la suya, y haviendose afirmado, le dió una estocada por los pechos, de que cayó muerto. Las voces fueron

las

las ordinarias: la justicia, la que siempre: las diligencias, las que suelen: Felicia halló sagrado. Deme licencia V. m. para dejar este muerto, e irme con el famoso Guzman, que ya comienza a' ser Bravo por essos mundos adelante.

Havia determinado Selin, gran Turco en este tiempo, con sus Baxaes, que en aquella edad en toda Europa concurrieron valientes hombres, assi Christianos, como Barbaros, tomar la Isla de Chipre. Fue Mostafá Capitan general de su armada, que a fuerza de armas, con estupendo estrago de los que la defendian, la tomó, haviendo muerto a Nicolao Dandulo, Julio Romano y Bernardino. Desde alli fue Mostafá a Famagusta, y Piali Baxá se volvió con la armada a Constantinopla. Despues desto havia salido Ochali de Negroponte, y llevado mil cautivos de Corfú, Candia y Petimo, con no menor estrago del Zante y la Cephalonia. Desde alli sitió a Catharo con un exercito de Turcos, que vino a socorrer por tierra. Defendióla valerosamente Matheo Bembo, Veneciano, que era de su Republica. La Christiandad alborotada toda con la braveza de Selin, cuyas victorias no refiero, que no son de mi proposito, determinó oponerse al enemigo comun, honrandole en juntar sus fuerzas contra las deste Barbaro el sacro Pastor de Roma, padre universal de la Iglesia, Pio V. de felicissima memoria, el Rey de las Españas Phelipe II, y el prudente Senado de Venecia. Fue General desta

san-

santa Liga aquel mancebo ilustrissimo, honra y gloria de nuestra nacion, el SEÑOR DON JUAN DE AUSTRIA, a quien ayudó el valor, y envidió la fortuna. Llevó consigo este heroyco Principe a esta empresa a nuestro Don Felix, por or- orden de Don Pedro de Guzman, Mayordomo de PHELIPE II, y padre del gran Don Henrique, Embajador, que fue en Roma, y Virrey en Sicilia y Napoles, Condes de Olivares entrambos, que es tanto lo que les debo, que aun en esta Novela me alegro de nombrarlos, pues fueron avuelo y padre del que hoy con tanta felicidad honra y premia las armas y las letras.

Nec nos ambitio, nec nos amor urget habendi.

Ya V. m. tendrá perdonado el verso por lo arriba contenido, y sabrá, que nuestro Don Felix era soldado en la batalla Naval, tan escrita de tantos historiadores, tan cantada de Poetas, que ni a mí me está bien referirla, ni a V. m. escucharla; y aunque para esta ocasion pudiera remitirla al divino Herrera, que le fue tanto en la prosa, como en el verso, me parece, que es mas acertado que la busque en uno de los tomos de mis comedias, donde la entenderá con menos cuidado. En esta ocasion, como dicen que ha de decir nuestra lengua, hizo con una espada y rodela tan notables cosas Don Felix, que alli se le confirmó el nombre de Bravo, y rindiendo una galera, sacó veinte

y dos heridas de flechas y cuchilladas, que a quien le via, ponia espanto, porque en las flechas parecia herizo, y en las cuchilladas toro; y no de otra suerte que del coso le suelen sacar rendido, aunque no muerto, le llevaron a curar, y milagrosamente tuvo vida. Acuerdome en esta ocassion de aquella pintura famosa, que hace Lucano de Cassio Sceva, de quien escribe el Emperador Julio Cesar en el libro tercero de sus *Guerras Civiles*, que sacó en aquella memorable batalla el escudo passado por doscientas y treinta partes, y afirma haverle visto: persona debia de ser de credito, pues fue señor de Roma, que lo eran entonces del mundo: mas no diremos por Don Felix lo que por Sceva Lucano:

Dichoso tú por tan heroyco nombre,
si huvera de tus armas el Teutonio,
el Iber, o el Cantabro.

Pues no empleó las armas en las guerras civiles, sino contra enemigos de la Iglesia y de la patria, ensorbervecidos con tantas victorias, tan sangrientos sacos y tan injustos robos sobre las aguas pacificas del Archipielago. Pusieron al Serenissimo DON JUAN DE AUSTRIA dignas estatuas por este vencimiento, que desde entonces ha tenido a sus pies la indignacion del Asia, una de las quales vive en Sicilia, si bien mayores la inmortalidad de las historias, donde no acabará jamás la memoria de su nombre, que

los

los bronces y los marmoles están sujetos al tiempo: pero no alcanza su jurisdiccion a la virtud magnanima. Convaleció D. Felix, y con el nombre de Bravo vivió en Napoles algunos dias con justa estimacion de aquellos Principes, hasta que passó a Flandes, donde con no menor nombre continuó sus hazañas y su fama por algun tiempo. En él se le ofrecieron algunos desafios con diferentes armas, de que salió laureado en general aplauso de muchas naciones, que a tales espectaculos concurrian, assi del exercito, como de otras partes. Alli, a la traza de aquel ilustre mancebo Chaves de Villalva, que venció en Roma en publico desafio a aquel Tudesco de las grandes fuerzas, en defensa de la antelacion a otros Reyes de FERNANDO EL CATHOLICO, le tuvo Don Felix de Guzman con un Capitan Flamenco, que le pidió, que señalasse las armas, y él hizo fabricar unas porras de a quatro arrobas, que apenas pudo levantar del suelo el contrario, y él esgrimió a una y otra parte con espantosa admiracion del exercito. Bien sabe V. m. que siempre le suplico, que a donde le pareciere que excedo de lo justo, quite y ponga lo que fuere servida. Pesadas son estas armas, pero por esso no las ha de llevar el lector a cuestas; y esta no es historia, sino una cierta mezcla de cosas, que pudieron ser, aunque a mi me certificaron, que eran muy ciertas, y como dixo el Poeta antiguo Castellano:

Las

Las cosas de admiracion
no las cuentes,
porque no saben las gentes
como son.

Cierto que tiemblo de decirlas, pero la fuerza deste caballero fué tan grande, que facilita el credito. Todos conocimos a donde Geronymo de Ayanza, Hercules Español, de quien hay una alabarda en la recamara del Marqués de Priego en Montilla, cuya punta hizo lechuguillas, y lo dice el Soneto a su muerte:

Luchar con él es vana confianza,
que hará de tu guadaña lechuguillas.

Y hoy tenemos con diez y nueve años a Soto, que ha tirado con quatro arrobas de peso, y detiene un carro, y por quien dixo una dama:

¿Qué hará quando mayor?

Passando a Valencia a los casamientos de PHELIPE III, que Dios tiene, ví un labrador, que llevó consigo a Napoles el Conde de Lemos, que haviendo levantado entre muchos hombres una coluna, que de unas ruinas de unos arcos estaba en tierra, se la ató con una soga a las espaldas, y la levantó tres dedos, agoviando el cuerpo. El temor que me da el mentir, aunque no sea cosa de importancia, me ha he-

hecho traher estos exemplos. V. m. tenga en opinion a la naturaleza, que sabe hacer destas cosas para ostentacion de su poder, aunque pocas veces. ¿Y para quién no es mayor milagro una muger hermosa, que un hombre fuerte? pues el que mas lo es, podrá vencer un hombre, y la hermosura rinde quantos mira. Un ingenio grande comprehende los secretos de la naturaleza: ayuda la vida en peligro por la enfermedad del sujeto: penetra las cosas altas: describe el mundo: da terminos a las ciencias, y leyes a las Republicas, ¿que no lo harán todas las fuerzas de los hombres. Y assi pintó Luciano Rhetorico aquella prosopographia de Hercules con el arco en la mano siniestra, la clava en la derecha, y en la boca aquellas cuerdas, con que llevaba aprisionados innumerables hombres, para dar a entender, que no con las fuerzas, ni las armas los havia vencido, sino con la elocuencia, diciendo:

Den ventaja las armas a la Toga,
porque atrahe los duros corazones
la elocuencia a su voto.

Bien descuidado estuvo algunos años en Flandes Guzman el Bravo, quando ya cerca de partirse, le encomendó un soldado amigo un paje destos, que llaman Regachos, con su capote de cintas, sombrero grande, vuelta la copa a la falda, con medalla y plumas, no mal

ha-

hablado, y ligero de pies y lengua para qualquiera cosa. Fuése a Alemania con unas cartas para el Duque de Cleves, que estaba junto a Dura, lugar famoso por la expugnacion de CARLOS V con quarenta piezas de campaña, que hay fama tambien por las desdichas. No pudo este soldado llevar el paje que digo, que se llamaba Mendoza, respeto de ser el camino largo y aspero, y haver de atravesar aquella selva, que está entre el Rhin y la Rura, llena de fragosos montes, en cuya caza el Duque se entretenia por la diversidad de animales: que la abundancia de sus frutos y amenidad de sus arroyos cria hasta caballos salvajes. No mostró tristeza el paje de perder su antiguo dueño, o porque le esperaba volver a ver con brevedad, o porque holgó de servir a un hombre de tanta fama, que debia de tener el animo belicoso. Mas haviendose ofrecido ocasion a Don Felix de ir a Malta con deseo de un habito de aquella Religion, a que se havia inclinado; quiso tambien dejar a Mendoza, pero no fue possible, y llorando le pidió, que no le desamparasse, porque mientras estaba lejos de su patria, no le parecia, que sirviendo Español, la havia perdido. Don Felix, que le estaba aficionado, porque entre otras gracias cantaba y tañia con igual destreza, le llevó consigo; y haviendose embarcado con otros passageros en un navio, tomaron la derrota de Malta por el mar Libyco: pero sobreviniendoles una tempestad furio-

 sa,

sa, anduvieron perdidos algunos dias, sin poder tomar el Peñon de Velez, donde la sobervia de las hondas los arrojaba. Era ya lugar de Christianos, que Don Garcia de Toledo se le havia quitado a los Moros de la Gomera con una armada, de que le hizo Capitan PHELIPE II, para reprimir la furia de los maritimos cossarios: pero por diligencias de los pilotos, y favor de los passageros, que todos se ayudaban, como lo tienen mandado las leyes del peligro, no fue impossible tomarle: tanta era la furia, con que el mar surtia de aquellas peñas, convirtiendo las hondas en espuma, y desviandola de que pudiesse surgir al contrario del peñasco de Polyphemo, que le acercaba a tierra. Aquella noche pensaron, que se fuera a pique, porque llegó a su punto la sobervia del mar y la borrasca de agua, truenos y rayos, de suerte que parecia, que entre dos mares se anegaba, aunque le sucedió lo que dicen de los dos venenos, que se impide el uno al otro. Finalmente al Alva reconocieron a un tiempo el cielo y la tierra, dando en la costa de Berberia, donde con gran peligro salieron con las vidas, y cautivos de algunos Moros los llevaron a Tunez. Presto hallaron dueño los dos esclavos, rogando nuestro Guzman a Mendoza, que no dixesse su nombre, porque es sin duda, que a saberle, o no saliera jamás de cautiverio, o fuera tarde. Tuvieron dicha en que a entrambos los compró un Judio, que sabia la lengua de Castilla, co-

mo

mo quien en ella tenia deudos. No trataba mal este hombre, cuyo apellido era David, a los nuevos esclavos, de quien pensaba sacar mayor ganancia e interés, porque los havia comprado, que en su traza le parecian gente, que escribiendo a sus tierras, vendrian por ellos. Don Felix se guardaba bien desta diligencia, porque sabia, que siendo conocido, seria grande el rescate, que aun de sus fuerzas no osaba hacer demostracion, porque por ellas no fuesse, o estimado en mas precio, o detenido. Tenia David una hija hermosa como el sol, Hispanismo cruel, pero de los de la primera classe en el vocabulario del novelar, porque si una muger fuera como el sol, ¿quién havia de mirarla? Las comparaciones ya sabrá V. m. que no han de ser tan uniformes, que pareciessen identidades, y assi verá V. m. por instantes blanca como la nieve, hidalgo como el Rey, mas sabio que Salomon, y mas Poeta que Homero. Ella era hermosa ultimamente, y no mal entendida: llamabase Susana, pero no lo parecia en la castidad, como en el nombre, porque puso los ojos, aqui claro está, que V. m. dice, en Don Felix; pues engañóse, que era mas lindo Mendozica; y haviendole oído cantar, aunque entre dientes en un huertecillo de su casa, le havia llevado el alma de suerte, que la señora ya era esclava de su cautivo. No le pesaba desto a D. Felix, porque con este nuevo amor los regalaba, y en las ausencias, que David hacia a al-

gunas ferias, o a Tripol y Biserta, con sus mercaderias y cambios, eran ellos los señores y dueños. Ibase Susana a un jardin con sus esclavos, que no se recataba de Don Felix, porque ellos le havian dicho en secreto, que eran hermanos; y haviendole buscado un instrumento, rogó a Mendoza, que cantasse, y él comenzó assi:

Vengada la hermosa Phylis
de los agravios de Fabio,
a verle viene al aldea
enfermo de desengaños.
A ruego de los pastores
baja de su monte al prado,
que como se ve querida,
da a entender, que la forzaron.
Esso mismo que desea,
quiere que la estén rogando,
que sube al gusto los precios
amor conforme a los años.
Huyóse Fabio zeloso:
pensó Fabio hallar sagrado,
pero ¡hai estados de amor!
que está en el remedio el daño.
Desdichado del que llega
a tiempo tan desdichado,
que le matan los remedios,
con que muchos quedan sanos.
En fin a Fabio rendido
viene a ver su dueño ingrato
alegre, porque es amor

en

en las venganzas villano.
No va sin galas à verle,
aunque pudiera escusarlo,
que la mayor hermosura
no deja en casa el cuidado.
Lleva de palmilla verde
saya y sayuelo vizarro,
con passamanos de plata,
si en ellos pone las manos.
No lleva cosa en el cuello,
que Fabio le huviesse dado,
porque no entienda que viven
memorias de sus regalos.
Joyas lleva, que él no ha visto,
no porque le ha hecho agravio,
mas porque sepan ausencias,
que no está seguro el campo.
Con una cinta de cifras
lleva el cabello apretado,
que quien gusta de dar zelos,
se vale de mil engaños.
De rebociño le sirve,
para mayor desenfado,
el capote de los ojos,
bordado de negros rayos.
En argentadas chinelas
listones lleva, admirados
de que quepan tantos brios
en tan pequeños espacios.
Llegó Phylis al aldea,
entró en su casa de Fabio,

los pastores la reciben,
como al sol los montes altos.
Dando perlas con la risa
extiende a todos los brazos,
que gana mares de amor,
y da perlas de barato.
Apenas Fabio la mira,
quando a un tiempo se bañaron,
el alma en pura alegria,
los ojos en tierno llanto.
No hablaron los dos tan presto,
aunque los ojos hablaron,
Phylis porque no queria,
Fabio porque quiere tanto.
Quando en esta suspension
los dos se encuentran mirando,
a un tiempo bajan los ojos,
como que envidan de falso.
Habló Phylis, y tuvieron
alma de coral sus labios,
que ver humilde al rendido
hace piadoso al vengado.
A Fabio culpa le pone,
que es error hacer amando
con la lengua valentias,
si el alma no tiene manos.
El responde, y se disculpa,
que viendo cerca los brazos,
pide perdon ofendido
quien ama desengañado.

En extremo estaba contenta la nueva Susa-

na del donayre, con que Mendoza havia cantado este Romance, y preguntando a Don Felix, si era aficionado a la musica, habló por él Mendoza, y le dixo, que tambien le ayudaba a cantar algunas veces. Deseó Susana oírlos, y ellos cantaron este Dialogo, comenzando el uno, y respondiendo el otro:

Dame, Pasqual, a entender,
 que es amor, que quiero amar.
Pienso, que es todo pesar,
 pues nunca me dió placer.
Estraña difinicion
 es la que de amor me dás.
De la causa no sé mas,
 estos los efectos son.
El principio quiero ver,
 Pasqual, del arte de amar.
Pienso, que acaba en pesar,
 aunque comienza en placer.
Pensé escucharte, Pasqual,
 mayores bienes de amor.
Nunca su bien fue mayor,
 siempre fue mayor su mal.
Dime lo que he de perder,
 y lo que puedo ganar.
Ganarás mucho pesar,
 por el mas breve placer.
Silvia me mira con arte,
 porque luego se retira.
No está el daño en que te mira,

si

sino que no ha de mirarte.
Yo sé, que hay gloria en el ver,
si hay pena en el desear.
No quiero tanto pesar
por tan pequeño placer:

El concierto de dos voces, mayormente alternandose, es el mas suave en este genero de musica; y assi le pareció á Susana, que todas las noches de la ausencia de su padre passaba con este entretenimiento. Entraba acaso Mendoza a su aposento un dia, que ella aun no se havia levantado: tenia los cabellos copiosos, largos y crespos, esparcidos por los hombros, no muy negros en color, aunque lo eran los ojos, con cejas y pestañas tan pobladas y hermosas, que como eran soles, parecian sombras. No usaba afeytes Susana, y assi havia amanecido con los que le havia dado el sueño: un nacar encendido, que se iba disminuyendo con gracia, vencido de la nieve del rostro, compitiendo la mitad de las mexillas con los claveles de los labios, en cuya risa parece, que se descubria sobre una cinta carmesi un apretador de perlas. Tenia una almilla de tabi pagizo, con trencillas de oro, sobre pestañas negras, tan ancha de las mangas, que al levantar los brazos, descubria con algun artificio gran parte dellos. Quiso retirarse Mendoza, corrido del atrevimiento, pero llamandole Susana, volvió con medrosos passos hasta la puerta. Entra, dixo ella,

y dí lo que quieres, que ojalá fuera yo... pero tú no me quieres a mí. Señora, replicó Mendoza, ¿a quién debo yo querer como a tí? porque fuera de ser yo tu esclavo, y de tratarme como si tú lo fueras mia, por tí misma mereces, que todos quantos tuvieren entendimiento, te amen. Tu esclava soy yo, Mendoza, replicó Susana, nò te engañas en pensarlo, porque es tan poderoso amor, que trueca los estados y los imperios, haciendo, que sea por accidente, lo que no fue por naturaleza. Yo estoy, si te digo verdad, muy afligida, y aun casi desesperada, viendo, que la diferencia de tu ley me prohibe el casarme contigo, y de lo que supe en España, de donde vine niña, conocí nuestro engaño, y por esso os amo tanto, que me ha dado esta inclinacion el principio deste conocimiento. Mas pues ya mi poca dicha me puso en el estado que ves, y el de tu amor ha llegado en mí hasta dar con la razon en los pies de mi deseo: yo estoy determinada de hacerte dueño de quanto soy, sin que tu hermano entienda mi desatino, no porque no debo fiarsele, y mas sabiendo, como sabe, lo que te quiero, mas por verguenza que tengo, de que sepa mi poca honestidad, porque no me tenga en poco, que los hombres en llegando a este punto, a la muger mas principal teneis en menos, porque os parece, que en perdiendo el privilegio de la castidad, somos esclavas vuestras, y que se puede atrever a nuestro respeto,

 assi

assi vuestra osadia, como vuestra lengua. Mirandola estaba Mendoza, y no la respondia, porque hay palabras, cuya respuesta son las obras. Fueronse acercando mas, y quedaron concertados para verse aquella noche, despues del silencio de la familia. Bajó Mendoza a donde estaba Don Felix almohazando un caballo bàrbaro, en que andaba David por Tunez algunas veces, y sentóse enfrente dél mirandole. Don Felix le dixo: ¿Qué tienes, que vienes turbado y encendido? Tornóle a mirar Mendoza, y luego bajando los ojos al suelo, dejó caer una tempestad de lagrimas por el rostro, tan aprisa las llovia el sentimiento. No es esso sin mucha causa, dixo Don Felix, y dejando el humilde instrumento de aquella musica, se acercó al muchacho, y le levantó el rostro, desviandole los cabellos, que ya tenia revueltos y crecidos. ¡Hai de mí, dixo Mendoza, señor Don Felix, que ha llegado nuestra desventura a su punto! porque Susana se ha declarado conmigo, y de suerte, que quiere, que esta noche, en estando recogidos los criados, la hable con mas secreto, que hasta aquí, de que estoy cuidadoso, porque podria ser causa de vuestra muerte y la mia, entendiendolo su padre. Necio has estado, respondió Don Felix, dandome sin causa este susto, que no merecia, porque en un instante de imaginacion he revuelto el mundo; y ya que estoy sossegado, me he reído de tu ignorancia, pues aunque fuera bien re-

resistir a esta muger, y morir, el estado de nuestro cautiverio no da lugar, y mayor muerte nos espera, sino le cumples la palabra: yo a lo menos, Mendoza, por no corresponder al deseo de una muger estoy fuera de mi casa y patria, y cautivo como ves, con poca esperanza de mi remedio, si se sabe quien soy, que no hay esclavo Español, que tope, de quien no me esconda, temiendo, que ha de conocerme. El exemplo, que te digo, me obliga a temer nuestra perdicion: mira, que esta muger es Hebrea, y se acordará de la historia de Joseph, si quieres imitarle: demas, que has hecho un yerro terrible, que fue condescender con su deseo, pues ahora que se ha declarado, y tú aumentado su deseo con la esperanza de la execucion, ha de revolver como aspid contra los dos, trocado el amor en odio. Volvió a llorar Mendoza, y como no le respondia, le importunó D. Felix a que le interpretasse la causa de aquellas lagrimas, que ya parecian enigmas, que hay ojos, que lloran en poesia culta, sin que se entienda mas de que son lagrimas. Vencido Mendoza de los ruegos, y aun de las amenazas de Don Felix, dixo assi:

¿Cómo quieres, que yo cumpla la palabra, que he dado a esta muger, si yo lo soy, y estoy admirada, de que en tanto tiempo no me hayas conocido? Felicia soy, aquella desdichada, por quien mataste a Leonelo, que despues de algunas fortunas, que me costó su muerte, pas-

sé a Italia con aquel soldado, y de alli a Flandes, donde me dejó en tu servicio, quando se fue a Cleves. Admirado estuvo un rato Don Felix sin responderla, al fin del qual le dixo: No te espantes, Felicia, que no te haya conocido, que aunque te visitaba, no te via tan aprisa miro yo los rostros de las mugeres de mis amigos. ¡O palabras dignas de estar escritas con letras de oro en marmoles, para que aprendiera la bestial ignorancia de algunos hombres el respeto, que debe a la honra la amistad, y el buen nacimiento a la obligacion! Que hay hombres, cuya liviandad no sabe distinguir la honra de la infamia, ni el apetito de la razon, de que suele resultar tanta discordia, y algunas veces tanta sangre. Creo, que no le agrada a V. m. esta devocion con el deseo de saber, en qué se concertaron Don Felix y Felicia para remediar tanto mal, como les amenazaba. Finalmente salió de acuerdo, que a tales horas fingiessen, que se quemaba alguna parte de la casa de poca importancia por algun descuido, para que alborotandose la familia, quedasse el cumplimiento de la palabra suspenso, hasta que con mas tiempo le tuviessen para mayor remedio. Hicieronlo assi, y quando Susana esperaba, y Felicia llegaba a sus brazos, dió voces Don Felix, haviendo encendido un pajar, que aparte de lo principal della caía a las espaldas del huerto. Dejó Susana los brazos de Felicia, y puesta a una ventana, llamó su gente, lo que

no

no era necessario, porque no solo la de su casa estaba ya inquieta, y prevenida, pero la de toda la vecindad, que acudiendo con cuidado, aunque fue mas de lo que pensaron, remediaron el fuego, y el del amor de la poca honesta Hebrea, quedó mas encendido. No se descuidó de solicitar a Mendoza, aunque él se descuidó de ponerse en ocasion, que le volviesse a pedir la palabra; de suerte que a tres, ó quatro dias de dilacion, que amor tan mal sufre, vino David su padre, y quedaron en paz los cuidados de todos, aunque de su parte los deseos. Mas la fortuna de los hombres, que en comenzando à perseguir un sujeto, parece mosca, que vuelve mas importuna donde mas la espantan, y de quien en razon de su mudanza dixo Ovidio:

Voluble la fortuna con dudosos
passos camina, sin tener firmeza
en un lugar jamás:

quiso, que viniendo un dia Don Felix de la plaza con su amo David, le topasse un Moro mal acondicionado, arrogante, y presumido de caballero, y deudo del infame original de su engañada secta, como lo mostraba en el turbante la señal verde, y le dixesse por desprecio, que le llevasse a su casa una sera de datiles, que havia comprado. Miró David a Don Felix, y él en un instante, olvidado de que havia de fingir flaqueza, se la puso al hombro. Dióle

Ame-

Amete Abeniz, que assi se llamaba el Moro, dos coces, y rempujando la sera, se la derribó del hombro, maltratandose con el golpe, porque era de palma muy delgada; de que recibiendo mayor colera, le dixo: Christiano, cargasela a esse Hebreo. Fende, respondió Don Felix, que debe de querer decir: Señor amo, ó dueño, yo te la llevaré a donde tú quisieres, que David está muy viejo, y con poca salud. Perro Christiano, replicó Amete, por Mahoma, que te rompa los dientes, y a él le quite la vida. Reportate, Fende, le volvió a decir D. Felix: y advierta Vm. que no repito otra vez este nombre, porque me huelgo de hablar Arabigo, sino por no exceder de las palabras desta ocasion, assi me precio del rigor de la verdad a ley de buen Novelador. Encendido Amete en ira, quitó un baston a un Moro, que passaba al campo, y dió un palo a David, con que cayó en el suelo. Parecióle a Don Felix, que aquel era su amo, y que en fin por buena, o mala possession comia su pan, demas de no haverle jamás maltratado de obra, ni de palabra, y desviandole el palo al Moro, con que le iba a dar la segunda ira, lo que faltaba para matarle, le dió una puñada en los pechos, de las que él solia, con que le dejó por dos horas sin habla. Aqui acudieron multitud de Moros, como a la mayor causa de atrevimiento, que jamás havian visto; pero Don Felix sin querer tomar armas de piedras, o palos,

con

con que le embistieron, a solas puñadas y moxicones hizo mayor defensa, que pudieron con armas diez y seis hombres: al que cogia del cuello, arrojaba de sí por largo trecho, y a donde caía, se estrellaba, tal que daba moxicon bañaba en sangre, y le quitaba la vista de los ojos. Pero antes que passe de aquí le quiero preguntar a V. m. si acaso sabe, pues es persona, que conoce a Ciceron, a Ovidio, y a otros sabios, y se puede hablar con V. m. en materia de dificiones y etymologias, por qué dixo el Castellano *moxicon*? que a mí me ha costado algun estudio, como a hombre, que no se ha despreciado de su lengua, que bien sé yo, que un culto le llamará afirmacion de puño, clauso en faz opposita con irascible superbia. Pues sepa V. m. que no está dicho sin propriedad notable; y es la causa, que antiguamente los que querian dar una puñada, rociaban y mojaban primero la mano abierta, escupiendola, y luego le sacudian, de donde vino llamarse moxicon, que quiere decir, con mojado puño. Esto no lo ha topado V. m. en el *Thesoro de la lengua Castellana*, para que vea que es razon estimarla en su pureza, pues hasta cosas tan viles no las tiene sin causa.

Finalmente quedaron algunos Moros tan maltratados desta furia de D. Felix, que en casa de su amo se llamaba Rodrigo, que se determinaron matarle a escopetazos. Cargó un mosquete un soldado de la guarda del Rey, y havien-

viendole tirado, mató a un compañero suyo, que se daba a entender, que podria prenderle; y juntandose muchos con diversas armas, que a todas se ponia delante su fortuna, huvieran acabado con su vida, sino se huviera retirado hacia la puerta de una mezquita, de donde salia entonces Salarraez su Rey, o Alcayde, puesto por el gran Turco, que esta manera de Reyes, como Virreyes entre nosotros, usaron los Moros en los tiempos do Miramamolin de Marruecos, y Almanzor de Cordoba, y assi havia Reyes en Alcala, en Jaen, en Ezija, Murcia y otras partes de las Españas, que posseían por la inundacion de los Arabes en tiempo de los Godos. Pues como el Rey viesse las grandes fuerzas y excessivo animo de aquel esclavo, interpuso su autoridad entre su vida y su muerte, con que cessaron todos. Mandóle llamar a su alcazar, y quando le tuvo a solas, le dixo, que le dixesse quién era, y que mirasse, que á los Reyes se havia de decir la verdad, que le daba su palabra de favorecerle, y conservar la vida, que le havia dado. Entonces le respondió Don Felix: Señor, yo soy caballero de los Guzmanes de España, aunque aqui temiendo, que mi rescate fuesse impossible, dixe a mi dueño, que me llamaba Rodrigo, y que era hombre bajo, de los que allá tienen el estado mas infimo de la republica entre la plebe: pero lo cierto es, que yo tengo la calidad que digo, y fiado en tu real palabra, mi proprio nom-

nombre es Don Felix de Guzman, a quien desde la batalla Naval llaman el Bravo. Yo rendí en Lepanto la galera Sultana, donde iba por Capitan Adamir Bajá, hombre no tan conocido entre vosotros como Uchali y Barbarroja, pero mas valiente, y de mejor consejo: cautivé en el mar de Libya derrotado, pues por tomar a Malta, dí por el Peñon de Velez casi en el Canal de Tunez. Compróme David Hebreo con otro hermano mio: el tratamiento, que nos ha hecho, y el pan, que he comido en su casa, me obligó a su defensa, porque Amete le huviera muerto à palos, si yo no huviera, opuesto a tan gran sobervia, defendido su vida: informate de Moros honrados, que lo hayan visto, y si halláres, que no te digo verdad, almenas tiene Tunez, alabardas tus soldados, para quien no valen fuerzas. ¿Qué tú eres, dixo el Rey, Guzman el Bravo, el de las grandes fuerzas, el matador de fieras, y alanzeador de toros? Pues mira quánto has ganado en decirme verdad, y tenerme por hombre, que guardo la palabra, que fuera de mi inclinacion a tu persona, y admiracion a tus hechos, no he de consentir, que te hagan estos Moros agravio, ni que pierdas la libertad, que tan bien mereces, sino es que te quieras quedar aqui conmigo, donde te asseguro toda amistad, o sea en tu ley, o en la mia, que la ley no se ha de tomar forzada, sino voluntariamente: mas dejame ahora hacer alguna demostracion de enojo contigo

por estos Moros agraviados, que se quejarian al Gran Señor, si te dejasse libre. Con esto le mandó llevar a una mazmorra de sus baños, donde avisado David, hizo tanta diligencia con el dinero, que es el mejor favor para la carcel, que le pudo regalar con Mendoza, que iba y venia a la mazmorra con la comida, y se estaba con él todo lo que le sobraba de su servicio, aunque con disgusto de Susana, que aguardaba las primeras ferias, para que ausente su padre pudiesse executar las ansias de su deseo, donde no podia.

Agradecia Don Felix la voluntad de Felicia, que como se havia declarado por quien era, andaba mas solicita de conquistarle, que de agradecer a Susana el amor, que la tenia: cosa, que pienso le será a V. m. de creer muy facil. Los Moros pedian la vida de Don Felix: llamó el Rey a David, y le dió dos mil zequies, diciendo: Compra de los quejosos esse esclavo, repartiendo en ellos este dinero, y trahemele aqui, que yo te haré merced, y defenderé lo que estuviere en Tuñez. Hizolo assi David, y ellos tomaron el dinero con mucho gusto, porque temian, que el Duan, que debe ser como acá el Consejo, le estaba inclinado, y en esta manera de estrados, al fin barbaros, no hay mas procuradores, relatores, solicitadores y escribanos, que lo que dicen de palabra los testigos, y acabaronse las leyes, por lo menos el culpado muere de una vez, y el innocente se libra.

En-

Encerróse Salarraez, Rey de Tunez, como digo, en un jardin con D. Felix, y le dixo ansi: Christiano, caballero eres, Guzman te apellidas, Bravo te llaman, oye: Tiene una hija un Xeque de los Alarbes, que viven las campañas en aduares, o tiendas, de las mas hermosas mugeres, que ha producido el Africa: esta havemos pretendido el Rey del Valle de Botoya, no lejos de Melilla, y yo, con grandes servicios personales y extraordinarios, y finalmente pedido en casamiento. Sabiendo su padre, que en dandola al uno, havia de ser el otro su enemigo, la niega a entrambos, o por lo menos dice, que nosotros nos concertemos, que él no puede dividirla. Ha sido este caso tan reñido, que hasta el Christiano General de Oran ha interpuesto a las paces su persona, y el Gobernador de Melilla con seguro las ha tratado algunas veces. No pudiendo concertarnos, porque yo pierdo el juycio por Lela Fatima, y juzgo, que a Zulema sucederá lo mismo; habrá seis dias, que me ha escrito este papel (y sacóle entonces) en que me desafia cinco a cinco, con lanzas, adargas y alfanjes a caballo, como es uso nuestro, donde si fuere vencedor, da la palabra de cessar de la pretension, haciendo yo lo mismo, si él me venciere. Yo tenia escogidos los Moros, y aunque de todos quatro tengo satisfaccion, se me ha puesto en el entendimiento, que si te llevo disfrazado, serás bastante solo, pues no te han de conocer,

y ya sabes mucho de nuestra lengua, si bien dudo, que en este genero de armas no estás exercitado. Sí estoy, dixo Don Felix, y para que te assegures, mañana al amanecer saldrémos los dos al campo, y me verás exercitar la lanza y el adarga, arremetiendo, cercando, ó retirando, ya sacando el alfanje, derribando la adarga, ya sin él, tomandola por el cuento, con otras gentilezas. Esso basta, dixo el Rey, no es menester a tí verte, sino oírte. Replicó entonces Don Felix: Pues prueba a doblarme este brazo con entrambas manos. Hizolo assi el Moro, pero era lo mismo, que querer doblar una coluna de marmol. Con esto y el secreto necessario el dia aplazado vistió el Rey a Don Felix de una marlota, o sayo morado, guarnecido de oro, con un gran numero de botones tan pequeños, que apenas se vian, sobre una cota, que havia sido de su padre, tan resplandeciente, que parecia de plata, atada con una liga roja, que el mismo sayo descubria, porque solo estaba abotonado hasta la mitad del pecho, y descubriendo las mallas las mangas: el calzon era de brocado morado con alcachofas de oro, y las guarniciones de perlas: el bonete era de grana de Valencia, con cien varas de vengala sutilissima, armado sobre un casco de azero, y coronado de plumas moradas y blancas: los borzeguies de Marruecos, y los acicates de plata nihelados de oro: el alfange como media luna en un tahalí texido de tan espesso

al-

aljofar, que no se via sobre qué estaba fundado. Si está V. m. diciendo, que de qual de los Moros del Romancero le he sacado, no tiene razon, porque los otros estaban en Madrid, ó en Granada, y este en medio de Tunez con una lanza de veinte y cinco palmos, que aqui no hay que quitar nada, y una adarga de color morado, con una *F* Arabiga en medio, que a la cuenta, pues no podia decir Francisca, diria Fatima. Todos me contaron, que iban desta suerte, y aunque los caballos no eran morados, ni azules, bien podia ser, que estuviessen zelosos: a lo menos yo no escuso de decir aqui lo que escribió un cierto caballero a un señor, enviandole dos caballos para una fiesta: *Ahi envio a V. m. essos rocines, y le suplico, que los trate, como quisiera que le tratáran, si fuera rocin.* Finalmente salieron a la campaña, y se vieron cinco a cinco, llamados de dos clarines. El Rey de Botoya y su esquadra havia vestido grana con passamanos de oro; y cierto que si, como era la musica de clarines, fuera de instrumentos, podian servir en una fiesta con grande lucimiento. La batalla se comenzó jugando vizarramente las lanzas y las adargas, cuyos botes no pinto: pues ya V. m. ha visto un caballero de Oran los dias de toros en la plaza tan brioso, aunque de mas edad, que pide el exercicio de las armas, como si estuviera en lo florido de sus primeros años. Mataron los de Botoya a Tarife, Belomar y Zorayde, quedando

so-

solos el Rey de Tunez, y Don Felix, sobre quien cargaron los quatro, porque Zulema y él se entretenian. Derribó los dos primeros a lanzadas, pienso que se llaman Jarife y Zeabelimo, al otro mató el caballo, y queriendose huir entrambos, los fue siguiendo; mas revolviendo el uno diestramente, le atreveso la lanza al caballo por los pechos, y cayó en la tierra muerto, que ya bermejeaba de su sangre. Quedaron en tierra Baloro y Don Felix, porque Mahamed iba desatinado entre unos arboles, porque le havia Don Felix hecho pedazos las riendas, aunque arrojandose dél con destreza Alarbe, volvió donde Baloro y Don Felix peleaban. Era Baloro un barbaro, hijo de negra y Turco, feroz de aspecto, nervioso y corpulento: recibia con destreza los golpes en la adarga, y jugaba el alfanje, que era de catorce libras, como si fuera pluma. He hallado en Lucano, no lejos del principio del libro septimo, donde describe la gente, que llevaban los dos campos de Pompeyo y Cesar, este verso:

Movieron los valientes Españoles
sus adargas tan bien.

Y digoselo a V. m. para que sepa, quan antigua cosa es la adarga en España, tomada de los Africanos, cuya fue siempre, como se lee en Livio. No le pesó con todo esso a Baloro de la venida de Mahamed, assi eran desatinados

los

los golpes de Don Felix. Salarraez, que le vió en tierra pelear con dos Moros, o ya fuesse por amor, que le havia cobrado, o porque si le mataban, le quedaban tres que vencer, a cuyas manos era fuerza morir, arremetió el caballo a desbaratar con la lanza la pelea de dos a uno. Levantó el rostro Don Felix entonces, y dixole en lengua Arabiga: Rey de Tunez, mata a Zulema, que estos dos ya estan muertos: con esto volvió el Rey la rienda a recibir a Zulema, que mal herido volvia a seguirle, aunque con poco aliento. Esforzó el suyo el valeroso Guzman, trayendo a la memoria el apellido de Bravo, y como si le mirára España en figura de dama desde alguna reja, tan fieras cuchilladas tiró a entrambos, que haviendose adargado mal el mancebo Mahamet, le abrió toda la cabeza hasta los hombros, y como al golpe de la segur del labrador cae en la sierra de Cuenca el alto pino, extendiendo los brazos midió la tierra. Baloro, que le quedaba solo, quiso vengar la muerte de tres amigos; y se le acercó tanto, que fiado en sus fuerzas se abrazó con Don Felix, seguro de imaginar, que havria en el mundo quien igualasse las suyas; pero engañóse de suerte, que levantandole Don Felix en alto, como Hercules al hijo de la tierra, cuya victoria escribe Sophocles, se le volvió a restituir: pero de manera apretado, que le faltaba, quando llegó al suelo, gran parte del alma. Mientras queria animarse

Ba-

Baloro, havia ya tomado el alfanje Don Felix, y aunque como culebra se revolvia a unas y a otras partes, le hizo pedazos a cuchilladas, y le dejó como suele quedar en la sangrienta plaza a las manos del vulgo el fiero toro. Luego partió a ayudar al Rey con tanto animo y valor, como si entonces comenzára la batalla; pero viendole Zulema, y que a sus manos yacian sus quatro valientes Moros revueltos en su sangre, dixo en altas voces, que se rendia, y usando Salarraez de grandeza de Rey, aunque era Barbaro, le perdonó la vida, tomandole solamente el alfanje y la adarga. Don Felix quitó a los muertos las que por la campaña havian esparcido, y cogiendo el caballo de Mahamet, le ató una liga, y con estos despojos y grandes favores del Rey dió a su lado la vuelta a la ciudad, donde causó admiracion el verlos, porque de la batalla no se havia tenido noticia, que a saberse apareciera sobre la caliente arena de aquel campo el amphitheatro de Roma. Felicia, que le havia echado menos, quando supo el sucesso, fue a buscarle, y con tiernos abrazos y grandes encarecimientos celebró su victoria. Grandes partidos hacia Salarraez a Don Felix, porque se quedasse en Tunez en su servicio; pero conociendo como discreto, que le tenia con disgusto el amor de la patria, solo quiso detenerle hasta celebrar sus bodas con la hermosa Fatima, en las quales fue admirada su gentileza de toda aquella tierra, que como a pro-

prodigio de la naturaleza venian a verle: ninguno jugó cañas con mayor gracia, ni hizo mayores pruebas de sus fuertes brazos. Tratóse la partida, y procediendo el Rey generosamente, le dió muchas riquezas, assi de diamantes y perlas, como de otras diversas piezas de plata y oro. Lloraba Susana la partida de Mendoza, y despidiendose della para partirse a España con Don Felix, le dixo, que era muger en secreto, con que en un instante la curó del mal de amor, como si fuera milagro. Dió David, agradeciendo la vida a Don Felix, un rico presente de telas, sedas y joyas: Susana a Felicia un hilo de perlas de valor de sietecientos escudos, porque eran netas, iguales y redondas: y con muchos abrazos y lagrimas se despidieron todos. Salieron al mar, dejando la ciudad, que un tiempo fue tan famosa por Micipsa, que la pobló de Griegos, aunque hoy debe de tener poco mas de ocho mil fuegos, si bien conserva en las historias la fama de haver sido cabeza de la antigua Numidia, que cae entre la Libya y el Atlante, donde Carthago merece eterna memoria y la Tragedia de Sophonisba, y navegando con mas felicidad saludaron a España.

Estuvieron algunos dias en Cartagena, desde donde escribió Don Felix a su casa, y en Murcia le alcanzó respuesta, en que le daban cuenta, como era señor de su casa, porque su hermano mayor havia muerto sin hijos. Aqui mudó trage Mendoza, y se llamó Felicia. Des-

de Murcia la truxo Don Felix a un lugar de Extremadura, donde era natural su padre, y la casó con un hidalgo pobre y de buen talle, dandole seis mil ducados de dote, con nombre de prima suya, lo que él creyó facilmente, porque se tenia noticia de su buen nacimiento. Grandes dudas le quedarán a V. m. del amor de Felicia, y los desdenes de Guzman el Bravo, porque parece, que en tierra de Moros, con tanta privacion y soledad, y haviendo sido la compañia de su cautiverio y el consuelo de sus trabajos, no fuera menos, que ingratitud no corresponder a su voluntad. Prometo a V. m. que no lo sé, y que en esta parte solo puedo decir, que el trato ha juntado en amistad animales de generos diferentes a despecho de la naturaleza, y que ningun hombre debe fiarse de sí mismo, de que tenemos tantos exemplos. El Dante escribe de aquellos dos cuñados, que se amaban, sin osar declararse, por ser el incesto tan enorme, y el hermano tan gran Principe, y como siempre estaban juntos, leyendo un dia los amores de Lanzarote del Lago y la Reyna de Ginebra, como él lo dice en su Infierno, en persona de la miserable dama:

Y leyendo nosotros por deleyte
de Lanzarote la amorosa historia,
encendidos de amor nos declaramos.

Y el Petrarca hace memoria dellos en el càpi-

pitulo tercero del *Triumpho del amor* diciendo:

> Y los dos de Arimino, que van juntos,
> haciendo un triste y doloroso llanto.

Porque fue el hermano, que los mató, Principe de Arimino.

Fue muy bien recibido D. Felix en su patria, porque llegó a ella, despues de muchos deseos, rico, gallardo, galan y en lo mejor de sus años. Llevóse los ojos del vulgo, mayormente de los que tenian necessidad de su favor, porque con todos era liberal de suerte, que jamás llegó necessidad a sus oídos, que saliesse desconsolada: remediaba pobres, deshacia agravios, concertaba paces, y no havia en toda la ciudad quien para cosa, que intentasse, le perdiesse el respeto. De la republica de estudiantes era Don Felix tan adornado, que en versos Latinos y Castellanos celebraban a porfia sus acciones, y con tan apassionado afecto, que si alguna vez corria en fiesta publica, decian todos a voces: *Viva Don Felix*, y era tenido por envidioso el que faltaba a esta voz comun, por circunspecto que fuesse.

Era valiente justador, y de suerte firme y cierto, que no havia hombre que midiesse con él las armas en la tela. Armabase muchas veces de piezas tan pesadas, que no las podian mover las fuerzas de dos hombres, y echandose con

ellas en el suelo, se levantaba de un salto con ligereza increible. Buscaba caballos desbocados, y que nadie quisiesse subir sobre ellos, y en estos se ponia, y los domaba y sujetaba con la fortaleza de las piernas de tal manera, que parecia que le temblaban, y trassudados y encogidos se le rendian: jugaba dos espadas y dos mazas con notable gallardia y destreza, y en medio desta fiereza y valentia, escribia y hablaba tiernamente.

Descuidado de la fuerza y violencia de amor Don Felix, y seguro de la fortuna en su patria, el que tan fuerte havia nacido, y tanta libertad professaba, se rindió a un niño, pero niño tan antiguo, que no se llevan él y el tiempo dos horas en tantos años. Qué bien pintó Alciato su fortaleza, o ya enfrenando leones, o ya rompiendo rayos.

De los aligeros rayos
rompe el Amor el rigor,
porque es mas fuerte el Amor.

Era Isbella gentilissima dama, y hermana de un valiente caballero, que se llamaba Leonardo, de lo mas noble de aquella ciudad, y aun de España. Guardabase Don Felix de entendido, y gobernando su secreto con prudencia, conquistó honestamente su voluntad, para merecerla en casamiento. No se alargando a mas, que hablar con los ojos, y con ocasion de

de otras damas de su calle darle algunas musicas, entre las quales una noche cantaron assi, porque V. m. descanse de tan prolixa prosa en la diferencia de los versos.

En estos verdes campos,
que Manzanares riega
con agua de mis ojos,
que suya no la lleva:
En estas soledades,
donde a mis dulces penas
ayudan ruyseñores
con amorosas quejas:
Entre las secas ramas
desta barbara selva,
que ha mucho que le falta
su amada primavera,
Y solo un cipres crece,
por arbol de tristeza
que en imitar la mia
presume competencia,
Me quejo, hermosa Phylis,
de amores de tu ausencia,
que lo que está mas lejos,
se quiere con mas fuerza.
¡Hai mar de España, digo,
si pisa tus riberas
aquella labradora,
que fue la gloria destas!
Assi de mas corales,
que hay en tu playa arenas,

de

de Barcelona insigne
los muros enriquezcas.
Que el dia que mas fiero,
y con mayor soberviá
laven tus claras ondas
la cara a las estrellas,
Le digas: Bella Phylis,
esto llaman tormenta
ausentes de su patria,
que por el mar navegan;
Pero las que padece
quien ama, y quien desea
el puerto de tus brazos,
en mas rigor le anegan.
Tú quando empines aguas,
como nevadas sierras,
y caygas de tí mismo,
donde deshechas mueran,
No igualas con los montes
de zelosas sospechas,
por mas seguridades,
que Phylis me prometa.
Permite que mis ansias
a tus arenas venzan:
mas ya no las tendrás,
si las convierte en perlas.
¡Hai Dios! hermosa Phylis,
¿qué pastor me dixera
de muchos, que en el Tajo
de adivinos se precian,
Que donde España acaba,

y el fiero mar comienza,
llegarán tus estampas
y mis amargas quejas?
¡Hai Dios, si te acordasses,
que en estas alamedas
bañaba yo tu rostro
con lagrimas tan tiernas,
Y que cayendo al mio
del tuyo algunas dellas,
pensaba yo que tristes
lloraban las estrellas!
Aqui te despediste,
y aqui morir me dejas;
que yo no tengo vida,
para que a verte vuelva.
Si tardas, Phylis mia,
la muerte está mas cerca,
que a los que viven tristes,
la muerte los consuela.

Destas musicas, aunque con letras fuera de proposito, y escritas a diferentes ocasiones de algunas sortijas, torneos y otras fiestas, vino en conocimiento Leonardo, de que D. Felix festejaba a su hermana, que es lo que ahora llaman galantear entre los vocablos validos, que cada tiempo trahe su novedad. Enfadóse, como era tan recatado y gran caballero, y por obviar disgustos con persona tan bien recibida generalmente, puso a Isbella con algun sentimiento suyo en un Monasterio. Mas negoció Don Felix

en esta diligencia de Leonardo de lo que prometió el haverlo entendido, porque Isbella viendose empeñada, aunque no havia dado ocasion, inclinó su animo a ser muger de Don Felix, y tratandolo por medio de personas nobles, salió del Monasterio, y se casaron. No hizo a esto Leonardo mucha resistencia, assi por la condicion de Don Felix, como porque siendo prudente y discreto, conoció, que no se podia impedir el matrimonio en dos voluntades iguales por aquella maxima, de que el hombre no aparte lo que Dios junta. Creció tanto la opinion de D. Felix, llevandose las almas de ciudadanos y estudiantes, con tanto apluso y vitores, que no pudiendo sufrir su fortuna algunos caballeros de la ciudad, se juntaron a matarle, y aunque un paje le dió aviso deste pensamiento, no quiso prevenirse ni guardarse, y assi le dieron entre muchos mas de quarenta heridas, hasta que cayó en el suelo, de donde le llevaron a Isbella sin esperanza de vida. Aqui entra bien aquella transformacion de un gran señor en Italia, que leyendo una noche en Amadis de Gaula, sin reparar en la multitud de criados, que le miraban, quando llegó a verle en la peña pobre con nombre de Valtenebros, comenzó a llorar, y dando un golpe sobre el libro, dixo: *Maledeta sia la dona que tal te ha fatto passare.* Pues no se desconsuele V. m. que ya Don Felix está convaleciente, que no se salió el valor por las heridas, y la fortaleza

del

del animo detuvo la vida, que en otro era impossible, no sin admiracion de la naturaleza. Viendose pues con ella, hizo una noche fixar una tienda en la plaza, cubierta de diferentes armas, y él amaneció a la puerta con muchas cajas y trompetas, armado de piezas blancas y doradas, con vistoso penacho, pagizo, leonado y blanco: el tonelete y calzas bordadas de las mismas colores, oro y plata: botas blancas, y un pedazo de lanza en el hombro, con la mano siniestra en la espada, y en una rodela de azero, que de un arbol pendia con tres ligas pagizas, leonadas y blancas, un cartel de desafio. Ponia terror Don Felix en la postura que estaba, levantada la visera, por donde solo descubria los ayrados ojos y los vigotes negros, como rayos de luto de las muertes, que amenazaba. Alli estuvo ocho dias, sin que saliesse caballero a la palestra y arena, como los antiguos decian, al cabo de los quales vino un criado suyo armado a caballo, y tocó en la rodela, que tenia el desafio. Salió Don Felix de la tienda, y corrió tres lanzas con este hidalgo, y rompiendo en la ultima la lanza, volando las hastillas por el ayre, hizo temblar la tierra. Llevaronle a su casa, acompañado de toda la ciudad, entre muchos instrumentos de guerra, parabienes y vitores, donde estuvo algunos dias, al cabo de los quales dieron cuenta al Rey de las Españas algunos envidiosos de aquel publico desafio: aunque cierto, que virtud tan gran-

de debiera carecer de envidia ; y le culparon assimismo de que se queria alzar con aquella ciudad insigne. Fue pesquisidor a esta averiguacion; y como nunca a la envidia le faltaron testigos, fueron tales los que hallaron, que le sentenció a cortar la cabeza en cadahalso publico, y le truxo para este efecto a la corte. Pero teniendo noticia deste tan gran caballero y de sus partes el Excelentissimo Señor Don Luis Henriquez de Cabrera, Almirante de Castilla, Duque de Medina, y Conde de Modica, avuelo del que ahora possee su ilustrissima casa tan dignamente y con tantas partes de generoso Principe, le fue a ver a la carcel, e informado de su valor, y haviendo leído una cedula, que tenia del Señor Don Juan de Austria, certificacion de la hazaña, con que rindió la galera ya referida, se le aficionó tanto, que pidió a su Majestad su vida: el qual no menos inclinado a su valor, y sabiendo, que nunca está sin enemigos, se la otorgó con condicion, que no pudiesse entrar en aquella ciudad. Fuesse a vivir a sus lugares, que no estaban lejos della, aunque despues con el favor del mismo señor, que tomó su proteccion por empresa digna de su grandeza, le restituyeron la libertad de gozar su patria, donde yo le conocí, si bien en sus mayores años, pero con el mismo brio, porque el defecto de la naturaleza del cuerpo no ofende el valor del animo. Este, señora Marcia, es el sucesso de Guzman el Bravo : si a V. m. le parecieren pocos

amo-

amores, y muchas armas, tengase por combidada para el PASTOR DE GALATEA, Novela, en que hallará todo lo que puede amor, rey de los humanos afectos, y a lo que puede llegar una passion de zelos, bastardos suyos, hijos de la desconfianza, ansia del entendimiento, ira de las armas, e inquietud de las letras: pero no será en este libro, sino en el que saldrá despues, llamado LAUREL DE APOLO.

LAS DOS VENTURAS SIN PENSAR.

NOVELA V.

UNa obscura y tenebrosa noche del encogido y herizado hibierno amenazaba con densos nublados y furiosos vientos copiosas pluvias, quando en las faldas de las montañas de Jaca, donde es menos aspera y fragosa la tierra, pues en ella hallaban pasto entre sus carrascas y malezas ligeras y trepadoras cabras de gruessos rebaños, que alli havia, aumentaban la confussion entre las obscuras sombras latidos de perros, vigilantes guardas de aquellos ganados, substituyendo entonces las de sus pastores, pues en encerrados apriscos cercanos a bien reparadas chozas les tenian, reparandose de la inclemencia de las aguas, que prometia el logrero seno de la tempestuosa noche. Dilatado teson en su inquieto ladrar tenian los valientes animales, congregados en cierta parte aspera de aquel distrito, tanto que obligaron a que sus dueños dejassen sus albergues, temerosos por la ferocidad de los voraces lobos, que en aquella montaña havia, no huviessen hecho algun notable daño en sus rebaños: y assi tomando encendidas teas, rusticas antorchas del campo, salieron

a averiguar la inquieta confusion de sus perros, de que procedia. Reconocieron solicitos aquellos contornos, y en un sitio, cosa de dos tiros de ballesta de una senda, que se juntaba media legua de alli con el camino real, que iba a la ciudad de Jaca, que cercaban altas encinas, descubrieron con las luces la causa del referido alboroto, hallando tendida en tierra una hermosa muger sin sentido alguno, procedido esto de unas heridas, que reconocieron tener en el pecho, de las quales havia salido gran copia de sangre, de que tenia cubierto el suelo. Llegó pues aquella rustica gente a ver si tenia vida, y con el rumor de su llegada volvió en su acuerdo, con que se alegraron mucho: procuraron animarla para poderla llevar a su rancho, mas era tanta su flaqueza, que no se atrevieron a moverla, por ser trecho largo, y temer no se les desmayasse en el camino otra vez. Ella mas en sí, viendo lo que querian hacer, sin hablarles palabra, por no dar a esto lugar su grande flaqueza, les señaló con el indice a cierta parte, a un lado de donde estaba, y acudiendo allí, hallaron un cofrecillo de hevano y marfil, que alzaron del suelo, siendo el peso dél mayor, que su pequeñez prometia: con él volvieron a la presencia de la hermosa dama, y con otra seña, como la que antes les havia hecho, les señaló, que fuessen hácia el otro lado. Obedecieronla, y a trecho de poco menos que treinta passos sintieron rumor entre

tre las ramas, con que se alborotaron los pastores: mas las luces, que llevaban, los asseguraron del susto, descubriendo, que quienes causaban aquel rumor eran dos rocines, que estaban atados a dos robustas encinas: cerca del uno hallaron un joven de poca edad, bien vestido, muerto en el suelo, y bañado todo en su misma sangre. Tenia en la ultima herida, que le havian dado, metido un cuchillo, con que se havia hecho aquel cruel sacrificio: cerca dél estaban tendidos unos manteles y viandas, como que havian merendado. Pusieron el cuerpo sobre un rocin de los dos, y con él volvieron donde estaba la dama, y probando a querer ponerla en el otro rocin, no fue possible tener animo para ir en él, con que fue fuerza sacar cuchillos de monte, y cortar unos palos, con que hicieron brevemente un artificioso modo, como andas, en que pusieron a la herida; y assi en hombros de quatro cabreros fue llevada a la mejor choza, que tenian, a donde uno de los pastores, el mas anciano, con unas hierbas, que le aplicó a las heridas, la pudo restrañar la sangre brevemente: con esto y ligarselas, abrigandola, se entretuvo, hasta que a la mañana trataron de llevarla de alli. Eran estos cabreros criados de una señora, dueña de una granja, que estaba cerca de alli, donde acudian dos veces cada semana por la provission de su comida, y alli, a gobernar esta hacienda, en ciertos tiempos del año se venia de la ciudad a assis-

asistir en esta granja. Acudieron a darle aviso de lo que havia sucedido: compadecióse la piadosa señora, y mandó se pusiesse luego un carro de los de su labranza entoldado, en que fuesse trahida la dama a ser curada a su casa: con él partió un criado suyo, que servia en este ministerio. Llegando pues a la falda de la montaña, halló, que hasta ella havian bajado con la herida los piadosos cabreros en la misma forma, que la noche antes fue llevada de donde la hallaron hasta su choza. Pusieronla en el carro, y queriendo juntamente con ella llevar el cuerpo de aquel mal logrado joven, la dama no se lo consintió, y assi fue llevado en uno de los rocines hasta la granja, para darle en llegando sepultura en una Ermita, que cerca della estaba, donde se decia missa todos los dias de precepto a la gente, que alli assistia. Llegados que fueron a la granja, salió a recibirles Doña Dorotea, que assi se llamaba su señora, la qual viendo la herida, no pudo de compassion abstener sus lagrimas, que no manifestassen el sentimiento de verla assi, aun sin conocerla. Fue luego llevada a su quarto, donde desnuda de sus vestidos la pusieron en una mullida y regalada cama, en que cobró algun alivio, agradeciendo mas con señas, que con razones el favor y socorro, que recibia. Havia Doña Dorotea, luego que supo de sus cabreros esta desgracia, despachado un criado suyo en un andador quartago a Jaca por un Medico y un Ciru-

rujano; y assi en breve tiempo, por ser cerca de alli, vinieron, con cuya presencia se alentó la dama sumamente: vieron las heridas, y hallaronlas mas penetrantes que quisieran, y assimismo muy enconadas, por haver estado la noche antes desabrigadas y sin cura. Hicieronle la primera con poca confianza, que tuvieron de su vida: assi lo entendió de ellos Doña Dorotea, lastimada de ver, que tan tiernos años con tanta hermosura se malograssen. Rogó encarecidamente al Medico y Cirujano, que no dejassen de venir cada dia con puntualidad a curar aquella dama, hasta que Dios dispusiesse de darle vida, o quitarsela, ofreciendoles muy buena paga por su trabajo: ellos prometieron servirla con mucho gusto, con que continuaron el visitarla por ocho dias. Doña Dorotea no salia del aposento de la herida, assistiendo en él con sus criados a su regalo, hablando pocas palabras con ella, por no la hacer daño a la cabeza, que assi se lo havian encargado los que la curaban, temiendo no le sobreviniesse algun nuevo accidente: mas con toda su flaqueza la forastera con pocas palabras, y muchas demostraciones agradecia el favor y agasajo, que recibia de Doña Dorotea. Veinte dias havrian passado despues de la desgracia, y en ellos assistido Medico y Cirujano a su cura, bien pagados, quando manifestaron estar ya fuera de peligro la dama, por cuyas alegres nuevas recibieron de Doña Dorotea muy buenas albricias. Cobró nuevo aliento

la

la enferma, y de alli adelante, con la mejoria, que cada dia hallaban en ella, recuperó su salud, no permitiendo el cielo, que juventud tan florida la marchitasse la muerte. Convalesciendo estaba todavia en la cama, agradeciendo cada dia con muchas exageraciones el desvelo y cuidado, que Doña Dorotea tenia con su regalo: cosa, que ella hacia con mucho gusto, porque la piedad de su generoso pecho, y la afabilidad y agrado de la dama herida, las obligaba a tenerle mayor.

Un dia, que se hallaron a sólas, quiso Doña Dorotea saber de la dama con mas fundamento, que hasta alli, su desgracia, y la causa della, y assi la dixo estas razones: Hermosa señora, cuyo nombre aún no sabemos los desta casa, vuestro mal nos ha tenido en tales terminos hasta ahora, que mas hemos tratado del cuidado de serviros en orden a vuestra salud, que de inquirir de vos la causa de haverla perdido por tan desgraciado sucesso, como han manifestado vuestras peligrosas heridas; ya que el cielo por sus secretos juycios ha permitido, que de su peligro esteis libre, y que en breve espereis restituíros en vuestro primer vigor y fuerzas, quiero suplicaros, por lo que me debeis haver deseado veros en este estado, que yo sepa quién sois, vuestro nombre, y cómo venistes a veros en tan notable peligro en esta tierra, y en parte tan fragosa, y quién era el joven difunto, que tan cerca de vos perdió

la vida, que en ello recibiré particular favor. Calló aqui Doña Dorotea, aguardando respuesta a su justa peticion, que le dió la dama herida desta suerte: Quando tantas obligaciones, con que me hallo, que son no menos, que la restauracion de mi vida, no os debiera, al ser quien sois, y a la discreta cortesia, con que lo pedis, era forzoso corresponder, sirviendoos en daros en esto gusto, aunque el tiempo que duráre mi relacion, yo no le tenga, acordandome de los trabajos, que por mí han passado, que en breve tiempo no han sido pocos. Encorporóse con esto en la cama, y tomando un abrigo, prosiguió su discurso assi:

Aquella ciudad, cabeza deste Reyno, que bañan las aguas del caudaloso Ebro, sagrario de tantos cuerpos de Santos, que en ella padecieron martyrio, estancia, donde la Emperatriz de los cielos bajó a hacer la corte celeste, acompañada de los alados Seraphines hasta el breve sitio de un dichoso Pilar, es mi patria. Nací de padres ilustres, cuyo apellido sabreis despues, inmediata heredera de un quantioso mayorazgo, despues de la muerte de mi padre, cuya unica hija soy: faltandome el amparo de mi querida madre en lo tierno de mi edad, a los diez y seis años de la que tengo, llegaba, que serán dos mas, quando en las conversaciones de mis amigas, oyendolas tratar de sus amorosos cuidados, ya temerosas de las mudanzas de sus galanes, ya con zelos de verlos inclinados

dos a nuevos empleos, y ya ofendidas de la tibieza de sus festejos, hacia donayre de todas, hallandome libre de las doradas flechas de Cupido, cuya libertad estimaba en mucho, por verme sin aquella penosa pension, con que las via en continuo desvelo padecer; pues como en mí viessen libre despejo para hacer burla de su cuidado, y atrevida osadia para acusar su facilidad, recatabanse de tratar destas cosas delante de mí; si bien un dia, que les satirizaba esto, me dixo una dellas, ofendida de mi correccion: Plegue a amor, altiva Emerenciana, que este es mi nombre, que presto te veas de suerte, que apruebes amante, lo que ahora acusas libre. Oyó Cupido su peticion, ofendido, que blasonasse tanto de libre de sus flechas una flaca doncella, quando su poder havia rendido robustos y valientes pechos de invencibles heroes, siendo exemplo desto el Nazareno Sanson, el Thebano Hercules, y otros muchos: y assi dispuso su venganza deste modo.

Por la fama de las buenas Comedias, que trahia una lucida compañia de representantes, que vino á Zaragoza, acudia toda la ciudad a oírlas, de suerte que no toda la gente principal (hablo de mugeres) podian en publico verlas por el concurso grande, que havia, y la dificultad de hallar aposentos, deseando todos ver el primer dia de Comedia nueva, por el cuidado particular, con que se representa siempre. En una, que se havia echado el dia antes, con sa-

tisfaccion de que era buena, assi por ser de la mayor hazaña de la Cesarea Majestad del Emperador CARLOS V en su retirada al Monasterio de Yuste, renunciando su Imperio en su Prudente hijo PHELIPE II, como por el que la escribió, que es el claro y agudo ingenio de DON DIEGO XIMENEZ DE ENCISSO, Veinte y quatro de Sevilla, me hallé sin aposento en que la ver, ni quien me le prestasse. Comia aquel dia conmigo una amiga mia en casa, y sentí mucho no agasajarla del todo con este gustoso divertimiento; y assi vió en mí un disgusto, que me tenia sin sazon para entretenerla. Era de buen despejo, y dixome, que pues havia faltado a la autoridad decente lugar para tener este gusto, no le perdiessemos con el embozo en la general estancia de las mugeres. Como me salió a esto, no quise perder la ocasion: y assi con los vestidos ordinarios de nuestras criadas nos compusimos, y disfrazadas fuimos a la Comedia, acompañandonos dos criados mios, que les vino a medida de sus deseos esta invencion; estando antes muy fuera de ir a su Comedia: fue suerte hallar razonable lugar, segun havia concurrido la gente. Vimos la Comedia gustosamente, que fue mayor, que su fama. A la salida della por el peligroso passo, donde está la juventud, ya esperando sus conocimientos, ya buscando los nuevos, pude descuidadamente alzar la basquiña de encima, y descubrir de bajo un bordado faldellin, que tra-

trahia, que llegó a ver Don Gaston, caballero mozo y principal en aquella ciudad. Este, segun despues supe dél, reconociendo en mí haver mas fondo so el exterior y humilde traje, que prometia; quiso, llevado de su curiosidad, conocer quien era, y assi nos fue siguiendo. Como vimos lo que hacia, temiendo ser conocidas dél, nos fuimos por desusadas calles, por si podiamos escaparnos de su vista: mas él iba con tanto cuidado, que presumiendo esto, apresuró el passo de manera, que alcanzandonos, dixo estas razones: Poco les debiera el deseo a la solicitud y cuidado, si en lo que ha puesto su efecto, no lo consiguiera, que es hablaros, embozadas señoras, y ofreceros mi persona, para lo que en vuestro servicio se os ofreciere: yo he salido de la Comedia en vuestro seguimiento, llevado de mi curiosidad, que me inclinó a seguiros, por haver presumido de las dos ser mas en lo oculto, que lo que manifiestan los exteriores adornos: sino os disgustais de mi ofrecimiento, os suplico merezca acompañaros. Paramonos en el fin de su platica mi amiga y yo, tomandome el primer lugar de hablarle, y assi le dixe: Señor Don Gaston, quanto a lo primero, venis engañado, si pensais, que en nosotras hay mas, que lo que descubre vuestra vista en nuestro ornato: esto es lo mas lucido, que tenemos para las mayores festividades del año, y por esso venimos de embozo, por dar a la continua labor, en que nos ocupamos,

mos algun, dia vacacion : si pensais divertiros con personas de partes, y haveis esso juzgado de las dos, no sé con que fundamento, yo os desengaño con certeza, porque dejeis la empresa, pues en haverla intentado, solo se os ha seguido el quedar con opinion para con las dos, que careceis de empleo, pues en esto gastais el tiempo en valde, y es cosa nueva en un caballero de vuestro porte, que esteis tan libre de pensamientos, que querais ponerlos en tanta humildad, como veis. Quanto a confessaros que vivo sin empleo, que me dé cuidado, dixo él, yo os lo asseguro, pero no de que me halló al presente sin el de conoceros, despues que tanto os humillais, quando os veo en traje tan hypocrita, que manifiesta la pobreza, encubriendo los bordados: tened mas cuenta con lo que traheis vestido, y creed, que me tengo por tan de buen gusto, que no siguiera cosa, que no me pareciera merecer mas que mis passos y cuidado. Mucho sentí, que mi descuido huviesse manifestado el encubierto faldellin, en que fundó Don Gaston el seguirnos; pero quise con todo darle salida a esto diciendole: Nadie hay tan descuidado de sí, que no procure dar realces a su estado, y dejar dudosas las opiniones dél, quando se determina a salir de embozo: digo esto, porque ¿qué sabeis vos, si yo soy muger de algun corredor, y este faldellin, que traygo, y me havreis visto, quiero que passe por mio al descuido, porque me tengan por

mas

mas de lo que soy? Todo puede ser, dixo él, mas por ahora yo estoy de parte de creer lo contrario; y assi, si merezco para con vos algo por este nuevo cuydado, que ya me debeis, y me ha dado el veros hablar tan bien, os suplico, que merezca ver vuestros rostros, y en particular el vuestro (dixo mirandome) que de mi silencio podeis fiar no saldré de lo que gustaredes. A esso salimos puntualmente, dixe yo, a que vos nos conociessedes, y assi fuera facil hacer lo que pedís, si tuviera licencia de mi compañera; pero yo sé, que no me la dará, y assi quedaré desayrada en pedirsela por daros gusto. Yo se lo suplicaré, dixo él, con humildad y cortesia, si una y otra valen para con ella. No creo que nada aprovechará, dixe yo. Todo lo adivinais, replicó él, en daño mio: ya os miro con intento de no hacerme bien por hoy. Assi es, dixe yo: otro dia podeis esperar, en que esté mejor templada, que en este temo mucho a mi esposo, y assi no os doy gusto en lo que pedis: quando le tenga ausente, sereis servido. Bien me consolais, dixo Don Gaston: lo que de aqui saco es, que despues de haver visto la Comedia, que es a lo que salistes de vuestra casa para divertiros, lo quereis hacer ahora a mi costa: bien pienso, que no teneis esposo a quien temer; porque vuestro estado aun no le ha admitido, segun presumo. Mal gastais vuestro dinero en lidias, le dixo mi amiga, pues tanto os desviais de lo cierto: dadnos licencia,

si gustais, y hacednos merced de no passar de aqui; porque no queremos ser conocidas de vos. Mas quisiera, dixo él, que no huvierades hablado, pues haviendo tenido silencio hasta ahora, lo que haveis hecho es, que os despedis, y me mandais quedar: mejor me va con la compañera, que sino concede con lo que la suplico, por lo menos no se despide tan determinadamente. Soy yo mas cortés, le repliqué, pero ya que ella os ha dicho, que es hora de volver a nuestra casa, de nuevo quiero pedir a vuestra cortesia, que os quedeis en este puesto, sin ser curioso en seguirnos, dandoos palabra, que otro dia nos veais, y que os buscarémos, quando menos lo penseis. Con essa promessa, dixo Don Gaston, os obedezco, prometiendoos de pedir a un amigo Poeta unos versos, que os celebren lo que he oído, que es vuestra discrecion. Pondrá mucho de su casa, dixe yo, pues lo que haveis visto no merece essos honores; pero consolaráse el Poeta con no ser el primero que havrá mentido encareciendo, ni lisongeado ponderando. Con esto le dejamos en aquel puesto, y nos fuimos a casa; pero no anduvo tan descuidado Don Gaston, que no nos hiciesse seguir a un criado suyo, el qual volviendo a él, le dió razon de quienes eramos, porque no le conociendo, nos descuidamos en descubrirnos en el zaguan de mi casa, al tiempo que él entró á preguntar por cierto criado de mi padre: confiesso, señora mia, que aun-

que

que havia visto a Don Gaston algunas veces, nunca le miré con tanto cuidado como ésta, que me pareció su persona bien con algunos principios, que desde entonces tuvé de inclinacion. Era Don Gaston hijo segundo en su casa, con poca hacienda, que heredó de sus padres, y lo que le daba de alimentos su hermano mayor, que entonces estaba ocupado, y hoy dia lo está, en un cargo de Regente de Vicaria, que le havia dado en Napoles el Virrey, que gobernaba aquel Reyno; pero con lo poco, que este caballero posseía, andaba siempre muy lucido, y era muy bien mirado de toda Zaragoza. Lo que restó de la tarde lo passamos mi amiga y yo en hablar de la Comedia y de Don Gaston, alabandome ella las partes deste caballero, con que se declaró mas mi inclinacion ocultamente, que no era bien dar tan presto muestras de ella a la amiga, que era de las amarteladas, a quien antes reprehendia. El dia siguiente era de fiesta, y ocupando yo una ventana baja de mi casa, passó Don Gaston por la calle a caballo, acompañado de otros dos caballeros amigos suyos: vióme, y haviendome saludado con la cortesia ordinaria, passó la calle con los demás, no perdiendole yo de vista en quanto pude, y él volviendo assi mismo a mirarme con dissimulacion, por causa de los que le acompañaban: cosa, que yo noté muy bien. Ya el amor iba con la segunda vista comenzando a vengarse de mí, pues ya sentia pena de que Don

Gaston se huviesse quedado sin saber quien yo fuesse, que me holgára no huviera sido tan obediente en quedarse sin seguirme el dia, que salí de la Comedia. En estos pensamientos passé toda la tarde a solas, quando al tiempo que me queria quitar de la ventana, por querer anochecer, siento ruído de caballo, y espero cuidadosa de si seria Don Gaston: presto salí del cuidado, pues por una calle, que salia a la principal, en que hacia esquina la ventana, donde estaba, veo que viene, y emparejando con ella, por llegar en ocasion, que no havia gente en la calle, me dixo, parando el caballo: La promessa, que os hice, hermosa señora, cumplo con essos versos, que os he hecho: no os ofendais de que os haya conocido, que si me ajusté a la ley de la obediencia en no seguiros, pudolo hacer un criado mio, pues pareciera desayre en mí haver dado muestras de cuidado, y quedarme con él, quando el cielo me guarde esta dicha. No huvo mas lugar, por passar entonces gente, que arrojarme un papel dentro de la ventana, que por ser baja, lo pudo hacer con facilidad, y partió de allí sin poderle dar respuesta alguna yo: no viendo la hora de ver lo que en el papel havia, pedí una luz, y leí un bien escrito Romance. No quiso Doña Dorotea que passasse adelante con la relacion, sin que se le dixesse, si le sabia de memoria. No quisiera, dixo Doña Emerenciana, tener tanta, pues para lo que falta de mi historia, vereis

quan

quan bien me estuviera. Este fue el primer papel, que de Don Gaston recibí, las primeras alabanzas, que me dixo por escrito: de creer es, que las tendré bien en la memoria, y assi porque me lo mandais, las referiré: el Romance era este.

Deydad cubierta de un velo,
con quien quiso el niño Dios,
para acumular deseos,
dar a sus rayos prision:
¿De qué sirvió dar clausura
a tan divino esplendor,
si para rendirme tiene
libertad la discrecion?
No es de menor potestad
un discurrir superior,
que dos hermosos luceros,
emulos del claro sol.
Toda perfecta hermosura
no lo es, si le faltó
el don del entendimiento,
del donayre la sazon.
Supuesto, amor, lo que oís,
bien es quejarme de vos,
que manifestais el daño,
y ocultais el agressor.
Vencimientos de advertidos
ganan mayor opinion,
porque de los despulados,
¿qué victoria se perdió?

¡O tú, sujeto encubierto,
de Cupido agudo harpon,
si avaro de tu belleza,
prodigo de tu rigor:
Si dado en taza penada
tu veneno se gustó,
¿qual será en vaso sin pena
patente tu perfeccion?
¿Qué podrán hacer las damas,
substituta del amor,
si el socorro del donayre,
por verse en tí, les faltó?
Cedame gloria el Petrarca,
Apolo me dé favor,
pues a más discreta Laura
tan dignos aplausos doy.

Mucho me holgué con el Romance de Don Gaston, declarandose un poco mas mi voluntad en su favor, que no pude menos conmigo, que comunicarle con una criada mia, a quien queria bien ella, o por lo que podia interessar con Don Gaston en ser tercera destos amores, o por inclinacion, que a su persona tuviesse, me persuadió a que le hiciesse favores, si perseverasse en servirme, pues era caballero Don Gaston digno de ser estimado. Con esto dormí poco aquella noche, inquietandome este nuevo cuidado, y resuelta a seguir el consejo de mi criada, que era lo que ya disponia mi voluntad. Ofrecióse dentro de ocho dias ocasion para

ra verme con Don Gaston en un sarao de unas bodas en casa de un caballero, amigo de mi padre, a donde danzó conmigo, y despues tuvo lugar, acabada la fiesta, de hablarme a solas, en que me significó quanto deseaba servirme, aficionado a mis partes. Agradecíle sus deseos: pidióme licencia para festejarme en publico, y dísela con mucho gusto. Desde entonces comenzó a servirme, hallandose en las partes donde yo estaba: cosa, que no llevaba bien mi padre, por tener diferentes intentos, que eran casarme con un caballero primo mio, el hombre que mas aborrecido tenia, desde que le conocí este deseo, porque este caballero con saber la voluntad, que mi padre le tenia, y no ser yo de las personas, que podian ser olvidadas por presencia y partes, igualandole en la calidad, y aventajandole en hacienda, trataba mas de frecuentar la casa del juego, que no la de mi padre, con tener en ella franca entrada a todas horas, como deudo: cosa, que otro estimára mucho. Escribiamonos D. Gaston y yo, de suerte que ya estaba assentada muy de veras nuestra correspondencia, queriendole yo muy bien, y él correspondiendome muy fino. Sucedió pues, que un dia se hallaron Don Gaston y mi primo en una casa de juego, donde sobre una diferencia dél tuvieron palabras, y dellas resultó el salir a la calle a acuchillarse. De la una parte y la otra se hallaron caballeros amigos de los dos, con que sacadas las espadas,

la

la pendencia se acriminó mas de lo que fuera, si los dos de la diferencia riñeran a solas. Huvo algunos heridos, y entre ellos lo salieron Don Gaston y mi primo: Don Gaston en la cabeza de una herida pequeña, pero mi primo en una pierna de una grande herida. A no haverse hallado tantos a este disgusto, creyera mi padre, ausente dél, que havia sido por competencia de amores, siendo yo la causa dél, porque sin estár bien informado de cómo havia sucedido, me dixo muchos pesares en orden a lo poco que favorecia a Don Guillelmo, que assi se llamaba mi primo, y que nuevo cuidado me debia estorvar de hacerle favores. Yo le signifiqué quan poco caso hacia mi primo de mí, quando otro estimára verle a él inclinado a hacerme esposa suya, pues de la parte de los galanes debia ser mas fomentado el festejo, y no sucedia assi, que no se admirasse verme tibia con él, pues él lo estaba conmigo. Era mi padre hombre de la primera aprehension: falta, que tienen muchos de buenos entendimientos, y aunque le tenia muy claro, esto venia a ser defecto en él: de haver visto a Don Gaston passear por la calle, darme algunas musicas, acudir a los saraos, donde me hallaba, danzar conmigo, y otras acciones de enamorado, presumió haver aficion en los dos, y conformidad de voluntades, y con esta pendencia, que entre los dos huvo, se imaginó haver procedido por mi causa: pero con mas dilatada re-

la-

lacion del disgusto se aquietó, aunque no la mala voluntad, que a Don Gaston tenia, que en todas las ocasiones, que en casa se ofrecia hablar dél, no se le mostraba afecto, censurando sus cosas, en particular el estarse en Zaragoza, siendo hijo segundo, hallandose su hermano en puesto, que le podia aventajar. En esto tenia razon, pero mi amante gobernaba la hacienda de su hermano, y no queria dejarla en poder de quien le diesse mal cobro della, por assistir junto a él, que sabia, que esto le seria de disgusto. Curaronse los heridos, haciendo luego entre ellos las amistades personas, que se metieron de por medio. Quien más mal librado salió de la question fue mi primo, por quedar cojo de la pierna derecha, por haverle cortado los nervios del juego della. Bien se dejaba creer, que no fue quien hizo el daño Don Gaston, pues acometiendole cara a cara, como siempre estuvo, no le podia herir por detrás alguno de los que en la pendencia se hallaron, quiso vengarse con tan infame accion. Mucho sintió mi padre verle con esta manquedad, y mi primo se desesperó de tal suerte, que se fue una noche de Zaragoza, sin haverse sabido mas dél hasta hoy. Con esto quedé con mas aliento para ser servida de Don Gaston, aunque a mi padre desde aquel dia, que mi primo se ausentó, siempre le ví con un continuo disgusto, mostrandome menos amor. La frecuencia de finos papeles, que de Don Gaston tenia, con que

me

me iba obligando mas cada dia, y el mucho amor, que por ellos le conocí tenerme, me dispusieron a favorecerle mas de cerca, dandole entrada en casa de noche. Continuó algunas, haviendose antes desposado conmigo; y las que me vió, no salió de los limites de la compostura, aun en los que licitamente la licencia de esposo le permitia: cosa, con que me obligaba mas.

Una noche, que mi padre estaba despierto por cierta indisposicion, que tenia, sintió passos cerca de mi aposento, y estuvo con atencion a ver, qué seria: obligóle oír mayor rumor a cuidar mas de su casa, y assi se levantó quietamente, y salió de su aposento a otro mas afuera, donde puesto a una ventana dél, que salia a la calle encima de una puerta falsa, vió salir por ella a Don Gaston, que conoció bien con la claridad de la luna. Volvióse a la cama, y con no pequeña inquietud aguardó en ella hasta la venida del dia, considerando ver perdido el honesto recato de su casa por mí, porque con las sospechas, que tenia, de que Don Gaston me festejaba de secreto, despues de la pendencia con mi primo, aprehendió, que me havia gozado. Aguardó pues, que yo me despertasse, y entrando en mi aposento, haviendo despejado primero dél a mis criados, se quedó a solas conmigo, y luego perdió el color del rostro, sacando una daga contra mí, me dixo estas razones: Este azero, infame y desobediente

tè hija, te quitará en breve la vida, si de plano no me confiessas quién salia anoche cerca del dia desta casa. Qual yo quedé con esta accion, y con lo que oía á mi padre, bien lo podeis juzgar, hermosa Dorotea: turbéme de modo, que apenas acerté a pronunciar razon con concierto: cosa, que acrecentó mas el enojo a mi padre, viendo, que mi turbacion confessaba mi culpa. De nuevo volvió á amenazarme, declarandose mas conmigo, diciendo: ¿Piensas, aleve Emerenciana, que no conocí anoche a Don Gaston tu galan, que salia desta casa? de nuevo te amonesto, que executaré lo que dicho tengo, sino me confiessas lo que hay entre los dos: advierte, que te estará mejor confessarmelo, que negarlo. Brevemente discurrí, animada con esta ultima razon, en que Don Gaston era caballero principal, igual mio en sangre, persona de buenas partes, y que confessado el delito, esperaba, como unica hija, perdon de mi padre, casandome con él; y assi me animé a decirle, que yo estaba desposada con D. Gaston, y que en fé de esso le havia dado entrada quatro noches, pero con el recato, que debia á quien yo era, pues no se havia descompuesto a nada, aguardando a que fuertes medios acabassen con él, que viniesse en este casamiento. Apenas le huve dicho esto, quando con la misma amenaza de matarme, me dixo, que quién en su casa era tercero de los papeles que nos escribiamos. Yo le dixe, que un pajecillo

suyo, que le nombré. Pues conviene, dixò él, que luego hagais lo que yo os mandáre, que me importa: tomó recado de escribir, y margenandome el papel, me forzó con la misma daga en la mano a que escribiesse estos breves renglones.

Esposo de mi vida: mi padre ha salido hoy a una quinta, qué tiene media legua de aqui, y se ha de quedar allá esta noche: havrá comoda ocasion para que con menos recelo vengais a verme a la media noche, por dar lugar a que estén recogidas mis criadas. Y por hallarme ocupada con su partida, y haver de veros presto, no soy mas larga. El cielo os guarde. *Vuestra Esposa.*

Cerró el papel, y haciendo que yo llamasse al pajecillo, se escondió detrás de mi cama, haviendome mandado, que le diesse el papel, sin innovar mas que quando le daba los otros. Assi lo hice, no poco temerosa de que aquellas prevenciones no eran en mi favor, como despues experimenté aquel dia. No salió mi padre de casa, assistiendo siempre donde yo estaba, cuidadoso de que no hablasse con alguna criada mia. Con este cuidado llegó la señalada hora, en que el descuidado caballero estaba avisado; que no fue tardo en venir. Hizo la acostumbrada seña, y salió a abrirle la criada tercera de nuestros amores, con orden de mi padre. Apenas entró en el zaguan de casa, quando quatro criados, que mi padre tenia apercibidos, hombres

bres

bres de hecho, se abrazaron con Don Gaston fuertemente, sin darle lugar a poderse defender, ni dar voces, porque le taparon la boca, y le vendaron los ojos con un lienzo: ataronle las manos atrás, y prevenido un carro largo cubierto, le metieron en él, oyendo decir yo a mi padre entonces: Assi, Don Gaston, sé yo castigar atrevimiento de los que ofenden mi casa: caminad con él, donde os tengo ordenado. Partió con el carro, y dentro de un quarto de hora hizo poner el coche, en el qual se entró conmigo y con dos criadas, y salimos de casa camino de la quinta. Qual yo iba, podeis considerar, si acaso del ciego dios haveis experimentado sus amorosas flechas. Rezelavame, de que con Don Gaston no hiciesse mi padre alguna demasia, que era de condicion cruel y vengativo. Llegamos a la quinta, donde a mí se me dió un aposento obscuro por estancia, y orden a una dueña anciana, que me sirviesse, dejandome siempre cerrada. A Don Gaston le pusieron, segun despues supe, en un sotano, donde no llegaba a visitarle apenas la luz del dia. Deste tenia la llave mi padre, fiandosela, para darle de comer, a un criado, de quien siempre hizo mucha confianza. El intento, que mi padre tenia, no se pudo saber por entonces: presumian todos, que debia de ser acabar con la vida de Don Gaston. Desta suerte se passaron ocho dias, en los quales hizo novedad la ausencia impensada de Don Gaston, no sabiendo

sus criados donde pudiesse estar desde aquella noche, que faltó de su casa. Con esto el ver la mudanza de mi padre a su quinta con toda su casa, dió tambien que sospechar tanto, que se decian muchas cosas, que no estaban bien a su opinion, ni a la mia, presumiendo haver muerto mi padre a Don Gaston por mi causa, y estar ausente de su casa por lo mismo.

Tenia mi padre un hermano Religioso en Zaragoza, y como a sus oídos llegasse todo lo que sobre esto se decia, y a él no le huviesse dado parte de la ida a su quinta, comunicandose en Zaragoza todos los dias, presumió, que algo tendria de verdad lo que oía, y assi se determinó irle a ver. Llegó a la hora de comer, y como le viesse a la mesa solo, y faltar yo de ella, despues de haverle dado las quejas de no le haver visto antes de su venida allí, le preguntó por mí: él le dixo, que estaba indispuesta, y queriendo ir a verme, le dixo, que no podia ser por cierta cosa, que despues le comunicaria. Comieron los dos, y dejandolos solos sobre mesa los criados, le dió cuenta mi tió de lo que por Zaragoza se decia de la falta de D. Gaston, y su venida acelerada a aquella estancia. Lo que le respondió a esto mi padre fue, que él havia topado en su casa a Don Gaston a deshora, y haviendole acometido con sus criados hasta salir acuchillando a la calle, se les escapó por los pies; y queriendo saber de mí, qué era lo que entre los dos havia, le havia

via dicho, como estabamos desposados: cosa tan contra el gusto suyo, por no querer bien a Don Gaston, y que assi havia determinado retirarse a aquella quinta, dandome por castigo desta desobediencia el tenerme en un aposento encerrada, hasta que me dispusiesse a tomar un habito de Religiosa en el Monasterio, que escogiesse, que en solo esso queria darme gusto, que él estaba aun en edad para volverse a casar y tener hijos, que le heredassen. Deste pensamiento trató dissuadirle mi tio, diciendole, que el castigar el atrevimiento de Don Gaston havia sido bien hecho, pero que sabiendo lo que entre él y su hija havia, hacia mal en no casarlos, pues la calidad era igual a la suya, y sino tenia Don Gaston hacienda, su mayorazgo era quantioso para suplir esto, y passar con él lucidamente. Tantas cosas le dixo mi tio, que mi padre usando de cautela, le engañó, diciendo, que volviesse a la ciudad, y procurasse, que pareciesse Don Gaston, y que a él le daba comission para tratar estas bodas. Quedó gustoso mi tio, y quiso verme antes de volverse: fué con él mi padre al aposento, donde yo estaba, y entrando delante un poco antes que mi tio, dixome, que fuera de lo que me fuesse preguntado, no moviesse el labio para tratar de materia alguna, sino queria, que ido mi tio, me quitasse la vida. Con este temor me ví con mi tio en presencia de mi padre espacio de media hora, y en ella no se trató de nada tocante a D.
Gas-

Gaston: solo al despedirse mi tio medixo: Sobrina mia, yo voy muy gustoso de haver reducido a mi hermano a lo que es justo, presto espero, que estas cosas se hagan como todos deseamos. Con esto se fue, y llegó luego la dueña, y dejóme cerrada. Aquella noche mi padre llamó al criado, que tenia cuenta con D. Gaston, y le dixo: Esta noche, Claudio, ha de morir Don Gaston con un bocado: éste le has de dar tú en la cena: mira, que fio de tí esta accion, teniendo seguridad, que te será bien pagada. Ofrecióse el criado a servirle con mucha fidelidad, y dandole mi padre una confeccion, que tenia preparada para el caso, le dixo cómo se la havia de mezclar con la vianda; con que se despidió dél. Claudio, considerando la crueldad de mi padre, y el animo deliberado en querer dar la muerte a un caballero, que le estuviera bien casarle con su hija, determinóse a no obedecerle, y assi se fue a la prision de Don Gaston, a quien dió cuenta de lo que su dueño ordenaba contra él, dejando admirado al pobre caballero. Consolóle Claudio, ofreciendo perder por él la vida antes, que obedecer a su señor. Agradecióle mucho esto D. Gaston, ofreciendo, si le daba libertad, hacerle señor de la hacienda, que posseía, y esto por un trato delante de notario, que le haria luego que saliesse de allí, porque él se determinaba vengar de mi padre, quitandole la vida, y no paracer mas en Zaragoza. Mejor lo dis-

dispuso Claudio, porque él havia sabido, que un criado del hortelano de aquella quinta havia muerto de garrotillo aquella mañana, y quiso, que él supliesse por la persona de D. Gaston, poniendole sus vestidos, y dando a entender a mi padre con la escuridad del sotano, que él era el difunto. Assi se trazó, y para darme aviso desto, me escribió Claudio un papel, y tuvo maña para meterle por debajo de la puerta de mi aposento, avisandome, que le tomasse, y juntamente con él metió recado de escribir, para que respondiesse. Leí el papel, dejandome admirada los crueles designios de mi padre; y respondí en las espaldas del papel, que me parecia bien la traza para la ausencia de D. Gaston, porque dentro de breves dias havian de procurar que yo saliesse de allí, o me quitaria la vida. Huvo tambien modo como volver este papel a manos de Claudio, y él compuso con Don Gaston el modo cómo esta fuga mia fuesse, y determinóse Claudio a sacarme de casa dos noches despues de la salida de Don Gaston. Desto tuve aviso luego por la misma parte, y comenzé a prevenirme con juntar todas las joyas y dineros, que havia en casa, que estaban debajo de mi mano en aquel breve retrahimiento, y aguardé a la disposicion de Claudio, el qual aquella noche para dar libertad a Don Gaston, dispusola assi: Llevóse al difunto mozo de la quinta a la prision, que lo pudo hacer, por estar el hortelano enfermo del mis-

mismo mal, y a su cargo de Claudio el llevarle a Zaragoza a dar sepultura. Quedó del contagioso mal el difunto con el rostro cardeno; efecto, que hace tambien el veneno, que no fue poca dicha para deslumbrar a mi padre; si bien ayudaba a esto ser un poco corto de vista; pues como le pusiessen los vestidos de D. Gaston; poniendose él otro, que le dió Claudio, aguardaron a que fuesse despues de la media noche esto. En esta sazon salió Don Gaston de allí con orden de Claudio de aguardar a una aldea dos leguas de Zaragoza a que yo saliesse en compañia de Claudio, que se ofreció a llevarme, para de allí caminar a Barcelona, y embarcarnos para Napoles, donde Don Gaston tenia a su hermano. Salió pues el ya consolado caballero, dejandome escrito un papel, en que me daba cuenta de sus penas, y donde me aguardaba. En tanto Claudio salió a avisar a mi padre, como havia surtido el efecto del veneno, para que le diesse orden de lo que havia de hacer de Don Gaston. No poco se alegró con las nuevas, y él mismo quiso certificarse dello, bajando al sotano con una luz, donde vió al difunto tendido en tierra boca abajo, que assi le puso de proposito Claudio, para que entendiesse, que con alguna basca de la muerte se havia volcado él mismo. Volvióle el rostro hácia arriba Claudio, el qual como estaba cardeno y apostillado de tierra, pudo assegurar esto, y la fidelidad, que mi padre tenia de su

cria-

criado (que era el mismo Don Gaston largo con el Claudio) y en una parte de la huerta de la quinta le enterraron entre los dos, cubriendo unas verdes hierbas la señal de la sepultura. Con esto se volvió mi padre a la cama, satisfecho su cruel deseo de haverse vengado a su gusto de Don Gaston. No se descuidó Claudio a prevenir luego mi partida, porque procuró darme el papel de mi esposo, y otro suyo, en que me avisaba, que para de allí a dos noches sin falta me previniesse. Llegó pues la deseada hora, y yo tomando la llave de mi aposento a mi vigilante guarda, que entonces no lo fue, con una seña, que oí a Claudio, pude, dejandola dormida, salir del aposento, y dejarla cerrada por defuera. Saqué conmigo esse cofrecillo, que ahora está en nuestro poder, con mis joyas, y la moneda que en oro havia, y hallé a Claudio esperandome, que me recibió con mucho gusto: el qual por assegurarse mas de mi padre, quietamente le cerró su aposento por defuera, y en el zaguan estaban aderezados dos rocines de campo. Pusome a caballo en el uno, y él ocupando la silla del otro, salimos apresuradamente de alli. Hasta entonces bien havia Claudio procedido en mi favor, pero en verme en su compañia, se le levantaron los pensamientos de suerte, que aspiró a querer usurpar lo que esperaba mi Don Gaston. Desto vi brevemente las muestras, pues dejó el camino, que llevaba, que lo pudo hacer sin re-

parar yo en ello, por no haver salido de Zaragoza en mi vida, y tomó otro. Caminamos aquella noche, y parte de essotro dia, diciendome que en esta ciudad de Jaca havia concertado despues con Don Gaston, que nos esperasse. Llegando al anochecer cerca desta montaña, fingió haver errado el camino, y metióme por entre las malezas de ella a aquella parte, donde me hallaron vuestros pastores, y apeandose del rocin, en que iba, me dixo: Yo he errado el camino inconsideradamente, descansemos aqui un poco, comiendo algun bocado, para que volvamos luego a buscarle. Apeéme, y tomé assiento en aquella verde hierba, que alli havia, haciendo él lo mismo, atando antes los rocines a las ramas de unas encinas. Como se viesse a solas conmigo, y llegada la sazon, que deseaba, comenzó a significarme quan bien le parecia yo, alabandome mi mal lograda hermosura: y finalmente se alargó a declararme su deshonesto deseo, esto estando los dos comiendo de una fiambrera, que llevabamos. Yo que ví declarado el fin de haverme trahido alli, que era para deshonrarme, y que para esto havia de proposito apartadome del camino: antes de responderle tomé secretamente el cuchillo, con que havia partido la vianda, y dixele estas razones: Claudio, si ha sido toda èssa platica, que haveis hecho, enderezada a probar lo que hay en mí; el verme presto con Don Gaston mi esposo, me havia de hacer recatada, quando el

ser

ser quien soy no me obligára a serlo : bien creo, que esto que me haveis dicho, ha sido solo por passar tiempo, y por dar escusa de haver errado el camino, pero andareislo, si perseverais en essa intencion : si es diferente de lo que yo presumo, pongamonos a caballo, y procurémos volver al camino, para que presto nos veamos con mi esposo. No enfrenaron estas razones el depravado intento de Claudio, que a otro sujeto menos determinado pudieran contener : y assi queriendo tomarme una mano, no le dí lugar, que con el cuchillo, que tenia escondido, le hice una herida en la garganta, y assegundandole con otra por el pecho, quise acabar con su vida. El por defenderse sacó su daga, y dióme dos heridas, aunque ya casi sin sentido : con ellas me animé a acabar con él, y assi, viendole desatinado con la herida en la garganta, díle otras muchas, dejandole el cuchillo metido por el cuerpo ; y viendole ya sin el vital espiritu, al tiempo de quererme poner a caballo, sentí cierto rumor entre las ramas de las encinas : hácia donde le sentia, quise guiar, y apenas havia dado ocho passos, quando de la sangre, que se me iba de las heridas, caí en el suelo sin sentido. Desta suerte me hallaron vuestros pastores, y llevaron a su cabaña, de donde fui trahida a vuestra casa, en quien he hallado piadoso hospicio y generoso amparo : deme el cielo vida, para que en lo que me duráre, os sirva por este favor y merced. Esto es lo

que os puedo decir de mis trabajos; estando ahora con la pena, que podeis juzgar, de no saber de mi esposo, el qual creo sin duda, que debe de estar en Barcelona aguardandome a mi y a Claudio, bien descuidado deste sucesso. Mucho estimó Doña Dorotea el haverle hecho la herida dama relacion de sus infortunios, ofrecióla de nuevo servir en quanto pudiesse, y viendo en ella deseo de ir a Barcelona, ofrecióla de acompañar hasta aquella ciudad. Como passasse con ella a Monserrate, que havia prometido visitar aquel frecuentado Santuario en una enfermedad, que havia tenido, y queria cumplir el voto; alegróse tanto Doña Emerenciana con lo que la ofrecia su amiga, que en agradecimiento de tan grande favor, la tomó sus blancas manos, y se las besó, quedando entre las dos una verdadera amistad.

Con las esperanzas de verse presto en Barcelona Doña Emerenciana, iba convalesciendo muy aprisa, que es gran parte el gusto, para que ayude la naturaleza. Un dia, que las dos estaban a solas, comenzandose a levantar la convalesciente, vino a verse con Doña Dorotea un deudo suyo anciano, y despues de haverla hecho su visita un breve rato, la dixo, tener que comunicar con ella un negocio a solas. Pidieron licencia a Doña Emerenciana, y assi se retiraron a otro aposento, donde estuvieron largo rato hablando a solas. Acabóse su platica, y el anciano caballero se despidió, y se puso a caba-

bállo, volviendose a Jaca, de donde havia venido. Quedaron pues las dos amigas a solas, y Doña Dorotea algo triste, cosa que echó de ver su amiga, que le preguntó la causa. Dorotea le dixo: Bien creo, discreta Emerenciana, que con tu agudo entendimiento havrás discurrido a solas, ¿cómo una muger principal, como yo, passo aqui retirada de la ciudad, que es mi patria, y que con cantidad de hacienda no trato de tomar estado, faltandome el amparo de mis padres? Bien ha passado por mi consideracion esso, dixo Doña Emerenciana, pero no se me ha hecho novedad, puesto que conozco algunas damas de mas edad, que tú, por hallarse bien, libres del dominio de sus esposos, en tiempo, que es menester mirar tanto la compañia que se elige, pues los escarmientos de otras, que la han tomado, y les han salido malos los empleos, les puede tener remissás para hacerles. Escarmiento tengo bastante para no casarme, dixo Doña Dorotea, en toda mi vida; y assi va mal despachado este deudo mio, que ahora habló conmigo en un casamiento, que me ha propuesto de calidad y hacienda, pero despedíle, y creo, que desto lleva algun desabrimiento: mas por pagarse con otra la relacion, que me has hecho, quiero darte cuenta de unos amores que tuve. Prestó la atencion Doña Emerenciana, y prosiguió assi:

A unas fiestas, que se hicieron en Jaca por la entrada del Obispo, que hoy gobierna aque-

lla

lla Iglesia, vineron a ellas algunos caballeros forasteros, entre los quales uno de la ciudad de Teruel, que tenia deudos allí. Este me vió la primera vez en una ventana de la plaza, viendo unos toros, que se corrian, estando él en otra cerca della. Poco gustó del regozijo, porque el tiempo que duró, casi todo le empleó en mirarme con demasiada atencion: cosa, que vine a reparar en ella con cuidado. Tenia buena persona, talle y edad, pues no passaba de veinte y dos años. Puse los ojos atentamente en él, y con los suyos me dió a entender ser yo la mayor fiesta, que al presente tenia. Esto casi pude conjeturar por algunas significativas señas; y aunque reparé bien en ellas, y conocí su pensamiento, no me quise dar por entendida. Passó la fiesta, y quedóse por algunos dias en Jaca, en los quales tuvo modo para hallarse en la Iglesia de un Monasterio vecino de mi casa. Al mismo tiempo que yo estaba en ella oyendo missa, pusose junto a mí, y dióme a entender su amor con los mayores encarecimientos, que supo, que no fueron pocos. Yo, que no sabia qué cosa era amor, aficionada a su buen talle y persona creí quanto me dixo, e hice estimacion de su voluntad, preguntandole, quánto havia de estar en Jaca. Respondióme, que los dias que yo gustasse assistiria allí sirviendome, y donde possaba, que era en casa de una prima suya, le tenia con mucho gusto en ella; y assi no pensaba ausentarse, antes te-

ner

n[illegible] modo como venirse a vivir a Jaca de assiento, pues el cielo le havia hecho tan venturoso, que me huviesse conocido. De nuevo le dí gracias por esto, y prometí, que si correspondian las obras con las promessas, que allí le oía, hallaria en mis favores, con el licito intento de ser para el casto hymeneo. Allí me asseguró, que el mayor deseo, que havia tenido, era en orden a esse fin, y que el cielo le faltasse, sino era verdad lo que me decia. Con esto nos dividimos, aunque no las voluntades, pues correspondiendonos, por ir abreviando el discurso, vino a tener entrada en mi casa algunas noches, no excediendo de mi voluntad jamás: tan obediente le tenia. En este tiempo vino un cavallero a Jaca, natural de aquella ciudad, que havia sido Capitan en Flandes, mereciendo haver llegado a este lugar por sus buenos servicios y partes. Este era hermano de una grande amiga mia, que siempre estaba en mi casa: por orden de su hermana me vino a visitar, y de mi vista quedó grandemente enamorado de suerte, que desde aquel dia todo fue passado inquietamente, y sin sossiego alguno. Manifestavalo esto con no salir en todo el dia de mi calle: esto sintió mucho Don Luis, que assi se llamaba mi galan, teniendo no pocos zelos del Capitan, no pudiendo sufrir, que algunas veces, con achaque de acompañar a su hermana, que me venia a ver, me visitasse. Esto me dió a entender Don Luis: yo le aseguré, que él era so-

solo a quien amaba, el dueño de mi alma, por quien se gobernaba mi libre alvedrio, que assi estuviesse cierto, que no se me da nada por nadie, que la cortesia no la podia perder, escusandome; que assi perdiesse el recelo que deste tenia, pues él havia de ser mi esposo. Con esto se asseguró Don Luis, procurando yo todo lo possible escusar el ver al Capitan, y el ir a casa de su hermana a visitarla, por no hallarle alli. Declaróse el Capitan con ella, rogandola, que le fuesse tercera para conmigo, y apretandola en esto: mas como ella era verdadera amiga mia, y supiesse antes de la venida de su hermano mi empleo en Don Luis, huvo de decirle quan adelante estaba en mi voluntad. Pesóle sumamente al Capitan el oír esto, y no obstante que tuvo este desengaño, que le pudiera enfriar en su amor, antes se le esforzó de suerte, que de alli adelante dió en oponerse él a Don Luis, procurando en todos los lugares publicos ponerseme a la vista a pesar suyo. En esta sazon murió mi padre, y en aquel tiempo tuvo poco lugar de verme el Capitan, si bien Don Luis no dejaba de entrar en mi casa con grande recato siempre, no recibiendo mas, que los honestos favores, que he dicho. Siguióle los passos una noche el Capitan, y vióle entrar en mi casa: cosa que sintió en extremo, segun me dixo su hermana despues, porque luego fue a decirle lo que havia visto. Ella le persuadió,

que

que dejasse aquella necia tema, puesto que D. Luis era el favorecido, como havia visto. Mas el Capitan, que tenia limitado entendimiento, con la aversion, que tenia a Don Luis, porfió en que se le havia de oponer, y estorvar su galanteo, hasta hacerle ir de la ciudad, si pudiesse. Desto me dió aviso mi amiga y su hermana: y yo por obviar estos inconvenientes, dixe a Don Luis, que me viniesse a ver menos veces, que se murmuraba en la ciudad, que me via de noche; pero que las que viniesse, fuesse en habito diferente del que trahia, porque nadie le pudiesse conocer. Ofrecióse a hacerlo assi, viniendo algunas noches en traje de segador con calzones de lienzo y aquellas antiparas, que los que tratan deste ministerio, usan. Aun con este habito no cessó de perseguirle el Capitan de suerte, que una noche le aguardó hasta verle salir de mi casa, y queriendo reconocerle, enfadado D. Luis de verle hecho siempre atalaya de aquella calle, llegando a estar la colera en su punto, sacó una pistola, que trahia cebada, y disparandola, le metió dos balas en el cuerpo, cayendo el Capitan muerto a sus pies. Haviendo hecho esto, volvió a mi ventana, y llamando a ella, salí alborotada con la novedad, y me dixo: Hermosa Dorotea, yo he resistido a este necio Capitan quanto ha sido possible, por lo que tocaba a tu reputacion: ahora ha querido reconocerme con desprecio mio, hame estado mal el passar por ello: do-

jole muerto en essa calle: siempre seré tuyo, donde quiera que estuviere: a Barcelona me voy, hasta que el tiempo mejore estas cosas: lo que te suplico es, que te acuerdes de mi, avisandome de tu salud; y ten por cierto, que a pesar de todos los que me lo contradixeren, has de ser mi esposa: por ahora quiero dexar sossegar estas cosas, poniendome en salvo. No pudo decir mas, por sentir rumor en la calle, y fuése. A la mañana se halló allí el cuerpo del Capitan: hizo la justicia averiguacion de su muerte, y viendo faltar a este tiempo Don Luis de la ciudad, le dieron por culpado en ella, no me eximiendo de las lenguas del vulgo, pues publicaron, que por orden mia havia sido muerto, con que bastó para tenerme presa en mi casa por algunos meses, hasta que la hermana del difunto me disculpó con declarar la tema, que su hermano tenia contra mi amante.

Don Luis se fue a Barcelona, de donde nos correspondiamos amorosamente: dixome, que queria passar a Napoles con el Virrey, que iba a gobernar aquel Reyno, por dar lugar a que de su madre del difunto alcanzassen el perdon sus deudos. Enviéle un Agnus con algunas reliquias, y en una de sus cubiertas un retrato mio. Con esto fueron algunos regalos y curiosa ropa blanca, con que se embarcó. Bien habrá dos años que está en aquel Reyno, y en todo este tiempo no he tenido carta suya, des-

desde que llegó: no sé si es muerto, o me ha olvidado: de lo postrero dudo, segun fue amante, y assi me conformo con que la muerte debe de haver dado fin a sus dias. Con la tristeza de verme ausente de mi dueño, me retiro aqui lo mas del año con mis pastores, sin hacerme ir a la ciudad. Ahora me proponia este deudo un casamiento, que me estuviera bien, pero tengo tan en la memoria a Don Luis, que hasta tener certeza de que es muerto, no he de tomar estado, y entonces creo será el de Religiosa, pues no cumplo con menos el grande amor, que le tengo. Esta es la causa, que vivo aqui retirada, con que te he dado cuenta de mis amores. En mucho estimó Doña Emerenciana, que estuviesse tan valida con su huespeda, que le hiciesse esta relacion; y assi aprobó el intento, que tenia en no casarse. Llegó el tiempo de estar la convaleciente con enteras fuerzas para poder caminar, y previniendo un coche, rogó Doña Dorotea a aquel deudo suyo las acompañasse él, con dos criadas y dos criados con dos mulas. Partieron de la granja camino de Barcelona, para ir desde aquella ciudad a Monserrate. No les sucedió nada en el camino, que les embarazasse el proseguirle, con que llegaron a aquella antigua y noble ciudad, corte de Cataluña, y cabeza de su Principado. Solo un dia estuvieron en ella, donde Doña Emerenciana hizo diligencias por saber de Don Gaston, pero no se halló nueva alguna. Prosiguieron con

esto su camino, yendo la dama no poco pena-
da, y llegaron a aquel insigne y frecuentado
Santuario, donde visitando a la Emperatriz
los cielos, le encomendó cada una de aquellas
damas el buen sucesso de su empleo con el ho-
nesto fin del matrimonio. Vieron lo mas notable,
que hay alli que ver, y al cabo de tres dias
partieron de aquel sitio, viniendo a hacer noche
a un lugar pequeño, que está al pie de la mon-
taña, donde haviendose recogido las damas en
la possada, el deudo de Doña Dorotea, que
tenia aposento cerca dellas, oyó, que en otro
junto al suyo contendian dos hombres en una
porfia, diciendo el uno al otro: Señor caballe-
ro, que no sé vuestro nombre, ya os he dicho,
que esse mozo ausentandose de mi servicio
lleva algunas joyas, y entre ellas essa, que ha
venido a vuestro poder, como él mismo dirá:
si se las haveis ganado al juego, bien sabeis,
que pareciendo el dueño las ha de cobrar, pues
él no pudo disponer de lo ageno. Todas las
diera por bien ganadas, salvo una, que tiene
un retrato de una dama, a quien estimo cómo
a mi alma, pues es el dueño della: por corte-
sia os suplico, que se me vuelva ésta, porque
no querria llegar a disgusto con vos. A esto le
respondió el otro: Señor mio, esse mancebo ha
jugado como veis, estas cosas, y antes que
vinieran a mi poder, me tuvo ganado mi dine-
ro y las mias; como él se pudo levantar con
ellas despues de ganadas, yo lo he hecho yo
ven-

haciéndole en dicha: aqui no hay mas certeza que son vuestras, que decirlo vos; y confessarlo él; assi lo creyera, si su facil confession no me diera sospecha, que lo hace por rescatarlas; perdonadme, que no estoy de parecer de volveroslas, ahora tengais disgusto, o le dexeis de tener. Yo entendí, dixo el dueño de las joyas, que mi cortesia os obligára a tenerla, y tenia intento, que no perdierades el dinero, que valian las joyas; pero pues lo llevais como os parece, aqui fuera os daré a entender cómo se ha de hablar con hombres como yo. Salióse con esto del aposento y de la posada, y el otro hizo lo mismo. El mesonero, que oyó todo esto, llamó a sus huespedes, y todos salieron a ponerlos en paz, que havian sacado las espadas; y el dueño de Doña Dorotea salió a lo mismo. La luna hacia muy clara, y el ruido era tan grande, que obligó a las dos damas a ponerse en la ventana de su aposento á ver en qué paraba la pendencia, que era enfrente dél en la calle. En ella vieron cada una a su amante, que el uno contra el otro se acuchillaban: al lado de Don Luis se puso un caballero para ayudarle; pero como Don Gaston le conociesse, dixo en alta voz: ¿Es possible, señor Don Fernando, que contra vuestra sangre os opongais? no debeis de conocer a D. Gaston. Reconoció D. Fernando a su hermano, y vuelto a Don Luis, le dixo: Suplicoos, señor amigo, que os reporteis, que teneis la pesadumbre con un hermano mio,

mio, que es Don Gaston, de quien os he hecho aquella relacion en el empleo de sus amores. Bajó la espada Don Luis, diciendo: No permita el cielo, que yo ofenda a hermano de quien tanto debo: y con esto llegó a abrazar a Don Gaston, ofreciendose por amigo suyo: él hizo lo mismo, y los hermanos le abrazaron con mucho gusto. No le tenian menos las damas, a quien tanto les tocaba en este conocimiento; y assi salieron a la calle, donde fueron conocidas de sus amantes, y Doña Emerenciana de Don Fernando. El gusto, que tuvieron con su vista, puede considerar quien huviera amado de veras: unos a otros se contaron el sucesso de haver venido allí. Don Fernando dixo, que se volvia de Napoles con muchos ducados en compañia de Don Luis, que havia deseado ver aquel devoto Santuario de Monserrate. Don Luis se disculpó con su dama de no la haver escrito, por haver estado casi un año enfermo, muy al cabo de su vida. Don Gaston havia estado aguardando a su dama en Barcelona, y quiso ir en romeria a Monserrate. Dieronse unos y otros por satisfechos de las disculpas, con que se fueron a cenar todos juntos con mucho gusto. Essotro dia tomando el camino de Barcelona, llegaron a aquella ciudad, donde aguardaron a que por fuertes medios se compusiesse la muerte del Capitan, costando algunos dineros. Supose allí, que el padre de Doña Emerenciana era muerto, y su tio

el

el Religioso administraba la hacienda de su mayorazgo en el intermedio, que parecia su so[illegible]a. Con esto se desposaron en Barcelona D. L[illegible] y Don Gaston con Doña Dorotea y Doña Emerenciana, y se volvieron a sus patrias con mucho gusto, viviendo alegres con sus amadas esposas.

Mucho gusto dió a todos los oyentes la apacible Novela de la graciosa Doña Laura, sucedióla Don Felix, un caballero muy entendido, y comenzó la suya dandole atencion.

EL PRONOSTICO CUMPLIDO.

NOVELA VI.

EN la insigne y antigua ciudad de Venecia, nobilissima Republica de la Europa, havia un magnifico ciudadano, cuyo nombre era Fabricio, de quien aquel prudente Senado hacia siempre mucha estimacion por su prudencia y virtud, tanto que en todas las ocasiones de mas importancia, que a la Republica se le ofrecian para sus embajadas, era la persona de quien siempre hacia eleccion, sabiendo quan buena cuenta daba de todo. Estaba casado Fabricio con una señora de lo principal de Venecia, llamada Camila, a quien amaba estrañamente, y no tenia en seis años, que era casado con ella, hijos, que le heredassen muchos bienes de fortuna, de que estaban prosperos. Sucedió encargarle el Senado a Fabricio una embajada al Emperador de Alemaña, en la qual se detuvo por tiempo de medio año, muy contra su voluntad, porque en este tiempo le havia avisado su esposa, como estaba preñada. Concluyó con su embajada, y volvió a su patria, donde fue alegremente recibido de Camila, holgandose sumamente de verla tan en dias de parir, el qual

par-

parto fue mas presto, que se pensó, porque de alli a quince dias, que Fabricio llegó a Venecia, parió un niño, que las comadres dixeron ser de siete meses. No se puede encarecer el contento que Fabricio recibió con el nuevo heredero, que le havia nacido. Pusieronle por nombre Silvio, y huvo grande fiesta el dia de su bautismo entre sus parientes y amigos. Fue creciendo el muchacho hasta la edad de diez y ocho años, saliendo consumado en las gracias, assi adquiridas, como naturales, con lo qual era bien querido de todos.

Sucedió pues, que a la Republica se le ofreció tener un negocio de consideracion en la Isla de Chipre, para el qual se valieron, como otras veces, de la persona de Fabricio, y se le encargaron. Partió luego a servir al Senado, y quiso en esta jornada, que Silvio su hijo le acompañasse, y aunque le supo mal a su madre, huvo de llevarsele consigo. Llegaron a desembarcar a Chipre con buen tiempo, donde Fabricio comenzó a tratar del negocio, a que iba, con toda diligencia, por darle presto fin: pero no fue como se pensó, porque tenia algunas dificultades en él que allanar, y assi le hizo detener alli algun tiempo. Aguardabase para su ultimo despacho, que viniesse un personaje, que estaba ausente, y esperabale dentro de diez dias. En este tiempo, que havia de estar ocioso Fabricio, oyendo la fama de un grande Astrologo y musico, que habitaba quatro mi-

llas de la ciudad de Nicocia, donde esta quiso verse con él, para que hiciesse juycio sobre el nacimiento de Silvio su hijo, por saber qué havia de ser, si havia de tener feliz suerte en casarse, o qué fin le pronosticaba su hado: cosa, que dicen, que por ciencia se sabe aunque yo no hallo certidumbre desto. Partieronse padre y hijo a verse con el Magico Navateo, que este era su nombre, el qual tenia su morada al pie de un alto monte: entrabase a ella por la boca de una estrecha cueva, donde los dos se apearon. Entrando dentro, a cosa de treinta passos, que huvieron andado, hallaronse junto a una puerta, la qual estaba cerrada: esto pudieron ver con la poca luz, que les comunicaba la entrada de la gruta. Buscaron aldaba, con que llamar, y al tiempo que con ella iban a batir en la puerta, el mismo movimiento della ocasionó el tocarse dentro una campana, que les admiró, conociendo, que aquella era señal para dar a entender, que estaban alli. Un rato se estuvieron aguardando y al cabo dél fue abierta la puerta. Entraron los dos en un patio quadrado, adornado de hermosos marmoles, y enlosado de losas de variado jaspe. Lo que mas les admiró fue, que al punto que entraron alli y se cerró la puerta, se hallaron con luz en cielo abierto, sin saber por donde pudiessen haver salido a tal claridad. Estando pues en esta suspension, de una puerta que estaba enfrente, por donde havian entrado

vie-

vieron salir un hombre de anciana edad y venerable presencia, vestido de una ropa, que llegaba hasta el suelo, arrimado el cansado cuerpo a un baculo. Salió con tardos passos a recibir a padre y a hijo, y mostrandoles afable rostro, les dixo: Sean bien venidos los señores Fabricio y Silvio a esta solitaria morada mia. Los dos señores le saludaron cortesmente, y entrandolos en una espaciosa quadra, estudio del docto Magico, tomaron en ella assientos, admirados padre y hijo de ver la cantidad de libros, que en ella tenia, con tan curiosa orden puestos. Despues de haver Fabricio preguntadole por su salud al Magico, le dixo estas razones: La gran fama, o doctissimo Navateo, que de tu gran saber hay, no solo en esta tierra, mas en todo el orbe, me trahe a tu presencia venerable, con quien me he alegrado tanto, que no te lo puedo encarecer con razones: la causa porque he venido aqui, aunque es escusado el darte cuenta della, pues por tu ciencia no la ignoras, te quiero decir; quan proprio sea de los padres desear el aumento de sus hijos, y el acertar sus empleos, no se te hará estraño. Yo deseo el de Silvio con tanto afecto, que me ha obligado a venir a consultarlo contigo; y assi te suplico, te sirvas de mirar con cuidado qué empleo tendrá este joven, y si le pronostica su estrella feliz dicha en su vida. Acabó en esto su platica Fabricio, y a ella le respondió el Magico: Prudente Fabricio, desde que de la ciudad salistes

a verme por mi ciencia, supe el cuidado que os trahia a esta soledad: conozco, que es propio de los padres inquirir por el nacimiento a los hijos, qué sucesso les espera, qué empleo los aguarda, y qué felicidad o suerte han de tener. Poco estudio me ha de costar ahora lo que en otra ocasion tengo visto, pero con todo te ruego, que en esse jardin te entretengas un rato con tu hijo, en tanto que acabo de ver un libro sobre lo que me pides. Salieron Fabricio y Silvio a un ameno jardin, en quien vieron tanta cantidad de flores, y tanta variedad de aves, que les suspendió la hermosura de las unas, y y la suave harmonía de las otras. Sin esto havia artificiosas fuentes, que hacian mas amena aquella apacible estancia. Despues que por ella se huvieron recreado un rato, fueron llamados de Navateo. Entraron donde estaba, y volviendo a ocupar sus assientos, el anciano Magico les habló desta suerte: Haviendo visto con cuidado el nacimiento deste joven, aun antes de ahora hallo por mi ciencia, que los astros le pronostican tan feliz dicha, que puesto en una alta dignidad, que no me es permitido decir, os vereis humillado a sus pies, respetandole, y aun casi dandole un genero de adoracion, y él passará por ello, por respeto del estado, en que se ha de ver. Esto es lo que os puedo assegurar, segun hallo por mi ciencia, que passará assi. Con esto dejaron la presencia del anciano Navateo, yendo Fabricio muy poco gustoso con

el

el vaticinio del Magico, por parecerle, que Silvio se havia de dejar hacer sumissiones de su padre. Subieron a caballo, volviendose a la ciudad, y en todo el camino no habló Fabricio palabra alguna a su hijo, tan metido iba en sus pensamientos, cosa que admiró estrañamente a Silvio, considerando quan diferente efecto havia causado en el semblante de su padre la pronosticada dicha por el Magico: cosa que antes le havia de dar suma alegria y contento de sus aumentos. Llegaron a la ciudad, donde con brevedad concluyó Fabricio el negocio, que se le havia encomendado, y embarcandose para Venecia, nunca Fabricio mostró el rostro alegre a su hijo, desde que consultó al Magico: tanta pena le dió su pronostico, que cada dia se le despedazaba el corazon de envidia de ver, que su hijo havia de llegar a mandarle a él, con lo qual, apretado desta imaginacion, se determinó a una de las mayores crueldades, que en historia alguna se ha visto escrita, y fue quitar la vida a su hijo, arrojandole en el mar. Halló oportuna ocasion a su deseo, y fue, que haviendose levantado tormenta, de suerte que ya a los marineros les ponia en cuidado, Fabricio por perder el suyo, entre él y un criado, sabidor de su cruel intento, en medio de la confusion de la tormenta se abrazaron con el inocente Silvio, y dieron con él en el mar, diciendo a los de la nave haver él por desgracia caído, dissimulando la traycion el cruel Fabri-

cio

cio con el fingido llanto, que hacia por Silvio. Era el joven animoso, y sobre todo gran nadador: vió la muerte cercana, y mostrando esfuerzo, comenzó a luchar con la fortaleza de las olas por espacio de una hora larga. En este tiempo, de haver aligerado alguna nave, que padecia riesgo, venian unas cajas por el mar, lo qual visto por el naufragante Silvio, procuró asirse a una, sobre la qual con mas alivio pudo resistir el impetu de las olas algun tiempo, hasta que apiadado el cielo, que a nadie desampara, calmaron los encontrados vientos y sossegaron las aguas. Passaba en este tiempo un navio, que caminaba a Sicilia con gente de aquel Reyno, y viendo el pobre Silvio abrazado con su caja, arrojaron el esquife, en que le salvaron, metiendo en él la caja, en que se havia sustentado: de las hastas del esquife le passaron a la nave, donde los compadecidos navegantes le recibieron lastimados de sus trabajo. Desnudaronle los vestidos, que trahia, y acomodandole en una cama, pudo en ella repararse en dos dias del daño recibido; pero no despedir de sí la tristeza de acordarse de la gran crueldad, que su padre havia usado con él, sin penetrar el fundamento que huviesse tenido. Fuéle preguntado a Silvio por el Capitan de la nave, de qué pais era; y él le dixo ser un mercader Aleman, que viniendo de la Isla de Candia se le havia ido a pique una nave, en que venia, y que él solo se havia salvado de

to-

todos los que le acompañaban en aquella caja de mercadurias suyas, haviendo perdido en la mar grande cantidad de hacienda. Consolóle el Capitan, ofreciendosele en lo que tuviesse necessidad, lo qual le agradeció Silvio mucho. Alli le dixo, como aquella nave iba la vuelta de Sicilia, de donde eran naturales. Mucho se consoló Silvio, de que al cabo de sus naufragios huviesse dado en manos de gente de su ley, y no en las de cosarios Turcos, enemigos della.

Con el prospero tiempo, que les hizo, llegó la nave al puerto de Mecina, donde desembarcó toda la gente della alegre de haver salido de los peligros del mar. Supieron luego, como el Rey de Sicilia Rugero, que assi era su nombre, tenia guerra con el Rey Carlos de Napoles, el qual havia con gente venido a Sicilia, con animo de conquistar para sí aquel Reyno, diciendo pertenecerle a él. Estaban pues los dos exercitos cerca de la ciudad de Palermo, Metropoli de aquel Reyno, casi a la vista uno de otro, esperando cada dia darse campal batalla, assistiendo alli sus dos Reyes con toda la nobleza de los dos Reynos. Quando las cosas de Sicilia estaban en este estado, llegó a tomar tierra la nave, en que el naufragante Silvio venia, el qual tomó amistad con el piloto della, que era casado en Mecina. Este le llevó por huesped a su casa, a donde fue muy agasajado de su muger y dos hijas, que tenia, a quien contó el peligroso trance, en que le havian hallado, cu-

cuya relacion enterneció no poco los pechos de las piadosas mugeres, porque Silvio era de hermoso rostro y de gentil disposicion, tanto, que se llevaba las voluntades de todos quantos le trataban, y consideraban, que esta juventud se malográra en el hondo abismo del mar, a no haver llegado a tan buen tiempo el socorro: Llevó Silvio la caja, que le havia sido de alivio en el mar, a casa del piloto, sin haver tenido lugar hasta entonces de haverla abierto, para saber lo que en ella trahia; y un dia, que se halló solo en casa, tomando un martillo rompió la cerradura della abriendola. Assi como quitó la cubierta de encima, y luego unos paños, que havia, le dejó atonito y espantado lo que en ella vió, porque todo quanto encerrado en ella estaba, era suma cantidad de finissimas piedras preciosas y de Orientales perlas, de suerte que valia una grandissima cantidad de dinero todo. De grande consuelo le fue esta impensada ventura a Silvio, viendo, que con ella podia pasarlo bien en agena tierra, ya que el rigor de su padre le desterraba de su patria, al qual es justo que volvamos, que llegó a Venecia con mas buen temporal, que merecia. Fue recibido de su esposa alegremente; mas como no le viesse venir con su hijo, le preguntó muy asustada por él. El cauto y dissimulado Fabricio con fingido llanto la hizo una falsa relacion de su muerte, diciendola haver caído en el mar en medio de lo mas furioso de la tormenta. Lo

que

que la pobre madre sintió, no se puede exagerar con razones, solo diré, que en muchos dias no se enjugaron sus ojos, llorando la pérdida de su querido Silvio, el qual con el impensado thesoro de su caja vivia consolado. En primero lugar quiso agradecer a su huesped el buen acogimiento, que le havia hecho; y assi le dió de aquellas perlas y piedras lo bastante, para que con su valor dejasse el peligroso oficio de piloto, teniendo caudal para tratar en mercancia a pie quedo, sin volver mas al peligro del mar. Era pues tan inteligente Marcelo, que assi se llamaba, que en pocos dias hizo despachar a Silvio su huesped aquella cantidad de piedras y perlas, de que hizo mucho dinero, con el qual tomó casa en Mecina, y recibió criados, portandose en la ciudad autorizadamente, con que en breve tuvo muchos caballeros por amigos, siempre diciendo ser un caballero Aleman, y negando su patria. Esto lo pudo muy bien fingir, porque entre las gracias, que tenia, era una ser muy diestro en hablar seis lenguas, y entre ellas la Alemana.

El sucesso de la guerra corria mal por parte del Siciliano Rey, haviendo en una escaramuza perdido mucha gente, y hallabase falto della y de dineros, obligandole esto a pedir cierto tributo por sus ciudades, y assi mismo a mandar, que se hiciesse gente. Llegóse con este mandamiento a Mecina, ofreciendo los particulares de sus haciendas lo que podian. Vino

esto en ocasion, que en ella quiso Silvio mostrar su generoso animo; y assi entre las ofertas, que al Rey le hicieron, fue la suya de cincuenta mil escudos: cosa que admiró a los Sicilianos mucho, juzgando, que quien esta cantidad daba, seria riquissimo hombre. Bien serian doscientos mil escudos los que havria hecho Silvio de la caja hallada en el mar, y assi con los que le quedaban quiso hacer otro nuevo servicio al Rey, y fue, que tomando por su cuenta el levantar gente con el mucho dinero, que gastaba, pudo en breve de Mecina y de los pueblos convecinos hacer una compañia de quinientos hombres, de los quales, lucidamente vestidos a su costa, y mejor pagados, se hizo Capitan, y con ellos partió donde estaba el Rey con su exercito. Ya le havian escrito el servicio, que Silvio le havia hecho, corriendo la fama del *rico Aleman*, que assi se llamaba por todo el exercito, pues con su dadiva fue casi todo socorrido en la necessidad, en que estaba: con lo qual, y saber el Rey la gente que llevaba, estaba deseosissimo de conocer tal hombre. Llegó pues con su lucida compañia al exercito, y haviendo dado muestra de sus lucidos soldados, fue a besar la mano al Rey, que le recibió con mucho gusto, haciendole muchos favores y honras. Alojóse aquella gente, y a Silvio le mandó el Rey dar muy buen alojamiento. Dentro de dos dias entre los dos campos se movió una escaramuza, y fuése encendiendo de

suer-

suerte, que casi llegaron a rompimiento. Acudieron los dos Reyes a esforzar sus soldados, y el Siciliano metióse mas de lo que debiera en lo peligroso de la batalla, de suerte que le mataron el caballo, y se halló a pie, cercado de sus enemigos, y con mucho riesgo de la vida. Este dia, que era el primero, en que Silvio usaba las armas, quiso dar muestras de su valor, y en un poderoso y ligero caballo discurrió por lo mas peligroso de la batalla, dando la muerte a muchos enemigos. Sucedió llegar en la ocasion, que vió al Rey en el peligro referido, y haciendo lugar, a fuerza de sus golpes pudo llegar a tiempo, que apeandose de su caballo, puso al Rey en él, diciendole: Vuestra Majestad se procure salvar, que es lo que a todos nos importa. Reconoció el Rey quien le hacia tan gran servicio, y dando de las espuelas al caballo, llegó donde su gente estaba, a quien dió cuenta del peligro, en que a Silvio havia dejado. Acudieron allá tres compañias de caballos: mas quando llegaron, ya el esforzado joven havia quitado a cuchilladas a un Principe Napolitano su caballo, y en él venia haciendo ancha calle por donde passaba. Esto era a tiempo, que el sol dejaba el hemispherio, con que los dos campos se retiraron a sus quarteles.

No havia querido el Rey desarmarse hasta saber nuevas de Silvio: cosa, que dió no poca envidia a muchos caballeros, que eran sus validos. Llegó en esto Silvio acompañado de mu-

cha gente, con quien el Rey se alegró mucho, echandole los brazos al cuello, y diciendole: Bien sea venido el restaurador de mi vida, pues por su esfuerzo tiene hoy Sicilia vivo su Rey. Besóle la mano Silvio, y el Rey le preguntó si venia herido: él le dixo, que sí, pero que con el gusto de haverle servido, no sentia las heridas. Mandó el Rey, que luego se fuesse a desarmar, y que acudiessen a verle sus Physicos y Cirujanos, y le curassen con mucho cuidado, como si fuera su misma persona. Uno de los mayores aficionados, que tenia el valiente Silvio, era el Duque de Calabria, hermano del Rey, que era su Capitan general en sus exercitos. Este acudió a verle luego, y assistió a su cura hasta que le dejó sossegado. En aquella escaramuza murió mucha gente de la Napolitana, con que se determinó la de Sicilia, alentada de la victoria, a darles de alli a dos dias otro rebato. Supo esto Silvio, y por ser las heridas, que tenia, de poca consideracion, no quiso dejar de hallarse en la batalla. Llegóse el tiempo della, y haviendo rompido los dos exercitos, como los Napolitanos estaban amedrentados del dia passado, presto fueron desbaratados de los contrarios, haciendoles volver las espaldas. Este dia se señaló mucho mas Silvio, pues hallandose en ocasion de llegar junto al Rey de Napoles, le pudo prender por su persona a costa de algunas heridas, que en el trance recibió, mas al fin él fue poderoso a llevar-
le

le a la tienda del Rey de Sicilia a pesar de sus soldados, donde le tuvo hasta que el Rey llegó. Sabiendo ya el buen sucesso de la guerra con la prision de su contrario, apeóse el Rey, y halló al de Napoles sentado en una silla, y cerca dél al valiente Silvio con otros caballeros. Levantóse a recibir al Siciliano, el qual le abrazó con rostro afable, diciendole: Vuestra Alteza lleve este golpe de fortuna con el valor y prudencia, de que es dotado, y esté cierto, que su arrogancia le ha puesto en este estado, pues estando yo quieto en mi Reyno, quiso venir con demasiada ambicion a tyranizarmele, y hale salido muy al revés su intento. Mas porque a los afligidos no se les debe dar mayor afliccion de la que tienen, lo que le suplico es, que descanse y se sossiegue, y crea, que no está como prisionero en mi poder, sino como dueño y señor de todos. Agradeció el Napolitano con corteses razones las que oía al de Sicilia; y porque Silvio no quedasse sin el premio debido de su hazaña, le abrazó el Rey muchas veces, levantandole de sus pies con un titulo, que le dió de Marqués en su Reyno: cosa, que a todos les pareció bien, y al mismo Rey de Napoles, que alabó el esfuerzo y resolucion que tuvo Silvio en prenderle. En esto le envió a que se curasse, y siendo hora de cenar, les dieron a los dos Reyes la cena en aquella tienda, teniendo en la mesa el de Napoles el mejor lugar. Acabada la cena, el de Sicilia dejó alli su

pri-

prisionero alojado con sus caballeros de la camara, que se buscaron para que le sirviessen, y con buena guarda afuera, y él se fué a la tienda de su hermano el Duque de Calabria, donde posó aquella noche. Con la prision del Rey de Napoles se acabó la guerra, y él fue llevado a la corte, que estaba en la ciudad de Palermo; mandando a su exercito, que diesse la vuelta a Napoles. Tenia el Rey de Sicilia una hija, y porque las paces se efectuassen entre los dos Reyes, la pidió por muger el de Napoles. Efectuaronse las bodas: hicieronse grandes fiestas de justas, torneos y mascaras, en las quales siempre Silvio aventajó a todos con mucha gala, siendo esto causa de ser muy bien recibido en la corte de todos; en particular era grande la privanza que tenia con el Rey, y haviendole hecho gentil-hombre de su camara, y dado muchas ayudas de costa: cosa, que él no havia mucho menester, por estar muy rico del maritimo thesoro de la caja. Como el Marqués Silvio continuasse mucho en la casa del Duque de Calabria, la hermosa Diana unica hija suya, puso los ojos en él de suerte, que el niño amor la aprisionó con fuertes vinculos de voluntad, que de alli adelante mostró tener a Silvio: esto procuró darselo a entender. Un dia, que viniendo a visitar al Duque su padre, no le halló en casa, y la dama recibió por él la visita, alli en las demonstraciones conoció Silvio ser amado de ella, y aunque su grande hermosura le

com-

combidaba a tener amor, el conocerse tan inferior a hija de tan gran señor le daba encogimiento para no darse por entendido: cosa, que Diana en varias ocasiones, que se vió con él, lo sintió mucho. Dispusose la partida del Rey de Napoles a su Reyno, llevandose su esposa; pero fue tan desgraciada, que antes de llegar a Napoles enfermó de una peligrosa enfermedad, que dió fin a su vida, siendoles assi a su esposo, como a su padre de gran desconsuelo esta partida, tanto que acabó en breve con los dias del anciano Rey. No tenia otro heredero sino a su hermano el Duque de Calabria, y assi luego que las exsequias fueron hechas, le juraron por Rey con mucho gusto de los Sicilianos, que era bien querido de todos. No por verse Diana Princesa de Sicilia y heredera de aquel estado, por no tener el Duque esperanzas de tener mas hijos, se le enfrió el amor, que al Marqués Silvio tenia, antes con mayores veras deseaba, que sin empacho la sirviesse: mas él conociendo la desigualdad de los dos, nunca se atrevió a esto, si bien la amaba tiernamente.

Tuvo el nuevo Rey en tiempo que era Duque, ciertos encuentros con el Marqués Arnesto, un señor rico, a quien trató mal de palabra, y él estuvo muchos dias ausente de Sicilia por esto, mas despues volvió a su estado, y retirado en él, siempre tuvo reciente este agravio, deseoso de vengarse: pero viendo ya Rey al que era Duque, le tenia temoroso para emprender su

ven-

venganza, hasta que otro Titulo deudo suyo, tambien quejoso del Rey, le alentó y dió animo para que dél se vengassen los dos. Carteandose con el Rey de Francia, y ofreciendole, que si eran dél honrados y preferidos a todos los caballeros de Sicilia, le darian este Reyno en las manos con muerte de sus Reyes y Principes, acceptó el Francés este ofrecimiento por lo bien que le estaba, y assi fueron disponiendose las cosas para el efecto. Lo que pretendian era hacer una mina, que viniesse a dar debajo del quarto del Rey, y volarle una noche con polvora; y assi en una parte de un muro, cimiento, que era de una torre de aquel suntuoso edificio, comenzaron a media noche su obra, prosiguiendola siempre a esta hora, hasta cerca de la mañana, valiendose los autores della de vasallos suyos, de quien fiaron el secreto de cosa de tanta importancia. Bien havria un mes, que la obra se havia comenzado, y estaba ya casi en el fin, que para de allí a quatro noches havia de surtir efecto su maquinada traycion. Sucedió pues, que como la Princesa Diana perseverasse en favorecer al Marqués Silvio, él huvo de admitir esta dicha, y no despreciarla, considerando, que con menos partes y servicios, que los suyos, otros se atrevieran a este empleo; y que pues la fortuna se le ofrecia, y el Magico de la Isla de Chipre le havia dicho, que havia de verse en alto estado, que sin duda por aquel camino se le disponia el cielo.

Con

Con esto comenzó a servir a Diana con muchas véras y no menor recato. Haviale la Princesa mandado una noche, a la mitad de su curso, acudir debajo de una galeria para hablar con él, y esto era hácia la parte donde se trabajaba en la mina. Llegó alli Silvio a deshora, despues de venir de hablar con Diana, y vió salir mucha gente por la boca de la mina: cosa que a aquella hora le puso en gran cuidado. Mezclóse entre la gente con disimulo, y oyó decir a uno dellos: Pareceme, que queda bien aquella municion en la forma que se ha puesto. Replicó otro: Bien está assi: mas presumo, que es poca, y que no haga el efecto, que se desea, que para volar una maquina tan grande, como la fábrica deste palacio, es necessario mas material: bien será decir esso al Marqués Arnesto mañana, para que él lo disponga de modo, que no le salga vana su intencion. Quede assi de acuerdo, dixo el segundo, pues hay un dia en medio, antes de llegar al señalado: mala noche le espera al pobre Rey. Esto pudo oír Silvio, de donde infirió, que el Marqués Arnesto, poco afecto al Rey, le maquinaba alguna traycion con alguna encubierta mina. Dejó ir la gente, y dissimuladamente se quedó solo encubierto de una esquina, hasta que los vió ir lejos de aquel puesto, con lo qual volvió Silvio a la parte donde havian salido, y pudo reconocer a la clara luz de la luna, que entonces salia, una boca de mina, que con unas piedras a su medida estaba

cubierta. Esto le bastó para confirmar su sospecha. Fuése a recoger a su possada, durmiendo muy poco aquella noche con el cuidado de ir a la mañana a dar cuenta al Rey de lo que havia visto. Salió la blanca Aurora, mas perezosa, que el gallardo Silvio quisiera, y haviendose vestido fue a palacio, pidiendo licencia al Rey para hablarle a solas, diósela, y viendose en su presencia, le hizo relacion de lo que la noche passada havia visto, tomando primero la palabra al Rey, de que no le havia de preguntar la causa de haverse hallado alli a aquella hora. Admirado quedó el Rey de lo que oía a Silvio, tanto que a no tener bastantes experiencias de su fiel trato y verdad, presumiera, que le engañaba: mas como essa noche con la evidencia, que ofrecia, se havia de desengañar, dióle credito. Aquel dia passó el Rey retirado con Silvio en grandes discursos sobre lo que se devia hacer. Volvamos al Marqués Arnesto, el qual como tenia dispuesta la execucion de su alevosia para la segunda noche, su complice y deudo suyo havia dado aviso al Francés, y assi estaba aguardando la ocasion con gente, esta tenia en galeras a la vista de Sicilia. Llegó la noche antes de la señalada, y en ella quiso el traydor Arnesto y sus conjurados ver la disposicion que havia en la oculta mina, y assi a la media noche acudió a ella, donde halló su gente disponiendo de mas municion, para tener mas cierto el efecto. No se descuidaba Silvio a

este tiempo, porque haviendo avisado al Capitan de la guardia, juntando sus soldados con la mayor quietud que pudo, llegó al puesto de la boca de la mina cercandola; y estando todos en quieto silencio, vieron salir al Marqués y su compañia de dejar en orden su polvora y barriles. Dejaronlos salir a todos por consejo de Silvio, y luego los acometieron los soldados de la guarda. Como se hallaron descuidados del daño, que les venia, turbaronse de modo, que fue facil prender sin derramamiento de sangre al Marqués y a los caballeros, que le acompañaban a la traycion. Fueron llevados a una torre, donde los cargaron de prisiones, dejandolos con guardas de vista: la demás gente, que trabajó, se puso en obscuros calabozos. Y esto hecho, fue Silvio a dar cuenta al Rey de todo, el qual se quedó suspenso, viendo quan notable traycion se le armaba, y quan cerca tenia su muerte, sino fuera por Silvio, a quien agradeció con muestras de grande amor el servicio, que le havia hecho. Junto con este agradecimiento le vino el premio, pues de alli adelante fue Silvio la segunda persona del Rey, y por cuya mano corrian las consultas y todos los negocios del Reyno.

Para mas justificacion de parte del Rey, en el cargo, que se le hacia al Marqués Arnesto y complices, quiso él mismo en persona bajar a ver la mina, en la qual reconoció toda la municion de la polvora y barriles, que tenia para

volar el Real palacio, siendoles a muchas personas manifiesto; sobre lo qual con este indicio tan claro, se dieron tormento a los que trabajaban en la obra, los quales confessaron de plano haver acudido a ella por mandado del Marqués, y pagandoles su trabajo; y assi mismo declararon para el fin que havian oído que se hacia, que era para volar el Real palacio la siguiente noche, y dar muerte al Rey y a la Princesa. Con esta confession salió la sentencia contra el Marqués, que fue mandarle cortar la cabeza como a traydor, y assi mismo a sus complices. Esto se executó de alli a quatro dias en la plaza de la ciudad de Palermo, quedando los estados del Marqués y haciendas de los demás confiscadas para la Real Corona: todo lo qual fue dado a Silvio con titulo de Grande del Reyno, con que quedó poderosissimo Principe, y la primera persona de Sicilia. Algunos deudos del Marqués quisieron hacer conjuracion contra el Rey; mas él, que tuvo aviso desto, presto fue al remedio con la buena diligencia de Silvio, prendiendo a los sospechosos en diversas fortalezas del Reyno. Con esto se asseguró deste peligro, por donde se hizo temido el Rey, y respetado de sus vasallos. Passaban adelante los amores de la Princesa y de Silvio con mucho secreto, quando el cielo determinó dar fin a los dias del Rey con una grave enfermedad, que le vino, con la qual viendose en el ultimo termino de su vida, llamó a su hija, y dixole es-

estas razones: Amada y querida Diana; el cielo dispone, que yo rinda el feudo, que los mortales con esta vida, que a todos les es prestada: bien quisiera, que esta fatal vida se dilatára un año siquiera, para que en él te diera esposo a tú gusto y como mereces; mas pues mi fin se apresura, he considerado, temiendome de alguna novedad en el Reyno con la muerte del traydor Marqués Arnesto, que assi para tu empleo, como para defensa desta tierra, ningun esposo puedo al presente darte de mas valor y partes, que al Marqués Silvio, pues en él concurren todas las que un perfecto Principe puede tener. Bien conozco, que en sangre no te iguala, pero no es el hombre primero, que por su valor se ha hecho Monarca en el mundo, que las historias vemos llenas de exemplos, en que muestran haver subido humildes hombres con el valor de las armas y virtud de sus costumbres a tales dignidades. Yo espero de Silvio, que reconocido del bien, que le viene con este empleo, sabrá siempre respetarte y dar la debida estimacion, que a quien eres, se debe. Aguardó el Rey la respuesta de su hija, la qual fue breve y compendiosa, pues no dixo mas, de que ella estuvo siempre subordinada a su voluntad, que assi podria disponer della como fuese servido. Abrazóla el Rey, y ella le besó la mano. Mandó luego, que le llamassen los ancianos caballeros de su Consejo de Estado, y estando en su presencia, en breves razones

les

les dió parte de su voluntad, y llamando a Silvio, en presencia de todos mandó, que diesse la mano a la Princesa. Estaba alli el Arzobispo de Palermo, que era uno de los del Consejo de Estado, el qual celebró el consorcio, quedando Silvio y Diana desposados, y con el contento, que podeis pensar. Esse dia murió el Rey, y y en los nueve siguientes se le hicieron las exequias, despues de las quales Silvio fue jurado por Rey de Sicilia con grande solemnidad, haciendo aquel dia muchas mercedes a todos.

Contento y alegre vivia en la suprema dignidad de Rey, alcanzada por su valor y partes, y cumplido el pronostico del Magico de Chipre, quando en Venecia huvo aquel año grande esterilidad de trigo, de suerte, que la Republica se vió en grande apretura, y para remedio desto nombró a Fabricio, padre de Silvio, que en nombre del Senado, y con comission suya fuése a Sicilia por cantidad de trigo, para remediar la hambre de su patria. Mucho sintió el anciano Fabricio ir en esta ocasion a servir al Senado, por tener a su esposa enferma, pero fue fuerza disponerse a la jornada. Llegó a Sicilia con prospero viento, y en tomando tierra partió a la corte, que como havia en algunas partes la falta, que en Venecia, havia mandado el nuevo Rey Silvio, que no se sacasse trigo del Reyno, sin que expresamente le pidiessen a él licencia la persona, ó personas, que lo sacassen. Assi fue Fabricio a verse

con

con el Rey, que tambien llevaba carta del Senado, que darle. Dióle el Rey audiencia, deseosissimo de saber cosas de su patria, y para éste quiso darsela a solas. Entró Fabricio a la presencia del Rey, a quien no conoció, porque la barba, que ya tenia, y el ser mas hombre, le hizo desconocerle. Mas Silvio, assi como vió a su cruel padre, al punto fue conocido dél. Estaba el Rey arrimado a un bufete: llegó Fabricio, y poniendo la rodilla en tierra le besó la mano, y luego dió la carta de la Republica. Algun tanto rehusó el Rey querer darle la mano; mas al fin sin reparar en ser su padre, se la dió con poco cariño, que ya tenia con él una secreta antipathia, que le borraba el amor de hijo a padre. Leyó la carta del Senado, y despues de haverle concedido licencia de que de su Reyno sacasse todo el trigo, que fuese menester, le comenzó, dissimuladamente a preguntar por cosas de Venecia, y tan menudas algunas, que Fabricio se admiró, que el Rey estuviesse tan noticioso dellas. Finalmente le preguntó por sí mismo, como que no le conocia: a lo qual respondió Fabricio ser él la persona, por quien le preguntaba, presumiendose, que por fama tenia noticia dél. Entonces el Rey le dixo, qué se havia hecho un hijo, que tenia, llamado Silvio. Enterneciose Fabricio, y dixole: Señor, esse joven, por quien vuestra Alteza me pregunta, murió mal logrado, porque yendo de la Isla de Chipre para Venecia,

cayó del navio en el mar, y se ahogó, con que desde entonces no he tenido dia de gusto, ni contento. Diferente corrió la fama por Venecia, dixo el Rey, aunque no en publico, porque se dixo, que despues de haver consultado a un Magico de Chipre, y sabido dél, que vuestro hijo havia de subir a una gran dignidad, en que le haviades de reconocer vasallaje y hacer reverencia, os causó tanto odio, que olvidado del amor paterno, vos y un criado vuestro, llamado Camilo, le arrojastes al mar. Turbado y perdido el color quedó Fabricio con lo que oyó al Rey, y aunque quiso hablar, la lengua se le añudó a la garganta de modo, que comenzaba las razones, y no las acababa. Lo qual visto por el Rey, le dixo: Para que veais, que a lo que el cielo tiene dispuesto no hay humano poder, que lo estorve, yo soy Silvio, y no digo que vuestro hijo, porque contradice la cruel accion vuestra al nombre de padre, pero mientras en contra no haya otra cosa averiguada, vos haveis de serlo. Entonces le abrazó con muestras de amor, aunque no sentia el corazon lo que el rostro publicaba. Absorto se quedó Fabricio con lo que oía al Rey, pareciendole passar aquello en sueño. Dió mil abrazos y besos al Rey, y con lagrimas confessó su culpa. Dixole el Rey, que convenia no decir por entonces, que era su padre, por haver él negado su patria, que ocasion havria para hacerlo, pero que no permitia, que lo pudiesse escribir a

su

su madre. Mandó el Rey aposentar a Fabricio en palacio, y que se le regalasse con mucho cuidado, hasta que fuesse despachado, e hizo, que se le juntasse todo el trigo, que él pidió, y a costa del Rey se fuése embarcando para Venecia.

Ya se refirió como Camila, esposa de Fabricio, quedó enferma, quando él partió de Venecia, pues agravandosele el mal, llegó a lo ultimo de su vida, en el qual tiempo y termino le llegó la alegre nueva de que Silvio su hijo era Rey de Sicilia. Sumamente se alegró Camila con ella: mas no bastó este gusto, estando tan debilitada de fuerzas, para darla salud, y assi el siguiente dia, viendose ya en el ultimo trance de su vida, delante de su confessor y de dos ancianos tios suyos, declaró, que su hijo Silvio no lo era de Fabricio su esposo, porque estando él ausente en Alemaña, vino a Venecia el Marqués de Monferrato, desposseído de su estado por el Duque de Milan a favorecerse de la Republica, y este Principe la solicitó de suerte, que dél se hizo preñada, y dió a entender, que de siete meses era el infante, haviendo dos antes que la tratára. Esta declaracion se tomó con autoridad de notario, y se envió luego a Sicilia a manos del Rey, que no se holgó poco de verse hijo de mas noble padre. Vióse con Fabricio en secreto, y mostróle la declaracion autorizada, que havia acabado de recibir, con que le dejó muerto de pesar. Por es-

to conoció el Rey, que el no tener sangre suya le hizo arrojarle al mar: mas en las obras no pareció ser ageno della, pues dandole muchas dadivas a Fabricio, y todo el valor del trigo, que embarcó para él, le envió a Venecia, haviendose cumplido el pronostico del Magico. Llegó Fabricio a Venecia, aunque rico, no mucho de gusto, y agradeciendole el Senado la buena diligencia, que puso en servirle. Descansó algunos dias, aunque pocos, porque la liviandad de su esposa le acabó la vida. Silvio gobernó en compañia de su esposa a Sicilia, en quien tuvo muchos hijos, que les sucedieron.

A todo el auditorio dió gusto la Novela de la hermosa Doña Lucrecia, que la dixo con mucho donayre. En segundo lugar le cupo la suerte de novelar a un caballero hermano suyo, llamado Don Bernardino: tomó assiento en su distrito, y con muy buen despejo, sucediendo a su hermosa hermana, dixo esta Novela desta manera.

LA

LA QUINTA DE LAURA.

NOVELA VII.

A La escasa luz, que el luciente Phebo, ausente del Arctico polo, comunicaba a las nocturnas estrellas, caminaba Don Martin de Peralta, caballero Navarro, sin otra compañia, que la de sus confusos pensamientos, por el Estado de Lombardia; y deseoso de llegar a la posada, por descansar del trabajo del camino, apresuraba un ligero quartago, en que venia, para que con mas largo portante abreviasse el tiempo. Divertido pues en varias imaginaciones, nacidas de causa forzosa, que le obligaba a dejar su amada patria, tomó a mano izquierda una senda, poco advertido de las señas, que del camino le havian dado, por la qual, sin reparar en que se huviesse apartado dél, se halló entre unas espessas carrascas y malezas, por donde se comenzaba la dilatada falda de un encumbrado monte. Reparó en su descuido el divertido caballero, y queriendo volverse al derecho camino, de donde se havia apartado, se halló mas metido entre la espessura de aquellas malezas y fragosidades. Sintió en su caballo poco aliento, y él assi mismo se halló cansado,

por lo qual determinó apearse dél en aquel campo, hasta que el dia le volviesse a su perdido camino, y buscando parte conveniente, donde paciendo su caballo cobrasse nuevo aliento, divisó cerca de alli un edificio, que era vecino de un verde valle, al qual guió su caballo. Llegó a él, y conoció ser una deshecha Iglesia, que por sus ruínas mostraba haver sido lustroso su edificio en siglos passados, mas ya el tiempo havia hecho sus efectos en él, haciendole su tropheo, y habitacion de infaustas y nocturnas aves, cuyos funestos chillidos se oían por aquellos contornos. Ató Don Martin el caballo cerca de una de las arruinadas colunas del deshecho templo, no determinando por entonces, que su caballo con la hierba recuperasse su cansancio, y él se recostó sobre su coxin, en las ultimas gradas, cerca del umbral de su puerta, donde despues de haver estado un rato discurriendo en varias cosas tocantes a la causa de su ausencia, se quedó dormido en aquel incognito lugar. Media hora havia que daba tributo al perezoso Morpheo, quando le interrumpieron su sossiego unos dolorosos gemidos, que daban dentro del arruinado templo, a cuyo rumor se levantó asustado nuestro caballero, poniendose en pie, para con mayor atencion conocer de dónde saldrian aquellos dolorosos gritos en tan solitario lugar. Limpió los ojos, despidiendo dellos con este nuevo cuidado el pesado sueño, que los agravaba, y atendió a

qué

qué parte se hacia aquel rumor, el qual por un pequeño rato havia hecho pausa; pero volviendo de nuevo a oírse mas lastimosas voces, mezcladas con tristes sollozos, se fué hácia la parte, que se daban, no sin algun pavor, porque el lugar era solo y no conocido, y la hora la de media noche: cosa que en qualquier animoso sujeto pusiera dudas de averiguar lo que podia ser. Con esto se fue, empuñando la espada, por el templo adelante, tropezando en los desechos marmoles, que estaban esparcidos por aquel sitio, mal divisados por la escuridad de la noche. Pararon en esto los dolorosos gemidos, con que Don Martin huvo de hacer pausa a su curso, hasta que de nuevo le guiassen a donde havia de acudir, para conseguir su emprendida curiosidad. En esto estaba, quando los rayos de la hermosa Lucina, que por ser en el segundo quarto de menguante, salia tarde, le dieron alguna luz, aunque poca, para proseguir su comenzado intento, y deseando volver a oír el lastimoso rumor, causa de su desvelo, salió presto deste cuidado, aunque se puso en otro mayor, y fue, que oyendo el doloroso lamento, advirtió atentamente, que se hacia en un sepulcro, que estaba cerca de donde havia sido un tiempo el altar mayor de aquella Iglesia. La soledad, el sitio y la hora, considerado todo por D. Martin, le pusieron algun pavor, de suerte, que se le herizaron los cabellos, y dudó, si llegaria a aquel funesto lugar a inquirir con

mas

mas certeza quién era causa de aquel doloroso y triste llanto; pero su generosa sangre, que havia dado muestras de sí en mas importantes peligros, animó su pecho, para que no desistiesse de lo emprendido, y assi llegó hasta estar cosa de doce passos del sepulcro, donde pudo oír, que una afligida y dilatada voz de muger formaba entre ahogados sollozos estas razones:

¡Desdichada y sin ventura muger, quan infelice suerte halló tu destino, viniendo a padecer el insufrible tormento, que te han dado en tan funesto y lobrego lugar, cercada de horrores de cadaveres helados, y de secas y mundanas calaveras! Aqui hizo pausa Don Martin, sin percibir aun bien las mal formadas razones, que del sepulcro salian, por interrumpirlas algunos sollozos. Volviósele a herizar el cabello, y comenzaron a temblarle las piernas, y a faltarle el animo, considerando, que voz que salia de tal lugar, no podia ser menos, que de algun espiritu, que libre ya de la corporea carcel, purgaba sus culpas en aquel horrible sepulcro. Hizo en su frente muchas cruces, e invocando en su ayuda los Santos, de quien era mas devoto, con oraciones y Psalmos le pareció, que se le havia infundido nuevo animo, y assi llegó al sepulcro, a quien cubria una mal assentada losa. Viendose pues en aquel lugar, y que las dolorosas voces cessaron por entonces, dixo, no sin alguna turbacion: O tú espiritu inmortal, que li-

libre de las prisiones humanas tienes destinado lugar en esse monumento por justo juycio de tu Criador, para purgar las culpas, que viviendo en carne cometiste, dime, ¿qué quieres de mí, o en qué te puedo ser de provecho? que pues el cielo ha dispuesto mi venida a este lugar, perdiendo mi camino, no debe de haver sido sin causa. A estas razones respondió del sepulcro la voz con otras, diciendo: ¿De qué sirve, falso engañador, burlarte conmigo, dando diverso sentido a mi estado en este lóbrego encerramiento, si tú mismo has sido el autor, que ha querido que padezca en él? Sacame desta pena, y advierte, que si hasta aqui ha havido en mí valor y animo mas que de muger, tanta pueda ser tu remission en favorecerme, que rindiendo el espiritu, te quite el cuidado de dar sepulcro al cuerpo. Notable admiracion causaron estas razones a Don Martin, conociendo por ellas no ser espiritu el que pensaba que assistia en aquel funesto monumento, y assi, con toda su fuerza quitó la pesada losa de encima del sepulcro, y apartandose luego dos passos dél, dixo, poniendo mano a la espada: Hora seas alma separada de los mortales accidentes, o cuerpo con vital espiritu, sal dessa penosa estancia a decirme la causa por qué assistes en ella. A cuyas palabras vió el animoso Don Martin salir del monumento un bulto, en quien puso los ojos con grande atencion, no distinguiendo lo que era, hasta que se puso en pie, y con la es-

cas-

casa luz pudo divisar, que una muger, la qual se fue para Don Martin, y le dixo: Contentate fiero homicida de mi sangre, con la cruel carniceria, que en ella has hecho, dando muerte a mis primos y criados, sin que ahora quieras ser verdugo de mi honor. Advierte, que me han dejado premissas de tus intentos el ver, que me has dejado con la vida, y assi mismo con mis adornos, quando en los desgraciados, que perecieron a tus sangrientas manos, les despojaste de lo uno y de lo otro. Esto le decia aquella afligida muger a Don Martin, postrada de rodillas, y con grande abundancia de lagrimas. A lo qual le respondió: Afligida señora, tan engañada estais en haver pensado ser yo la persona, de quien formais essas justas quejas, quanto yo admirado de la estraña ocasion, que se me ha ofrecido esta noche en este arruinado templo, por haver perdido el camino, que trahia. Huelgome de haver llegado a tiempo, que os pudiesse socorrer en vuestro aprieto: dad gracias al cielo, que me ha guiado aqui, que assi mismo se las doy yo de haverme dado animo para emprender el sacaros de aquel temeroso lugar, donde no persona con vida mortal, sino espiritu separado della juzgué erades, destinado a tener alli las penas, que el justo Juez dispone tengan las que purifica con el purgatorio. Pareceme, que quien aqui os encerró, no dejará de volver por vos, y assi creo, que estamos poco seguros en este sitio: en mi caballo subireis,

reis, y por ahora podré serviros con dejaros en la parte, que me mandaredes, segura de vuestros temores. El cielo os pague, piadoso caballero, dixo la afligida muger, el favor, que me haveis hecho y prometeis hacer, que sin duda, viendome en tal afliccion, y cercana a perder mi honra, como presumí de quien alli me dejó encerrada, ha dispuesto, que errassedes el camino, para que emprendiessedes este acierto en socorrerme: él me dé lugar para que os agradezca este favor, que al presente solo puedo advertiros, para principio de paga, que en el mismo lugar que me hallastes, encerró el autor de mi desdicha y tres compañeros suyos algunas joyas y dineros, que juntamente con las vidas quitó a dos primos mios, de quien venia acompañada, y assi mismo sus vestidos, obligandoles a huir deste lugar el temor de que les seguia gente, de que fuesse avisado el principal dellos; y assi me dejó alli con animo de volver presto por mí. Pues ya los rayos de la luna entrando por las claraboyas deste templo destierran las tinieblas dél, entrad a buscarlo, que os digo, que cerca de mí los pusieron en un pequeño envoltorio. Tanto instó en esto la muger, que Don Martin se dispuso a darle gusto, mas por complacerla, que por el interés, que de alli havia de sacar, pues iba con animo de volverselo todo. Bajó por el sepulcro a su bobeda, y a dos escalones tropezó con el envoltorio, el qual sacó fuera, y dél tomó todo lo que eran dineros

y joyas, dejandose alli los vestidos, por no los poder acomodar. Fueronse los dos con esto donde estaba el caballo, y en él puso D. Martin a aquella muger, que siempre tuvo un rebozo puesto, que le cubria el rostro hasta los ojos: él se acomodó a las ancas, y desta suerte comenzaron a caminar por una senda, hasta toparse con el camino real. Iba Don Martin deseoso de saber lo que a aquella muger le havia sucedido, y assi se lo preguntó; y ella por darle gusto, le dixo: Veinte millas de aqui hay una quinta, cerca del Po, caudaloso rio, que juntamente es casa-fuerte, donde assiste una prima hermana mia, señora della, cuyo nombre, partes y calidad sabreis despues, que la veais. En su compañia estaba, quando mi padre, que assiste en la ciudad de Saona, me avisó, que havia caído malo de una grave enfermedad, de que estaban con mucho temor de su vida, y que antes que Dios le llevasse, deseaba verme. Para la jornada envió dos sobrinos suyos, que me acompañassen hasta aquella ciudad. Puseme en camino con la pena, que podeis considerar, despidiendome de mi querida prima, que sintió el verme ausente de ella tiernamente, manifestandolo con grande copia de lagrimas, como si yo me fuera a un Reyno estraño para no volver a verla mas: sentimiento, que ahora echo de ver, que fue presagio de lo que despues nos sucedió. Llegando pues media milla del sitio donde me hallastes, caminando de noche por

el

el grande calor, nos salieron al encuentro quatro salteadores en sus caballos, prevenidos con armas de fuego, y en postura de aprovecharse dellas. Cordura fuera rendirse mis primos, conociendo la ventaja, que les tenian; mas los impulsos de la juventud no dieron lugar a discurrir esto con prudencia, y assi, no obstante el peligro notorio, a que se ponian, se apearon de la carroza con otros tres criados, y con las espadas comenzaron a defenderse; pero fue su daño, porque a manos de aquellos rigurosos homicidas el salitrado elemento mezclado con el ardiente plomo les dió en breve la muerte, escapandose de todos ellos solamente un criado herido y el cochero, que se acogieron a la clemencia de un espesso bosque, cercano a aquel sitio. Despojaron los crueles carniceros a los mal logrados mozos de las joyas, dineros y vestidos, y a mí, sin tocar en nada de mi adorno, me llevaron a aquel arruinado templo, donde me libró no perder alli mi honor, el avisar al capitan dellos un compañero suyo, que havia sentido gente, con lo qual, temiendose de que el cochero y criado, que havian escapado, la traherian para vengarse y cobrarme, determinó dejarme por entonces encerrada con lo robado en aquel sepulcro con intento de volver presto por mí, diciendome, que prestasse paciencia, que presto vendria a sacarme de aquel lugar. Con esto se fueron, dejandome en aquel funebre alojamiento; donde considerando los com-

pañeros, que en él tenia, no sé cómo no me quedé hecha cadaver como ellos. Comenzé a llorar mi desdicha, quando el cielo dispuso favorecerme con traheros descaminado a aquella parte, para ponerme en esta obligacion, que reconoceré en quanto el cielo me diere vida. Acabó su discurso, quando la esposa del anciano Titon desterraba las sombras de la noche, anunciando su alegre venida los pintados pajarillos con su dulce y sonora harmonia. Descubrió del todo el rostro la socorrida muger, quando advirtiendo en él Don Martin, vió, que tenia una mas que mediana hermosura, si bien de la passada afliccion, llanto y desvelo mostraba los efectos, para no estar en su entera perfeccion. De nuevo se compadeció el animoso caballero de su desdicha, acusando de grossero al que se havia atrevido a profanar su belleza con violenta fuerza. Reconoció mejor la dama el camino, y con la informacion, que les dieron dél unos passageros, que encontraron, tomaron el de la quinta, de donde la dama havia salido. Dos millas havian caminado, quando le pareció a Don Martin, que seria bien descansar en un pequeño lugarcillo, que tenian alli a la vista, porque su quartago tomasse aliento, y se buscasse otro, en que la dama fuesse hasta la quinta de su prima. Hizose assi: donde comieron y reposaron, hasta que passada la siesta, la poca fuerza del sol les asseguró, que podian proseguir con su jornada. Pusieronse a caballo,

ha-

haviendo Don Martin hallado otro, en que se acomodó, y caminando con cuidado, llegaron a la quinta media hora despues de haver anochecido. Apearonse a la puerta della, la qual hallaron abierta, y entrando en el zaguan, oyeron grande alboroto de voces en el patio. Entre los que alli estaban conoció la dama un tio suyo, que con mucha cólera mandaba a otros, que pusiessen a buen recaudo cierto preso, que havian trahido, y volviendose a Don Martin, le dixo: Caballero, mucho me importa, que mi tio, que es este que está aqui, no nos vea por ahora, y assi os suplico, que essos caballos se los entregeis a esse mozo, que vino con nosotros, y con él procureis esconderos entre essos arboles, que están frontero de la quinta, que yo me subiré, sin ser sentida, al quarto de mi prima, donde informandome de la causa destas voces, os daré aviso de lo que haveis de hacer. Obedecióla Don Martin, retirandose con el mozo donde le havia dicho, y alli estuvo mas de una grande hora esperando la resolucion de la dama: mas haciendose tarde al mozo, que con ellos havia venido hasta alli, cuyo caballo trahia Don Martin, le pidió que le pagasse su trabajo, que se queria volver a su lugar. Satisfizole Don Martin, y con esto partiose.

Otra hora se passó, despues que el mozo se havia ido, sin venirle el esperado aviso de la dama, y pareciendole, que era ya demasiada la tardanza, sin poder tener mas espera entró en

la quinta, al tiempo que havian salido della quatro hombres a caballo. Llegó al zaguan, y atando su caballo a una aldaba, que en él halló, se entró en el patio, y queriendo subir al quarto principal de la casa, fue acometido, sin advertir a ello, de dos hombres, los quales se abrazaron con él fuertemente, sin darle lugar a aprovecharse de sus armas. Uno dellos le quitó la espada, diciendole: Si veniades en busca de vuestro compañero para librarle de nuestras manos, mejor lo ha dispuesto el cielo, permitiendo, para castigo vuestro, que hayais venido a las nuestras, donde pagareis el atroz delito, que haveis cometido tan en daño desta casa. Don Martin ponia todas sus fuerzas para desasirse dellos, infamandolos de alevosos y traydores, y que se havian engañado en persuadirse ser él quien havian pensado; pero todo aprovechó poco, que no le escusó de ir a una obscura bobeda, donde halló otro preso cargado de hierros y echado sobre una tarima. Esto lo pudo bien ver a la luz de una pequeña lampara, que estaba pendiente del techo de la bobeda. Alli pusieron a D. Martin a su pesar los que le trahian, donde por no haver prisiones, que le poner, le ahorraron este trabajo, dejandole encerrado, y tan impaciente con lo que le havia sucedido, que pensó haver sido traza de la dama, a quien havia acompañado. El preso, que halló en aquella humida estancia, assi como le vió entrar, se incorporó sobre la tarima, donde es-

estaba echado, para ver quien seria el compañero, que le daban en aquella lobrega prision. Puso en él assi mismo Don Martin los ojos, y vió ser un hombre de gentil disposicion, moreno de rostro, robusto de miembros, y de edad de treinta años, el qual dixo a D. Martin: Por lo que he oído a esta gente, que os ha trahido aquí, señor gentil-hombre, haviendoos tenido por compañero mio, sé, que viene mal informada: suplicoos me digais, cómo haveis venido aqui, si gustais, que deseo sumamente saberlo. La cortesia, con que el preso habló a Don Martin, le obligó a darle gusto, aunque estaba colerico, y assi sentandose junto a él, le dixo: Habrá dos horas largas que vine a esta quinta, o fortaleza, acompañando a una dama della, la qual entrandose dentro por ciertas dissensiones, que oyó en el patio, me mandó aguardar fuera de la casa, hasta tener aviso suyo para entrar dentro. Viendo, que este tardaba mas de lo que quisiera, sin aguardar a mis dilaciones me entré dentro, y estando descuidado en el patio, se abrazaron conmigo, sin poder ser señor de mí, estos dos hombres, que me han metido en esta prision, diciendo, que yo venia a socorrer a un compañero mio. Esto es lo que puedo deciros acerca de mi sucesso. Oyendo esto el preso, dixo a Don Martin: Assi el cielo os haga dischoso en vuestras cosas, que me digais quién es la persona, a quien haveis acompañado hasta aqui, porque estoy con cuidado de saberlo, y me importará mucho ser la que

de-

deseo. Aunque yo quisiera deciros su nombre, dixo Don Martin, no le sé, porque ha tan poco que la saqué de una afliccion, en que estaba, que no he tenido lugar de haverselo preguntado; pero porque en vos conozco el deseo, que significais tener, os quiero hacer relacion de la causa de mi venida, que si acaso importa para alivio de vuestra pena, me holgaré de serviros en algo, que me ha dado compassion el veros aqui, y mas si ha tiempo que habitais en este penoso lugar. Con esto se acomodó mejor en la tarima, y el preso hizo lo mismo, a quien dió Don Martin larga cuenta de lo que le havia sucedido la noche passada, sin faltarle nada por decir. Notablemente se alegró el preso con la relacion, mostrandolo en darle muchos abrazos a Don Martin, a quien dixo: Ya que haveis, dichoso caballero, consolado mi afligido espiritu, porque os he dado estos abrazos en agradecimiento de tal favor, poco se me dá que el cuerpo perezca en esta prision, o a manos de mis contrarios. La relacion, que me haveis hecho, os quiero pagar con otra del discurso de mi vida hasta este estado, en que me hallais, si teneis paciencia de oírme. Don Martin le dixo, que gustaria mucho de que le diesse parte de sus desgracias, por si él le podia ser de ayuda o consuelo en ellas. Agradecióle el preso la buena voluntad, que le mostraba; y viendo que Don Martin le prestaba atencion, comenzó su relacion desta suerte.

Yo, generoso caballero, nací en Saona, famo-

mosa ciudad del Ginovesado, cercana a la, que es Metropoli de Lombardia. Desciendo de noble prosapia, derivandose mi casa de la famosa Genova, en quien tuvo origen de la ilustre y noble familia de los Pinelos. Mi nombre es Anselmo, mis desdichas muchas, como oyreis en el discurso de mi relacion. Dejaron mis avuelos a mis padres bastante hacienda con que poder passar, y tener correspondencias y tratos en España, que ya sabeis, que en mi tierra los mas calificados las tienen. Vinose de Genova un principal caballero a vivir a Saona con su casa, y compró una en aquella ciudad, frontero de la mia, de suerte que por ser la calle angosta, a no tener las ventanas zelosias, facilmente se pudiera juzgar lo que en la una casa se hacia de la otra. La esposa deste caballero murió a quince dias que huvo llegado, de cuyo matrimonio le dejó en su sucession una hija, cuya hermosura y entendimiento eran dos milagrosos portentos. Su nombre era Leonora, y su edad diez y nueve años. Para ponderaros las gracias desta dama era menester mas tiempo, que el que deseo gastar en esta relacion, por no cansaros, solo digo, que fueron bastantes a rendir mi libertad y aprisionar mi alvedrio. El primero dia que la vi, fue en missa en un Monasterio de Monjas cerca de su casa, donde acudia continuamente, porque su encerramiento era grande. No sabia yo que cerca de mi casa tenia tanto bien, porque en mas de dos meses, que havia que vivian

alli, nunca vi nadie a sus ventanas, ni aun abiertas las zelosias. Con esto fui siguiendo a la hermosa dama, por saber donde vivia, hasta que el verla entrar en su casa me asseguró ser hija de Julio Espinola mi vecino, que este era el nombre de su padre, e informandome de su calidad y dote, hallé lo que me convenia para pretender grangear su voluntad con finezas, hasta merecerla por esposa. Dí en galantearla, y en procurar hallarme siempre en todas las partes, donde sabia que estaba, con mucha puntualidad, dandola a entender los ojos, lenguas mudas del alma, que havia triumphado de mi libertad.

Tenia Leonora un primo hermano, llamado Leonardo, que assistia lo mas del tiempo en su casa: éste la amaba en extremo, y ella no despreciaba que la estimasse y sirviesse, que la continuacion de verse havia engendrado en Leonora un genero de aficion, que passaba de los limites del parentesco, con lo qual daba oído a sus quejas, y algun credito al encarecimiento, con que la ponderaba su amor, que es principio de querer bien, quando con atencion se admite lo uno y lo otro. Procuré con todas veras dar a entender a la hermosa Leonora mi aficion; y sabiendo que tenia con ella particular amistad una vecina suya algo deuda mia, valíme deste medio, haciendole una visita, en que le dí cuenta de mis amorosos pensamientos, significandola con quanto afecto deseaba que Leonora me ad-

admitiesse en su servicio, haciendo experiencia de mi voluntad; y a ella ofrecióme servirla, si esta intercession la tomaba con cuidado, de suerte que se me luciesse. Tomó por su cuenta mi parienta el favorecerme, representando mis partes a Leonora, como lo veria en el efecto, con que yo quedé contento de ver que lo havia recibido bien, y con esperanzas de que se me havia de agradecer mi cuidado.

Sucedió pues, que hallandose un dia las dos damas solas tratando en diversas cosas, vinieron a hablar de mí, en la qual conversacion mi deuda supo hacer mis partes, encareciendolas, y assi mismo mi nobleza, aun con mayores ponderaciones, que mis merecimientos pedian. Exageróle mi amor, sin decirle que era mi deuda, y quanto deseaba hallar ocasion oportuna en que manifestarsele. Para la primera vez no admitió Leonora mal esta platica, que es muy proprio de las mugeres pagarse siempre de la lisonja de ser queridas. Viendo pues Lucrecia, que assi se llamaba mi deuda, lo bien recibida que havia sido la platica, al dia siguiente, sin forzarla, me introduxo de nuevo en la conversacion, y de lance en lance, encareciendo de nuevo mi passion, le puso un papel, que yo la havia dado, en las manos. No le queria recibir Leonora, pero temiendo Lucrecia, que se le volviesse, se le dejó encima de un bufetillo del estrado, y apresuradamente se despidió della. El efecto que el encarecido y amoroso papel

hizo, se vió essotro dia; porque no haviendo ido cautelosamente Lucrecia a su casa, y una hora antes que anocheciesse le envió un recado Leonora, quejandose de cómo la havia olvidado tanto tiempo sin favorecerla. Passó con esto a su casa, juzgando por buena señal el deseo, que de verla tenia, donde en dos, o tres ocasiones deseó Leonora introducir platica para tratar de mí; mas Lucrecia, que era sagaz y bien entendida, procuraba con cuidado desviarla, tratando en otras cosas, para hacer con esto experiencia de la operacion, que havia hecho el papel. Sucedió, que estando las dos a la ventana, yo passaba a este tiempo por su calle a caballo en compañia de un amigo mio, y como me viesse, fue fuerza darles motivo a nueva conversacion, diciendo Leonora a Lucrecia, algo turbada y con muchas colores en el rostro: Si tan bien siente Anselmo, como escribe tierno y amoroso, no dudo, que sea singular entre los galanes deste tiempo, pues tienen menos de obras, que de palabras; y por ver su poca constancia en amar, anda prudente quien con muchas experiencias quiere assegurar, primero que se empeñe en favorecer, la verdad de su amor. Bien creo yo, dixo Lucrecia, que es Anselmo excepcion de essa regla, segun he conocido de su amoroso cuidado, que como sabe lo que me favoreces, me ha dado parte dél, y sé de su noble termino, que sabrá hacer la debida estimacion, que merece qualquier favor

que

que le hicieres. Muy de su parte te veo, replicó Leonora: cosa que me dá sospechas para no decir lo que siento de Anselmo. Bien puedes seguramente, dixo Lucrecia, manifestarme lo que en este particular se te ofrece, que soy tan llegada a la razon, que en lo que no la tuviere, seré su mayor fiscal, al passo que deseo acreditarle contigo. Dudosa estuvo Leonora a este tiempo en si diria, o no a Lucrecia lo que de mí se le havia ofrecido; mas conociendo della su determinacion, la obligó con persuasiones a que dixesse lo que sentia de mí. Tan rogada se vió Leonora, que dixo: ¿Cómo se puede eximir Anselmo de la vulgar opinion de amante al uso, si recien venida yo a esta ciudad, desde esta casa he visto entrar en la suya varias veces una muger de buena cara y mejor despejo a buscarle, a quien, despues de haverla tenido largo rato en su quarto, la sale acompañando? que con esto me da indicios, que me engaña con su papel, significando tenerme amor, quando me consta tener obligaciones mas antiguas a otra. ¿No podia ser, dixo Lucrecia, que essa muger, que continuaba su casa, fuesse en busca de otra persona, y no de Anselmo? Mal me persuado a esso, dixo Leonora, porque como las mugeres somos algo curiosas, yo lo fui en mirar con cuidado si subia a su quarto; y haviendose descuidado en cerrar las celosias, pude certificarme de mi sospecha, viendo que los dos se hablaban con mucha familiaridad. Essos

son

son lances de mozos, dixo Lucrecia, que con mayor empleo se vienen a perder, y assi fio de Anselmo, que si le favoreciesses, sea un firme amante, y un perpetuo esclavo tuyo. Con estas y otras persuasiones, que la hizo Lucrecia, se determinó Leonora responder a mi papel. Notable fue el gusto que recibí con aquel favor, y para gozarle mas a menudo, procuré con mas cuidado obligar a mi dama con mayores finezas, assentando con esto nuestra correspondencia de suerte, que cada dia tenia papel suyo, en que me significaba tener una firme voluntad y un entrañable amor, dirigido siempre al honesto fin del hymeneo. Havia pocas ocasiones para vernos, y essas no se perdian la vez, que favorable la fortuna me las ofrecia. Determinó mi dama hablarme todas las noches desde su ventana, estando yo en la mia, que por la estrechez de la calle, como tengo dicho, havia esta comodidad. Esto se hacia a deshora, quando la gente daba reditos al perezoso Morpheo. Continuóse esta comunicacion algunos dias, en los quales mi Leonora no admitia al primo con tanto gusto como de antes, cansandose de su continua assistencia, causandolo el favorecerme con tantas muestras de voluntad.

Ofrecióse haver una fiesta de una regozijada sortija en la ciudad, en que yo lucí como favorecido, mas que todos los caballeros, que se hallaron en ella. Saqué las colores de mi dama, bien conocidas de su primo, y gané dos precios,

cios, que la presenté, con lo qual el ya olvidado galan confirmó por verdaderos zelos unas sospechas, que tenia, imaginando, que era yo la causa del olvido de Leonora para con él, y assi anduvo vigilante en saber esto; pero como acudia todos los dias a casa de su prima, y de noche le parecia, que con la reclusion de su casa estaba segura, no se desvelaba en rondarle las esquinas dellas. Sucedió morirse en este tiempo mi padre, con que estuve retirado diez, ó doce dias sin hablar a mi dama, acudiendo a su enfermedad, si bien nos escribiamos cada dia. La noche misma, que le dí sepulcro, avisé a Leonora, que me favoreciesse con salir a hablarme por donde solia. Hizolo mucho mas tarde, que solia verme, y fue tal nuestra desgracia, que a essa hora llegó de Genova su primo, que estaba ausente. Dejó las postas en casa del maestro, y antes de irse a la posada quiso consolarse con ver las paredes de la casa de su querida prima, aunque sabia de cierto, que no la havia de hablar. Llegó pues a tan mal tiempo, que hallandonos divertidos en nuestra conversacion, pudo, sin ser sentido, oír muy a su salvo todo quanto hablabamos, con lo qual impaciente y zeloso hizo al otro dia lo que oyreis.

Juntabamonos los caballeros mozos de Saona en la casa de un amigo, donde se jugaban naypes y dados, y en ella sobre el juzgar yo una suerte contra él, me dixo el primo de Leo-

no-

nora no sé que pesadas razones, de modo que me obligaron a desmentirle en presencia de todos. Entróse gente de por medio, que no debiera, porque seguro de que le havian apartado de mí, pudo a su salvo por detrás llegar a alcanzarme con la mano en el rostro, si bien no fue bofeton, pero bastante sucesso para quedar agraviado, y mi honra en opiniones. Saqué la espada para desagraviarme, mas fueron tantas las que se hallaron desnudas a ponernos en paz, que no tuvo lugar por entonces mi venganza, con lo qual me fue forzoso ausentarme de la ciudad, sin dar cuenta de mi partida a la hermosa Leonora: tal era la passion que tenia de verme agraviado, que quando al alma llegan los sentimientos del honor perdido, mal pueden assistir en él memorias de gustos de amor. No se contentó Leonardo con lo hecho, aunque tambien se ausentó, sino que por vengarse de su prima, dió cuenta al anciano Julio Espinola del amor de su hija, con lo qual envió de aquella ciudad a esta quinta, donde estuviesse en compañia de su tia Octavia, madre de la hermosissima Laura prima suya. No traté con el deseo de mi venganza, mas de saber de Leonora, solo me desvelaba en buscar a mi ofensor para quitarle la vida. En esto gasté mas de un año, sin hallar orden de toparle, si bien le envié dos papeles de desafio, a que no respondió, aunque supe de cierto haverlos recibido. Murió en este tiempo Octavia, la hermana de Julio

Es-

Espinola, y mi dama quedó en compañia de Laura. Leonardo supe que estaba en Napoles, aunque no muy de cierto, pero para certificarme bien, escribí a un amigo mio, que assistia en aquella gran ciudad, que supiesse si estaba en ella. El qual me escribió, que poco mas de un mes havia que llegára alli, pero que havria como seis dias que se havia partido para esta tierra a ver a su tio Julio Espinola, que estaba muy al cabo de sus dias de una enfermedad, que esto havia sabido por aviso de Genova. Quando recibí esta carta yo, iba caminando a la quinta de Laura, para procurar verme con Leonora. Andaban en mi compañia tres hombres de buenas manos y mejor animo, a quien trahia bien pagados, para que me ayudassen en la ocasion de mi venganza, y a uno destos envié a esta quinta con un papel para mi dama. Llegó a ella a tiempo que supo, que acompañada de Leonardo y otro primo suyo, por mandado de su padre la llevaban a Saona a verle en aquella apretada enfermedad, y que partian en una carroza con tres criados aquella noche. Estas nuevas me alegraron sumamente, pareciendome, que por este camino se iba disponiendo bien mi deseada venganza. Comuniquélo con mis compañeros, y estando con cuidado aguardandoles en el camino, oímos el ruido de la carroza. Salí a estos con mi gente, sin darme a conocer, y maté por mi persona a Leonardo mi ofensor, y a otro criado, de dos balazos. Mis compañe-

ros no anduvieron ociosos con los demás, no se escapando de todos ellos sino un criado y el cochero, que se entraron en un bosquecillo. Saqué a mi dama de la carroza medio desmayada, y por ser menos conocido consentí, que mis compañeros despojassen de los vestidos y dineros a los primos de Leonora y sus criados, rehusando, que no tocassen a ella. Llevéla a aquel arruinado templo, que dista un quarto de legua del camino, donde siendo yo avisado de un compañero de los tres, que se quedó atrás, como havia sentido ruido de gente, y temiendo, que el criado y el cochero huviessen dado aviso a algunos passageros de lo sucedido, y me viniessen siguiendo, no quise poner la vida a riesgo, viendo a los tres que me acompañaban, con grande temor de ser presos, y con intento de desampararme; y assi determiné encerrar en aquel sepulcro a Leonora, con pensamiento de volver de alli a un rato por ella. Esto pude hacer sin conocerme en la voz, porque con una bala en la boca la dí cuenta de mi determinacion; y aunque lo resistia con lagrimas y ruegos, que pudieran ablandar una peña, y a mí me tenian el corazon hecho pedazos, por llevar adelante mi pretension, y no la perder a ella, la puse a su pesar en aquel funesto monumento, y con ella las joyas, con lo demás que se les havia tomado, dejandola cerrada con la pesada losa. Con esto me fui de aquel lugar, y pensando hallar alli cerca a mis compañeros

esperandome, no los vi, porque el miedo de no ser hallados por actores de aquellas muertes les hizo poner presto a caballo y dejarme solo, que esto merece el que fia de gente tan vil como esta, que se alquilan para assesinos. Ocupé la silla de mi caballo, y entréme por lo espesso de un monte, que estaba vecino al cercano templo, en el qual me perdí, y como no acertasse con el camino, por no saber bien la tierra, determiné apearme y aguardar al pie de una robusta encina, que viniesse la luz de la esperada Aurora. Passé la noche ocupado el pecho de mil temores, pesandome grandemente de haver andado tan grossero y cruel con Leonora. Con estos pensamientos el cansancio me rindió al blando sueño, y assi me quedé recostado en el verde suelo, hasta que la mañana me despertó, y el ruido de gente, que andaba por el monte. Presto salí del cuidado de saber quién era, porque fui assaltado repentinamente, sin poder prevenirme a la defensa, de Fineo, tio de Leonora, y de mas de treinta hombres, que le acompañaban con armas de fuego, y entre ellos venian el criado y el cochero, que se havian escapado, que fueron los que le dieron aviso de lo que havia sucedido. No me conocia Fineo, y assi haciendome atar fuertemente las manos atrás, me hizo poner en mi caballo. Preguntóme por su sobrina, y yo teniendo esperanzas de escaparme de sus manos, contra mi piadosa condicion le dixe, que mis compañe-

 ros

ros la havian llevado consigo, dandoles señas del camino, que havian tomado, por deslumbrarlos. Llegamos aquella noche a esta quinta, donde compadecido de la pena, con que estaria Leonora en aquel aspero encerramiento, le di cuenta a Fineo; de como mis compañeros la havian dejado en aquel templo. Hizo meterme Fineo en esta prision y cargarme de hierros, jurando, que en volviendo con su sobrina, me havia de colgar de una almena; con lo qual partió desta quinta, y con él alguna gente, de la que le havia acompañado, quando me prendió. Esto es lo que hasta ahora passa por mí. Yo estoy con ánimo, sino puedo hacer saber a Leonora, que estoy aqui, de morir sin decir quien soy. Con notable admiracion escuchó D. Martin la relacion de Anselmo, a quien prometió ayudar en quanto pudiesse para salir de alli, pareciendole, que el mejor modo para esto era dar cuenta a Leonora de todo con el hombre, que tuviesse cargo dellos en aquella prision. Parecióle bien a Anselmo, y assi concertado se passaron los dos en aquella y otras platicas la noche, sin acordarse de darles de cenar, donde los dejaremos por decir lo que hizo Leonora.

Luego que llegó Leonora a la quinta de Laura, que assi se llamaba aquella estancia, por no saber qué alboroto de gente era aquel, que halló en el patio, se subió sin ser sentida al quarto de su prima, la qual se holgó sumamente

te con ella, manifestandolo con muchos abrazos, que la dió, acompañados de tiernas lagrimas de contento de verla libre de los passados peligros. Dióle Leonora brevemente cuenta de lo que por ella havia passado, y a ella Laura de como al principal de los salteadores, que mataron a su primo, le havia trahido su tio a la quinta, y le tenia preso, el qual havia declarado, que la dejaba encerrada en un sepulcro, y por esta causa havia partido con mucha prissa a sacarla de aquel trabajo, y assi mismo a hacer diligencia en buscar a los demás salteadores. Alcanzó un criado a oír parte desta platica, y como no hiciessen mencion de la segunda prision de Don Martin, que ellos tenian por vandolero, les dió cuenta della, acrecentando su contento en ver, que tan sin trabajo se les huviesse venido a las manos. A este criado mandó Leonora, que saliesse a la puerta de la quinta y buscasse alli un mancebo, que havia venido acompañandola, que estaba en compañia de un mozo de a pie con dos caballos de diestro, al qual hiciesse subir a donde estaban. Obedecióla el criado con diligencia, pero por mas que hizo, no halló a Don Martin, solamente topó con su caballo, que estaba en el zaguan, y en él halló el coxin y maletilla: quitóselo, y al caballo metió en la caballeriza, dejandole bien acomodado en ella, y con el coxin subió a donde estaban las dos damas, a quien dixo, como no havia hallado al que le mandaban buscar

en

en toda la entrada de la quinta, ni fuera della, pero que su caballo estaba alli, y aquella maletilla en él. Admiróse grandemente Leonora, y de nuevo mandó le volviesse a buscar; pero fueron en vano las diligencias que hizo en esto. Passóse aquella noche con no poco desvelo de Leonora, por no saber qué se havria hecho su libertador, temiendo no le huviesse sucedido alguna desgracia. Esto comunicaba con su prima, alabando de Don Martin el agrado, la cortesia y buen entendimiento con grandes exageraciones, tanto que la hermosa Laura tenia grandes deseos de conocerle. El dia siguiente se passó todo sin tener ocasion los dos presos de hablar al que les tenia a su cargo, por haverles metido la comida por una ventanilla, que estaba en el techo de aquella escura prision. Con no parecer Don Martin estaba Leonora pesarosissima. Deseó mucho Laura ver lo que en la maletilla de su coxin havia, y assi hicieron romper el candado, que la cerraba. Lo primero, con que toparon, fue con un legajo de cartas de letra de muger, de las quales leyeron algunas, escritas con discreto y amoroso estilo, en respuesta de otras, conociendo dellas ser assentada correspondiencia de amor, que su dueño tendria con alguna dama. En una cajuela de plata hallaron un relox curioso, en cuyas dos puertecillas de su caja estaban dos retratos: el uno de una dama, cuya grande hermosura las dejó tan admiradas, como envidiosas; el otro

era

era, el mismo Don Martin, que conoció luego Leonora. Estaba armado de un lucido y gravado arnés, y en medio dél la roja insignia del glorioso Patron de España, de cuya Militar Orden era Don Martin, si bien ausente de su patria no trahia descubierto el Habito. Mucho se pagára la hermosa Laura de su persona, si el verle retratado con la dama, y aquellas cartas de su letra, no le pusieran el desengaño a las puertas de la inclinacion, con que enfrenó algo el deseo, que de verle tenia. Con esto hallaron algunas cintas y trenzas de rubios cabellos, y assi mismo curiosa ropa blanca de la persona de Don Martin. Tuvo advertencia Leonora de preguntar al criado las señas del segundo preso, y él se las dixo, por las quales dió luego en que no podia ser otro, sino el que la havia venido acompañando, e informandose del criado, que por la ventanilla de la prision le podian ver, sin ser vistas, por ruegos de Leonora fue Laura con ella a certificarse desta sospecha. Abrieron la ventana sin ser sentidas de los presos, a los quales hallaron en buena conversacion, de la qual pudieron oír decir a Don Martin estas razones: Cierto, amigo Anselmo, que seria peregrina vuestra desgracia, si vuelto el tio de Leonora os mandasse quitar la vida, por no manifestarle quien sois; y haceis mal en haver tomado essa determinacion, porque con decir vuestro nombre, dais a entender haver satisfecho vuestro agravio, con que estais

a menos riesgo, porque si como decis, que les consta a todos, bien saben, que el ofendido puede en qualquier ocasion, como quisiere, vengarse del que le ha agraviado, y vos mejor, que haveis enviadole papeles de desafio. Sin esto borrais en esta quinta la opinion, con que estais preso, de salteador. Lo que os suplico es, que lo mireis con mas acuerdo, procurando primero, si es possible, dar cuenta a Leonora de que estais aqui preso, que si le ha dejado vuestro amor algunas memorias, que es fuerza, no dudo, que interceda con veras por vos, dando orden cómo salgais de aqui libre. Bien quisiera, que el que nos assiste aqui, se dejára hablar, para decirle la injusta prision, que por haverla servido, padezco, que si con saberlo alcanzo libertad, es cierto que vos la haveis de tener luego, o yo tengo primero de perder la vida. Aqui, respondiendo Anselmo, le dixo: Hanme persuadido, señor Don Martin, vuestras razones de modo, que haria mal en no seguir vuestro consejo, pues importa tanto a mi honra y vida; y assi determino, si antes no surte efecto saber mi Leonora que estoy aqui, darme a conocer a su severo tio. Estas y otras razones oyeron las dos damas, estando Leonora la mas contenta del mundo de que su querido Anselmo fuesse el preso, de cuyos amores havia hecho larga relacion a su prima, luego que vino a su compañia desde Saona. Finalmente, entre las dos damas trataron de que el que tenia las

lla-

llaves de la prision se las diesse, y essa noche bajaron a ella, si bien temerosas de que a esta ocasion viniesse su tio. Novedad se les hizo a los presos ver abrir la puerta de su prision, y temieron no huviesse venido Fineo para executar su venganza en la muerte de Anselmo: mas trocóseles su temor en gusto, viendo entrar a las dos hermosas damas a la luz de una hacha, que un criado trahia. Lo que Anselmo y Leonora passaron, será hacer mayor este discurso a referirlo, y assi lo dejo al de todos, principalmente a los que han dado parias al niño dios. Solo digo, que despues de haverse recibido los dos amantes con abrazos mezclados con lagrimas de contento, no quiso Leonora parecerle desagradecida a Don Martin, siendo tan discreta, y assi volviendose a él, le dixo: Perdonad, señor Don Martin (que ya sé que os llamais assi) no haveros en primero lugar hablado, como debia, que consigo trahe la disculpa el yerro queriendo bien. La voluntad que a Anselmo tengo, ha sido causa de no haver correspondido a la grande obligacion, en que os estoy. Si haveis querido, o quereis bien, considerareis no haver sido mas en mi animo. Disculpada estais, hermosa señora, dixo Don Martin, en haver acudido donde el alma os encaminaba: yo me tengo por muy favorecido en que en segundo lugar agradezcais lo poco que hice en vuestro servicio. Alli se hablaron Anselmo y Laura, y ella assi mismo a Don Martin con

mucha cortesia y agrado; y despues de haver tratado largamente en el passado sucesso, se determinaron las dos damas a darles libertad, sobornando al criado, que tenia cuenta con los presos, para que, quando viniesse su tio, dixesse haverse ido de la carcel, rompiendo las prisiones y puertas dellas. Hizose bien, porque el criado era un poco codicioso, y lo que mas le animó a darles gusto, fue el prometerle Anselmo llevarsele consigo, haciendole todo buen passage, como deudor de aquella obligacion. Con esto salieron los dos caballeros de alli, acompañando a las damas, haviendole a Don Martin parecido muy bien la hermosa Laura, la qual estimára no poco verle a él libre del empleo amoroso, que de las cartas y retrato presumia, para favorecerle con veras.

Con esto subieron al quarto de Laura, donde en un apartado aposento, que se dividia dél, les hicieron dos blandos y limpios lechos, donde reposassen aquella noche, haviendoles dado primero una bien sazonada cena, a que estuvieron presentes las dos damas, y solas dos criadas suyas, que se la sirvieron, de quien fiaron este secreto.

Vueltas las dos primas a su quarto, trataron el modo que tendrian para que Anselmo estuviesse alli algunos dias, sin ser sentido de nadie, porque Leonora le estaba sumamente aficionada, y deseaba que sus amores parassen en un feliz hymeneo con beneplacito de su

pa-

padre y parientes. Discurrieron las dos largamente sobre esto, y al fin resolvieron el que alli se estuviessen secretamente hasta la vuelta de Fineo su tio, y hasta saber el sucesso de la enfermedad del padre de Leonora. Aprobaba Laura el buen gusto que tenia de favorecer a Anselmo, conociendo por sus partes ser digno de qualquiera favor. Preguntóle Leonora, qué le havia parecido de Don Martin; y ella dixo, dando un penoso suspiro: ¡Hai, prima! menos bien, que si se hallára libre la voluntad, porque conozco en él partes amables, para que qualquier dama se digne de ser servida de tal sujeto. Ahora bien, dixo Leonora, mañana tengo de persuardirle a que me dé cuenta de la causa que de España le truxo a esta tierra, que podrá ser, si su dama es Española, que en esta ausencia haya perdido el amor su fuerza, y con nuevo objeto presente se ocasione olvido de la memoria del passado. Con esto reposaron las dos lo restante de la noche hasta la mañana.

No havian estado menos discursivos los dos caballeros, que las damas, hablando en la buena suerte que havian tenido en salir de la prision, y assi mismo disponiendo lo que debian hacer para guiar bien sus cosas. Tratóse en la hermosura de Laura, de la qual se confessó D. Martin aficionado sumamente, deseando tener el siguiente dia ocasion a solas para manifestarle esta amorosa inclinacion. Venido el dia, An-

selmo y Don Martin se vistieron, porque si viniessen las dos primas, no les hallassen en la cama. La puerta de su aposento les tenian cerrada por defuera, y la llave della posseía Laura, la qual en compañia de su prima no tardó mucho en venirles a ver. Con su presencia se alegraron mucho los dos amigos, y D. Martin quedó mas aficionado, considerando la perfecta hermosura de la bellissima Laura. Quiso pues el discreto Español dar lugar que Anselmo hablasse a solas con Leonora, y assi dixo a su prima: Pareceme, hermosa Laura, que la señora Leonora y Anselmo no han tenido lugar de haverse dado dilatadamente cuenta de lo que en esta larga ausencia les ha passado: piedad seria dejarles a solas comunicar esto, y encarecer sus finezas, que cada qual sabrá no buscar coronista para que se las pondere. A esto le respondió Laura: Muy justo es, quando las voluntades de los amantes llevan el casto fin que estas, que en los que les somos afectos hallen esse buen passage; y assi permito lo que me pedis, por lo que con esto interesso, que me hagais merced. Apartaronse a una parte de la pieza Don Martin y Laura, ocupando dos sillas juntos, donde viendose el Español tan cerca de sujeto tan hermoso, le dixo estas razones:

Quando en vuestra quinta, hermosissima Laura, el rigor nos tenia en la escura prision, a Anselmo dudoso de su vida por las muertes,

tes, que como a salteador se le imputaban, y a mí en el mismo estado por complice suyo, vuestra generosa piedad usó de su poder, dandonos libertad; si bien al mismo tiempo vuestra hermosura con el suyo, que es tan absoluto, ha permitido, que mi alma no use de su alvedrio, dejandola en las dulces prisiones de essa beldad cautiva, y a su dueño ya sin libertad. Desde anoche he experimentado los efectos, que hace el amor con el desvelo, comenzando la esperanza a prometerme pagas de la voluntad, que me debeis; si bien vuestro gusto conozco, que me engañó a mí mismo. Permitid, bella Laura, que yo os sirva amandoos eternamente, para que merezca con finezas tenerla segura. Miróle Laura, y con una risa, que aumentó con ella mas su donayre, le dixo: De la voluntad de Anselmo bien juzgo yo, que con la hermosura de mi prima estará ya en mayores prisiones, que las que hasta aqui tenia, porque las de la obligacion, que a Leonora tiene, nos assegura desto: de la vuestra no sé cosa, que me pueda hacer cierta de lo que me decis, mas de que como quien sois, sabreis agradecer el servicio, que os he hecho: si bien todo es poco respecto de vuestros merecimientos, y lo que por Leonora haveis hecho, de que yo, como a quien tanto la estima, me confiesso tambien deudora; y sino me constára, que en España hay buenas correspondiencias entre los amantes, juzgára de los Españoles, como

mo libres y despejados con otras naciones, que lo quereis andar con las damas de Lombardia, que es libertad, sin atrevimiento, decir, que os aficionais, quando estais lejos desse cuidado. No le tenga de mí el cielo, replicó Don Martin, sino es verdad lo que de mí haveis oído, y sereis ingrata a mi aficion, sino le dais el credito, que os merece. No me empeñeis en querer apoyar lo que haveis dicho, dixo Laura, que saldreis mal para conmigo del empeño. Esso será, dixo Don Martin, por haver dado vos en querer hacer donayre de lo que con tantas veras os asseguro. Si esso fuera como decis, creedme, dixo Laura, que no veo en vos tan pocos meritos, que no estimára la dicha de que me eligierades por objeto de vuestro amor; pero hay causas; o temores, por hablar mas propriamente, que estorvan el no admitir essa dicha, de que me mostrais aficion. En otra debe vuestro gusto de haver hecho su empleo, que os fuerza a desengañarme al principio del que pretendía hacer en vos. Dixo Don Martin: Si es assí, que no lo dudo de mi poca suerte, aunque sea contra mí, os suplico me lo digais. Lo que os puedo decir es, dixo Laura, que vos mismo traheis pocos testigos, que acrediten vuestra fé, y muchos, que me asseguran de que no me tratais verdad. Dudoso me dejais con essa no entendida razon, bella señora, dixo D. Martin. No sé por qué lo haveis de estar, replicó la dama, quando prendas mal guardadas

en

en Italia os califican de firme amante, si conmigo os acreditan de lisongero. Con esta razon acabó de entender Don Martin la antecedente a ella; que no entendia, viendo, que el hallazgo de su maletilla havia manifestado sus passados amores, y assi le dixo: No dudo, hermosa dama, por los papeles que haveis visto, que havreis juzgado en mí apretada correspondencia de amor en España; y no niego haverla tenido, pero como noble y preciado de secreto pude conservar essas prendas en mi poder, por no haver tenido ocasion de darselas a su dueño, pero no el amor, que la tenia al tiempo que se recibieron, pues sinrazones suyas, mal pago de voluntad, y arrojamientos mios en desagravio desto me trahen desterrado de mi patria: papeles son essos, que deseé volverselos a su dueño, para que le desmintiessen el amor, que en ellos quiso acreditar. ¿Quién duda, que el guardarlos, dixo Laura, havrá sido para renovar las dulces memorias de aquel felice tiempo, para que quando el amor se entibiáre con la ausencia, ellas le esfuerzen juntamente con la copia de su hermoso dueño? que os asseguro, que en la eleccion, que de tal sujeto haveis hecho, teneis para conmigo acreditado vuestro buen gusto. No quisiera D. Martin que Laura huviera sido tan curiosa en ver el retrato de la que en un tiempo fue su dama, y assi algo turbado, y con muchos colores en el rostro, le dixo: Sabe el cielo, y a él pongo por

por testigo, hermosa Laura, que no han visto mis ojos, desde que salí de España, ni los copiados del original de essa ingrata, que un tiempo me miraron favorables, ni los caracteres de sus fingidas razones. Havian a este tiempo entendido Anselmo y Leonora algo de lo que D. Martin y Laura trataban, y viniendose a sentar cerca dellos, le dixo Leonora: Mucho deseo tengo, señor Don Martin, que nos hagais merced de darnos cuenta de essos amores, y assi mismo la causa que os forzó a dejar vuestra patria y venir a esta tierra, si acaso no os es de enfado hacer lo que os suplico. Aunque sea renovar mi sentimiento el obedeceros, dixo Don Martin, deseo tanto serviros, que no me atreveré a contravenir a vuestro mandato; y assi, prestandome atencion, passa mi sucesso desta suerte.

La famosa y antigua ciudad de Pamplona, Metropoli del Reyno de Navarra, es mi patria: desciendo en ella de la noble familia de los Peraltas, caballeros antiguos en aquel Reyno, con quien sus Reyes en otros felices tiempos se dignaron de mezclar su Real sangre por casamientos, calificando tanto la nuestra. Nací hijo segundo de Don Francés de Peralta, caballero, cuyas hazañas hechas en las guerras en servicio de su Rey y defensa de su patria ha publicado la fama, no solo en toda España, sino en las mas remotas Provincias y Reynos dellas, porque fue el mayor soldado, que hu-

vo, en aquellos tiempos, de quien ahora, que por su mucha edad colgó las armas, hacen los Reyes de Castilla mucha confianza.

A unas justas Reales, que se hacian en Pamplona acudió mucha gente, no solo de aquellos lugares cercanos, pero de toda Castilla, Aragon y Vizcaya, entre la qual vino de Burgos Don Lope de Castilla, caballero calificado de aquella ciudad, cuya noble familia desciende del Rey Don Pedro *el Justiciero*. Este truxo a Pamplona a ver estas fiestas (y juntamente a una hermana viuda, que vivia en aquella ciudad) una hermosa dama hija suya, cuya beldad, por haverla visto en su retrato, me escusará el encarecerla: solo puedo asseguraros, que entre muchas hermosas y bizarras damas, que a las fiestas concurrieron, ella se llevó los votos de todos de la mas perfecta y hermosa, con no poca envidia de las damas.

Llegó el dia de la fiesta, en la qual, o por el exercicio, que en correr lanzas, siempre he tenido, o lo mas cierto, por ser dichoso, yo fui uno de los que mas alentados anduvieron en la justa, llevandome tres precios en ella: con los dos serví a la hermosa Doña Blanca, que este es el nombre desta dama, y el otro di a una hermana mia doncella, que acertó a estar con ella en su misma ventana. De la conversacion, que las dos tuvieron aquella tarde, quedaron muy amigas: cosa que me estuvo a mí muy bien, porque desde el primero dia,

esta dama llegó a Pamplona y la vi , me enagenó el alvedrio , y fue dueño de mis potencias. Ofreciósele a su padre ir a Vizcaya a ver cierta hacienda , que havia heredado en aquella tierra , y dejó a su hija en casa de su hermana. En este tiempo procuré con grandes veras, que Doña Blanca supiera por orden de mi hermana mi passion, declarandome primero con ella, y dandola un papel mio , que la llevasse. Manifestóle mi amor , y dandola el papel , fueron tantos los extremos que hizo , que enojandose con ella , la dixo , que si gustaba que su amistad passasse adelante , no le tratasse en esto , que su padre vendria brevemente de Vizcaya , con quien podia comunicar yo mi intencion , que estimasse della el dar consentimiento para ello, que esto lo hacia por ver , que mi pensamiento iba dirigido al fin de ser su esposo. Con esto volvió el papel a mi hermana , la qual le agradeció su favor , y anticipando el tiempo del despedirse della , dejó la visita para que conociesse Doña Blanca , que iba disgustada de haverla visto con enojo , en lo que no podia perder nada. Luego que llegó a casa , me dió parte de lo que con Doña Blanca la havia passado , pidiendome encarecidamente , que por ningun caso la metiesse en esta intercession , que venia con proposito de no volver mas a verla , porque se havia cansado mucho de que siquiera por cortesia no huviesse leído el papel. Lo que sentí esto , amando ya con tantas veras , podreis consi-
de-

dexar. Hallabame hijo segundo de mi casa, y con poca hacienda para igualar al mucho dote, que tenia mi dama. Assi mismo via por la gran codicia de Don Lope su padre, quan impossible havia de ser darmela por esposa, pues me constaba, que casamientos de tanta calidad como la mia, y de mas hacienda, no havia admitido. Con esto andaba el hombre mas triste y melancolico del mundo, sin poder alegrarme divertimiento alguno, tanto que mis amigos me lo conocian. Ocasionóme esta tristeza una grave enfermedad, de la qual llegué a estar muy al cabo, sin que los Medicos me entendiessen el mal; y si bien conocian, que me iba acabando, se hallaban atajados, sin hallar remedio de quantos me aplicaban, que me aprovechasse, porque mi mal procedia de diferente causa de la que ellos pensaban. Mi hermana, que sabia bien de donde me venia el daño, procuró animarme con consuelos, que me daba, prometiendo hacer todo lo possible, si me esforzaba, para que Doña Blanca me favoreciesse; pero como yo conocia estar lejos mi remedio, si ella no se mudaba del intento, que hasta alli havia manifestado, alentabanme poco sus esperanzas. Sucedió pues, que su tia de Doña Blanca, que havia sido gran amiga de mi difunta madre, me vino a ver un dia, lastimandose mucho de mi grave mal, y mas de que me aprovechassen tan poco los medicamentos, que le aplicaban. Halló a mi padre y hermanos

 afli-

afligidos de verme en aquel peligroso estado, a quien consoló con cuerdas y prudentes razones, diciendoles, que esperassen en Dios, que me havia de dar salud, no permitiendo, que mi juventud se malograsse. Volvió a su casa, donde dió cuenta a su sobrina de mi mal, y de quanto temian mi vida, por no entender mi enfermedad los Medicos. Pesóle mucho a Doña Blanca, sospechando luego, que por su desden debia de haver yo llegado a aquel peligroso estado; y assi mismo sintió haver hablado con aspereza a mi hermana, de la qual conoció, en haver faltado a su correspondencia, que estaba sentida della. Discurriendo pues sobre esto grande rato, quiso el dia siguiente, con achaque de visitar a mi hermana, verme a mí, y cumplir con las dos quejas, y assi pidió para esto licencia a su tia, y fue a casa. Halló a mi hermana en mi quarto assistiendo a mi cura, y queriendo salir dél a recibir la visita en el suyo, no lo consintió Doña Blanca que me dejasse, antes entró en mi aposento a hacerla alli. Considerad, señores, de un hombre que estaba en el estado que yo por su aficion, qué gloria sentiria con su vista. Llegóse a mi lecho, y dixome, mostrando en sus ojos alguna piedad de verme tan flaco: ¿Qué es esto, señor D. Martin? es possible, que con vuestro mal querais darnos tan malos ratos a vuestros servidores? Suplicoos, que os animeis, que el faltar las esperanzas al enfermo, y no confiar en los reme-

dios,

dios, que para su mal puede haver, es la mayor causa de agravar su dolencia. De mí os asseguro, que lo he sentido mucho, como tan servidora que soy de vuestra hermana; y si en mí estuviera el poder daros entera salud, no lo dilatára. Con el contento que recibí en oír estas razones a Doña Blanca, me volví a animar los sentidos y a alegrar el alma. Esforzéme quanto pude, y dixele: Ninguna cosa de quantas hay en el mundo, me pudiera restituir la perdida salud, sino la merced que al presente recibo con vuestra vista. Esta y el favor, que me haveis hecho con las buenas esperanzas que me dais, que la gozaré presto enteramente, me tienen ya otro del que ha poco rato que fui. El cielo, señora, os pague el consuelo, que me haveis dado, que estoy con él tal, que me parece, que en mí no hay mal alguno. Si esse efecto, dixo Doña Blanca, hace mi vista, que quiero creer de vos por cortesia, deseo tanto veros sin ningun penoso accidente, que he de suplicar a mi tia muchas veces me dé licencia para hacer esto, siquiera por desenojar vuestra hermana, que ha dias que no me favorece, como solia. La peligrosa enfermedad de mi hermano, dixo ella, ha sido la causa de no haveros enviado a visitar; si bien en este aprieto de su mal pudiera esto haver comenzado de vos, pues me teniades justamente quejosa. No quiero que en ninguna manera lo esteis de mí, dixo Doña Blanca, que deseo serviros con todas veras; y assi,

de-

dejemonos de quejas, que vengo con animo de satisfacerlas, y de que divirtamos a nuestro enfermo. Pidió entonces si havia una harpa, y traxeronle una de mi hermana, la qual, despues de haverla templado en una pieza antes de la en que yo estaba, volvió a su assiento, y con dulce y regalada voz cantó un Romance, que por ser breve, os le tengo de decir, que se me quedó en la memoria.

Afligido corazon,
no os atajen impossibles,
que mal logrará deseos
quien sin esperanzas vive.
Si parias al dulce amor
haveis tributado humilde,
desconfianzas del premio
no es bien que os desacrediten.
En valor, que en él desden
ni se desea, ni rinde,
tanto acrecienta de gloria,
quanto de pena resiste.
Assistencias del cuidado
vencerán lo mas dificil,
que sin merito el favor
nunca llega a quien le pide.
La mas alentada fé
en la voluntad mas firme
dudosa espere remedio,
si se desmaya en los fines.
En la milicia de amor

na-

nadie es bien que desconfie,
que se infama de cobarde
quien de la empresa desiste.

Bien entendí en los versos del Romance, que se dirigian a darme animo a proseguir con mi pretension, con los quales quedé muy alentado, y ya otro del que era antes que Doña Blanca viniera. De nuevo le dí las gracias por lo que me havia favorecido, conociendo todos de mi semblante el efecto, que la visita de Doña Blanca havia hecho. Hizose hora de despedirse, y llegandose a mi lecho, me dixo: Estimo, señor Don Martin, el ir mas favorecida de vos, que mi tia, que me significó quan poco la hablastes. Esforzaos, que me holgaré de saber presto buenas nuevas de vuestra salud, y en lo que pudiere serviros, creedme, que me tendreis muy de vuestra parte. Con esto dió lugar a que entre mis agradecimientos la tomasse una blanca mano, poniendola en mi boca, y a mi hermana la dió grandes satisfacciones de lo passado, prometiendola, que de alli adelante seria diferente, y que esto lo atribuyesse a lo mucho que estimaba su amistad, que no deseaba perderla. Mi hermana le agradeció aquel favor, y suplicó no la olvidasse. Assi lo prometió Doña Blanca, y lo cumplió, porque me volvió a ver otras dos veces; y en la ultima me dejó un relicario suyo muy curioso, pendiente de un cordon de sus rubios cabellos. Con estos fa-

vo-

vores tuve brevemente salud, admirandose los Medicos de mi acelerada mejoria, no atribuyendo la causa sino a mi juventud, que con ella havia vuelto a mi primero ser.

Continuamos nuestros amores por medio de mi hermana, permitiendo Doña Blanca, que yo la escribiesse, y mereciendo, con hacer esto a menudo, ser correspondido, favoreciendome con muestras de grande voluntad. Hasta aqui anduvo favorable la fortuna conmigo, porque en algunas fiestas, que se ofrecieron, nunca salí en ellas sin favor de mi dama, ya vanda bordada de sus hermosas manos, ya manga hecha por las mismas.

Vino su padre de la jornada a que havia ido, y quiso volverse con su hija a Burgos; pero era tanta la aficion, que su anciana tia la havia cobrado, que no consintió que se la llevasse de su compañia. Obligóle a D. Lope a condescender con su gusto el esperar heredar della una buena parte de hacienda, y assi se determinó a dejarle a Doña Blanca, volviendose a Burgos a ver la suya.

Havia servido a Doña Blanca en su patria un caballero muy principal y rico, llamado D. Henrique, el qual a esta sazon estaba en la corte pretendiendo un Habito, medio año havia, de donde se correspondia con Doña Blanca, y ella con él, sin faltar ordinario alguno de escribirle. Estuve yo muy ageno de saber esto, hasta que un dia, que estaba mi hermana vi-

si-

sitando a Doña Blanca, vió traherle del correo las cartas, y por estar con otras señoras amigas suyas, que assi mismo la visitaban, mirando mas a su gusto, que a la descortesia que usó, se apartó a un lado del estrado a leerlas, si bien las pidió licencia para ello con llaneza de amiga. Atenta estuvo mi hermana, desde que comenzó a leer las cartas, al semblante de Doña Blanca, juzgando dél, que se havia holgado mucho con lo que la carta contenia. Llegó a este tiempo una criada suya, a la qual habló al oído, aunque no tan secretamente, que con el cuidado que estaba mi hermana, no entendiesse las ultimas razones de su platica, que era decirle Doña Blanca: Pareceme, Theodora, que será su venida dentro de quince dias aqui, y hallome tan confusa con lo que tengo presente, que no sé que tengo de hacerme. La criada le replicó: Ya veo el cuidado que te podrá dar esto, pero será facil con la vuelta a Burgos dejar lo que hay aqui, pues es mas de tu gusto lo ausente. Assi havrá de ser, volvió a decir Doña Blanca, que esto solo ha sido entretener el tiempo, mientras llega Don Henrique. Cuidadosa dejó a mi hermana lo que les havia oído a Doña Blanca y su criada, de lo qual me dió cuenta en llegando a casa, con que los rabiosos zelos tuvieron lugar en mi pecho para darme no pocos desvelos, si antes lo havian hecho los desdenes de Doña Blanca. Advirtióme mi hermana, que para saber si esta era

correspondencia assentada, hiciesse diligencias en coger una carta del correo. Parecióme bueno su consejo, y assi estuve con cuidado todo lo restante de aquel dia, para ver si salia algun criado de Doña Blanca a llevar cartas. No me salió en vano la zelosa curiosidad, porque a prima noche ví llevar a un pagecillo de Doña Blanca, conocido mio, una carta. Seguíle hasta ver que la havia dejado en el correo, de donde me fue facil el tomarla, sobornando a un oficial suyo. Volví con ella a casa, y en presencia de mi hermana la abrí, hallando en ella estas razones, que tengo bien en la memoria.

Menos que con la resolucion que me escribes, de que partirás presto de essa corte, unico dueño mio, no pudiera passar esta larga y penosa ausencia, careciendo de tu vista. Doyte la norabuena del Habito que has recibido, y a mí me la doy del que dejaré de penas y cuidados viendote en mi presencia. Tendré por mejor, que tu venida sea a Burgos, porque no seas notado aqui; que yo, aunque sea contra la voluntad de mi tia, que lo contradice, persuadiré a mi padre, que me vuelva a la patria, donde me hallarás tan tuya como siempre.

No puedo significaros qual yo quedé de haver leído esta carta, considerando el doble trato de Doña Blanca, que me estaba vendiendo finezas al mismo tiempo, que se correspondia con otro. Bien fueron menester los pruden-

tes

tes consejos de mi hermana para no perder el juicio. No quise por entonces darme por entendido, y assi tornando a cerrar la carta, la volví al correo. Passé con Doña Blanca aquellos quince dias como antes, sin conocer mudanza de semblante en mí, si bien el interior era ya diferente de lo que solia. Ella dió en este tiempo, para mayor tormento mio, en escribirme amorosa y tiernamente, con que yo me desesperaba. Nunca tuve ocasion aquellos dias de verme con ella a solas, porque lo rehusaba cuidadosamente. Vino su padre de Burgos, e intentando ella que la volviesse a aquella ciudad, no se le cumplió su deseo, porque el amor de la tia, y la codicia de heredar en el viejo estorvaron este intento, antes por serle mas afecto a su hermana, truxo del todo su casa desde Burgos a Pamplona. Vino Don Henrique a Burgos, y como no hallasse alli a su dama, haviendo descansado en aquella ciudad ocho dias, se partió della a ver a su dueño a Pamplona. Essotro dia adelante del que llegó, que era fiesta, supo a qué parte iba a missa, y acudió muy galán, y acompañado de lucidos criados y pages con librea de las colores de Doña Blanca, que eran verde y leonado. Halléme en aquella ocasion, que entró en la Iglesia, donde llegó a su dama, que a pesar mio le recibió con notables muestras de alegria, hablando todo el tiempo que duraron dos missas. Acabadas, se salió con Doña Blanca,

a quien acompañó hasta su casa: cosa que me dejó el pecho hecho un infierno de zelos. Essa misma noche tuve un papel de Doña Blanca, en que con violentas razones me daba a entender ser aquel caballero un deudo suyo, y grande amigo de su padre: cosa con que me dejó mas sospechoso, porque satisfaccion anticipada a la queja trahe consigo mala presuncion de agravio.

Con el conocimiento de ser amigos acudia Don Henrique todos los dias a casa de Doña Blanca, visitandola en presencia de la tia; en uno de los quales se halló mi hermana con ella, mas por curiosidad de saber lo que havia, que por visita que se debiesse. Allí vió en las demonstraciones de los dos quan apretada correspondencia tenian, que el amor es dificultosa passion de encubrir, aunque el recato mas la abstenga de los ojos de los circunstantes. Con esto estaba yo el hombre mas impaciente del mundo, y assi no dormia, ni sossegaba, gastando la mas parte de las noches en passear su calle.

Eran mis amores y los de Doña Blanca tan secretos, que sino eran ella y una criada suya, y mi hermana, nadie los sabia; con lo qual podia disfrazado passear la calle, sin dar sospecha alguna. Yo con la que tenia de que mi dama queria tiernamente al caballero paysano, estaba una noche a la puerta de Doña Blanca embozado, cuidadoso de ver si entraba Don Henri-

que

que en su casa : vi salir un pagecillo della, el qual llegandose a mí, me dixo en voz baja, si era D. Henrique : yo en el mismo tono dissimulando la mia, le respondí, que sí, y a este tiempo me puso un papel en las manos, diciendome : Mi señora os suplica, que mañana no la vayais a ver, que ha de estar en una visita de una amiga suya ; pero os ruega, que veais esse papel, y hagais lo que os dice en él. Yo le respondí, que haria lo que se me mandaba, y al page le dí un doblon, con que partió de mi presencia muy contento.

Volvíme a casa, donde leí el papel, en el qual le mandaba a Don Henrique acudir a la media noche a la puerta falsa del jardin, donde le estaria esperando. Aqui fue mi verdadero sentimiento, mis quejas, y finalmente mi desesperacion : quisiera dar voces como un loco, sino temiera alborotar a mi anciano padre y hermanos. Con esta pena ya podreis considerar lo poco que dormiria aquella noche, queriendo tanto a Doña Blanca, y viendo su falso y doble trato. Llegó la Aurora, no tan temprano como yo la deseaba, que a los enfermos y zelosos siempre les parece perezosa en madrugar. Levantéme, y luego di cuenta a mi hermana de lo que passaba, la qual se maravilló estrañamente de lo que oía, y mas de que aquel dia le viniesse un recado de Doña Blanca, en que la avisaba, que la vendria a ver aquella tarde, que me diesse parte desto. Todos estos

fa-

favores eran ya tormentos para mí, conociendo bien, que eran solo con fin de engañarme, siendo su amor fingido para conmigo quanto verdadero para Don Henrique.

Vino a mi casa Doña Blanca, la qual me halló acompañando a mi hermana, no con el gustoso semblante que otras veces, porque la pena, que en mi corazon havia hecho assiento, nacida de su poca fé y falso proceder, no daba lugar a que mi simulacion la ocultára. Echó luego de ver esta novedad en mí, y preguntóme si estaba indispuesto. En este tiempo se me ofreció una ficcion, con que hacer experiencia de Doña Blanca, de lo que fingia quererme, y assi le dixe, que el Rey havia hecho merced a un tio mío de la esquadra de las galeras de Sicilia, y que por honrarme me queria hacer su Teniente, haviendoselo pedido al Rey en remuneracion de sus grandes y antiguos servicios, con lo qual era fuerza a mi pesar irle a servir en aquel cargo, obedeciendo a mi padre, que gustaba dello. Fingió con esto grande turbacion Doña Blanca, que de su cauteloso trato pude presumir esto. Supo tan bien hacer el papel de la pesarosa, que sentada en una silla, haviendo dejado el estrado, comenzó a derramar muchas lagrimas. Prueba fuera esta de grande amor, a no me constar antes lo que sabia del papel, que le desmintiera estas fingidas finezas. Yo no quise, aunque fingidamente, mostrarme ingrato a tal sentimiento, y

as-

assi comencé a consolarla, diciendola, que si era su gusto, que yo no saliesse de Pamplona, atropellaria por todo, perdiendo mis aumentos y la gracia de mi padre, que era lo que mas podia sentir. A todo esto acudió con mas atencion que yo quisiera, diciendome: Señor Don Martin, no permita el cielo, ya que soy sumamente desgraciada en perder tanto bien teniendoos ausente, que vos perdais reputacion y aumentos, antes gusto, aunque sea tan a mi costa, que vais a ocupar esse cargo; pues con él tendreis mas cierta la voluntad de mi padre, para tenerme por esposa. En qualquier parte que estuvieredes, os suplico no seais ingrato a mi voluntad, acordandoos del amor que os tengo; pues si en vos hallo siempre firme fé y segura correspondencia, bien sabré resistir violencias de mi padre ocho, y diez años, sin admitir otro empleo sino el vuestro. Estaba yo considerando, quando decia esto, quanto oculta un engaño, y quanto palia una falsa fé. Otro creyera con estas razones, que no havia que buscar mas firmeza en el mundo, que la de Penelope y Porcia era rasguño en comparacion desta: mas yo que estaba cierto de su cautela, en vez de pagarme de sus razónes, era cada una un enemigo, que me irritaba a vengarme. Agradecila, como supe, tantos favores, prometiendola ser el mas firme de los hombres, y deseaba, que se fuera ya a su casa, y ver tender la noche fria su lobrego manto, para hallarme en el puesto
con

con el galan favorecido. Despidiose Doña Blanca de mi hermana con lagrimas, y de mí ni mas ni menos, tornando a reiterar lo que pensaba hacer por mí, con lo qual se fue a su casa, quedandome en la mia trazando lo que havia de hacer aquella noche. Quando Doña Blanca salió de mi possada, fue tal su suerte, que se encontró en la calle con Don Henrique, a quien preguntó si le havian dado la noche antes un papel; y como él dixesse que no, se alteró mucho, por si el page le havia dado a otro, determinando averiguarlo en llegando, y avisar, que la viesse aquella noche por el jardin, con que se despidió. Esto lo oyó todo un pajecillo mio, que siendo amigo de otro de Doña Blanca se fue con él hasta su casa, y volviendo despues a la mia, dió cuenta desto a mi hermana, y ella me lo dixo a mí.

Llegó pues la noche y la hora deseada de mí, en que se me hizo tardo el tiempo, porque solamente para los deseosos y amantes no es veloz. Puseme un azerado jaco, y con un fuerte y ligero broquel salí acompañado de un criado, de cuyo animo tenia hechas en otras ocasiones bastantes experiencias. Fuime con él a la puerta del jardin de la casa de Doña Blanca, donde esperé encubierto de las escuras sombras de unos copados arboles. A poco rato despues que huve llegado, acudió D. Henrique al señalado puesto con otro, que le acompañaba. Dió un silvido, a cuya seña le fue abier-

ta

ta la puerta del jardin por una criada de Doña Blanca, y al tiempo que tenia un pie dentro del umbral de la puerta para entrar, llegué yo a esse punto, y travandole de la capa, le dixe: Señor Don Henrique, antes que emprendais la entrada desta casa, me conviene hablaros a solas una palabra, que lo deseo mucho. Conocióme Don Henrique, y dixomè con algun genero de enfado: A riguroso tiempo llegais a estorvarme esta entrada hecho centinela desta puerta: creo, que os ha de pesar tanta curiosidad, y mas si averiguo que os importa. Que me importa es cierto, dixe yo; que me ha de pesar el hablaros está en duda, porque a no lo estar, no me determinára a hacerlo. A este tiempo la criada de Doña Blanca, no advirtiendo bien lo que entre los dos passaba, volvió a decir a D. Henrique, que a qué aguardaba a entrar. A lo qual le respondió, dissimulando su enojo, que havia por alli gente, y que no queria ser notado, que cerrasse, que él volveria presto, y haria la misma seña. Esto dixo confiado de sí, que en qualquier sucesso se desembarazaria de mí brevemente. Cerró con esto la criada, y los dos con nuestros acompañantes nos fuimos cosa de dos tiros de piedra apartados de aquel lugar, donde en un sitio solo y remoto del passo de la gente, le dixe a D. Henrique estas razones: Bien creo, señor Don Henrique, que me conocereis. Bastantemente, dixo él. Supuesto esto, repliqué yo, quando nuestra pla-

tica llegue a rompimiento de desafio, os consta que os igualo, para que le accepteis con mas gusto. Yo os he sacado aqui para daros a entender, que soy favorecido de mi señora Doña Blanca desde que vino a esta ciudad, cuyos favores manifiestan bien papeles de larga y amorosa correspondencia. Bien sé que lo sois tambien, y mas antiguo que yo, y estoy cierto, por lo que tengo averiguado, que todo lo que conmigo se ha hecho, ha sido solo por entretener el tiempo que estabades ausente: cosa indigna de la calidad de una señora tan principal. Vengarse en las mugeres, es de personas bajas y viles, y assi dejo esto para la gente de tal profession; pero reservo la venganza de haverme engañado esta señora en estorvar, que vos no gozeis la ocasion desta noche, que he sabido por yerro de un papel, que me dió un paje, pensando ser vos. A esto he venido, porque os satisfagais de veras, que no me ha pesado de haveros hallado. Terrible indignacion entró a este tiempo en el pecho de Don Henrique, pues turbado con la colera que le causaron mis resueltas razones, apenas podia pronunciar las suyas, pero al fin me dixo: Atrevimiento grande es, señor Don Martin, querer que yo por favorecido no me aproveche de la ocasion, que la fortuna me tiene guardada, haviendola merecido bien en seis años, que ha que sirvo a mi señora Doña Blanca. Si se ha querido divertir con vos por juego, con licen-

cia

cia de dama, no apruebo la burla en sujeto de tanta calidad como el vuestro: yo me holgára tras esto de ver essos papeles que decis haver recibido de su mano, para que me certificára de lo que dudo. Los caballeros Navarros pecais un poco de jactanciosos y sobervios, y si con uno y otro quereis probar mi valor, que no lo dudo, pues me venis a provocar, sobre que haveis andado mal en haver seguido mis passos, os daré a conocer, que ha sido vuestro termino ageno de quien sois. La duda que poneis, dixe yo, en los papeles que he recibido, haviendólo yo assegurado, será la ocasion de nuestra pendencia, que quiero daros a entender con mi espada, que sé decir en todas ocasiones mas verdad que vos, que sois quien mentis. Decir esto y sacar el azero todo fue a un tiempo. Hizo él lo mismo, y los criados, que eran animosos, no quisieron estarnos mirando, y assi todos quatro comenzamos a acuchillarnos animosamente, pero quiso la fortuna que yo alcanzasse con una punta a Don Henrique en la garganta, por haverse reparado mal con el broquel, con la qual le quité la vida, al tiempo que mi criado havia dado otra al de D. Henrique por un costado, dejandole tendido en tierra, aunque con vida, pidiendo a grandes voces confession, lo qual no hizo su dueño, porque brevemente espiró. Visto lo que havia hecho, en lugar de ponerme en salvo, me fui al jardin de Doña Blanca, y haciendo la seña a la

puerta dél, fui abierto de Laurencia la criada. Entré dentro con mi criado, y hallé sentada cerca de una fuente a la ingrata dama, a quien, ciego de colera dixe estas razones: Ya, fementida Doña Blanca, que estoy desengañado de tu falso trato, mal debido a mi pura voluntad, no quiero que tú dejes de estarlo, si aguardas aqui a tu querido Don Henrique. Rabiosos zelos me han hecho ser lynce de mi agravio, hasta certificarme dél: de la remission de tu amante en entrar aquí, he tenido yo la culpa con estorvarlo, pues no merecí con mis finezas llegar a este puesto, que no gozasse en él los favores, que le prevenias. Yo le dejo muerto cerca deste sitio, que si bien se defendió con animo y valor, por esta vez quiso la fortuna, que yo le aventajasse en él. Si su muerte llegas a sentir al passo que le has querido, culpa a tu mudable condicion este sucesso, pues della ha nacido que tú le pierdas. Fuerza es que su muerte me obligue a dejar mi patria, pero a trueque de haverte hecho este pesar, vengandome de tu falso proceder, lo doy todo por bien perdido, interessando en esto no verte mas mis ojos; y deseo, que el cielo borre de mi memoria tu nombre, para que donde quiera que me halláre, nunca me acuerde de cosa que tanto me ofende. Quando acabé la ultima razon, ya Doña Blanca estaba sin sentido, desmayada del susto, que le dió la nueva, con lo qual la dejé en los brazos de su criada, y saliendome

me del jardin, me fui a mi posada con mi criado, donde llamando a la puerta del quarto de mi mayor hermano, le dí cuenta del tragico sucesso, hasta entonces ignorado dél, el qual sintió estrañamente, viendo que era ocasion para ausentarme de la patria. Dióme dineros y joyas, con que luego, antes que la Aurora desterrasse las tinieblas de la noche, me partí de Plamplona, y queriendo dejar encomendado a mi hermano diesse a Doña Blanca las cartas y demás prendas suyas, con la prissa que me dió para partirme, no tuve lugar de entregarselas, y assi me las truxe conmigo. Llegué con mi criado a Barcelona, donde me embarqué hasta Genova, y desde alli fui por tierra a Milan. En esta ciudad estuve seis meses encubierto siempre mi nombre y habito. Avisaronme de España los extremos de sentimiento, que Doña Blanca havia hecho por la muerte de su Don Henrique, a quien llamaba esposo, y que se havia vuelto a Burgos, donde se retiró en un Convento por seglar. Assi mismo me avisó, que un hermano del difunto havia un mes que partiera de España en busca mia con intencion de matarme. Esta carta llegó tres dias antes de haverme dicho, que mi enemigo estaba en Genova, con lo qual solo, por haverseme muerto mi criado en Milan, me partí a Napoles encubierto en este traje, y caminando de noche, hasta que errando el camino tuve suerte en servir a la señora Leonora, sacandola de aquel

aprie-

aprieto en que estaba. Esto es lo que hasta ahora me ha sucedido desde que sali de España, dando por bien empleado mi trabajo (dixo volviendose a Laura) por haverme visto en vuestra presencia, cuya hermosura venera mi alma, que os adora por única prenda suya, sin que memorias de España me sirvan mas que de ensayo para amaros con mas veras. Agradecieron todos a Don Martin el haverles dado cuenta de sus amores y ausencia de España, y Laura mucho mas interiormente: la qual desengañada de que el Español antes estaba ofendido, que enamorado de Doña Blanca, le comenzó a mostrar grande voluntad y a favorecer. Quince dias se passaron primero, que el tio de las dos damas volviesse a la quinta, en los quales los dos caballeros fueron muy regalados y favorecidos de Laura y de Leonora, donde las voluntades de los quatro estaban muy conformes, queriendose tiernamente. Finalmente llegó Fineo, yendo en busca de Leonora hasta Saona, donde le halló un proprio, que las damas despacharon, haciendole saber, como su sobrina havia parecido, de lo qual se holgó mucho. Vióse con Julio su padre, que halló con alguna mejoria: dióle cuenta del sucesso de Leonora, y assi mismo como tenia en la quinta de Laura preso al homicida de sus sobrinos, dando las señas de su persona, por las quales conocieron ser Anselmo, y viendo, que justamente, conforme a las leyes del duelo, tan contrarias al precepto

de

de Dios, se havia desagraviado de su ofensa, se lo dió a entender a Fineo, para que aplacasse el rigor, que queria executar en él. Sucedió pues, que viniendo a agravarsele la enfermedad, llegó a lo ultimo de su vida, y haciendo de nuevo testamento, mandó en él, que Leonora su hija se casasse con Anselmo, por haver siempre conocido valor y partes en su persona para merecerla. Murió luego dentro de dos dias, y haviendole hecho Fineo las exequias, se partió luego a la quinta de Laura. Supieron su venida las damas, las quales escondieron sus amantes en parte donde no pudiessen ser hallados. Preguntó Fineo en llegando por el preso, y haviendole dicho, que rompieron la carcel él y otro compañero suyo, que havian preso el dia que se partió, mostró haverle pesado mucho, diciendoles a sus sobrinas, que la causa de aquel sentimiento era porque havia sabido, que era Anselmo, segun las señas que le dió de su persona a Julio el padre de Leonora; y assi mismo les dixo lo que havia ordenado en su testamento, encargandole de palabra, que los casasse luego. Viendo esto Leonora, le dixo a su tio: Señor, si los yerros, que se cometen queriendo bien, trahen consigo la disculpa, yo la tengo mayor en haver anticipado mi empleo al mandato de mi padre en casarme con Anselmo, a quien debo grandes obligaciones de amor: yo le saqué de la prision, juntamente con otro caballero, que por

yer-

yerro havian preso vuestros criados, pensando ser compañero suyo, y no fue sino quien me sacó de aquel cerrado sepulcro, donde él me dejó por no perderme. En esta quinta estan los dos escondidos por temor de vuestro enojo. Mandó Fineo, que viniessen a su presencia, a quien recibió con mucho agrado y cortesia, y luego hizo que Leonora y Anselmo se diessen las manos, lo qual hicieron los dos con mucho gusto. Dieron cuenta a Fineo de quien era D. Martin, y assi mismo la voluntad y amor que tenia a la hermosa Laura: y viendo su tio en los ojos de la dama inclinacion a quererle, dispuso, que tambien se desposassen. Supo el Gobernador de Milan estas bodas, y como fuesse grande amigo de Don Francés, padre de D. Martin, envió luego a visitarle, ofreciendose a ser su padrino en las bodas, las quales se hicieron con muchas fiestas y saraos, estando los quatro amantes muy contentos de su buen empleo, los quales dentro de poco tiempo tuvieron hijos, que los heredaron.

EL ZELOSO HASTA MORIR.

NOVELA VIII.

EStaba en servicio del Excelentissimo Señor Don Carlos de Borja, Duque de Gandia, un hidalgo solariego de la montaña de Burgos, cuyo nombre era Bernardo de Salazar; éste, por una muerte, que hizo en su tierra, se vino al Reyno de Valencia, donde por su buen proceder y honrado trato fue admitido por gentil-hombre del Duque, a quien servia en Gandia. Estuvo algunos años en esta ocupacion, mereciendo por sus partes la compañia de una noble señora, criada de la Duquesa, con quien se casó; y assi estableció mas de assiento el continuar el servicio del Duque. Deste matrimonio tuvo una hija, que llegando a los tres lustros de su edad, era la mas hermosa muger que havia en todo el Reyno de Valencia. Muchos caballeros mozos, criados de la casa del Duque, deseaban merecerla por esposa, y aun hacian diligencias para esto; pero la poca edad de Marcela, que este era su nombre, atajó estas pretensiones, dando por disculpa su padre, que aun era temprano para ponerla en estado, y apartarla de su compañia. No por es-

to dejaron por entonces los aficionados de la hermosa Marcela de continuar el servirla, para tener merecido lugar en su voluntad, quando fuesse la de su padre casarla. No estaba en esto Bernardo de Salazar, porque como fino Montañes queria emplearla en un primo hermano suyo muy rico, que vivia en Aguilar de Campo: este havia heredado de sus padres mas de quarenta mil ducados de hacienda en heredades y juros, de suerte que era de los hombres mas ricos de aquella tierra. Llegó Marcela a tener veinte años, y viendo su padre que tenia ya edad para darla estado, lo trató por cartas con deudos suyos, para que ellos lo acabassen con su primo. Envió retratos de su hija allá, con que fue facil de efectuarse el casamiento. Enviaron por la dispensacion a Roma, que vino dentro de tres meses, y en el interin se trató el modo cómo se havia de hacer la boda. Era el novio poco galan y mucho Montañes: la disposicion del cuerpo no realzaba sus partes, porque le tenia muy pequeño, y con esto un bulto en las espaldas, que él decia haver sido caída, y los que le vieron nacer, que era corcoba; de qualquier suerte él era corcobado, y tan metido de hombros, que apenas se señoreaba la cabeza sobre ellos dos dedos; las piernas no suplian este defecto, porque era zambo en sumo grado, solo el entendimiento emendaba estas faltas, que era tan corto como su cuerpo, y tan limitado, que apenas sabia lo or-

di-

dinario de la cortesia, que llaman la cartilla de los ignorantes. ¿Miren qué monstro esperaba la beldad de Marcela? qué demonio elegian por compañero de tal angel? En solo una cosa anduvo cuerdo, que fue en no quererse ir a casar a Gandia, sino que le llevassen a su patria la novia: debió de ser consejo de quien le queria bien, porque no viessen sus defectos. En esto se resolvió, y como Rey aguardó a que su suegro y primo se la enviassen a la montaña. Viendo Bernardo de Salazar la terquedad del yerno, que havia elegido, en no ir a casarse con su hija, se determinó llevarsela. No podia Salazar entrar en Aguilar por la muerte que alli havia hecho, porque aun vivian hermanos del difunto, y era gente poderosa, pero resolvióse en ir encubierto. Partieron de Gandia, y continuando sus jornadas, llegaron a la patria del señor novio. No venia Marcela con mucho gusto, porque de ver la poca fineza de su esposo se temió, o que le faltaba entendimiento, o le sobraban defectos personales: mas al fin sujeta y obediente al gusto de su padre, huvo de forzar el suyo, y en compañia de su madre ir a casarse, sin saber el talle y partes de su consorte. Llegando quatro leguas de Aguilar, a donde determinaba quedarse Bernardo de Salazar, hicieron alto, esperando la salida de Lorenzo de Santillana, que este era el nombre del novio, mas él se escusó con fingirse enfermo y echarse en la cama; y assi le obligaron a que en ella

le hallasse su suegra, no con poca risa de todo el lugar, que celebraba estos caprichos y temas del defectuoso Santillana. Con esto se determinó Salazar a entrar en Aguilar a verse con su yerno, enviando delante a su muger y hija, acompañadas de algunos deudos, que les salieron a recibir. Las dós hallaron al tal novio en la cama, que las recibió con mucha alegria. En pocas razones conocieron su buen talento, con que a Marcela y a su madre se les dobló el pesar, que tampoco este casamiento se hacia con gusto de la madre. Essa noche se hizo un esplendido banquete, donde assistieron los deudos mas cercanos y sus mugeres, y despues de acabado vino Bernardo de Salazar a verse con su yerno. No poco se holgaron madre y hija de que viesse el sujeto que havia elegido para su yerno, y esposo de una dama de tantas partes: él estaba tan casado con la codicia de su hacienda, y tan desvanecido con el novio, que sus defectos le parecian perfecciones. ¡O codicia humana, quántos desaciertos haces, y quantos yerros ocasionas! Essa noche se passó con visitas de parientes, y essotro dia se efectuó la boda, que no les costó pocas lagrimas a la hermosa Marcela y a su madre. Era el novio sumamente miserable, y ocho dias que tuvo a sus suegros consigo se le hicieron mil años. Cansóse con los huespedes de suerte, que con ceñudo semblante les dió a entender, que gustaria de que le dejáran solo. Echólo de ver la suegra,

gra; y conociendo el enfado del descortés yerno, dió priessa a Salazar para su vuelta a Gandia, si bien por otra parte le daba pena haver de dejar en poder de un hombre tan opuesto a su condicion a su hija. Esto causan los padres, que por sus particulares interesses emplean sus hijas en personas, con quien han de vivir muriendo, dandoles estado por fuerza, que ha de durar lo que la vida. Volvióse Salazar con su muger a Gandia, despidiendose su yerno dél muy secamente, con lo qual llevó algun pesar de haver empleado a su hija en hombre tan tonto y falto de urbanidad.

Con la venida de la hermosa Marcela acudió toda la gente principal de Aguilar a visitarla, assi de damas, como de hidalgos y caballeros, y todos salieron contentissimos de sus partes, y aficionados de su agrado y cortesia. La ociosa juventud del lugar todo era alabar a la Valenciana, que assi la llamaban, todo hacerla versos a su hermosura y darla musicas de noche. Con esto levantaron una polvoreda de zelos en el buen Santillana, tal que pudo perderse en ella, pues aunque no discurria mucho, pudo en este particular alargarse a discurrir, que él era defectuoso de talle, corto de ingenio y esposo de una perfecta hermosura, celebrada con razon en su lugar, y que le consideraban indigno de ser dueño della. Con esta imaginacion continuada comenzó a desvelarse, y a quitar a su muger las salidas y a cortar las visitas, que la

ha-

hacian. Echó sus parientas: aumentósele el sentimiento a la pobre señora de tal suerte, que cada dia iba perdiendo de su hermosura. No salia de casa, sino era a missa, y esso, que era forzoso, cubierta el rostro, y acompañada del mismo Santillana, que la llevaba de la mano, hasta volverla a casa, no se apartando un punto en la Iglesia de su lado. No sentia Marcela estarse en casa privada de la comunicacion de las que solia visitar, y de salir a las holguras que se ofrecian, tanto como de la poca confianza, que della hacia su grossero esposo, y del temor con que vivia, recatandose de que viesse a nadie, que con esto insinuaba en ella ligereza, o temor de que la tuviesse contra su honor. Esto escribió algunas veces a sus padres, junto con estas lastimas, con que los tenia en continua pena, arrepentido del todo Salazar de haver hecho tal empleo. Sucedióle a Santillana en la Iglesia ver a un galan oyendo missa bostezar, y como es de ordinario hacer lo mismo el que lo vé, aconteció hacerlo tal vez Marcela, y pensar, que esto era seña entre los dos, con que llegando a casa la consumia pidiendola zelos. Desto a este modo le sucedian muchas cosas, que en la pobre señora eran de pesadumbre, y sabidas de los vecinos, de risa, viendo quan apassionado estaba el pobre zeloso. Era de manera, que redundaba en decirla razones muy pesadas, que la obligaban a tener mucho sentimiento.

Con

Con las muchas lastimas, que Marcela escribia a sus padres de la triste y desesperada vida, que passaba, ocasionó a Bernardo de Salazar una grave enfermedad, que le apretó tanto, que le acabó la vida. Queriale bien su esposa, y assi lo mostró en el sentimiento, pues a quince despues que le enterró, dió fin a sus dias con grande pena de los Duques, que la estimaban y querian mucho. Dejó Salazar alguna hacienda, y siendo su forzosa heredera Marcela, avisaron a Santillana, assi de la muerte de sus suegros, como de lo que su muger heredaba. El, que no era poco ambicioso, y amigo de interesses, se holgó con la herencia, y viendo, que para tomar la possession de ella, si iba a Gandia, havia de dejar sola a su esposa, determinóse a llevarla consigo. No fue de poco gusto esta jornada para la hermosa Marcela, que llevaba intento en llegando a Gandia, hacer quanto pudiesse, por apartarse de la compañia de tan insufrible hombre, valiendose del favor de los Duques y de sus hijos. Llegaron a Gandia, y es de advertir primero, que Santillana jamás havia salido de Aguilar, desde que nació una legua en contorno. Fueronse a apear en casa de un deudo de Marcela, que les recibió con mucho gusto. Essa noche les enviaron los Duques a visitar con un paje, y a darles la bien venida. Al recaudo respondió Santillana con aquel buen lenguaje, de que era dotado: cosa que el paje notó bien, y lo dixo

en

en palacio, que no fue poco solemnizado, porque el paje era socarron, y le refirió con mucha gracia. De alli a dos dias que llegaron, quiso Marcela ir a besar la mano al Duque y Duquesa, acompañandola el primazo de su esposo, tan bien vestido, como se podia esperar de su buen gesto, que aunque Aguilar es lugar politico, en él no havia entrado el andar al uso. Fue Santillana honrado del Duque, de su hijo el primogenito, y del Maestre de Montesa, que assistia alli, dissimulando quanto pudieron la risa, que les causaba su deslucido y ridiculo talle, y sus grosseras acciones. Marcela despues de haver besado la mano al Duque, entró en el quarto de la Duquesa, donde fue afablemente recibida, no poco admirada de ver en tanto menoscabo su hermosura, considerando quanto acaba una pena. Alli dió cuenta Marcela a su Excelencia y a sus criadas de sus trabajos, desde que se casó, y como aun vivia con ellos, sin haver remedio de poderse acabar con Santillana que perdiesse los zelos, que de ella tenia, fundados en necias sospechas. Vuelta Marcela y su esposo a su posada, comunicaron los señores lo que la dama les havia referido acerca de la terrible condicion de su esposo: cosa que a todos les causó mucha lastima. Tomó el Duque a su cargo essotro dia el darle una mano, para ver si con ella se emendaba y estimaba a su esposa. Envióle a llamar, y aunque el buen Montañes se le hizo cuesta arriba ir a palacio,

hu-

huvo de obedecer al mandato del Duque. Aguardabale en un camarin solo, donde viendose a solas con él, le dixo las obligaciones, que tenia un marido de honrar a su muger, quando en ella conocia partes para ser amada, y que no le daba causa para sospecha alguna. Dixole lo que havia sabido usaba con ella, y rogóle, que de alli adelante se portasse de otro modo, con advertimiento, que si sabia lo contrario, lo procuraria emendar por el camino que pudiesse. Algo se atemorizó Santillana, viendose reprehendido de un tan gran señor en cosa, en que tenia tanta razon, y él tan poca. Disculpóse con las mas concertadas razones, que su rudo talento le dió a mano, sin hacer fundamento a su necia tema, y con esto se despidió del Duque. Como Santillana era necio de quatro costados, no supo dissimular nada con su esposa; antes imaginando, que aquella reprehension procedia de informacion, que les havria hecho Marcela, indignóse contra ella de modo, que sino fuera por sus huespedes, deudos suyos, llegára a poner las manos en ella. Supo luego el Duque esto, y comunicólo con sus hijos, para ver lo que haria sobre ello. Unos estaban de parecer, que se tratasse divorcio: otros, que la Duquesa se la llevasse consigo por unos dias, por ver si se emendaba. Mas el Maestre de Montesa, caballero prudente, mozo y amigo de entretenerse, quiso, que se le hiciesse una burla, esperando que por aquel camino tendria mas pres-

to remedio Marcela. Comunicóla con su padre y hermanos, y por ver el efecto que hacia, dió lugar el Duque a que se pusiesse en execucion. Fue necessario hacer primero las amistades de Santillana con su esposa. Esto tomaron a cargo sus parientes, haciendolas essotro dia; y para solemnizarlas trataron de concertar una holgura en el mar. No rehusó poco Santillana entrar en él, por ser cosa que nunca havia hecho; mas con ruegos de los demas deudos, asegurandole, que no havia peligro, huvo de condescender harto contra su voluntad. Previnieronse dos barcos grandes de pescadores del Grao de Gandia, y en ellos metieron fiambrera para merendar. Estaba el mar quieto, entraron en él, y comenzaron los remos a alterar sus liquidos zaphyros, con que se alargaron el mar adentro mas de una legua. Ya el Maestre havia prevenido a sus criados para la burla, y estaban dentro del mar en un vergantin, que alli havia surto, en el qual entraron cosa de treinta dellos, todos vestidos de Moros, llevando assi mismo el vergantin con flamulas y gallardetes, todos con medias lunas a su usanza. Porfiaba Santillana, que volviessen a tierra, mas como iban sobre aviso; mientras mas instaba en esto, mas se entraban en el mar. Descubrieron en breve el vergantin, tan prevenido de todo, que a no estar advertidos, pensáran, que era venido de Argel. Los barqueros comenzaron a decir: A tierra, a tierra; pobres de

no-

nosotros, que aquel baxel es de Moros. Aqui fue ello, que assi como lo oyó nuestro Santillana, perdió él color, y no acertaba a hablar. No fue poco que los que iban con él, no descubriessen el engaño con la risa, mas cada uno hizo valor en dissimularla, manifestando en lo exterior sentimiento del impensado sucesso, encomendandose a Dios, que los librasse de aquel tan manifiesto peligro. Las mugeres, sacando sus lienzos, fingian lagrimas, y todo era una confusion. Llegó en esto el vergantin a los dos barcos, y con la algazara Morisca comenzaron a dispararles piezas sin bala, cuyos tronidos apenas llegaron a los oídos de Santillana, quando arrojado en el suelo del barco comenzó a dar voces, y a pedir misericordia. Aferró el vergantin con el barco, en que iba Santillana y su esposa, y saltando aquellos fingidos Moros en él, comenzaron a abrazarse con las mugeres, y a llevarlas a su vergantin. Pusieronse algunos en su defensa, mas luego les tomaron las espadas, ataron las manos, e hicieron lo mismo con el Montañes, que estaba casi sin sentido, llevandole con los demas al vergantin, donde luego fue despojado de su vestido, y puesto en calzas y en jubon. Esto mismo hicieron de los otros, que fue cosa tolerable, por ser verano, mas a las mugeres no tocaron en el vestido.

Con esto partieron de alli, dando bordos por el mar toda aquella tarde, haciendo, que

a Santillana le llevassen a lo bajo del vergantin, porque no viesse donde caminaban. Estaba el cuitado Montañes llorando y haciendo las mayores lastimas del mundo, sin haver con que consolarle. Lo que mas pena le daba, era verse sin esposa, y ella en poder de aquellos, que juzgaba por Moros. Llegó la noche, y el vergantin amaynó las velas, y suspendió la palamenta cerca de tierra. Esto era algo mas arriba del Grao de Gandia, a donde estaba una alqueria la tierra adentro. Comenzaron a decir todos: Tierra, tierra, para que Santillana lo oyesse, a quien fueron sus compañeros a decir, que estaban en la playa de Argel, y cerca de una casa de placer, donde el Rey assistia. Con esto el cuitado no hacia otra cosa, que llorar. Salieron todos en el esquife a tierra, sacando a Santillana, bien temeroso de que le havian de maltratar. Los Moros, con la gente que iban en forma de cautivos, comenzaron a caminar hácia la alqueria, dando a entender, que alli los estaba esperando el Rey para ver la presa, que havian hecho. Iba delante de todos el que llamaban Arraez del vergantin, que mostraba ir muy ufano con la presa: los demas le seguian de dos en dos. Desta suerte entraron en la alqueria, y a la puerta de una sala de ella hallaron quatro Moros, que estaban puestos para ser porteros, a quien pidieron, que entrassen a pedir licencia para hablar al Rey Mahomad Jafer. Uno de ellos se la entró a pedir, quedan-

do-

dose allí los tres. Salió brevemente el portero, diciendo, que el Rey aguardaba; con lo qual entraron los Moros y los cautivos del modo que havian venido, hallandose todos en presencia del fingido Rey, el qual papel hacia el camarero del Maestre, hombre de bonissimo humor, criado toda su vida en la corte de los Reyes de España, y uno de los mayores socarrones dissimulados de la Europa. Este estaba vestido con una marlota carmesí, y sobre ella un albornoz azul: tenia un turbante muy grande en la cabeza, muy poblado de vengalas listadas de varios colores. Era un hombre grande de cuerpo, moreno, de poblados mostachos; al fin escogido para hacer la figura, que representaba muy natural. Este pues estaba sentado sobre dos almohadas de terciopelo verde, y encima de una grande alfombra, cerca dél estaban acompañandole algunos Moros. Llegó el primero Selin, que assi se llamaba el fingido Arraez, y en la lengua, que él quiso formar, despues de haver hecho el zalá, habló un rato. Acabado su no entendido razonamiento, el Rey le abrazó, y mandó arrimar a un lado de la sala. Luego fueron llegando los hombres, que passaban plaza de cautivos, a quien el Rey preguntó en la lengua Española, de qué tierra eran, y el oficio de cada uno. Llegó Santillana perdido el color, y con passos timidos, no poco admirado de ver hablar al Rey tan despiertamente su lengua, a quien dixo: Tú, Christiano,

no, ¿de dónde eres? Tan turbado estaba el afligido Montañes, que no acertaba a responderle, y assi se lo huvo de preguntar otra vez. El, comiendose las palabras, y medio tartamudo, dixo: Señor, yo soy Montañes de las montañas de Burgos. ¿Qué oficio es el tuyo? replicó el Rey. Hidalgo, respondió Santillana. Hidalgo, segun pienso, dixo el Rey, no creo que es oficio en tu tierra, con que se gana la comida, sino una herencia de sangre de buenos progenitores. Como era corto en discurrir el Montañes, no entendió de la etymologia de hidalgo mas de lo de herencia, que lo de los progenitores fuésele por alto, y assi le dixo: Señor, despues que murieron mis señores padres, santa gloria hayan, no he tenido otra herencia, que la de mi muger, y aun essa me ha salido tan cara, que viniendo a posseerla, me hallo cautivo en poder de vuessas mercedes. Aqui comenzó a llorar amargamente de modo, que hizo el Rey mucho, con toda su dissimulacion, en no reírse y malograr la comenzada burla. ¿Casado eres? dixo el Rey. A servicio de vuestra merced, respondió Santillana, si su como se llama gustáre de que lo sea aqui en Argel. ¿Pues cómo, dixo el Rey, está tu esposa en esta tierra? Señor sí, por mis pecados, replicó Santillana, que ahí me la trahen cautiva conmigo, sin dejarmela ver sus Moros, que me han descasado de ella, como si fuéran Vicarios. ¿Es moza, o vieja? dixo el Rey. Ella lo dirá mejor

jor que yo, respondió Santillana, que las mugeres no quieren que las añadan años, y a mí me parece, que ha algunos que soy casado, con haver poco tiempo. ¿Viene en la tropa? dixo el Rey volviendose al Arraez. El le respondió que sí. Holgaréme de verla, replicó el socarron. Entonces hizo el Arraez que la hermosa Marcela passasse delante en la presencia del Rey. Miróla atentamente, teniendo ella puestos los ojos en el suelo, mostrando gran pesar de la fingida prision. Despues que el Rey la estuvo mirando un gran rato, dixo: Por cierto, Christiana, que es tu hermosura singular, y la mayor, que mis ojos han visto. ¿Es possible, que en tu tierra estiman tan poco las beldades, que las emplean en hombres de tan baja estofa como tu esposo, haviendo Principes, que fueran dichosos en tenerte por compañera? Atento estaba Santillana a lo que decia el Rey, y como siempre los zelos le trahian con inquietud, presumióse, que el Rey estaba enamorado de su esposa, y no pudiendo sufrir, que le tuviesse en humilde reputacion, le dixo: Señor, mi muger hermosa es, y ella se lo sabe, de lo que me pesa: mas yo soy de tan alta estopa como el que mas, que no hay solar de la montaña, que aventaje en calidad al mio. Bien está, dixo el Rey, contentaos que sois buen coronista de vuestra nobleza, mientras que yo, que soy ahora dueño de vuestra esposa, trato de reducirla a nuestra ley, para que lo sea mia. No

se-

será esso en mis dias, dixo Santillana muy metido en colera. ¿Cómo, cómo, dixo el Rey, en mi presencia se atreve un vil Christiano cautivo mio a hablar tan libremente? Ola, Arraez, hacedle dar muchos palos con un junco de la India en la barriga. No le sonó bien el riguroso decreto a Santillana, alborotandose sumamente, y afligiendose otro que tal. Apenas oyeron los Moros el mandato de su Rey, quando agarran de nuestro Santillana, y aunque no quiso, le vuelven a atar las manos atras: él con copiosas lagrimas, puesto de rodillas delante del que tenia por verdadero Rey, le dixo: Señor Rey, o Duque de Argel, que el miedo me tiene tal, que no sé con certeza lo que sois, revocad la aspera sentencia, que contra mí haveis dado, y perdonadme mi desacato, que los zelos me hicieron hablar assi, y el hombre de quien se apodera esta passion, pocas veces está en su acuerdo. ¿Qué, qué, zeloso me sois? dixo el Rey, esso quiero saber, para ver cómo os tengo de tratar: la sentencia revoco, y conmutese en azotes, en el lugar y partes donde y como son vapulados los niños de la escuela. Aqui no aguardó mas la burlona tropa, que en un instante fue llevado, como anima por infernales espiritus, a un retiro, donde brevemente le quitáron las cintas, quedando a guisa de penitente por fuerza; y con tantas ganas, como puntualidad, fue castigado, dando el triste diablo tantas voces, que atronaba los oídos de los

cir-

circunstantes, causa a su esposa de poca pena, porque si entendiera, que la burla llegára a tales terminos, no consintiera dar principio a ella. Acabado el suplicio, nuestro castigado fue otra vez puesto en la presencia del Rey, y él le dixo: Este castigo, que se os ha dado, importó mucho, para que con su escarmiento no se atrevan otros viles cautivos como vos a ser atrevidos en la presencia de un Rey, tan hombre de bien como yo. Si tuviera talento Santillana, en esta razon conociera la burla: mas el poco que tenia, y la turbacion de verse cautivo, azotado, y su esposa a pique de ser tyranizada del Rey, le tenian fuera de sí. Prosiguió el Rey diciendo: En tanto que os han castigado mis ministros, he estado persuadiendo a vuestra esposa, que se reduzca a mi ley, y que me casaré con ella, pero está tan rebelde con ver quanta honra la hago, que he determinado, ya que por ruegos no quiere ser mi muger, que por fuerza sea mi concubina. Preguntó Santillana, qué era concubina, y dixeronle, que una de las amigas, o mancebas que tenia el Rey en su Serrallo. Aqui perdió Santillana la paciencia del todo, diciendole a voces: Rey injusto, Rey tyrano, Rey ambicioso del bien ageno, matame antes, que yo llegue a verte concubino de mi esposa, y que ella lo sea tuya. ¿Concubina havia de ser una beldad tan perfecta, una hermosura tan rara? Yo bien puedo perder una vida que tengo, pero si tal llegassen a ver mis

ojos, mataria, no solo al Rey, pero a cien Reyes, que tal emprendiessen. Vuestra como se llama se reporte, y no tome por fuerza lo que no le dan de grado: contentese con las concubinas que tendrá, sin emprender concubinar con Marcela. Desacato, desacato, apellidaron los Moros, y el Rey, visto que el pueblo se alteraba, dixo: ¿Segunda rebeldia contra el que tiene dominio en este cautivo? digno es de segundo castigo, este sea raparle, y echarle por bogante de una galera de las mias. Alto, llamen al rapista, o barbero, y hagale rasura a fuer de galeote. Segunda vez se vió el Montañes en poder de aquella Morisma, y haviendole rapado, le desnudaron quanto llevaba, y le vistieron una camisa y unos calzones de angeo, y con una jaqueta, o saltambarca de frisa carmesí, y un bonete de lo mismo, fue puesto en figura de bogabante, con su artopea al pie. No sabia el desdichado lo que le havia sucedido. Comenzó de nuevo a su llanto, y por toda aquella noche estuvo en un sotano, que llamaron por entonces mazmorra, amenazado de los Moros, que essotro dia havian de ponerle al remo. Toda la noche se passó el cuitado sin dormir sueño, metido entre mil confusiones, considerando la vida que le esperaba, de quien le contaron mil penalidades y trabajos.

Vino el dia, no muy deseado del triste Santillana, y mandando el fingido Rey, que le truxessen a su presencia, hallóle sentado en el

mis-

mismo assiento, que el dia antes, y a su lado su esposa muy contenta: cosa que le hizo admirar mucho. Dixole el Rey: Aqui verás, Christiano, como no hay rebeldia, que con la perseverancia permanezca, ni resistencia, que no se ablande: Marcela tu esposa es ya de mi ley, y por hallarse agraviada y ofendida de tí, en lo mucho que eres zeloso, quiere quedarse conmigo én Argel casada. Mira lo que ha causado tu estraña condicion. Oído esto por Santillana, preguntó a Marcela, si era verdad lo que el Rey le decia. Ella calló, y el Rey le dixo: Santillana, quien calla otorga: paciencia, e ir a servirme en las galeras. Cayóse el Montañes de su estado sin sentido en el suelo, tanto le afligió la pena: volvió de alli a un rato en sí, y comenzóse a arrancar la barba y cabello de pesar. El modo como lo hacia, diera mucha risa a los circunstantes, si lo permitiera el encargado dissimulo desta burla. Desta suerte fue Santillana llevado al vergantin, diciendo, que alli aguardarian a las galeras, para ponerle en ellas con los demas galeotes. De nuevo tornó a su lamentacion, haciendo notables lastimas. El Arraez fingió compadecerse dél, y para consuelo suyo, y que no desesperasse, le dixo, que pues estaba a su cargo el cuidar dél por entonces, no queria, que tomasse remo en la mano, hasta ver qué determinaba el Rey. Passaronse ocho dias, y en el fin de ellos fue mandado llevar Santillana delante del Rey. Hallaronle acompa-

ñado de su esposa, e iguales en los assientos; con que pensó, que ya la boda entre los dos estaba hecha. Luego vió entrar dos criados del Duque de Gandia, que fingieron Embajadores suyos. Estos dixeron al Rey, que el Duque quedaba con grande sentimiento de que vasallos suyos huviessen venido a su poder cautivos; y que assi le suplicaba, le dixesse quánto le havia de enviar de rescate por todos. El Rey les respondió, que aunque sabia, que toda aquella era gente principal, con doce mil ducados, que su Excelencia enviasse, tenia suficiente para rescatarlos. Acceptaron esto los Embajadores; pero el Rey replicó, que aquello se entendia sin la hermosa Marcela, que essa rehusaba entre todos, por saber della, que no volveria a poder de su marido con su gusto, por causa de los demasiados zelos, que le pedia, y la mala vida, que la daba, y que en esto no le replicassen. Si en esso estriva el quedarse en su compañia, y no en antojo suyo, dixo Santillana, yo ofrezco desde aqui, que no tendré zelos, ni menos se los pediré, y que será todo quanto ella quisiere, a trueque de salir de cautiverio. Mandó el Rey, que viniesse un escribano, que no permitió Dios que alli faltasse, y delante dél se obligó Santillana en una publica escritura a cumplir lo que él quiso dictar, que eran estas razones:

Digo yo Lorenzo de Santillana, hijo-dalgo, Montañes de solar conocido, casado con Mar-

ce-

cela de Salazar mi deuda, y cautivo, que soy al presente del señor... (aqui preguntó al Rey cómo se llamaba, que no causó poca risa, dixoselo, y prosiguió) *del señor Mahomad Jafer, Rey de Argel, que me obligo a no pedir, como hasta aqui, á la dicha mi muger zelos, ni de darselos, sino que viviré quieto y seguro, y sin susto de la tal maligna y endiablada passion: pena de que si contraviniere a esto, sabiendo su Alteza del señor Rey, pueda enviar por mí a sus Moros a donde quiera que estuviere, para que vuelva a ser su prisionero, y tener racion de vizcocho y agua, y los malos tratamientos, que al presente he recibido, cómo mas largamente lo dirán los cardenales de mis assentaderas; y porque assi lo cumpliré, lo firmo de mi nombre.* Ocupado en la nota no reparó en los semblantes de los que estaban presentes á la tal escritura, que estaban rebentando de risa. Dissimularon todos, y él firmó su obligacion, y dióla al Rey, y él tomó a Marcela de la mano, y entregósela, volviendo a advertirle, que sino cumplia aquello a que se obligaba, volveria a su poder. Assi lo prometió de nuevo Santillana. Con esto fueron entregados los cautivos á los Embajadores del Duque, y entrandose en unas barcas, tomaron el rumbo de Gandia. Ya el Duque, Duquesa y sus hijos sabian la burla, que el Maestre havia hecho a Santillana, que á todo se havia hallado el Maestre vestido de Moro, sin que pudiesse ser conocido. Despues

pues de haver dado algunos bordos por el mar, tomaron tierra en el Grao de Gandia donde desembarcaron todos, besando la tierra con el mismo afecto, que si con verdad vinieran redimidos de Argel. Fueron llevados a la presensencia de los Duques, que quisieron oír la relacion de su cautiverio a Santillana. El la hizo con su aliñado lenguaje, con que les dió mucho que reír. Advirtióle el Duque, que debia guardar y cumplir la obligacion, que havia hecho al Rey de Argel. No es menester, dixo él, acordarmelo V. Excelencia, que yo me lo tengo en cuidado, pues no me trataron tan bien, que por muchos dias no me acuerde del Rey y de sus Moros, pena de que seré un tonto, si de ello me olvido. De nuevo se rieron los Duques, con que les dieron licencia a todos para irse a sus posadas, y Santillana volvió a tratar en sus negocios, por dar fin a ellos, con la promessa que havia hecho al fingido Rey. Atrevióse Marcela a nò guardar la clausura, que hasta alli, saliendo a verse con sus amigas, con que volvió Santillana interiormente a sus zelos con mas afecto, y como estos no los pudiesse manifestar, consumióse de modo, que esto le causó una enfermedad peligrosa, con que dió fin a sus dias. Era su forzosa heredera Marcela: tomó possession de toda su hacienda, y con ella dentro de un año halló marido a su gusto, con quien vivió alegre y contenta.

Sobre manera fue lo que el discreto audito-

rio

rio de caballeros y damas se alegró con la graciosa Novela de la hermosa Doña Camila, porque la contó con tanto donayre y sazon, y tan puesto en su lugar todo, que juntamente con la risa del zeloso burlado, causaba admiracion el artificio, con referir la graciosa burla.

Llevó de todos muchas norabuenas, dandole la palma de haver sido la que hasta alli lo havia hecho mejor, y ella dandose por muy favorecida con tantos aplausos, dió lugar a que Don Crotaldo, un caballero mozo y estudiante comenzasse su Novela, el qual timido por seguir a quien tan bien havia novelado, previno esto con el auditorio, y obediente a la suerte, que le tocó, dió principio a su narracion.

EL CASTIGO SIN VENGANZA,

TRAGEDIA

DE

FREY LOPE FELIX DE VEGA CARPIO,

DEL HABITO DE SAN JUAN,

Procurador Fiscal de la Camara Apostolica del Arzobispado de Toledo;

AL EXCELENTISSIMO SEÑOR

DON LUIS FERNANDEZ DE CORDOBA,

Cardona y Aragon, Duque de Sesa, de Vaeña y de Soma, Conde de Cabra, Palamos y Olivito, Vizconde de Hinajar, Señor de las Varonias de Belpuche, Liñola y Calonje, gran Almirante de Napoles, y Capitan general del mar de aquel Reyno, y Comendador de Bedmar y Albanchez, de la Orden de Caballeria de Santiago, &c.

AL EXCELENTISSIMO SEÑOR
DUQUE DE SESA,
MI SEÑOR.

DEsigual atrevimiento parece dedicar a V. Excelencia esta TRAGEDIA, quando fuera mas justo POEMAS HEROYCOS, de quien fueron argumento las gloriosas hazañas de sus progenitores invictissimos, que dieron a la Corona de España tantos Reynos, a las plumas tantas historias, a la fama tantos triumphos, y a las armas insignes de su apellido tantas vanderas, de que son fieles testigos Reyes infieles, y alguno, que preso ocupa con honra suya un quartel de ellas entre los CORDOBAS, CARDONAS y ARAGONES ilustrissimos por inmortal memoria en tantos siglos, y por sangre generosa en tantos Reynos. Mas como suele el que cultiva flores en-

enviar al dueño del jardin algunas como en reconocimiento de que son suyas las que quedan, assi yo me atrevo a enviar a V. Excelencia las de este assunto, indicio de que reconocen las demás que de todas es señor, como del que las cultiva. En los amigos, los presentes son amor, en los amantes cuidado, en los pretendientes cohecho, en los obligados agradecimiento, en los señores favor, en los criados servicio. Este no va a solicitar mercedes, sino a reconocer obligaciones de tantas como he recibido de sus liberales manos en tantos años, que ha que vivo escrito en el numero de los criados de su casa. Guarde nuestro Señor a V. Excelencia, como deseo.

FREY LOPE FELIX DE VEGA CARPIO.

APRO-

APROBACION
DEL MUY REV. PADRE MAESTRO
F. FRANCISCO PALAU,
DEL ORDEN DE PREDICADORES.

HE leído con sumo gusto y debido aplauso la famosa TRAGEDIA del CASTIGO SIN VENGANZA, la qual me ha mandado leer el muy ilustre Señor D. Ramon de Santmenat y de la Nuza, Canonigo y Arcediano y Vicario general en la Santa Iglesia de Barcelona, para que con mi aprobacion y censura se pueda comunicar por la impression a todo el mundo, y satisfacer a tantos, que con particulares y debidas ansias desean verla. Con decir, que es de FREY LOPE FELIX DE VEGA CARPIO, y que la confiessa por hija de su ingenio, queda aprobada por muy conforme a la Fé y buenas costumbres, y adornada y compuesta de suma erudicion, doctrina, elegancia y agudeza acostumbrada: y de hecho es tal esta TRAGEDIA, que solo podia ser de LOPE, y solo la po-

dia

dia hacer su caudaloso ingenio. ¿Pero qué hay que admirarse desta, pues quien huviere leido sus obras; que son muchissimas; y advertido aquel su natural corriente, y propriedad de terminos, que parece le obedecen todas las ciencias y historias, y la phrasis Castellana, le ha de tener por la octava maravilla del mundo? pues dicen ellas mismas, que todo lo sabe, y con eminencia; y que es la preciosa piedra Achates, la qual, como cuenta Plinio y refiere Bartholomé Cassaneo, tenia esculpidas las nueve Musas, que son las ciencias, con sus cetros y demás insignias e instrumentos, y al Dios Apolo en medio tocando su cythara. Y assi si se glorió, y tuvo por muy dichoso Pyrrho, Rey de los Epirotas, de tener tan inestimable piedra, con mayores ventajas debe estar muy ufana la coronada Villa de Madrid, y aun España toda de tener á Lope; y por muy felices y dichosos los presentes siglos, que gozan de su resplandor, y quedan enriquecidos con sus quilates, pues tienen en un sujeto

to-

todas las Musas, que es tener todas las ciencias: y assi merece le pongan como a aquellas los dorados cetros en las manos, y coronen sus sienes con vistosas y gallardas guirnaldas de plumas, como las que se pusieron las mismas Musas, compuestas de las que tomaron de las alas de sus vencidas Sirenas, porque atrevidamente quisieron competir con ellas, como lo refieren Alciato, Lilio Gyraldo, Seneca, Pythagoras, Clemente Alexandrino, Theodoreto, Delrio, y otros, para que prosiga con su veloz vuelo la parlera fama deste nuestro ave Phenix, no de España, y por España sola, que para nuestro heroe es corto espacio, sino del mundo, y por el mundo todo. Este es mi sentimiento, que para elogio es muy corto. De santa Cathalina Martyr de Barcelona, Julio XXIII. de MDCXXXIV.

FRAY FRANCISCO PALAU.

Santmenat Vic. Gen. & Offic.

D. Franciscus de Erill Cancell.

PRO-

PROLOGO.

SEñor lector, esta TRAGEDIA se hizo en la corte solo un dia, por causas que a V. m. le importan poco. Dejó entonces tantos deseosos de verla, que les he querido satisfacer con imprimirla. Su historia estuvo escrita en lengua Latina, Francesa, Alemana, Toscana y Castellana: esto fue prosa; ahora sale en verso; V. m. la lea por mia, porque no es impressa en Sevilla, cuyos libreros, atendiendo a la ganancia, barajan los nombres de los Poetas, y a unos dan sietes y a otros sotas, que hay hombres, que por dinero no reparan en el honor ageno, que a vueltas de sus mal impressos libros, venden y compran: advirtiendo, que está escrita al estylo Español, no por la antiguedad Griega y severidad Latina, huyendo de las sombras, nuncios y coros, porque el gusto puede mudar los preceptos, como el uso los trajes y el tiempo las costumbres.

EL

EL CASTIGO SIN VENGANZA,

TRAGEDIA

DE

FREY LOPE FELIX DE VEGA CARPIO.

PERSONAS DEL PRIMER ACTO.

El Duque de Ferrara. *Autor.*
El Conde Federico. *Arias.*
Albano.
Rutila.
Floro.
Lucindo.
El Marques Gonzaga. *Salas.*
Casandra. *Autora.*
Aurora. *Bernarda.*
Lucrecia. *Geronima.*
Batin. *Salinas.*
Cynthia. *Maria Zevallos.*
Phebo y Ricardo.

El Duque de Ferrara de noche, Phebo y Ricardo, criados.

Ricar. Linda burla. Pheb. Por extremo:
¿pero quién imaginára,
que era el Duque de Ferrara?
Duque. Que no me conozcan temo.

RICAR. Debajo desse disfraz,
hay licencia para todo,
que aun el cielo en algun modo
es de disfrazes capaz.
¿Qué piensas tú que es el velo,
con que la noche le tapa?
una guarnecida capa,
con que se disfraza el cielo.
Y para dar luz alguna
las estrellas que dilata,
son passamanos de plata,
y una encomienda la luna.

DUQUE. Ya comienzas desatinos.

PHEBO. No lo ha pensado Poeta
destos de la nueva seta,
que se imaginan divinos.

RICAR. Si a sus licencias apelo
no me darás culpa alguna,
que yo se quien a la luna
llamó requeson del cielo.

DUQUE. Pues no te parezca error,
que la Poesia ha llegado
a tan miserable estado,
que es ya como jugador
de aquellos transformadores,
muchas manos, ciencia poca,
que echan cintas por la boca
de diferentes colores.
Pero dejando a otro fin
esta materia cansada,
no es mala aquella casada.

RICAR.

RICAR. Cómo mala? un seraphin;
pero tiene un bravo azar,
que es impossible sufrillo.
DUQUE. ¿Cómo? RICAR. Un cierto maridillo,
que toma, y no da lugar.
PHEBO. Guarda la cara. DUQUE. Esse ha sido
siempre el mas cruel linaje
de gente de este paraje.
PHEBO. El que la gala, el vestido,
y el oro deja traher,
tenga, pues él no lo ha dado,
lastima al que lo ha comprado,
pues si muere su muger,
ha de gozar la mitad,
como bienes gananciales.
RICAR. Cierto que personas tales
poca tienen caridad,
hablando cultidiablesco,
por no juntar las dicciones.
DUQUE. Tienen essos socarrones
con el diablo parentesco,
que obligando a consentir
despues estorve el obrar.
RICAR. Aqui pudiera llamar,
pero hay mucho que decir.
DUQUE. ¿Cómo? RICAR. Una madre beata,
que reza y riñe a dos niñas
entre majuelos y viñas,
una perla, y otra plata.
DUQUE. Nunca de exteriores fio.
RICAR. No lejos vive una dama

como azucar de retama
dulce y morena. Duque. ¿Qué brio?
Ricar. El que pide la color,
mas el que con ella habita,
es de qualquiera visita
cabizbajo rumiador.
Phebo. Rumiar siempre fue de bueyes.
Ricar. Cerca he visto una muger,
que diera buen parecer,
si huviera estudiado leyes.
Duque. Vamos allá. Ricar. No querrá
abrir a estas horas. Duque. No?
¿y si digo quien soy yo?
Ricar. Si lo dices, claro está.
Duque. Llama pues.
Ricar. Algo esperaba,
que a dos patadas salió.

Cynthia en lo alto.

Cynt. ¿Quién es? Ric. Yo soy. Cyn. ¿Quién es yo?
Ricar. Amigos; Cynthia, abre, acaba,
que viene el Duque conmigo:
tanto mi alabanza pudo.
Cynt. ¿El Duque? Ric. ¿Esso dudas? Cyn. Dudo:
no digo el venir contigo,
mas el visitarme a mí
tan gran señor y a tal hora.
Ricar. Por hacerte gran señora
viene disfrazado ansi.
Cynt. Ricardo, si el mes passado,

lo que ahora, me dixeras
del Duque, me persuadieras,
que a mis puertas ha llegado:
pues toda su mocedad
ha vivido indignamente,
fabula siendo a la gente
su viciosa libertad,
y cómo no se ha casado,
por vivir mas a su gusto,
sin mirar, que fuera injusto
ser de un bastardo heredado.
Aunque es mozo de valor
Federico, yo creyera,
que el Duque a verme viniera:
mas ya que como señor
se ha venido a recoger,
y de casar concertado,
su hijo a Mantua ha enviado
por Casandra su muger;
no es possible, que ande haciendo
löcuras de noche ya,
quando esperandola está,
y su entrada previniendo:
que si en Federico fuera
libertad, ¿qué fuera en él?
y si tú fueras fïel,
aunque él ocasion te diera,
no anduvieras atrevido
deslustrando su valor,
que ya el Duque tu señor
está acostado y dormido:

y assi cierro la ventana,
que ya sé que fue invencion
para hallar conversacion:
a Dios, y vuelve mañana.

Duque. A buena casa de gusto
me has trahido. Ricar. ¿Yo, señor,
qué culpa tengo? Duque. Fue error,
fiarle tanto disgusto
para la noche que viene.

Phebo. Si quieres, yo romperé
la puerta. Duque. ¡Qué esto escuché!

Phebo. Ricardo la culpa tiene.
Pero, señor, quien gobierna,
si quiere saber su estado
cómo es temido, o amado,
deja la lisonja tierna
del criado adulador,
y disfrazado de noche
en traje humilde, o en coche
salga a saber su valor,
que algunos Emperadores
se valieron deste engaño.

Duque. Quien escucha, oye su daño;
y fueron, aunque doctores,
philosophos majaderos,
porque el vulgo no es censor
de la verdad, y es error
de entendimientos grosseros
fiar la buena opinion
de quien inconstante y vario
todo lo juzga al contrario

de

a la ley de la razon.
Un quexoso, un descontento
hecha por vengar su ira
en el vulgo una mentira
a la novedad atento:
y como por su bajeza
no la puede averiguar,
ni en los palacios entrar,
murmura de la grandeza.
Yo confiesso, que he vivido
libremente, y sin casarme,
por no querer sujetarme;
y que tambien parte ha sido
pensar, que me heredaría
Federico, aunque bastardo:
mas ya que a Casandra aguardo,
que Mantua con él me envia,
todo lo pondré en olvido.

PHEBO. Será remedio casarte.

RICAR. Si quieres desenfadarte,
pon a esta puerta el oído.

DUQUE. ¿Cantan? RIC. ¿No lo vés? DUQ. ¿Pues quién
vive aquí? RICAR. Vive un Autor
de Comedias. PHEB. Y el mejor
de Italia. DUQUE. Ellos cantan bien:
¿tienelas buenas? RICAR. Están
entre amigos y enemigos:
buenas las hacen amigos
con los aplausos que dan,
y los enemigos malas.

PHEBO. No pueden ser buenas todas.

DUQUE.

DUQUE. Phebo, para nuestras bodas
prevén las mejores salas,
y las Comedias mejores,
que no quiero que repares
en las que fueren vulgares.
PHEB. Las que ingenios y señores
aprobaren, llevaremos.
DUQUE. ¿Ensayan? RICAR. Y habla una dama.
DUQUE. Si es Andrelina, es de fama:
¡qué accion! qué afectos! qué extremos!
Dentro. Dejame, pensamiento:
no mas, no mas, memoria,
que mi passada gloria
conviertes en tormento;
y deste sentimiento
ya no quiero memoria, sino olvido,
que son de un bien perdido,
aunque presumes, que mi mal mejoras,
discursos tristes para alegres horas.
DUQUE. ¡Valiente accion! PHEB. Extremada.
DUQUE. Mas oyera; pero estoy
sin gusto, a acostarme voy.
RICAR. ¿A las diez? DUQUE. Todo me enfada.
RICAR. Mira, que es esta muger
unica. DUQUE. Temo, que hable
alguna cosa notable.
RICAR. De tí ¿cómo puede ser?
DUQUE. Ahora sabes, Ricardo,
que es la Comedia un espejo,
en que el necio, el sabio, el viejo,
el mozo, el fuerte, el gallardo,

el

el Rey, el Gobernador,
la doncella, la casada,
siendo al exemplo escuchada
de la vida y del honor,
retrata nuestras costumbres,
o livianas, o severas,
mezclando burlas y veras,
donayres y pesadumbres;
hasta que oí del papel
de aquella primera dama
el estado de mi fama,
bien claro me hablaba en él.
¿Que escuche me persuades
la segunda? pues no ignores,
que no quieren los señores
oír tan claras verdades. *Vanse.*

Sale Federico de camino muy galan, y Batin criado.

BATIN. Desconozco el estylo de tu gusto:
¿ahora en quatro sauces te detienes,
quando a negocio, Federico, vienes
de tan gran importancia? FED. Mi disgusto
no me permite, como fuera justo,
mas priessa y mas cuidado:
antes la gente dejo fatigada
de varios pensamientos,
y al dosel destos arboles, que atentos
a las dormidas ondas desse rio
mirando estan sus copas,

 des-

despues que los vistió de verdes ropas.
De mí mismo quisiera retirarme,
que me cansa el hablarme
del casamiento de mi padre, quando
pensé heredarle, que si voy mostrando
a nuestra gente gusto, como es justo,
el alma llena de mortal disgusto,
camino a Mantua de sentido ageno,
que voy por mi veneno
en ir por mi madrastra, aunque es forzoso.

BATIN. Ya de tu padre el proceder vicioso,
de proprios y de estraños reprehendido,
quedó a los pies de la virtud vencido:
ya quiere sossegarse,
que no hay freno, señor, como casarse.
Presentóle un vasallo
al Rey Francés un barbaro caballo,
de notable hermosura,
cisne en el nombre y por la nieve pura
de la piel, que cubrian
las ricas canas, que a los pies caían
de la cumbre del cuello, en levantando
la pequeña cabeza:
finalmente le dió naturaleza,
que alguna dama estaba imaginando,
hermosura y desden, porque su furia
tenia por injuria
sufrir el picador mas fuerte y diestro.
Viendo tal hermosura y tal siniestro,
mandóle el Rey echar en una cava
a un soberbio leon, que en ella estaba;
y

En viendole feroz, y apenas viva
el alma sensitiva,
hizo que el cuerpo al rededor se entolde
de las crines, que ya crespas sin molde,
si el miedo no lo era,
formaron como lanzas blanca esphera,
y en espin herizado
de orgulloso caballo transformado,
sudó por cada pelo
una gota de hielo,
y quedó tan pacifico y humilde,
que fue un enano en sus arzones tilde;
y el que a los picadores no sufria,
los picaros sufrió desde aquel dia.

FEDER. Batin, ya sé, que a mi vicioso padre
no pudo haver remedio, que le quadre,
como es el casamiento;
¿pero no ha de sentir mi pensamiento
haver vivido con tan loco engaño?
Ya sé, que al mas altivo, al mas estraño
le doma una muger, y que delante
deste leon el bravo el arrogante
se deja sujetar del primer niño,
que con dulce cariño
y media lengua, o muda, o balbuciente,
teniendole en los brazos, le consiente
que le tome la barba.
Ni rudo labrador la roja parva,
como un casado la familia mira,
y de todos los vicios se retira.
¿Mas qué me importa a mí, que se sossiegue

mi padre, y que se niegue
a los vicios passados,
si han de heredar sus hijos sus estados,
y yo, escudero vil, traher en brazos
algun leon, que me ha de hacer pedazos?

Batin. Señor, los hombres cuerdos y discretos,
quando se ven sujetos
a males sin remedio,
poniendo la paciencia de por medio,
fingen contento, gusto y confianza,
por no mostrar envidia, y dar venganza.

Feder. ¿Yo sufriré madrastra? Bat. ¿No sufrias
las muchas que tenias
con los vicios del Duque? pues ahora
sufre una sola, que es tan gran señora.

Feder. ¿Qué voces son aquellas?

Batin. En el vado del rio suena gente.

Feder. Mugeres son; a verlas voy. Bat. Detente.

Feder. Cobarde, ¿no es razon favorecellas? *Vase.*

Batin. Escusar el peligro es ser valiente.

Salen Lucindo, Albano y Floro.

Lucin. El Conde llama.

Alban. ¿Dónde está Federico? Flor. ¿Pide acaso
los caballos? Batin. Las voces de una dama
con poco seso y con valiente passo
le llevaron de aqui: mientras le sigo,
llamad la gente. Lucin. ¿Dónde vas? espera.

Alban. Pienso, que es burla. Fl. Y yo lo mismo digo:

aun-

aunque suena rumor en la ribera
de gente que camina.

LUCIN. Mal Federico a obedecer se inclina
el nuevo dueño, aunque por ella viene.

ALBAN. Sale a los ojos el pesar que tiene.

Sale Federico con Casandra en los brazos.

FEDER. Hasta poneros aqui
los brazos me dan licencia.

CASAN. Agradezco, caballero,
vuestra mucha gentileza.

FEDER. Y yo a mi buena fortuna
traherme por esta selva
casi fuera de camino.

CASAN. ¿Qué gente, señor, es esta?

FEDER. Criados, que me acompañan;
no tengais, señora, pena,
todos vienen a serviros.

Sale Batin con Lucrecia criada en los brazos.

BATIN. Muger, dime ¿cómo pesas,
si dicen que sois livianas?

LUCR. Hidalgo, ¿dónde me llevas?

BATIN. A sacarte por lo menos
de tanta enfadosa arena,
como la falda del rio
en estas orillas deja:
pienso, que fue treta suya,
por tener Nymphas tan bellas

vol-

volverse el coche al salir,
que sino fuera tan cerca,
corrierades gran peligro.

FEDÉR. Señora, porque yo pueda
hablaros con el respeto,
que vuestra persona muestra,
decidme quien sois. CASAND. Señor,
no hay causa, porque no deba
decirlo: Yo soy Casandra,
ya de Ferrara Duquesa,
hija del Duque de Mantua.

FEDER. ¿Cómo puede ser que sea
V. Alteza, y venir sola?

CASAN. No vengo sola, que fuera
cosa impossible: no lejos
el Marqués Gonzaga queda,
a quien pedí me dejasse,
atravesando una senda,
passar sola en este rio
parte desta ardiente siesta:
y por llegar a la orilla,
que me pareció cubierta
de mas arboles y sombras,
havia mas agua en ella,
tanto que pude correr,
sin ser mar, fortuna adversa:
mas no pudo ser fortuna,
pues se pararon las ruedas.
Decidme, señor, quién sois;
aunque ya vuestra presencia
lo generoso assegura,

y esso valeroso muestra:
que es razon que este favor,
no solo yo le agradezca,
pero el Marqués y mi padre,
que tan obligados quedan.

FEDER. Despues que me dé la mano,
sabrá quien soy V. Alteza.

CASAN. ¿De rodillas? es excesso,
no es justo que lo consienta
la mayor obligacion.

FEDER. Señora, es justo y es fuerza:
mirad, que soy vuestro hijo.

CASAN. Confiesso, que he sido necia
en no haveros conocido.
¿Quién sino quien sois pudiera
valerme en tanto peligro?
dadme los brazos. FEDER. Merezca
vuestra mano. CASAN. No es razon
dejarles pagar la deuda,
señor Conde Federico.

FEDER. El alma os dé la respuesta.

Hablen quedo, y diga Batin.

BATIN. Ya que ha sido nuestra dicha,
que esta gran señora sea
por quien ibamos a Mantua,
solo resta que yo sepa,
si eres tú vuestra merced,
Señoría, o Excelencia,
para que pueda medir

lo razonado a las prendas.
Lucr. Desde mis primeros años
sirvo, amigo, a la Duquesa,
soy domestica criada,
visto y desnudo a su Alteza.
Batin. ¿Eres camarera? Lucr. No.
Batin. Serás hácia camarera,
como que lo fuiste a ser,
y te quedaste a la puerta:
tal vez tienen los señores,
como lo que tú me cuentas,
unas criadas malillas,
entre doncellas y dueñas,
que son todo, y no son nada.
¿Cómo te llamas? Lucr. Lucrecia.
Batin. ¿La de Roma? Lucr. Mas acá.
Batin. Gracias a Dios, que con ella
topé, que desde su historia
traygo llena la cabeza
de castidades forzadas,
y de diligencias necias.
¿Tú viste a Tarquino? Lucr. ¿Yo?
Batin. ¿Y qué hicieras, si le vieras?
Lucr. ¿Tienes muger? Batin. ¿Por qué causa
lo preguntas? Lucr. Porque pueda
ir a tomar su consejo.
Batin. Heristeme por la tienta.
¿Tú sabes quien soy? Lucr. ¿De qué?
Batin. ¿Es possible, que no llega
aun hasta Mantua la fama
de Batin? Lucr. ¿Por qué excelencias?
Pe-

Pero tú debes de ser
como unos necios, que piensan,
que en todo el mundo su nombre
por unico se celebra,
y apenas le sabe nadie.
BATIN. No quiera Dios, que tal sea,
ni que murmure envidioso
de las virtudes agenas:
esto dixe por donayre,
que no porque piense, o tenga
satisfaccion y arrogancia.
Verdad es, que yo quisiera
tener fama entre hombres sabios,
que ciencia y letras professan;
que en la ignorancia comun
no es fama, sino cosecha,
que sembrando disparates,
coge lo mismo, que siembra.
CASAN. Aun no acierto a encarecer
el haveros conocido,
poco es lo que havia oído,
para lo que vengo a ver.
El hablar, el proceder
a la persona conforma,
hijo y mi señor, de forma
que muestra en lo que haveis hecho,
quál es el alma del pecho
que tan gran sujeto informa.
Dicha ha sido haver errado
el camino, que seguí,
pues mas presto os conocí,

por yerro tan acertado.
Qual suele en el mar ayrado
la tempestad despues de la
ver aquella lumbre bella,
assi fue mi error la noche,
mar el rio, nave el coche,
yo el piloto, y vos mi estrella.
Madre os seré desde hoy,
señor Conde Federico,
y deste nombre os suplico,
que me honreis, pues ya lo soy
de vos, tan contenta estoy,
y tanto el alma repara
en prenda tan dulce y cara,
que me da mas regozijo
teneros a vos por hijo,
que ser Duquesa en Ferrara.
FEDER. Basta que me dé temor,
hermosa señora, el veros,
no me impida el responderos;
turbame tanto favor.
Hoy el Duque mi señor
en dos divide mi ser,
que del cuerpo pudo hacer,
que mi ser primero fuesse,
para que el alma debiesse
a mi segundo nacer.
De estos nacimientos dos
llevais, señora, la palma,
que para nacer con alma,
hoy quiero nacer de vos:

que aunque quien la infunde, es Dios,
hasta que os vì, no sentia
en qué parte la tenia:
pues si conocerla os debo,
vos me haveis hecho de nuevo,
que yo sin alma vivia.
Y desto se considera,
pues que de vos nacer quiero,
que soy el hijo primero,
que el Duque de vos espera;
y de que tan hombre quiera
nacer, no son phantasias,
que para disculpas mias
aquel divino crisol
ha seis mil años que es sol,
y nace todos los dias.

Salen el Marqués Gonzaga, Rutilio y criados.

Rutil. Aqui, señor, los dejé.
Marq. Estraña desdicha fuera,
si el caballero, que dices,
no llegára a socorrerla.
Rutil. Mandóme alejar, pensando
dar nieve al agua risueña,
bañando en ella los pies,
para que corriesse perlas;
y assi no pudo llegar
tan presto mi diligencia,
y en brazos de aquel hidalgo
salió, señor, la Duquesa;

pero como ví que estaban
seguras en la ribera,
corrí a llamarte. MARQ. Alli está
entre el agua y el arena.
el coche solo. RUTIL. Estos sauzes
nos estorvaron el verla:
alli está con los criados
del caballero. CASAN. Ya llega
mi gente. MARQ. ¿Señora mia?
CASAN. ¿Marqués? MARQ. Con notable pena
a todos nos ha tenido
hasta ahora V. Alteza:
gracias a Dios, que os hallamos
sin peligro. CASAN. Despues dellas
las dad a este caballero:
su piadosa gentileza
me sacó libre en los brazos.
MARQ. Señor Conde, ¿quién pudiera
sinò vos favorecer
a quien ya es justo que tenga
el nombre de vuestra madre?
FEDER. Señor Marqués, yo quisiera
ser un Jupiter entonces,
que transformandome cerca
en aquel ave Imperial,
aunque las plumas pusiera
a la luz de tanto sol,
ya de Phaethonte sobervia,
entre las doradas uñas,
tuson del pecho la hiciera,
y por el ayre en los brazos,

por

por mi cuidado la vieran
los del Duque mi señor.
MARQ. El cielo, señor, ordena
estos sucessos que veis,
para que Casandra os deba
un beneficio tan grande,
que desde este punto pueda
confirmar las voluntades,
y en toda Italia se vea
amarse tales contrarios,
y que en un sujeto quepan.

Hablan los dos, y aparte Casandra y Lucrecia.

CASAN. Mientras los dos hablan, dime,
¿qué te parece, Lucrecia,
de Federico? LUCR. Señora,
si tú me diesses licencia,
mi parecer te diria.
CASAN. Aunque ya no sin sospecha,
yo te la doy. LUCR. Pues yo digo.
CASAN. Dí. LUCR. Que mas dichosa fueras,
si se trocára la suerte.
CASAN. Aciertas, Lucrecia, y yerra
mi fortuna: mas ya es hecho,
porque quando yo quisiera
fingiendo alguna invencion,
volver a Mantua, estoy cierta,
que me matára mi padre,
y por toda Italia fuera
fabula mi desatino:

fue-

fuera de que no pudiera
casarme con Federico:
y assi no es justo que vuelva
a Mantua, sino que vaya
a Ferrara, en que me espera
el Duque, de cuya libre
vida y condicion me llevan
las nuevas con gran cuidado.

Marq. Ea, nuestra gente venga,
y alegremente salgamos
del peligro desta selva:
parte delante a Ferrara,
Rutilio, y lleva las nuevas
al Duque del buen sucesso,
si por ventura no llega
anticipada la fama,
que se detiene en las buenas,
quanto corre en siendo malas.
Vamos, señora, y prevengan
caballo al Conde. Floro. El caballo
del Conde. Casan. V. Excelencia
irá mejor en mi coche.

Feder. Como mande V. Alteza
que vaya, la iré sirviendo.

El Marqués lleve de la mano a Casandra, y quedense Federico y Batin.

Batin. ¡Qué bizarra es la Duquesa!

Feder. ¿Parecete bien, Batin?

Batin. Pareceme una azucena,

que

que está pidiendo al Aurora
en quatro candidas lenguas,
que le trueque en cortesia
los granos de oro a sus perlas:
no he visto muger tan linda:
por Dios, señor, que si huviera
lugar, porque suben ya,
y no es bien que la detengas,
que te dixera.... FEDER. No digas
nada, que con tu agudeza
me has visto el alma en los ojos,
y el gusto me lisonjeas.

BATIN. ¿No era mejor para tí
esta clavellina fresca,
esta naranja en azaar,
toda de pimpollos hecha,
esta alcorza de ambar y oro,
esta Venus, esta Helena,
pese a las leyes del mundo?

FEDER. Ven, no les demos sospecha,
y seré el primer alnado,
a quien hermosa parezca
su madrastra. BATIN. Pues señor,
no hay mas de tener paciencia,
que a fé, que a dos pesadumbres
ella te parezca fea.

Salen el Duque de Ferrara y Aurora su sobrina.

DUQUE. Hallarála en el camino
Federico, si partió
quando dicen. AURORA. Mucho erró,
pues

pues quando el aviso vino,
era forzoso el partir
a acompañar a su Alteza.

Duque. Pienso, que alguna tristeza
pudo el partir diferir;
que en fin Federico estaba
seguro en su pensamiento
de heredarme, cuyo intento,
que con mi amor consultaba,
fundaba bien su intencion,
porque es Federico, Aurora,
lo que mas mi alma adora,
y fue casarme traycion,
que hago a mi proprio gusto,
que mis vasallos han sido
quien me ha forzado y vencido
a darle tanto disgusto:
si bien dicen, que esperaban
tenerle por su señor,
o por conocer mi amor,
o porque tambien le amaban;
mas, que los deudos que tienen
derecho a mi succesion,
pondrán pleyto con razon:
o que si a las armas vienen,
no pudiendo concertallos,
abrasarán estas tierras,
porque siempre son las guerras
a costa de los vasallos.
Con esto determiné
casarme, no pude mas.

AUROR. Señor, disculpado estás:
yerro de fortuna fue.
Pero la grave prudencia
del Conde hallará templanza,
para que su confianza
tenga consuelo y paciencia.
Aunque en esta confusion
un consejo quiero darte,
que será remedio en parte
de su engaño y tu aficion.
Perdona el atrevimiento,
que fiado en el amor
que me muestras, con valor
te diré mi pensamiento.
Yo soy, invicto Duque, tu sobrina;
hija soy de tu hermano,
que en su primera edad, como temprano
almendro, que la flor al cierzo inclina,
cinco lustros, ¡hai suerte
cruel! rindió la enexorable muerte.
Criasteme en tu casa, porque luego
quedé tambien sin madre,
tú solo fuiste mi querido padre;
y en el confuso labyrintho ciego
de mis fortunas tristes
el hilo de oro, que de luz me vistes.
Disteme por hermano a Federico,
mi primo, en la crianza,
a cuya siempre honesta confianza
con dulce trato honesto amor aplico;
no menos dél querida,

viviendo entrambos una mesma vida,
una ley, un amor, un alvedrio,
una fé nos gobierna,
que con el matrimonio será eterna;
siendo yo suya, y Federico mio,
que aun apenas la muerte
osará dividir lazo tan fuerte.
Desde la muerte de mi padre amado
tiene mi hacienda aumento:
no hay en Italia ahora casamiento
mas igual a sus prendas y a su estado,
que yo entre muchos grandes,
ni miro a España, ni me aplico a Flandes.
Si le casas conmigo, estás seguro
de que no se entristezca,
de que Casandra sucession te ofrezca,
sirviendo yo de su defensa y muro:
mira si en este medio
promete mi consejo tu remedio.

DUQUE. Dame tus brazos, Aurora,
que en mi sospecha y rezelo,
eres la misma del cielo,
que mi noche ilustra y dora.
Hoy mi remedio amaneces,
y en el sol de tu consejo
miro, como en claro espejo,
el que a mi sospecha ofreces.
Mi vida y honra asseguras,
y assi te prometo al Conde,
si a tu honesto amor responde
la fé con que le procuras;

que

que bien creo que estarás
cierta de su justo amor,
como yo, que tu valor,
Aurora, merece mas.
Y assi, pues vuestros intentos
conformes vienen a ser,
palabra te doy de hacer
juntos los dos casamientos:
venga el Conde, y tú verás,
qué dia a Ferrara doy.

AUROR. Tu hija y tu esclava soy,
no puedo decirte mas.

Sale Batin.

BATIN. Vuestra Alteza, gran señor,
reparta entre mí y el viento
las albricias, porque a entrambos
se las debe de derecho,
que no sé qual de los dos
vino en el otro corriendo;
yo en el viento, o él en mí,
él en mis pies, yo en su vuelo.
La Duquesa mi señora
viene buena, y si primero
dixo la fama que el rio
con atrevimiento necio
volvió el coche, no fue nada,
porque el Conde al mismo tiempo
llegó, y la sacó en sus brazos,
con que las paces se han hecho.

 de

de aquella opinion vulgar,
que nunca bien se quisieron
los alnados y madrastras;
porque con tanto contento
vienen juntos, que parecen
hijo y madre verdaderos.

Duque. Essa paz, Batin amigo,
es la nueva que agradezco;
y que trayga gusto el Conde,
fuera de ser nueva es nuevo:
querrá Dios, que Federico
con su buen entendimiento
se lleve bien con Casandra;
en fin ya los dos se vieron,
y en tiempo, que pudo hacerle
esse servicio. Batin. Prometo
a V. Alteza, que fue
dicha de los dos. Auror. Yo quiero,
que me des nuevas tambien.

Batin. O, Aurora, que a la del cielo
das ocasion con el nombre
para decirte conceptos;
¿qué me quieres preguntar?

Auror. Deseo de saber tengo,
si es muy hermosa Casandra.

Batin. Essa pregunta y deseo
no era de V. Excelencia,
sino del Duque: mas pienso,
que entrambos sabeis por fama
lo que repetir no puedo,
porque llegan. Duque. Batin,

pon-

ponte esta cadena al cuello.

Salgan con grande acompañamiento y bizarria Rutilio, Floro, Albano, Lucindo, el Marqués Gonzaga, Federico, Casandra y Lucrecia.

FEDER. En esta huerta, señora,
os tienen hecho aposento,
para que el Duque os reciba,
en tanto que disponiendo
queda Ferrara la entrada,
que a vuestros merecimientos
será corta, aunque será
la mayor, que en estos tiempos
en Italia se haya visto.
CASAN. Ya, Federico, el silencio
me provocaba a tristeza.
FEDER. Fue de aquesta causa efecto.
FLORO. Ya salen a recibiros
el Duque y Aurora. DUQUE. El cielo,
hermosa Casandra, a quien
con toda el alma os ofrezco
estos estados, os guarde
para su señora y dueño,
para su aumento y su honor
los años de mi deseo.
CASAN. Para ser de V. Alteza
esclava, gran señor, vengo,
que deste titulo solo
recibe mi casa aumento,
mi padre honor, y mi patria

glo-

gloria, en cuya fé posseo
los meritos de llegar
a ser digna de los vuestros.

DUQUE. Dadme vos, señor Marqués,
los brazos, a quien yo debo
prenda de tanto valor.

MARQ. En su nombre los merezco,
y por la parte que tuve
en este alegre hymeneo,
pues hasta la execucion
me sois deudor del concierto.

AUROR. Conoced, Casandra, a Aurora.

CASAN. Entre los bienes que espero
de tanta ventura mia,
es ver, Aurora, que os tengo
por amiga y por señora.

AUROR. Con serviros, con quereros
por dueño de quanto soy,
solo responder os puedo:
dichosa Ferrara ha sido,
o Casandra, en mereceros
para gloria de su nombre.

CASAN. Con tales favores entro,
que ya en todas mis acciones
prospero fin me prometo.

DUQUE. Sentaos, porque os reconozcan
con debido amor mis deudos
y mi casa. CASAND. No replico,
quanto mandais obedezco.

Sien-

Sientanse debajo de dosel el Duque y Casandra, y el Marqués y Aurora.

CASAN. ¿No se sienta el Conde? DUQUE. No,
porque ha de ser el primero
que os ha de besar la mano.
CASAN. Perdonad, que no consiento
essa humildad. FEDER. Es agravio
de mi amor: fuera de serlo,
es ir contra mi obediencia.
CASAN. Esso no. FEDER. Temblando llego.
CASAN. Teneos. FEDER. No lo mandeis:
tres veces, señora, beso
vuestra mano: una por vos,
con que humilde me sujeto
a ser vuestro mientras viva,
destos vasallos exemplo:
la segunda por el Duque
mi señor, a quien respeto
obediente, y la tercera
por mí, porque no teniendo
mas por vuestra obligacion,
ni menos por su precepto,
sea de mi voluntad,
señora, reconoceros,
que la que sale del alma
sin fuerza de gusto ageno,
es verdadera obediencia.
CASAN. De tan obediente cuello
sean cadena mis brazos.

DUQUE. Es Federico discreto.

MARQ. Dias ha, gallarda Aurora,
que los deseos de veros
nacieron de vuestra fama,
y a mi fortuna le debo,
que tan cerca me pusiesse
de vos, aunque no sin miedo,
para que sepais de mí,
que puesto que se cumplieron,
son mayores de serviros,
quando tan hermosa os veo.

AUROR. Yo, señor Marqués, estimo
esse favor como vuestro,
porque ya de vuestro nombre,
que por las armas eterno
será, en Italia tenia
noticia por tantos hechos.
Lo de galan ignoraba,
y fue ignorancia os confiesso,
porque soldado y galan
es fuerza, y mas en sujeto
de tal sangre y tal valor.

MARQ. Pues haciendo fundamento
de esse favor, desde hoy
me nombro vuestro, y prometo
mantener en estas fiestas
a todos los caballeros
de Ferrara, que ninguno
tiene tan hermoso dueño.

DUQUE. Que descanseis es razon,
que pienso que entreteneros

es hacer la necedad,
que otros casados dixeron:
no diga el largo camino,
que he sido dos veces necio,
y amor, que no estimo el bien,
pues no le agradezco el tiempo.

Todos se entran con grandes cumplimientos, y quedanse Federico y Batin.

FEDER. ¡Qué necia imaginacion!
BATIN. ¿Cómo necia? qué tenemos?
FEDER. Bien dicen, que nuestra vida
es sueño, y que toda es sueño,
pues que no solo dormidos,
pero aun estando despiertos,
cosas imagina un hombre,
que al mas abrasado enfermo
con phrenesi no pudieran
llegar a su entendimiento.
BATIN. Dices bien, que alguna vez
entre muchos caballeros
suelo estar, y sin querer
se me viene al pensamiento
dar un bofeton a uno,
y mordelle del pescuezo.
Si estoy en algun balcon,
estoy pensando y temiendo
echarme dél y matarme.
Si estoy en la Iglesia oyendo
algun sermon, imagino,

 que

que le digo, qué está impresso;
y si dos están jugando,
que les tiro un candelero:
si cantan quiero cantar,
y si alguna dama veo,
en mi necia phantasia,
asirla del moño intento,
y me salen mil colores,
como si lo huviera hecho.
Feder. ¡Jesus! Dios me valga: afuera
desatinados conceptos
de sueños despiertos: ¿yo
tal imagino, tal pienso,
tal me prometo, tal digo,
tal fabrico, tal emprendo?
no mas, ¡estraña locura!
Batin. ¿Pues tú para mí secreto?
Feder. Batin, no es cosa que hice;
y assi nada te reservo,
que las imaginaciones
son espiritu sin cuerpo:
lo que no es, ni ha de ser,
no es esconderte mi pecho.
Batin. Y si te lo digo yo,
¿negarásmelo? Feder. Primero
que puedas adivinarlo,
havrá flores en el cielo,
y en este jardin estrellas.
Batin. Pues mira como lo acierto:
que te agrada tu madrastra,
y estás entre tí diciendo....

Fe-

FEDER. No lo digas: es verdad.
¿Pero yo qué culpa tengo,
pues el pensamiento es libre?
BATIN. Y tanto, que por su vuelo
la inmortalidad del alma
se mira como en espejo.
FEDER. Dichoso es el Duque. BATIN. Y mucho.
FEDER. Con ser impossible, llego
a estar envidioso dél.
BATIN. Bien puedes con presupuesto
de que era mejor Casandra
para tí. FEDER. Con esso puedo
morir de impossible amor,
y tener possibles zelos.

ACTO SEGUNDO.

Salen Casandra y Lucrecia.

LUCR. Con notable admiracion
me ha dejado V. Alteza.
CASAN. No hay alteza con tristeza,
y mas si bajezas son.
Mas quisiera, y con razon,
ser una ruda villana,
que me hallára la mañana
al lado de un labrador,
que desprecio de un señor
en oro, purpura y grana.
Pluguiera a Dios, que naciera
bajamente, pues hallára

quien lo que soy estimára,
y a mi amor correspondiera
en aquella humilde esphera,
como en las camas reales
se gozan contentos tales,
que no los crece el valor,
si los efectos de amor
son en las noches iguales.
No los halla a dos casados
el sol por las vidrieras
de cristal a las primeras
luces del Alva abrazados
con mas gusto, ni en dorados
techos mas descanso halló,
que tal vez su rayo entró
del Aurora a los principios
por mal ajustados ripios,
y un alma en dos cuerpos vió.
Dichosa la que no siente
un desprecio autorizado,
y se levanta del lado
de su esposo alegremente:
la que en la primera fuente
mira, o lava, ¡o cosa rara!
con las dos manos la cara,
y no en llanto, quando fue
muger de un hombre sin fé,
con ser Duque de Ferrara.
Sola una noche le ví
en mis brazos en un mes,
y muchas le ví despues,

que

que no quiso verme a mí:
pero de que viva ansi
¿cómo me puedo quejar?
pues que me pudo enseñar
la fama, que quien vivia
tan mal, no se emendaria,
aunque mudasse lugar.
Que venga un hombre a su casa,
quando viene al mundo el dia,
que viva a su phantasia,
por libertad de hombre passa,
¿quién puede ponerle tassa?
pero que con tal desprecio
trate una muger de precio,
de que es casado olvidado,
o quiere ser desdichado,
o tiene mucho de necio.
El Duque debe de ser
de aquellos, cuya opinion
en tomando possession
quieren en casa tener
como alhaja la muger,
para adorno, lustre y gala,
silla, o escritorio en sala;
y es termino que condeno,
porque con marido bueno
¿quándo se vió muger mala?
La muger de honesto trato
viene para ser muger
a su casa, que nó a ser
silla, escritorio, o retrato:

basta ser un hombre ingrato
sin que sea descortés;
y es mejor, si causa es
de algun pensamiento estraño,
no dar ocasion al daño,
que remediarle despues.

LUCR. Tu discurso me ha causado
lastima y admiracion,
que tan grande sinrazon
puede ponerte en cuidado.
¿Quién pensára, que casado
fuera el Duque tan vicioso,
o que no siendo amoroso,
cortés, como dices, fuera,
con que tu pecho estuviera
para el agravio animoso?
En materia de galan
puedese picar con zelos,
y dar algunos desvelos,
quando dormidos están.
El desden, el ademan,
la risa con quien passó,
alabar al que la habló,
con que despierta el dormido;
pero zelos a marido
¿quién en el mundo los dió?
¿Hale escrito V. Alteza
a su padre estos enojos?

CASAN. No, Lucrecia, que mis ojos
solo saben mi tristeza.

LUCR. Conforme a naturaleza

y a la razon, mejor fuera,
que el Conde te mereciera,
y que contigo casado,
assegurando su estado,
su nieto le sucediera:
que aquestas melancolías,
que trahe el Conde, no son,
señora, sin ocasion.

Casan. No serán sus phantansias,
Lucrecia, de envidias mias,
ni yo hermanos le daré;
con que Federico esté
seguro, que no soy yo
la que la causa le dió,
desdicha de entrambos fue.

Salen el Duque, Federico y Batin.

Duque. Si yo pensára, Conde, que te diera
tanta tristeza el casamiento mio,
antes de imaginarlo me muriera.

Feder. Señor, fuera notable desvario
entristecerme a mí tu casamiento,
ni de tu amor por esso desconfio.
Advierta pues tu claro entendimiento,
que si del casamiento me pesára,
dissimular supiera el descontento:
la falta de salud se vé en mi cara,
pero no la ocasion. Duq. Mucho presumen
los Medicos de Mantua y de Ferrara,
y todos finalmente se resumen,

en que casarte es el mejor remedio,
en que tales tristezas se consumen.

FEDER. Para doncellas era mejor remedio,
señor, que para un hombre de mi estado,
que no por essos medios me remedio.

CASAN. Aun apenas el Duque me ha mirado:
desprecio estraño y vil descortesia.

LUCR. Sino te ha visto, no será culpado.

CASAN. Fingir descuido es brava tyrania:
vamos, Lucrecia, que sino me engaño,
deste desden le pesará algun dia. *Vanse.*

DUQUE. Si bien de la verdad me desengaño,
yo quiero proponerte un casamiento,
no lejos de tu amor, ni en Reyno estraño.

FEDER. ¿Es por ventura Aurora? DUQ. El pensamiento
me hurtaste al producirle por los labios,
como quien tuvo el mismo sentimiento.
Yo consulté los mas ancianos sabios
del Magistrado nuestro, y todos vienen,
en que esto sobredora tus agravios.

FEDER. Poca experiencia de mi pecho tienen:
neciamente me juzgan agraviado,
pues sin causa ofendido me previenen.
Ellos saben, que nunca reprobado
tu casamiento de mi voto ha sido,
antes por tu sossiego deseado.

DUQUE. Assi lo creo, y siempre lo he creído;
y essa obediencia, Federico, pago
con estar de casarme arrepentido.

FEDER. Señor, porque no entiendas, que yo hago
sen-

sentimiento de cosa que es tan justa,
y el amor que me muestras satisfago,
sabré primero, si mi prima gusta,
y luego disponiendo mi obediencia,
pues lo contrario fuera cosa injusta;
haré lo que me mandas. DUQ. Su licencia
tengo firmada de su misma boca.
FEDER. Yo sé, que hay novedad de cierta ciencia,
y que porque a servirla le provoca,
el Marqués de Ferrara se ha quedado.
DUQUE. ¿Pues esso, Federico, qué te toca?
FEDER. Al que se ha de casar le da cuidado
el galan que ha servido, y aun enojos,
que es escribir sobre papel borrado.
DUQUE. Si andan los hombres a mirar antojos,
encierren en castillos las mugeres,
desde que nacen, contra tantos ojos,
que el mas puro cristal, si ver te quieres,
se mancha del aliento: ¿mas qué importa,
si del mirar escrupuloso eres?
pues luego que se limpia y se reporta,
tan claro queda como estaba de antes.
FEDER. Muy bien tu ingenio y tu valor me exhorta:
señor, quando centellas rutilantes
escupe alguna fragua, y el que fragua
quiere apagar las llamas resonantes,
moja las brasas de la ardiente fragua,
pero rebeldes ellas crecen luego,
y arde el fuego voraz lamiendo el agua:
assi un marido del amante ciego
templó el deseo y la primera llama,

pero puede volver mas vivo el fuego;
y assi debo temerme de quien ama,
que no quiero ser agua, que le aumente
dando fuego a mi honor y humo a mi fama.

DUQUE. Muy necio, Conde, estás y impertinente:
hablas de Aurora, qual si noche fuera,
con barbaro lenguaje y indecente.

FEDER. Espera. DUQ. ¿Para qué? FED. Señor, espera.

BATIN. ¡O que bien has negociado
la gracia del Duque! FEDER. Espero
su desgracia, porque quiero
ser en todo desdichado,
que mi desesperacion
ha llegado a ser de suerte,
que solo para la muerte
me permite apelacion.
Y si muriera, quisiera
poder volver a vivir
mil veces, para morir
quantas a vivir volviera.
Tal estoy, que no me atrevo
ni a vivir, ni a morir ya,
por ver, que el vivir será
volver a morir de nuevo:
y sino soy mi homicida,
es por ser mi mal tan fuerte,
que porque es menos la muerte,
me dejo estar con la vida.

BATIN. Segun esto, ni tú quieres
vivir, Conde, ni morir,
que entre morir y vivir

co-

como hermaphrodita eres:
que como aquel se compone
de hombre y muger, tú de muerte
y vida, que de tal suerte
la tristeza te dispone,
que ni eres muerte, ni vida:
pero por Dios, que mirado
tu desesperado estado,
me obligas a que te pida,
o la razon de tu mal,
o la licencia de irme
a donde, que fui confirme
desdichado por leal.
Dame tu mano. FEDER. Batin,
si yo decirte pudiera
mi mal, mal possible fuera,
y mal que tuviera fin.
Pero la desdicha ha sido,
que es mi mal de condicion,
que no cabe en mi razon,
sino solo en mi sentido:
que quando por mi consuelo
voy hablar, me pone en calma
ver que de la lengua al alma
hay mas que del suelo al cielo.
Vete, si quieres, tambien,
y dejame solo aqui,
porque no haya cosa en mí,
que aun tenga sombra de bien.

Salen Casandra y Aurora.

CASAN. ¿Desso lloras? AUROR. ¿Le parece
a V. Alteza, señora,
sinrazon, si el Conde ahora
me desprecia y aborrece?
Dice, que quiero al Marqués
Gongaza: ¿yo a Carlos? yo?
quándo? cómo? pero no,
que ya sé lo que esto es.
El tiene en su pensamiento
irse a España, despechado
de ver su padre casado,
que antes de su casamiento
la misma luz de sus ojos
era yo, pero ya soy
quien en los ojos le doy,
y mis ojos sus enojos.
¿Qué Aurora nuevas del dia
truxo al mundo, sin hallar
al Conde, donde a buscar
la de sus ojos venia?
En un jardin ¿en qué fuente
no me dixo el Conde amores?
qué jazmines, o qué flores
no fueron mi boca y frente?
Quando de mí se apartó,
¿qué instante vivió sin mí?
¿o cómo viviera en sí,
sino le animára yo?

que

que tanto el trato acrisola
la fé de amor, que de dos
almas, que nos puso Dios,
hicimos una alma sola.
Esto desde tiernos años,
porque con los dos nació
este amor, que hoy acabó
a manos de sus engaños:
tanto pudo la ambicion
del estado que ha perdido.

CASAN. Pesame de que haya sido,
Aurora, por mi ocasion:
pero templa tus desvelos
mientras voy a hablar con él,
si bien es cosa crüel
poner en razon los zelos.

AUROR. ¿Yo zelos? CASAN. Con el Marqués
dice el Duque. AUROR. V. Alteza
crea, que aquella tristeza
ni es amor, ni zelos es. *Vase.*

CASAN. Federico. FEDER. Mi señora,
dé V. Alteza la mano
a su esclavo. CASAN. ¿Tú en el suelo?
Conde, no te humilles tanto,
que te llamaré Excelencia.

FEDER. Será de mi amor agravio:
ni me pienso levantar
sin ella. CASAN. Aqui están mis brazos:
¿qué tienes? qué has visto en mí?
¿parece que estas temblando?
¿sabes ya lo que te quiero?

FE-

FEDER. En haverlo adivinado
el alma lo dixo al pecho,
el pecho al rostro, causando
el sentimiento que miras.

CASAN. Dejanos solos un rato,
Batin, que tengo que hablar
al Conde. BATIN. ¿El Conde turbado,
y hablarle Casandra a solas?
no lo entiendo. *Vase.*

FEDER. ¡Hai, cielo, en tanto
que muero phenix, poned
a tanta llama descanso,
pues otra vida me espera!

CASAN. Federico, aunque reparo
en lo que me ha dicho Aurora
de tus zelosos cuidados,
despues que vino conmigo
a Ferrara el Marqués Carlos,
por quien de casarte dejas,
apenas me persuado,
que tus meritos desprecies,
siendo, como dicen, sabios.
Desconfianza y envidia,
que mas tiene de soldado,
aunque es gallardo el Marqués,
que de galan cortesano,
de suerte que lo que pienso
de tu tristeza y recato,
es porque el Duque tu padre
se casó conmigo, dando
por ya perdida tu accion

a la luz del primer parto,
que a sus estados tenias:
y siendo assi, que yo causo
tu desasossiego y pena,
desde aqui te desengaño,
que puedes estar seguro
de que no tendrás hermanos;
porque el Duque solamente
por cumplir con sus vasallos
este casamiento ha hecho,
que sus viciosos regalos,
por no les dar otro nombre,
apenas el breve espacio
de una noche, que a su cuenta
fue cifra de muchos años,
mis brazos le permitieron,
que a los deleytes passados
ha vuelto con mayor furia,
roto el freno de mis brazos.
Como se suelta al estruendo
un arrogante caballo
del atambor, porque quiero
usar de termino casto,
que del bordado jaez
va sembrando los pedazos,
alli las piezas del freno,
vertiendo espumosos rayos,
alli la barba y la rienda,
alli las cintas y lazos;
assi el Duque, la obediencia
rota al matrimonio santo,

va por mugercillas viles
pedazos de honor sembrando:
alli se deja la fama,
alli los laureles y arcos,
los titulos y los nombres
de sus ascendientes claros:
alli el valor, la salu
y el tiempo tan mal
haciendo las noches
en estos indignos pasos,
con que sabrás quan segu
estás de heredar su estado:
o escribiendo yo a mi padr
que es mas que esposo, tyran
para que me saque libre
del Argel de su palacio,
sino anticipa la muerte
breve fin a tantos daños.

FEDER. Comenzando V. Alteza
riñendome, acaba en llanto
su discurso, que pudiera
en el mas duro peñasco
imprimir dolor: ¿qué es esto?
sin duda, que me ha mirado
por hijo de quien la ofende;
pero yo la desengaño,
que no parezca hijo suyo
para tan injustos casos.
Esto, persuadido ansi
de mi tristeza, me espanto,
que la atribuyas, señora,

a pensamientos tan bajos.
¿Ha menester Federico,
para ser quien es, estados?
¿no lo son los de mi prima,
si yo con ella me caso?
¿o si la espada por dicha
contra algun Principe saco
destos confinantes nuestros,
los que le quitan restauro?
No procede mi tristeza
de interes, y aunque me alargo
a mas de lo que es razon,
sabe, señora, que passo
una vida la mas triste,
que se cuenta de hombre humano,
desde que amor en el mundo
puso las flechas al arco.
Yo me muero sin remedio,
mi vida se va acabando
como vela poco a poco;
y ruego a la muerte en vano,
que no aguarde a que la cera
llegue al ultimo desmayo,
sino que con breve soplo
cubra de noche mis años.

Casan. Deten, Federico ilustre,
las lagrimas, que no ha dado
el cielo el llanto a los hombres,
sino el animo gallardo.
Naturaleza el llorar
vinculó por mayorazgo

en las mugeres, a quien,
aunque hay valor, faltan manos,
no en los hombres, que una vez
solo pueden, y es en caso
de haver perdido el honor,
mientras vengan el agravio.
Mal haya Aurora y sus zelos,
que un caballero bizarro,
discreto, dulce y tan digno
de ser querido, a un estado
ha reducido tan triste.

FEDER. No es Aurora, que es engaño.

CASAN. ¿Pues quién es? FEDER. El mismo sol,
que de essas Auroras hallo
muchas siempre que amanece.

CASAN. ¿Que no es Aurora? FEDER. Mas alto
vuela el pensamiento mio.

CASAN. ¿Muger te ha visto y hablado,
y tú le has dicho tu amor,
que puede con pecho ingrato
corresponderte? ¿No miras,
que son efectos contrarios,
y proceder de una causa
parece impossible? FEDER. Quando
supieras tú el impossible,
dixeras, que soy de marmol,
pues no me matan mis penas,
o que vivo de milagro.
¿Qué Phaethonte se atrevió
del sol al dorado carro?
¿o aquel, que juntó con cera,

de

deviles plumas infausto,
que sembradas por los vientos,
pajaros que van volando:
las creyó el mar, hasta verlas
en sus cristales salados?
¿Qué Belerephonte vió
en el caballo Pegaso
parecer el mundo un punto
del circulo de los astros?
¿qué Griego Sinon metió
aquel caballo preñado
de armados hombres en Troya,
fatal de su incendio parto?
¿qué Jason tentó primero
passar el mar temerario,
poniendo yugo a su cuello,
los pinos y lienzos de Argos,
que se iguale a mi locura?

CASAN. ¿Estás, Conde, enamorado
de alguna imagen de bronce,
Nympha, o Diosa de alabastro?
Las almas de las mugeres
no las viste jaspe helado,
ligera cortina cubre
todo pensamiento humano.
Jamás amor llamó al pecho,
siendo con meritos tantos,
que no respondiesse el alma:
Aqui estoy, pero entrad passo.
Dile tu amor, sea quien fuere,
que no sin causa pintaron

a Venus tal vez los Griegos
rendida a un Satyro, o Fauno.
Mas alta se vé la luna,
y de su cerco argentado
bajó por Endymïon
mil veces al monte Latmo.
Toma mi consejo, Conde,
que el edificio mas casto
tiene la puerta de cera:
habla, y no mueras callando.

FEDER. El cazador con industria
pone al Pelicano Indiano
fuego al rededor del nido;
y él descendiendo de un arbol,
para librar a sus hijos
bate las alas turbado,
con que mas enciende el fuego,
que piensa que está matando:
finalmente se le queman,
y sin alas en el campo
se deja coger, no viendo,
que era impossible volando.
Mis pensamientos, que son
hijos de mi amor, que guardo
en el nido del silencio,
se están, señora, abrasando:
bate las alas amor,
y enciendelos por librarlos.
Crece el fuego, y él se quema,
tú me engañas, yo me abraso,
tú me incitas, yo me pierdo,

tú

tú me animas, yo me espanto,
tú me esfuerzas, yo me turbo;
tú me libras, yo me enlazo,
tú me llevas, yo me quedo,
tú me enseñas, yo me atajo;
porque es tanto mi peligro,
que juzgo por menos daño,
pues todo ha de ser morir,
morir sufriendo y callando. *Vase.*

Casan. No ha hecho en la tierra el cielo
cosa de mas confusion,
que fue la imaginacion
para el humano desvelo:
ella vuelve el fuego en hielo,
y en el color se transforma
del deseo, donde forma
guerra, paz, tormenta y calma,
y es una manera de alma,
que mas engaña, que informa.
Estos escuros intentos,
estas claras confusiones,
mas que me han dicho razones,
me han dejado pensamientos;
¿qué tempestades los vientos
mueven de mas variedades,
que estas confusas verdades
en una imaginacion?
porque las del alma son
las mayores tempestades.
Quando a imaginar me inclino,
que soy la que quiere el Conde,

el

el mismo engaño responde,
que lo impossible imagino.
Luego mi fatal destino
me ofrece mi casamiento,
y en lo que siento, consiento,
que no hay tan grande impossible,
que no le juzguen visible
los ojos del pensamiento.
Tantas cosas se me ofrecen
juntas, como esto ha caído
sobre un barbaro marido,
que pienso que me enloquecen.
Los impossibles parecen
faciles, y yo engañada,
ya pienso que estoy vengada;
mas siendo error tan injusto,
a la sombra de mi gusto
estoy mirando su espada.
Las partes del Conde son
grandes, pero mayor fuera
mi desatino, si diera
puerta a tan loca passion:
no mas, necia confusion:
salid, cielo, a la defensa,
aunque no yerra quien piensa,
porque en el mundo no huviera
hombre con honra, si fuera
ofensa pensar la ofensa.
Hasta ahora no han errado
ni mi honor, ni mi sentido,
porque lo que he consentido,

ha

ha sido un error pintado:
consentir lo imaginado,
para con Dios es error,
mas no para el deshonor,
que diferencian intentos
el ver Dios los pensamientos,
y no los ver el honor.

Sale Aurora.

AUROR. Larga platica ha tenido
V. Alteza con el Conde:
¿qué responde? CASAN. Que responde
a tu amor agradecido.
Sossiega, Aurora, sus zelos,
que esto pretende no mas. *Vase.*
AUROR. ¡Qué tibio consuelo das
a mis ardientes desvelos!
¡Que pueda tanto en un hombre,
que adoró mis pensamientos,
ver burlados los intentos
de aquel ambicioso nombre,
con que heredaba a Ferrara!
Eres poderoso, amor,
por tí ni en vida ni honor,
ni aun en alma se repara;
y Federico se muere,
que me solia querer,
con la tristeza de ver
lo que de Casandra infiere.
Pero pues él ha fingido

zelos, por dissimular
la ocasion, y despertar
suelen el amor dormido, o
quiero darselos de veras,
favoreciendo al Marqués.

Salen Rutilio y el Marqués.

Rutil. Con el contrario que ves,
en vano remedio esperas
de tus locas esperanzas.
Marq. Calla, Rutilio, que aqui
está Aurora. Rutil. Y tú sin tí,
firme entre tantas mudanzas.
Marq. Aurora del claro dia,
en que te dieron mis ojos
con toda el alma en despojos
la libertad que tenia:
Aurora, que el sol envia
quando en mi pena anochece,
por quien ya quanto florece
viste colores hermosas,
pues entre perlas y rosas
de tus labios amanece:
desde que de Mantua vine,
hice con poca ventura
eleccion de tu hermosura,
que no hay alma que no incline:
qué mal mi engaño previne,
puesto que el alma te adora,
pues solo sirve, señora,

de

de que te canses de mí,
hallando mi noche en tí,
quando te suspiro Aurora.
No el verte desdicha ha sido,
que ver luz nunca lo fué,
sino que mi amor te dé
causa para tanto olvido.
Mi partida he prevenido,
que es el remedio mejor,
fugitivo a tu rigor;
voy a buscar resistencia
en los milagros de ausencia
y en las venganzas de amor.
Dame licencia y la mano.

AUROR. No se morirá de triste
el que tan poco resiste,
ni galan, ni cortesano,
Marqués, el primer desden,
que no están hechos favores
para primeros amores,
antes que se quiera bien.
Poco amais, poco sufris;
pero en tal desigualdad,
con la misma libertad,
que licencia me pedis,
os mando, que no os partais.

MARQ. Señora, a tan gran favor,
aunque parece rigor,
con que esperar me mandais,
no los diez años, que a Troya
cercó el Griego, ni los siete

del pastor, a quien promete
Laban la divina joya,
pero siglos inmortales,
como Tantalo estaré
entre la duda y la fé
de vuestros bienes y males.
Albricias quiero pedir
a mi amor de mi esperanza:
mientras el bien no se alcanza,
meritos tiene el sufrir.

Salen el Duque, Federico y Batin.

Duque. Escribeme el Pontifice por esta,
que luego a Roma parta.
Feder. ¿Y no dice la causa en essa carta?
Duque. Y que sea la respuesta,
Conde, partirme al punto.
Feder. Si lo encubres, señor, no lo pregunto.
Duque. ¿Quándo te encubro yo, Conde, mi pecho?
solo puedo decirte, que sospecho,
que con las guerras, que en Italia tiene,
si numeroso exercito previene,
podemos presumir, que hacerme intenta
General de la Iglesia, que a mi cuenta
tambien querrá que con dinero ayude,
sino es que en la eleccion de intento mude.
Feder. No en vano lo que piensas me encubrias,
si solo te partias,
que ya será conmigo, que a tu lado
no pienso que tendrás mejor soldado.

Du-

DUQUE. Esso no podrá ser, porque no es justo,
Conde, que sin los dos mi casa quede,
ninguno como tú regirla puede:
esto es razon, y basta ser mi gusto.

FEDER. No quiero darte, gran señor, disgusto:
¿pero en Italia qué dirán, si quedo?

DUQUE. Que esto es gobierno, y que sufrir no puedo
aun de mi proprio hijo compañia. *Vase.*

FEDER. Notable prueba en la obediencia mia.

BATIN. Mientras con el Duque hablaste,
he reparado en que Aurora,
sin hacer caso de tí,
con el Marqués habla a solas.

FEDER. ¿Con el Marqués? BATIN. Sí señor.

FEDER. ¿Y qué piensas tú que importa?

AUROR. Esta banda prenda sea
del primer favor. MARQ. Señora,
será cadena en mi cuello,
será de mi mano esposa,
para no darla en mi vida:
si quereis que me la ponga,
será doblado el favor.

AUROR. Aunque es venganza amorosa,
parece a mi amor agravio:
porque de dueño mejora,
os ruego que os la pongais.

BATIN. Ser las mugeres traydoras
fue de la naturaleza
invencion maravillosa,
porque sino fueran falsas,
algunas digo, no todas,

idolatráran en ellas
los hombres que las adoran.
¿No vés la banda? FEDER. ¿Qué banda?
BATIN. ¿Qué banda? graciosa cosa:
una que lo fue del sol,
quando lo fue de una sola
en la gracia y la hermosura,
planetas con que la adorna,
y ahora, como en eclipse,
del Dragon lo extremo toca.
Yo me acuerdo, quando fuera
la banda de la discordia,
como la manzana de oro
de Paris y las tres Diosas.
FEDER. Esso fue entonces, Batin,
pero es otro tiempo ahora.
AUROR. Venid al jardin conmigo. *Vanse los dos.*
BATIN. ¡Con qué libertad la toma
de la mano, y se van juntos!
FEDER. ¿Qué quieres, si se conforman
las almas? BATIN. ¿Esso respondes?
FEDER. ¿Qué quieres que te responda?
BATIN. Si un cisne no sufre al lado
otro cisne, y se remonta
con su prenda muchas veces
a las estrangeras ondas;
y un gallo, si al de otra casa
con sus gallinas le topa,
con el suyo le deshace
los picos de la corona,
y encrespando su turbante,

tur-

Turco por la barba roja,
zeloso vencerle intenta
hasta en la nocturna solfa:
¿cómo sufres, que el Marqués
á quitarte se disponga
prenda, que tanto quisiste?

FEDER. Porque la venganza propria
para castigar las damas,
que á los hombres ocasionan,
es dejarlas con su gusto;
porque aventura la honra
quien la pone en sus mudanzas.

BATIN. Dame por Dios una copia
de esse arancel de galanes,
tomaréle de memoria.
No, Conde, mysterio tiene
tu sufrimiento, perdona,
que pensamientos de amor
son arcaduces de noria,
ya deja el agua primera
el que la segunda toma:
por nuevo cuidado dejas
el de Aurora, que si sobra
el agua, ¿cómo es possible,
que pueda ocuparse de otra?

FEDER. Bachiller estás, Batin,
pues con fuerza cautelosa,
lo que no entiendo de mí
a presumir te provocas.
Entra, y mira qué hace el Duque,
y de partida te informa,

por-

porque vaya a acompañarle.
Batin. Sin causa necio me nombras,
porque abonar tus tristezas
fuera mas necia lisonja. *Vase.*
Feder. ¿Qué buscas, impossible pensamiento,
barbaro, qué me quieres? qué me incitas?
¿por qué la vida sin razon me quitas?
donde volando, aun no te quiere el viento.
Deten el vagaroso movimiento,
que la muerte de entrambos solicitas:
dejame descansar, y no permitas
tan triste fin a tan glorioso intento.
No hay pensamiento, si rindió despojos,
que sin determinado fin se aumente,
pues dandolé esperanzas, sufre enojos.
Todo es possible a quien amando intente,
y solo tú naciste de mis ojos,
para ser impossible eternamente.

Sale Casandra.

Casan. Entre agravios y venganzas
anda solícito amor
despues de tantas mudanzas,
sembrando contra mi honor
mal nacidas esperanzas.
En cosas inaccessibles
quiere poner fundamentos,
como si fuessen visibles,
que no puede haver contentos
fundados en impossibles.

En

En el animo que inclinó
al mal por tantos disgustos
del Duque, loca imaginó
hallar venganzas y gustos
en el mayor desatino.
Al galan Conde y discreto,
y su hijo, ya permito
para mi venganza efeto,
pues para tanto delito
conviene tanto secreto.
Víle turbado, llegando
a decir su pensamiento,
y desmayarse temblando,
aunque es mas atrevimiento
hablar un hombre callando:
pues de aquella turbacion
tanto el alma satisfice,
dandome el Duque ocasion,
que hay dentro de mí quien dice,
que si es amor, no es traycion:
y que quando ser pudiera
rendirme desesperada
a tanto valor, no fuera
la postrera enamorada,
ni la traydora primera.
A sus padres han querido
sus hijas, y sus hermanos
algunas, luego no han sido
mis sucessos inhumanos,
ni mi propria sangre olvido:
pero no es disculpa igual,

que

que haya otros males, de quien
me valga en peligro tal,
que para pecar no es bien
tomar exemplo del mal.
Este es el Conde, ¡hai de mí!
pero ya determinada
¿qué temo? FEDER. Ya viene aqui
desnuda la dulce espada,
por quien la vida perdí,
¡O hermosura celestial!

CASAN. ¿Cómo te va de tristeza,
Federico, en tanto mal?

FEDER. Responderé à V. Alteza,
que es mi tristeza inmortal.

CASAN. Destemplan melancolias
la salud: enfermo estás.

FEDER. Traygo unas necias porfias,
sin que pueda decir mas,
señora, de que son mias.

CASAN. Si es cosa, que yo la puedo
remediar, fia de mí,
que en amor tu amor excedo.

FEDER. Mucho fiára de tí,
pero no me deja el miedo.

CASAN. Dixisteme, que era amor
tu mal. FEDER. Mi pena y mi gloria
nacieron de su rigor.

CASAN. Pues oye una antigua historia,
que el amor quiere valor.
Antiocho enamorado
de su madrastra enfermó

de

de tristeza y de cuidado,
FEDER. Bien hizo, si se murió,
que yo soy mas desdichado.
CASAN. El Rey su padre afligido,
quantos Medicos tenia
juntó, y fue tiempo perdido,
que la causa no sufria
que fuesse amor conocido.
Mas Erostrato mas sabio
en su ciencia, que Galeno,
conoció luego su agravio,
pero que estaba el veneno
entre el corazon y el labio.
Tomóle el pulso, y mandó,
que quantas damas havia
en palacio, entrassen. FEDER. Yo
presumo, señora mia,
que algun espiritu habló.
CASAN. Quando su madrastra entraba,
conoció en la alteracion
del pulso, que ella causaba
su mal. FEDER. ¡Estraña invencion!
CASAN. Tal en el mundo se alaba.
FEDER. ¿Y tuvo remedio ansi?
CASAN. No niegues, Conde, que yo
he visto lo mismo en tí.
FEDER. ¿Pues enojaráste? CASAN. No.
FEDER. ¿Y tendrás lastima? CASAN. Sí.
FEDER. Pues, señora, yo he llegado,
perdido a Dios el temor,
y al Duque, a tan triste estado,

que este mi impossible amor
me tiene desesperado.
En fin, señora, me veo
sin mí, sin vos y sin Dios:
sin Dios, por lo que os deseo;
sin mí, porque estoy sin vos;
sin vos, porque no os posseo;
y por sino lo entendeis,
haré sobre estas razones
un discurso, en que podreis
conocer de mis passiones
la culpa, que vos teneis.
Aunque dicen, que el no ser
es, señora, el mayor mal,
tal por vos me vengo a ver,
que para no verme tal,
quisiera dejar de ser.
En tantos males me empleo,
despues que mi ser perdí,
que aunque no verme deseo,
para ver si soy quien fui,
en fin, señora, me veo.
A decir, que soy quien soy,
tal estoy, que no me atrevo;
y por tales passos voy,
que aun no me acuerdo, que debo
a Dios la vida que os doy.
Culpa tenemos los dos
del no ser que soy ahora,
pues olvidado por vos
de mí mismo estoy, señora,

sin

sin mí, sin vos y sin Dios.
Sin mí no es mucho, pues ya
no hay vida sin vos, que pida
al mismo que me la dá;
pero sin Dios, con ser vida,
¿quién sino mi amor está?
Si en desearos me empleo,
y él manda no desear
la hermosura, que en vos veo,
claro está, que vengo a estár
sin Dios, por lo que os deseo.
¡O qué loco barbarismo
es presumir conservar
la vida en tan ciego abismo;
hombre, que no puede estár
ni en vos, ni en Dios, ni en sí mismo.
¿Qué havemos de hacer los dos,
pues a Dios por vos perdí,
despues que os tengo por Dios;
sin Dios, porque estais en mí,
sin mí, porque estoy sin vos?
Por haceros solo bien,
mis males vengo a sufrir,
yo tengo amor, vos desden,
tanto, que puedo decir,
mirad con quien y sin quien.
Sin vos y sin mí peleo
con tanta desconfianza,
sin mí, porque en vos ya veo
impossible mi esperanza,
sin vos, porque no os posseo.

Casan. Conde, quando yo imagino
a Dios y al Duque, confiesso,
que tiemblo, porque adivino
juntos para tanto excesso
poder humano y divino:
pero viendo que el amor
halló en el mundo disculpa,
hallo mi culpa menor;
porque hace menor la culpa
ser la disculpa mayor.
Muchos exemplos me dieron,
que a errar se determinaron,
porque los que errar quisieron,
siempre miran los que erraron,
no los que se arrepintieron.
Si remedio puede haver,
es huír de ver y hablar;
porque con no hablar ni ver,
o el vivir se ha de acabar,
o el amor se ha de vencer.
Huye de mí, que de tí
yo no sé si huír podré,
o me daré muerte a mí.

Feder. Yo, señora, moriré,
que es lo mas que haré por mí.
No quiero vida, ya soy
cuerpo sin alma, y de suerte
a buscar mi muerte voy,
que aun no pienso hallar mi muerte,
por el placer que me doy.
Sola una mano suplico

que

que me dés: dame el veneno,
que me ha muerto. CASAN. Federico,
todo principio condeno,
si polvora al fuego aplico.
Vete con Dios. FEDER. ¡Qué traycion!
CASAN. Ya determinada estuve:
pero advertir es razon,
que por una mano sube
el veneno al corazon.
FEDER. Sirena, Casandra, fuiste,
cantaste, para meterme
en el mar, donde me diste
la muerte. CASAN. Yo he de perderme:
ten, honor, fama, resiste.
FEDER. Apenas a andar acierto.
CASAN. Alma y sentidos perdí.
FEDER. ¡O qué estraño desconcierto!
CASAN. Yo voy muriendo por tí.
FEDER. Yo no, porque ya voy muerto.

ACTO TERCERO.

Salen Aurora y el Marqués.

AUROR. Yo te he dicho la verdad.
MARQ. No es possible persuadirme:
mira si nos oye alguno,
y mira bien lo que dices.
AUROR. Para pedirte consejo,
quise, Marqués, descubrirte
esta maldad. MARQ. ¿De qué suerte

ver

ver a Casandra pudiste
con Federico? Auror. Está atento:
Yo te confiesso, que quise
al Conde, de quien lo fui,
mas traydor, que el Griego Ulysses.
Creció nuestro amor el tiempo,
mi casamiento previne,
quando fueron por Casandra,
en fé de palabras firmes,
si lo son las de los hombres,
quando sus iguales sirven.
Fue Federico por ella,
de donde vino tan triste,
que en proponiendole el Duque
lo que de los dos le dixe,
se disculpó con tus zelos,
y como el amor permite,
que quando camina poco,
fingidos zelos le piquen,
diselos contigo, Carlos,
pero el mismo efecto hice
que en un diamante, que zelos,
donde no hay amor, no imprimen.
Pues viendome despreciada,
y a Federico tan libre,
dí en inquirir la ocasion,
y como zelos son lynces,
que las paredes penetran,
a saber la causa vine.
En correspondencia tiene,
sirviendole de tapices

re-

retratos, vidrios y espejos,
dos iguales camarines
el tocador de Casandra;
y como sospechas pisen
tan quedo, dos quadras antes
miré y ví, ¡caso terrible!
en el cristal de un espejo,
que el Conde las rosas mide
de Casandra con los labios;
con esto y sin alma fuime,
donde lloré mi desdicha,
y la de los dos, que viven,
ausente el Duque, tan ciegos,
que parece que compiten
en el amor y el desprecio,
y gustan, que se publique
el mayor atrevimiento,
que passára entre Gentiles,
o entre los desnudos Cafres,
que lobos marinos visten.
Parecióme, que el espejo,
que los abrazos repite,
por no ver tan gran fealdad
escureció los alindes:
pero mas curioso amor
la infame empresa prosigue,
donde no ha quedado agravio,
de que no me certifique.
El Duque dicen, que viene
victorioso; y que le ciñen
sacros laureles la frente,

por las hazañas felices,
con que del Pastor de Roma
los enemigos reprime.
Dime, ¿qué tengo de hacer
en tanto mal, que me afligen
sospechas de mayor daño,
si es verdad, que me dixiste
tantos amores con alma,
aunque soy tan infelice,
que parecerás al Conde
en engañarme, o en irte?
MARQ. Aurora, la muerte sola
es sin remedio invencible,
y aun a muchos hace el tiempo
en el tumulo phenices;
porque dicen, que no mueren
los que por su fama viven.
Dile, que te case al Duque,
que como el sí me confirmes,
con irnos los dos a Mantua,
no hayas miedo que peligres,
que si se arroja en el mar
con el dolor insufrible
de los hijos, que le quitan
los cazadores, el tigre,
quando no puede alcanzarlos,
¿qué hará el Ferrarés Achiles
por el honor y la fama?
¿Cómo quieres que se limpie
tan fea mancha sin sangre,
para que jamás se olvide?

si-

sino es que primero el cielo
sus libertades castigue,
y por gigantes de infamia
con vivos rayos fulmine.
Este consejo te doy.

AUROR. Y de tu mano le admite
mi turbado pensamiento.

MARQ. Será de la nueva Circe
el espejo de Medusa
el cristal en que la viste.

Salen Federico y Batin.

FEDER. ¿Qué no ha querido esperar
que salgan a recibirle?

BATIN. Apenas el Duque vió
los deseados confines,
quando dejando la gente,
y aun sin querer que te avisen,
tomó caballos y parte:
tan mal el amor resiste,
y los deseos de verte,
que aunque es justo que le obligue
la Duquesa, no hay amor
a quien el tuyo no prive:
eres el sol de sus ojos,
y quatro meses de eclipse
le han tenido sin paciencia.
Tú, Conde, el triumpho apercibe
para quando todos vengan,
que las esquadras que rige

han de entrar con mil tropheos,
llenos de dorados timbres.

Feder. ¿Aurora, siempre a mis ojos
con el Marqués? Auror. ¡Qué donayre!

Feder. ¿Con esse tibio desayre
respondes a mis enojos?

Auror. ¿Pues qué maravilla ha sido
el darte el Marqués cuidado?
parece que has despertado
de quatro meses dormido.

Marq. Yo, señor Conde, no sé,
ni he sabido que sentís
lo que ahora me decis,
que a Aurora he servido, en fé
de no haver competidor,
y mas si como vos fuera,
a quien humilde rindiera
quanto no fuera mi amor.
Bien sabeis, que nunca os ví
servirla, mas siendo gusto
vuestro, que la deje es justo,
que mucho mejor que en mí,
se emplea en vos su valor. *Vase.*

Auror. ¿Qué es esto que has intentado?
o qué phrenesi te ha dado,
sin pensamiento de amor?
¿Quántas veces al Marqués....
hablando conmigo viste,
desde que diste en ser triste,
y mucho tiempo despues?
y aun no volviste a mirarme,

quan-

quanto mas a divertirme:
ahora zeloso y firme,
quando pretendo casarme,
Conde, ya estás entendido:
dejame casar, y advierte,
que antes me daré la muerte,
que ayudar lo que has fingido.
Vuelvete, Conde, a estar triste,
vuelve a tu suspensa calma,
que tengo muy en el alma
los desprecios que me hiciste.
Ya no me acuerdo de tí,
(invenciones) Dios te guarde,
por tu vida, que es muy tarde
para valerte de mí. *Vase.*

BATIN. ¿Qué has hecho? FEDER. No sé por Dios.

BATIN. Al Emperador Tiberio
pareces, sino hay mysterio
en dividir a los dos.
Hizo matar su muger,
y haviendose executado,
mandó a la mesa sentado
llamarla para comer;
y Messala fue un Romano,
que se le olvidó su nombre.

FEDER. Yo me olvido de ser hombre.

BATIN. O eres como aquel villano,
que dixo a su labradora,
despues que de estar casados
eran dos años passados:
Ojinegra es la señora.

FEDER. ¡Hai, Batin, que estoy turbado,
y olvidado desatino!

BATIN. Eres como el Vizcaíno,
que dejó el macho enfrenado;
y viendo, que no comia
regalandole las crines,
un Galeno de rocines
truxo a ver lo que tenía.
El qual, viendole con freno,
fuera al Vizcaíno echó,
quitóle, y quando volvió,
de todo el pesebre lleno
apenas un grano havia,
porque con gentil despacho
despues de la paja el macho
hasta el pesebre comia.
Albeytar, juras a Dios,
dixo, es mejor que Dotora,
y yo y macho desde ahora
queremos curar con vos.
¿Qué freno es este que tienes,
que no te deja comer?
si Medico puedo ser,
¿qué aguardas? qué te detienes?

FEDER. ¡Hai, Batin, no sé de mí!

BATIN. Pues estése la cevada
queda, y no me digas nada.

Salen Casandra y Lucrecia.

CASAN. ¿Ya viene? LUCR. Señora sí.

CASAN. ¿Tan brevemente? LUCR. Por verte
toda la gente dejó.
CASAN. No lo creas: pero yo
mas quisiera ver mi muerte.
¿En fin, señor Conde, viene
el Duque mi señor? FEDER. Ya
dicen, que muy cerca está:
bien muestra el amor que os tiene.
CASAN. Muriendo estoy de pesar
de que ya no podré verte,
como solia. *Aparte.*
FEDER. ¿Qué muerte
pudo mi amor esperar,
como su cierta venida?
CASAN. Yo pierdo, Conde, el sentido.
FEDER. Yo no, porque le he perdido.
CASAN. Sin alma estoy. FEDER. Yo sin vida.
CASAN. ¿Qué havemos de hacer? FEDER. Morir.
CASAN. ¿No hay otro remedio? FEDER. No,
porque perdiendote yo,
¿para qué quiero vivir?
CASAN. ¿Por esso me has de perder?
FEDER. Quiero fingir desde ahora,
que sirvo, y que quiero a Aurora,
y aun pedirla por muger
al Duque, para desvelos
dél y de palacio, en quien
yo sé que no se habla bien.
CASAN. ¿Agravios? no bastan zelos?
casarte? estás, Conde, en tí?
FEDER. El peligro de los dos

me obliga. CASAN. ¿Qué? vive Dios,
que si te burlas de mí,
despues que has sido ocasion
desta desdicha, que a voces
diga, ¡o que mal me conoces!
tu maldad y mi traycion.

FEDER. Señora.... CASAN. No hay que tratar.

FEDER. Que te oirán.

CASAN. Que no me impidas:
quiteme el Duque mil vidas,
pero no te has de casar.

Salen Floro, Phebo, Ricardo, Albano, Lucindo, y el Duque detrás galan de soldado.

RICAR. Ya estaban disponiendo recibirte.

DUQUE. Mejor sabe mi amor adelantarse.

CASAN. ¿Es possible, señor, que persuadirte
pudiste a tal agravio? FED. Y de agraviarse,
quejosa mi señora la Duquesa,
parece que mi amor puede culparse.

DUQUE. Hijo, el paterno amor, que nunca cessa
de amar su propria sangre y semejanza,
para venir facilitó la empresa,
que ni cansancio, ni trabajo alcanza
a quien de ver a sus queridas prendas
mas hiciera en sufrir larga esperanza:
y tú, señora, assi es razon que entiendas
el mismo amor, y en igularte al Conde.
por encarecimiento no te ofendas.

CASAN. Tu sangre y su virtud, señor, responde,
que

que merece el favor, yo le agradezco,
pues tu valor al suyo corresponde.

Duque. Bien só, que a entrambos esse amor merezco,
y que estoy de los dos tan obligado,
quanto mostrar en la ocasion me ofrezco.
Que Federico gobernó mi estado
en mi ausencia he sabido tan discreto,
que vasallo ninguno se ha quejado
en medio de las armas, os prometo,
que imaginaba yo con la prudencia,
que se mostraba Senador perfeto.
Gracias a Dios, que con infame ausencia
los enemigos del Pastor Romano
respetan en mi espada su presencia:
ceñido de laurel besé su mano,
despues que me miró Roma triumphando,
como si fuera el Español Trajano.
Y assi pienso trocar de aqui adelante
la inquietud en virtud, porque mi nombre,
como le aplaude aqui, despues le cante,
que quando llega a tal estado un hombre,
no es bien que ya que de valor mejora,
el vicio mas que la virtud le nombre.

Ricar. Aqui vienen, señor, Carlos y Aurora.

Salen Carlos y Aurora.

Auror. Tan bien venido V. Alteza sea,
como le está esperando quien le adora.

Marq. Dad las manos a Carlos, que desea,

que

que conozcais su amor. DUQUE. Paguen
los brazos
deudas del alma a quien tan bien se emplea,
aunque siente el amor los largos plazos,
todo lo goza el venturoso dia,
que llega a merecer tan dulces lazos.
Con esto, amadas prendas, yo querria
descansar del camino, y porque es tarde,
despues celebrareis tanta alegria.
FEDER. Un siglo el cielo, gran señor, te guarde.

Todos se van con el Duque, y quedan Batin y Ricardo.

BATIN. ¿Ricardo amigo? RICAR. ¿Batin?
BATIN. ¿Cómo fué por essas guerras?
RICAR. Como quiso la justicia,
siendo el cielo su defensa.
Llana queda Lombardia,
y los enemigos quedan
puestos en fuga afrentosa,
porque el leon de la Iglesia
pudo con solo un bramido
dar con sus armas en tierra.
El Duque ha ganado un nombre,
que por toda Italia suena,
que si mil mató Saul,
cantan por él las doncellas,
que David mató cien mil,
con que ha sido tal la emienda,
que trahemos otro Duque:

ya

ya no hay damas, ya no hay cenas,
ya no hay broqueles, ni espadas,
ya solamente se acuerda
de Casandra, ni hay amor
mas que el Conde y la Duquesa,
el Duque es un santo ya.

BATIN. ¿Qué me dices? qué me cuentas?

RICAR. Que como otros con las dichas
dan en vicios y en sobervias,
tienen a todos en poco,
tan inmortales se sueñan,
el Duque se ha vuelto humilde,
y parece que desprecia
los laureles de su triumpho,
que el ayre de las vanderas
no le ha dado vanagloria.

BATIN. Plegue al cielo, que no sea
despues de estas humildades,
como aquel hombre de Athenas,
que pidió a Venus le hiciesse
muger con ruegos y ofrendas.
Una gata dominica,
quiero decir blanca y negra,
estando en su estrado un dia
con moño y naguas de tela,
vió passar un animal,
de aquestos como Poetas,
que andan royendo papeles,
y dando un salto ligera
de la tarima al raton,
mostró, que en naturaleza,

la que es gata, será gata,
la que es perra, será perra
in sæcula sæculorum.

RICAR. No hayas miedo tú, que vuelva
el Duque a sus mocedades,
y mas si a los hijos llega,
que con las manillas blandas
las barbas mas graves peynan
de los mas fieros leones.

BATIN. Yo me holgaré de que sea
verdad. RICAR. Pues, Batin, a Dios.

BATIN. ¿Dónde vas?

RICAR. Fabia me espera. *Vase.*

Sale el Duque con algunos memoriales.

DUQUE. ¿Está algun criado aquí?

BATIN. Aquí tiene V. Alteza
el mas humilde. DUQUE. ¿Batin?

BATIN. Dios te guarde, bueno llegas:
dame la mano. DUQUE. ¿Qué hacias?

BATIN. Estaba escuchando nuevas
de tu valor a Ricardo,
que es tan gran chronista dellas;
Hector de Italia te hacia.

DUQUE. ¿Cómo ha passado en mi ausencia
el gobierno con el Conde?

BATIN. Cierto, señor, que pudiera
decir, que igualó en la paz
tus hazañas en la guerra.

DUQUE. ¿Llevóse bien con Casandra?

BATIN. No se ha visto, que yo sepa,
tan pacifica madrastra
con su alnado: es muy discreta,
y muy virtuosa y santa.

DUQUE. No hay cosa que le agradezca
como estar bien con el Conde,
que como el Conde es la prenda,
que mas quiero y mas estimo,
y conocí su tristeza,
quando a la guerra partí,
notablemente me alegra,
que Casandra se portasse
con él con tanta prudencia,
que estén en paz y amistad,
que es la cosa que desea
mi alma con mas afecto
de quantas pedir pudiera
al cielo: y assi en mi casa
hoy dos victorias se cuentan,
la que de la guerra traygo,
y la de Casandra bella,
conquistando a Federico.
Yo pienso de hoy mas quererla
sola en el mundo, obligado
desta discreta fineza,
y cansado juntamente
de mis mocedades necias.

BATIN. Milagro ha sido del Papa
llevar, señor, a la guerra
al Duque Luis de Ferrara,
y que un ermitaño vuelva.

Por Dios, que puedes fundar
otra Camandula. DUQUE. Sepan
mis vasallos, que otro soy.

BATIN. Mas digame V. Alteza,
¿cómo descansó tan poco?

DUQUE. Porque al subir la escalera
de palacio algunos hombres,
que aguardaban mi presencia,
me dieron estos papeles,
y temiendo, que son quejas,
quise descansar en verlos,
y no descansar con ellas.
Vete, y dejame aqui solo,
que deben los que gobiernan
esta atencion a su oficio.

BATIN. El cielo, que remunera
el cuidado de quien mira
el bien publico, prevenga
laureles a tus victorias,
siglos a tu fama eterna. *Vase.*

Lee. DUQ. Este dice: Señor, yo soy Estacio,
que estoy en los jardines de palacio,
y enseñando a plantar hierbas y flores,
planté seis hijos: a los dos mayores
suplico, que les deis... Basta, ya entiendo:
con mas cuidado ya premiar pretendo.

Lee. Lucinda dice, que quedó viuda
del Capitan Arnaldo. Tambien pide.

Lee. Albano, que ha seis años que reside...
Este pide tambien. Julio Camilo
preso, porque sacó del mismo estylo...

Lee.

Lee. Paula de S. German; doncella honrada.
Pues si es honrada, no le falta nada,
sino quiere, que yo la dé marido.
Este viene cerrado, y mal vestido
un hombre me le dió todo turbado,
que quise detenerle con cuidado.
Lee. Señor, mirad por vuestra casa atento,
que el Conde y la Duquesa en vuestra
ausencia....
No me ha sido traydor el pensamiento:
havrán regido mal, tendré paciencia.
Lee. Ofenden con infame atrevimiento
vuestra cama y honor ¡Qué resistencia
harán a tal desdicha mis enojos!
Lee. Si sois discreto os lo dirán los ojos.
¿Qué es esto que estoy mirando?
¿letras, decis esto, o no?
¿sabeis, que soy padre yo
de quien me estais informando,
que el honor me está quitando?
Mentis, que no puede ser:
¿Casandra me ha de ofender?
¿no veis que es mi hijo el Conde?
Pero ya el papel responde,
que es hombre, y ella muger.
¡O fieras letras villanas!
pero direisme, que sepa,
que no hay maldad, que no quepa
en las flaquezas humanas.
De las iras soberanas
debe de ser permission:

es-

esta fue la maldicion,
que a David le dió Natan:
la misma pena me dan,
y es Federico Absalon.
Pero mayor viene a ser,
cielo, si assi me castigas,
que aquellas eran amigas,
y Casandra es mi muger.
El vicioso proceder
de las mocedades mias
truxo el castigo y los dias
de mi tormento, aunque fue
sin gozar a Bethsabé,
ni quitar la vida a Urias.
¡O traydor hijo! si ha sido
verdad, porque yo no creo,
que emprenda caso tan feo
hombre de otro hombre nacido:
pero sí me has ofendido,
(¡o si el cielo me otorgára,
que despues que te matára,
de nuevo a hacerte volviera,
pues tantas muertes te diera,
quantas veces te engendrára!)
¡qué deslealtad! qué violencia!
¡O ausencia, y qué bien se dixo,
que aun un padre de su hijo
no tiene segura ausencia!
¿Cómo sabré con prudencia
verdad, que no me disfame
con los testigos que llame?

ni

ni assi la podré saber,
porque ¿quién ha de querer
decir verdad tan infame?
¿Mas de qué sirve informarme,
pues esto no se dixera
de un hijo, quando no fuera
verdad, que pudo infamarme?
Castigarle no es vengarme,
ni se venga el que castiga,
ni esto a informacion me obliga,
que mal, que el honor estraga,
no es menester que se haga,
porque basta que se diga.

Sale Federico.

FEDER. Sabiendo, que no descansas,
vengo a verte. DUQUE. Dios te guarde.
FEDER. Y a pedirte una merced.
DUQUE. Antes que la pidas, sabe,
que mi amor te la concede.
FEDER. Señor, quando me mandaste,
que con Aurora mi prima
por tu gusto me casasse,
lo fuera notable mio,
pero fueron mas notables
los zelos de Carlos, y ellos
entonces causa bastante
para no darte obediencia:
mas despues que te ausentaste,
supe que mi grande amor

hi-

hizo, que ilusiones tales
me truxessen divertido.
En efecto hicimos paces,
y le prometi, señor,
en satisfaccion casarme,
como me diesses licencia
luego que el baston dejasses:
esta te pido y suplico.

DUQUE. No pudieras, Conde, darme
mayor gusto: vete ahora,
porque trate con tu madre,
pues es justo darle cuenta,
que no es razon que te cases
sin que lo sepa, y le pidas
licencia, como a tu padre.

FEDER. No siendo su sangre yo,
¿para qué quiere dar parte
V. Alteza a mi señora?

DUQUE. ¿Qué importa no ser tu sangre,
siendo tu madre Casandra?

FEDER. Mi madre Laurencia yace
muchos años ya difunta.

DUQUE. ¿Sientes que madre la llame?
pues dicenme, que en mi ausencia,
de que tengo gusto grande,
estuvisteis muy conformes.

FEDER. Esso, señor, Dios lo sabe,
que prometo a V. Alteza,
aunque no acierto en quejarme,
pues la adora, y es razon,
que aunque es para todos angel,

que

que no lo ha sido conmigo.

DUQUE. Pesame de que me engañen,
que me dicen, que no hay cosa,
que mas Casandra regale.

FEDER. A veces me favorece,
y a veces quiere mostrarme,
que no es possible ser hijos
los que otras mugeres paren.

DUQUE. Dices bien, y yo lo creo,
y ella pudiera obligarme,
mas que en quererme en quererte,
pues con estas amistades
asseguraba la paz.
Vete con Dios. FEDER. El te guarde. *Vase.*

DUQUE. No sé cómo he podido
mirar, Conde traydor, tu infame cara:
¡qué libre! ¡qué fingido
con la invencion de Aurora se repara,
para que yo no entienda,
que puede ser possible que me ofenda!
Lo que mas me assegura,
es ver con el cuidado y diligencia,
que a Casandra murmura,
que le ha tratado mal en esta ausencia,
que piensan los delitos,
que callan, quando están hablando a gritos.
De que la llama madre
se corre, y dice bien, pues es su amiga
la muger de su padre,
y no es justo, que ya madre se diga.
Pero yo, ¿cómo creo

con tal facilidad caso tan feo?
¿No puede un enemigo
del Conde haver tan gran traycion forjado,
porque con su castigo,
sabiendo mi valor, quede vengado?
ya de haverlo creído,
sino estoy castigado, estoy corrido.

Salen Casandra y Aurora.

AUROR. De vos espero, señora,
mi vida en esta ocasion.
CASAN. Ha sido digna eleccion
de tu entendimiento, Aurora.
AUROR. Aqui está el Duque. CASAN. ¿Señor,
tanto desvelo? ¿ DUQUE. A mi estado
debo, por lo que he faltado,
estos indicios de amor;
si bien del Conde y de vos
ha sido tan bien regido,
como muestra agradecido
este papel de los dos.
Todos alaban aqui
lo que los dos mereceis.
CASAN. Al Conde, señor, debeis
esse cuidado, no a mí,
que sin lisonja os prometo,
que tiene heroyco valor
en toda accion superior,
gallardo, como discreto.
Un retrato vuestro ha sido.

DUQUE. Ya sé, que me ha retratado
tan igual en todo estado,
que por mí le haveis tenido;
de que os prometo, señora,
debida satisfaccion.
CASAN. Una nueva peticion
os traygo, señor, de Aurora:
Carlos la pide, ella quiere,
y yo os lo suplico. DUQUE. Creo,
que le ha ganado el deseo
quien en todo le prefiere.
El Conde se va de aqui,
y me la ha pedido ahora.
CASAN. ¿El Conde ha pedido a Aurora?
DUQUE. Sí, Casandra. CASAN. ¿El Conde? DUQ. Sí.
CASAN. Solo de vos lo creyera.
DUQUE. Y assi se la pienso dar:
mañana se han de casar.
CASAN. Será como Aurora quiera.
AUROR. Perdoneme V. Alteza,
que el Conde no será mio.
DUQUE. ¿Qué espero? mas qué porfio;
¿pues Aurora en gentileza,
entidimiento y valor
no vence al Marqués? AUROR. No sé:
quando quise y le rogué,
él me despreció, señor;
y ahora que él quiere, es justo
que yo le desprecie a él.
DUQUE. Hazlo por mí, no por él.
AUROR. El casarse ha de ser gusto,

yo no le tengo del Conde.
DUQUE. ¡Estraña resolucion!
CASAN. Aurora tiene razon,
aunque atrevida responde.
DUQUE. No tiene, y ha de casarse,
aunque le pese. CASAN. Señor,
no useis del poder, que amor
es gusto; y no ha de forzarse.
Vanse Aurora y el Duque.
¡Hai de mí, que se ha cansado
el traydor Conde de mí!

Sale el Conde.

FEDER. ¿No estaba mi padre aquí?
CASAN. ¿Con qué infame desenfado,
traydor Federico, vienes,
haviendo pedido a Aurora
al Duque? FEDER. Passo, señora:
mira el peligro que tienes.
CASAN. ¿Qué peligro, quando estoy,
villano, fuera de mí?
FEDER. ¿Pues tú das voces ansi?

Sale el Duque azechando.

DUQUE. Buscando testigos voy:
desde aquí quiero escuchar,
que aunque mal tengo de oir:
lo que no puedo sufrir,
es lo que vengo a buscar.

FEDER. Oye, señora, y repara
en tu grandeza siquiera.

CASAN. ¿Qual hombre en el mundo huviera,
que cobarde me dejára,
despues de haver obligado
con tantas ansias de amor
a su gusto mi valor?

FEDER. Señora, aun no estoy casado:
assegurar pretendi
al Duque; y assegurar
nuestra vida, que durar
no puede, Casandra, ansi:
que no es el Duque algun hombre
de tan baja condicion,
que a sus ojos, ni es razon,
se infame su ilustre nombre.
Basta el tiempo, que tan ciegos
el amor nos ha tenido.

CASAN. ¡O cobarde, mal nacido,
las lagrimas y los ruegos,
hasta hacernos volver locas,
robando las honras nuestras;
que de las trayciones vuestras,
cuerdas se libraron pocas,
ahora son cobardias!
Pues perro, sin alma estoy.

DUQUE. Si aguardo, de marmol soy:
¿qué esperais, desdichas mias?
Sin tormento han confessado:
pero sin tormento no,
que claro está, que soy yo

a quien el tormento han dado.
No es menester mas testigo;
confessaron de una vez:
prevenid, pues sois júez,
honra, sentencia y castigo:
pero de tal suerte sea,
que no se infame mi nombre,
que en publico siempre á un hombre
queda alguna cosa fea.
Y no es bien, que hombre nacido
sepa, que yo estoy sin honra,
siendo enterrar la deshonra
como no haverla tenido:
que aunque parece defensa
de la honra el desagravio,
no deja de ser agravio,
quando se sabe la ofensa. *Vase.*

Casan. ¡Hai desdichadas mugeres!
¡hai hombres falsos sin fé!

Feder. Digo, señora, que haré
todo lo que tú quisieres,
y esta palabra te doy.

Casan. ¿Será verdad? Feder. Infalible.

Casan. Pues no haya amor impossible:
tuya he sido, y tuya soy,
no ha de faltar invencion
para vernos cada dia.

Feder. Pues vete, señora mia:
y pues tienes discrecion,
finge gusto, pues es justo
con el Duque. Casan. Assi lo haré

sin

sin tu ofensa, que yo sé,
que el que es fingido, no es gusto. *Vanse.*

Salen Aurora y Batin.

BATIN. Yo he sabido, hermosa Aurora,
que ha de ser, o ya lo es,
tu dueño el señor Marqués,
y que a Mantua vas, señora;
y assi vengo a suplicar,
que allá me lleves. AUROR. Batin,
mucho me admiro: ¿a qué fin
al Conde quieres dejar?
BATIN. Servir mucho, y medrar poco,
es un linaje de agravio;
que al mas cuerdo, que al mas sabio,
o le mata, o vuelve loco.
Hoy te doy, mañana no,
quizá te daré despues:
yo no sé quizá quien es,
mas sé, que nunca quizó.
Fuera desto, está endiablado
el Conde, no sé que tiene,
ya triste, ya alegre viene,
ya cuerdo, ya destemplado.
La Duquesa pues tambien
insufrible y desigual:
¿pues donde va a todos mal,
quieres que me vaya bien?
El Duque, santo fingido,
consigo a solas hablando,

como hombre, que anda buscando
algo, que se le ha perdido.
Toda la casa lo está,
contigo a Mantua me voy.

AUROR. Si yo tan dichosa soy,
que el Duque a Carlos me dá,
yo te llevaré conmigo.

BATIN. Beso mil veces tus piés,
y voy a hablar al Marqués. *Vase.*

Sale el Duque.

DUQUE. ¡Hai honor, fiero enemigo!
¿quién fue el primero, que dió
tu ley al mundo, y que fuesse
muger quien en sí tuviesse
tu valor, y el hombre no?
Pues sin culpa el mas honrado
te puede perder, honor,
barbaro legislador
fue tu inventor, no letrado.
Mas dejarla entre nosotros,
muestra, que fuiste ofendido,
pues esta invencion ha sido
para que lo fuessen otros.
¿Aurora? AUROR. ¿Señor? DUQ. Ya creo,
que con el Marqués te casa
la Duquesa, y yo a su ruego;
que mas quiero contentarla,
que dar este gusto al Conde.

AUROR. Eternamente obligada

quedó a servirte. DUQUE. Bien puedes
decir a Carlos, que a Mantua
escriba al Duque su tio.
AUROR. Voy donde el Marqués aguarda
tan dichosa nueva. *Vase.*
DUQUE. Cielos,
hoy se há de ver en mi casa
no mas que vuestro castigo:
alzad la divina vara.
No es venganza de mi agravio,
que ya no quiero tomarla
en vuestra ofensa, y de un hijo
ya fuera barbara hazaña.
Este ha de ser un castigo
vuestro no mas, porque valga,
para que perdone el cielo
el rigor por la templanza.
Seré padre, y no marido,
dando la justicia santa
a un pecado sin verguenza
un castigo sin venganza.
Esto disponen las leyes
del honor, y que no haya
publicidad en mi afrenta,
con que se doble mi infamia.
Quien en publico castiga,
dos veces su honor infama,
pues despues que le ha perdido,
por el mundo le dilata.
La infame Casandra dejo
de pies y manos atada,

con un tafetan cubierta,
y por no escuchar sus ansias
con una liga en la boca,
porque al decirle la causa,
para quanto quise hacer
me dió lugar desmayada.
Esto aun pudiera ofendido
sufrir la piedad humana;
pero dar la muerte a un hijo,
¿qué corazon no desmaya?
Solo de pensarlo, ¡hai triste!
tiembla el cuerpo, espira el alma,
lloran los ojos, la sangre
muere en las venas heladas,
el pecho se desalienta,
el entendimiento falta,
la memoria está corrida,
y la voluntad turbada,
como arroyo, que detiene
el hielo de noche larga.
Del corazon a la boca
prende el dolor las palabras:
¿Qué quieres, Amor? ¿no vés,
que Dios a los hijos manda
honrar los padres, y el Conde
su mandamiento quebranta?
Dejame, Amor, que castigue
a quien las leyes sagradas
contra su padre desprecia,
pues tengo por cosa clara,
que si hoy me quita la honra,

la vida podrá mañana.
Cincuenta mató Artaxerxes
con menos causa, y la espada
de Dario, Torquato y Bruto
executó sin venganza
las leyes de la justicia.
Perdona, Amor, no deshagas
el derecho del castigo,
quando el honor, en la sala
de la razon presidiendo,
quiere sentenciar la causa.
El fiscal Verdad le ha puesto
la acusacion, y está clara
la culpa, que ojos y oídos
juraron en la probanza.
Amor y Sangre abogados
le defienden, mas no basta,
que la Infamia y la Verguenza
son de la parte contraria.
La Ley de Dios, quando menos,
es quien la culpa relata,
su Conciencia quien la escribe;
¿pues para qué me acobardas?
El viene, ¡hai cielos! favor.

Sale el Conde.

FEDER. Basta que en palacio anda
publica fama, señor,
que con el Marqués Gonzaga
casas a Aurora, y que luego

se parta con ella a Mantua:
¿mandasme, que yo lo crea?

DUQUE. Conde, ni sé lo que tratan,
ni he dado al Marqués licencia,
que traygo en cosas mas altas
puesta la imaginacion.

FEDER. Quien gobierna, mal descansa.
¿Qué es lo que te dá cuidado?

DUQUE. Hijo, un noble de Ferrara
se conjura contra mí
con otros, que le acompañan.
Fióse de una muger,
que el secreto me declara:
necio quien dellas se fia,
discreto quien las alaba.
Llamé al traydor finalmente,
que un negocio de importancia
dixe que con él tenia,
y cerrado en esta quadra
le dixe el caso, y apenas
le oyó, quando se desmaya.
Con que pude finalmente
en la silla donde estaba
atarle, y cubrir el cuerpo,
porque no viesse la cara
quien a matarle viniesse,
por no alborotar a Italia.
Tú has venido, y es mas justo
hacer de tí confianza,
para que nadie lo sepa.
Saca animoso la espada,

Con-

Conde, y la vida le quita,
que a la puerta de la quadra
quiero mirar el valor
con que a mi enemigo matas.

FEDER. ¿Pruebasme acaso, o ès cierto,
que conspirar intentaban
contra tí los dos que dices?

DUQUE. ¿Quando un padre a un hijo manda
una cosa injusta, o justa,
con él se pone a palabras?
Vete, cobarde, que yo...

FEDER. Ten la espada, y aqui aguarda,
que no es temor, pues que dices
que es una persona atada.
Pero no sé qué me ha dado,
que me está temblando el alma.

DUQUE. Quedate, infame. FEDER. Ya voy,
que pues tú lo mandas, basta.
Pero vive Dios... DUQUE. ¡O perro!

FEDER. Ya voy, detente, y si hallára
al mismo Cesar, le diera
por tí, ¡hai Dios! mil estocadas.

DUQUE. Aqui lo veré: ya llega,
ya con la punta la espada
executó mi justicia
quien executó mi infamia.
Capitanes, ola gente,
venid los que estais de guarda:
ha caballeros, criados,
presto.

Salen el Marqués, Aurora, Batin, Ricardo, y todos los demás, que se han introducido.

MARQ. ¿Para qué nos llamas,
señor, con tan altas voces?
DUQUE. ¡Hai tal maldad! a Casandra
ha muerto el Conde, no mas
de porque fue su madrastra,
y le dixo, que tenia
mejor hijo en sus entrañas
para heredarme. Matadle,
matadle, el Duque lo manda.
MARQ. ¿A Casandra? DUQUE. Sí, Marqués.
MARQ. Pues no volveré yo a Mantua,
sin que la vida le quite.
DUQUE. Ya con la sangrienta espada
sale el traydor.

Sale el Conde.

FEDER. ¿Qué es aquesto?
voy a descubrir la cara
del traydor, que me decias,
y hallo... DUQUE. No prosigas, calla.
Matadle, matadle. MARQ. Muera.
FEDER. ¡O, padre, por qué me matan!
DUQUE. En el tribunal de Dios,
traydor, te dirán la causa.
Tú, Aurora, con este exemplo
parte con Carlos a Mantua,

que

que él te merece, y yo gusto.
AUROR. Estoy, señor, tan turbada,
que no sé lo que responda.
BATIN. Dí que sí, que no es sin causa
todo lo que ves, Aurora.
AUROR. Señor, desde aqui a mañana
te daré respuesta.

Sale el Marqués.

MARQ. Ya
queda muerto el Conde. DUQ. En tanta
desdicha aun quieren los ojos
verle muerto con Casandra. *Descubrales.*
MARQ. Vuelve a mirar un castigo
sin venganza. DUQUE. No es tomarla
el castigar la justicia:
valor sobra, y llanto falta.
Pagó la maldad, que hizo
por heredarme. BATIN. Aqui acaba,
Senado, aquella Tragedia
DEL CASTIGO SIN VENGANZA,
que siendo en Italia assombro,
hoy es exemplo en España.

Digitized with financial assistance from the
Government of Maharashtra
on 26 June, 2018

00101860